1329

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LA POLÍTICA Y DEL ESPIRITU

Año I. - Número 6 -- Madrid, 5 de diciembre de 1942. -- Aparece los sábados. -- Precio: UNA PESETA

COLABORACIONES ESPECIALES

de Sánchez Mazas, Angel M.ª Pascual, Tomás Borrás, José Plá, Pedro Salvador, P. Montilla, Castroviejo, Pérez Solís, Luna, Garza, Pérez Torreblanca, Monsuárez y Bermúdez de Castro.--- NOVELAS de Villalonga, Pedro Alvarez y Torrente. --- DIBUJOS de Teodoro Delgado, Balbuena, Suárez del Arbol, Gabriel y Maeso.

Visita y anatomía de la cabeza de Richelieu

Por D. Francisco de Quevedo y Villegas

A MONSIEUR DUQUE DE MERCURIO, GOBERNADOR Y LUGARTENIENTE GENERAL POR EL REY EN EL PAIS Y DUCADO DE BRETAÑA.

MONSIEUR: A instancia del doctísimo defensor de la verdad católica y romana, Jaques de Belly, abad de San Michael, en Her, se juntó toda la Escuela Médica de Mompeller en grande concurso, presidiendo en el acto Andrés Vessalio, y asistiendo el doctísimo Jover, autor de las *Paradojas* médicas, y Pedro Bayro, con su libro intitulado *Venimecum;* Juan Bacchanelo, que escribió el *Consenso de los médicos,* y el muy erudito doctor Rodolfo Magistro, consejero regio y archiatro de los libros reales, médico de Luis XIII, rey Cristianísimo de Francia, a quien dedicó su libro titulado *Doctrina Hippocrátis.*

Todos estaban suspendidos en ocio atento, cuando Jaques de Belly dijo:

—Viendo que hasta ahora el peor y más contagioso y asqueroso humor que infestaba el mundo era el que llaman mal francés, y que hoy en Francia se ha derramado y corre por todos sus miembros peor humor de otro peor francés, y sabiendo que toda la ciencia afirma que estos humores bajan de la destemplanza de la cabeza, y siendo cierto que no es la de nuestro señor el rey de donde procede, por ser bien templada y compuesta y asistida de real temperamento, buscando cuál cabeza será ésta, que es manantial de tanto veneno, he hallado que sea la del eminentísimo cardenal de Richelieu; no por conjeturas, sino por testificación ocular y experiencia mayor de toda excepción; y como para la cura sea necesario acudir al origen y reconocerle, he acudido a vosotros, doctísimos médicos, para que veais de qué suerte se podría explorar con la anatomía de esta cabeza la raíz de tan copiosa y mortal pestilencia.

Confirieron todos entre sí estas razones, y respondió por todos Jover estas palaras:

—La Facultad resuelve que la enfrmedad y contagio procede de la cabeza e dicho cardenal, y dice que la mayor dificultad está en saber en qué parte está la cbeza del dicho Armando de Richelieu.

—¿Qué duda tiene—respondió Jaques Belly—que está sobre sus hombros? Eso más parece querer vos añadir vuestras *Paadojas* que responderme.

—No monsieur—replicó Jover—, porque muchos dicen que han visto su cabeza sobre la de monsieur hermano del rey; otros, revoloteando sobre la Corona de Francia; otros, que está enterrada con la del rey de Suecia; otros, que la trocó con la de Monmoransi; otros, hecha pedazos con la de Frislant; y es tan apretada y verdadera esta duda, que preguntándole al mismo cristianísimo cardenal uno de sus privados por ella, le respondió "que ya no sabía dónde tenía la cabeza". Así que, lo primero, conviene hallar su cabeza; que, hallada, Andrés Vessalio se ofrece a entrarse en ella con nunca vistos pasos de anatomía y visitarla seno por seno, célula por célula y sentido por sentido.

Agradóle el reparo al abad, y, convencido, dijo; que pues el gran Vessalio se atrevía, hallando la cabeza, a visitarla (que era lo más difícil), que él había entendido que la cabeza del cardenal estaba en Roma sobre una estatua de Jan, con dos caras, una atrás y otra adelante, mirando con la de la guerra a la paz y con la de la paz a Judas, certificado por hombres franceses, que hay que desto había visto gacetas y estaba bían venido pocos días había de aquella corte. En esto era tan cierto, que de las rentas de su abadía ofrecía a Vessalio el gasto para el camino, con mucha abundancia para su persona y criados; empero, que deseaba saber, por parecerle imposible, cómo en una cabeza tan dura, estando viva, podría él entrar y después salir...

... ...

Pedro Bayro dijo era importante que antes de partirse, pues había de arrebozarse de un embuste para entrar en la dicha cabeza, declarase cuál y de qué género sería.

(Sigue en la página 12.)

En 1642 murió el Cardenal francés, y España perdió Perpiñán

En las páginas centrales, interesantísimos artículos y reportajes sobre esta efemérides

El Arma de Infantería

celebra este año el cincuentenario de la aclamación de la Purísima Concepción como su Patrona

Medalla conmemorativa del Patronato.

EL 12 de noviembre de 1892 apareció una Real orden declarando como Patrona del Arma de Infantería a la Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, advocada por «La Concepción Purísima de María». Así, pues, el 8 de diciembre de ese mismo año fué cuando la Infantería española celebró oficialmente, por primera vez, la fiesta de su Santa Patrona, manifestando de este modo la fe religiosa acendrada y siempre viva de la gran familia militar española, realizadora, a través de los siglos, de los hechos más gloriosos y heroicos que cuenta la Historia universal.

Con motivo de esta designación, tuvieron lugar en Madrid unas fiestas que rememoramos hoy. El día 7 sonó alegremente en las calles de la capital la retreta militar que partió del Paseo del Prado y siguiendo por delante del Ministerio del Ejército, Palacio de la Presidencia, Ministerio de la Gobernación, Palacio del Ayuntamiento y Capitanía General, paróse ante la Plaza del Palacio Real. Una croniquilla periodística de aquel tiempo cuenta que «El frío era intensísimo, pero el pueblo entero de Madrid acudió a contemplar entusiasta y enamorado, ya el conjunto de la marcial comitiva, ya la carroza que coronaba un globo (y sobre el globo la Purísima Concepción) y un león (en el que cabalgaba la Fama), cubriendo a la Virgen con una Bandera. Así era la carroza de la Infantería, obra de Benlliure, iluminada con, la entonces casi nueva, luz eléctrica. Al día siguiente, fiesta de la Purísima Concepción, tuvo lugar la función religiosa en la iglesia de San Francisco el Grande, de la cual hablaba, en estilo de la época, una revista: «Artístico templo, Museo religioso de las modernas Bellas Artes españolas; profusión de luces en los altares, candelabros y crestería de la cornisa que circunda la amplia bóveda; concurrencia selecta, que llenaba toda la iglesia.» Mancinelli compone una misa que es interpretada por doscientos profesores y cantada por artistas del Teatro Real. Y termina diciendo la ampulosa crónica de la revista: «... basta la enumeración de tales elementos para llevar la convicción de la verdad de nuestra afirmación a cuantos no asistieron a tan grandiosa solemnidad religiosa.»

La oración sagrada fué pronunciada por el ilustrísimo señor P. Jardiel, Canónigo de Zaragoza, y al final se cantó una Salve del maestro Mancinelli, cuya letra fué escrita por el Cardenal Monescillo.

La noche de aquel día tuvo lugar un gran banquete en los andenes de la estación del Mediodía, que había sido recientemente construída, y de cuyo techo y columnas colgaron profusión de laureles y banderas; respaldaban la mesa presidencial cuatro tapices de Palacio.

El excelentísimo señor don Fernando Primo de Rivera, Teniente General e Inspector General del Arma de Infantería, presidió aquel gigantesco banquete, en el que los comensales pasaron de mil quinientos, alineados en mesas de cien cubiertos cada una.

«El frío fué tanto como la cordialidad», y tan baja fué la temperatura, que un gracioso cronista de la época apuntó que era el primer banquete en que se había servido el champán frío. Un comensal de la mesa presidencial se negó a hablar diciendo: «No ha sido templado mi organismo para ser orador en Spitzberg...»

Se brindó aquella noche por el niño Rey y por su augusta Madre, por la unión de la Infantería y por la de todo el Ejército.

Hubo también, y hemos de consignarlo aquí, una corrida de toros en la que torearon Lagartijillo y Mazzantini, en un lucido mano a mano, etc., etc.

Rememoramos en nuestras páginas aquella jornada, que si nos parece hoy desvaída y gris, a pesar del entusiasmo, la causa se debe al tono general de la época, pues el mismo espíritu animaba a los soldados de entonces, cuya sangre se derramaba infructuosamente en las maniguas antillanas, que a los soldados de nuestros días, los que bajo idénticas banderas y guiones, con los mismos nombres y la misma Patrona han devuelto a España la esperanza de ser libre y grande en la unidad de todos los españoles, apasionadamente yugados en torno del Caudillo, primer infante y primer español.

ENRIQUE SOTOMAYOR,

UN MAGNIFICO ESPAÑOL MUERTO EN RUSIA

FUE una madrugada de guerra. En Possad, trinchera difícil de la División Azul, clavada como una espina en tierra rusa, combatían unos pocos españoles sobre la dureza de la nieve, que formaba contornos macizos en el bosque y bajo una temperatura escalofriante de treinta grados bajo cero. En una descubierta, el cuerpo joven y falangista de Ruiz Vernacci había quedado abandonado cerca de las trincheras, casas partidas, del enemigo. Enrique Sotomayor saltó aquella madrugada de su puesto junto al cañón antitanque, para cumplir el sagrado juramento de la Hermandad nacionalsindicalista. Enrique Sotomayor no volvió de la empresa.

Veinticuatro horas después, otro camarada, Agustín Aznar, conseguía salvar los dos cuerpos de la profanación. Más tarde, la nieve triste de Possad cubrió la presencia física del aquel hombre joven maravilloso que fué Enrique Sotomayor.

* * *

Durante varios meses compartí con Enrique Sotomayor las angustias y las alegrías del cerco de Madrid, encuadrados los dos en la Bandera de Marruecos. Allí pude, por primera vez, sentir por él la admiración que despertaba en todos los hombres jóvenes de la Falange. En las trincheras de Carabanchel Bajo, cuando la noche encerraba la mole oscura de Madrid en un silencio inquietante, Enrique, que aún no había cumplido los dieciocho años, acercaba los gruesos cristales de sus gafas y sus ojos infantiles y profundos al pequeño micrófono instalado en las profundidades de una chavola, y durante quince minutos hablaba, con alegría y sencillez, a los combatientes rojos que escuchaban los altavoces escondidos en los árboles.

Fué entonces cuando advertí la preocupación tremenda de Enrique Sotomayor por todo lo que fuera joven. Fué entonces que comprendí, escuchando

(Sigue en la página 12.)

Las Islas Terceras,

escala de galeones españoles

Por DUTRAS FARIA

ENTRE Europa y las Américas, en un mar poco amable, que los huracanes revuelven ahogadas de bruma de muerte parte del año, con una primavera que todavía es invierno y un melancólico otoño, florido de "donas-belas", alfombrado de musgos, que es invierno otra vez,

las islas de las Azores, señorío de Portugal, son nueve. Nueve islas en el Atlántico habitadas por una raza de gente laboriosa y sufrida, la cual bien puede representar, en su composición étnica, el propio genio lusitano—acogedor y cristiano—a cuyo amoroso contacto no hay sangres que no se mezclen, no hay pueblos que no se fundan para al fin permanecer y triunfar este producto raro de equilibrio, comprensión y hospitalidad: el hombre portugués de todos los tiempos.

Andaban en la colonización de las Azores, ordenada por el Infante de Sagres, con autorización del Rey, tu tío, D. Alfonso V, portugueses de todas las provincias, principalmente de la barretina clásica portuguesa, y hasta moriscos—moriscos convertidos, a los cuales la conversión les hacía dura la vida en las plazas del Norte de Africa—. Juntos esos hombres de tan diversos orígenes derrumbaron los primeros cedros, levantaron las primeras chozas, sembraron los primeros granos de trigo.

(Sigue en la página 12.)

CARTAS FAMILIARES

Don Angelito al "Quijote" de café

Por RAFAEL SANCHEZ MAZAS

NO puedo complacerle, amigo mío. Usted quiere que Don Quijote sea al mismo tiempo la invención más original, extraordinaria, excéntrica y a la postre estrafalaria de la Humanidad y la literatura, o como dice usted, «el loco sublime», y, a la vez, la figura representativa de la raza hispánica, o como suele usted decir: «Somos una nación de Quijotes.»

¿No ha pensado usted que si fuésemos una nación de Quijotes, Don Quijote no tendría nada de particular? ¿No imagina usted que cuanto más se tiene de particular, se tiene menos de general, y que Don Quijote era y es el más particular de los caballeros particulares de España?

Usted supone que «somos una nación de Quijotes» y que lo fuimos, sobre todo, en tiempo de Cervantes. Entonces, ¿cómo fué que en aquella nación tan quijotesca Don Quijote no entendía a nadie ni nadie le entendía a él, y cuando hablaba de lo suyo, al decir de Cervantes, era «como si hablase griego»? «Eso—diría Don Miguel—es lo más español de todo: el que no se entiendan.»

Usted repite siempre en el café que hay que acabar con el «sanchopancismo», por ser para usted exactamente lo contrario de «quijotismo», y tal opinión le granjea un gran decoro idealista. Claro está que, si usted acaba con el «sanchopancismo», su merced Don Quijote se queda completamente solo, porque usted, arrebatado como siempre en el café por la espiritualidad y la elegancia, le deja a Don Quijote sin el único ser que le ha querido y seguido con infinitos descalabros, y que a fuerza de amor y seguimiento y sufrimiento, casi acaba por creer en él a pies juntillas. Creo, por otra parte, que si usted y sus generosos amigos forman una Asociación de propagandistas para el fomento del «sanchopancismo», podrán alzar en breve plazo una considerable leva y ofrecer al Caballero de la Mancha un hermoso y leal ejército, aunque montado probablemente en burros. Menos hacedero parece que Don Quijote pueda mandar una caballería de Quijotes, porque tan ingenioso hidalgo no existe sino a condición de ser «él solo», pues si alguien no tiene plural en el Universo es él, y en eso se cifra su gloria. En cuanto alguien quisiera emularle se pondría él furioso como gallo presto a la pelea, y no pararía hasta destruirle si era de los Espejos o ser destruído, si fuese de la Blanca Luna.

Ciertamente, señor, el carácter próximo de Sancho es el de ser un villano labrador como hay muchos, y que «no huele a ámbar»; pero su diferencia última consiste en seguir y servir a Don Quijote y abandonar por él patria y familia. Si hay «sanchopancismo» es porque hay Quijotes, como si hay enamorados de las mujeres es porque hay mujeres, y de este modo, fomentar el «sanchopancismo» es como fomentar el «quijotismo» y viceversa, pues uno y otro son inseparables, como el sebo y la llama en la candela; y el sebo apesta porque la llama alumbra.

Pero imagínese usted ahora que yo tenga un campo de trigo y me proponga presentarme al concurso provincial de cereales. Suponga usted que voy cuando la mies está alta y granada y veo en la mitad del campo, sobresaliendo de las otras, una espiga, tan inverosímil y estrafalaria, que si las demás tuvieran el seso de un grillo no podrían entender siquiera cómo pertenece a la llana comunidad de los cereales. Figúrese usted que esta espiga se yergue sobre un tallo violeta, listado de plata, y presenta unos granos de forma cúbica y color azul de Ultramar. Pues yo cojo esta espiga, la pongo en fanal de cristal, sobre peana de oro y diamantes, y allí, un angelito de Arfe que sostiene la tarja con su buen letrero que dice: «Espiga de muestra del campo de don Angelito Paraíso, en la dehesa Tal, término y provincia de Cuál. Cosecha de 1943.»

No le quiero ponderar, amigo mío, la que se armaría. Pues algo así me parece Don Quijote como hombre representativo de la raza hispánica.

No he llegado a entender jamás el excesivo empeño de complicar a las criaturas de la ficción poética en el destino y curso de la Historia, ni la gran avidez de los pueblos, razas y naciones por verse representados o simbolizados en sus tipos reales o poéticos de figura más excepcional, extraordinaria y diferenciada del tipo medio y aun de individualidad más obstinada e irreducible frente al medio.

Se trata, en verdad, de figuras que honran mucho a la época y lugar en que se produjeron o inventaron; que no eluden, por tanto, las leyes de histórica condicionalidad, pero que en modo alguno representan la genérica multitud de los hombres que fueron sus contemporáneos—llamada raza, pueblo o nación—, y mucho menos a los nietos y rebisnietos de generaciones anteriores. El problema se agrava cuando tales figuras representativas de excepción añaden a la rareza de ser solitarias y únicas el grave inconveniente histórico de ser ficticias.

Otra clase de hombres grandes hay, no tanto excéntrica por disparidad frente a las calidades normales de su medio y herencia, sino más bien eximia por depurada selección y elevado incremento de esas mismas calidades normales. Estos suelen ser conductores de hombres o de pueblos o fundadores de ciudades, y es el caso de Teseo, Rómulo, César, el Cid, Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés, hombres por una parte normalísimos y por otra, por engrandecimiento maravilloso de lo normal, extraordinarios. Algo más cerca creo que están estos claros, firmes y excelentes varones, de representar a sus razas y pueblos que los incomprendidos, raros o excéntricos, pues aunque tampoco se queden éstos en la talla de los tipos medios, tienen una buena disposición con la gente común, mezcla de semejanzas y diferencias, lo que les permite sojuzgarla y fascinarla, domarla y conducirla en las ocasiones, casi como en el juego radiante, pero natural, del varón y la mujer.

(Sigue en la página 5.)

MCD 2022-L5

EL ESPAÑOL

Los 50 años de Franco

NO hay ejemplaridad como la de una vida desenvuelta fielmente en servicio de la vocación arraigada y auténtica, ni entre los hombres de su tiempo ejecutoria más limpia o más brillante que la del Caudillo deparado por Dios a los españoles en la borrascosa ocasión presente. Sabido es que no han de colacionarse para un juicio riguroso de valoración sobre la existencia de un hombre, ni la brillantez ni el éxito. Es la congruencia y el sentido profundo lo que caracteriza de una vez la biografía cierta de cada personalidad. Pero si la fortuna quiere que coincidan virtudes siempre alabadas con los amplios caminos del honor y del triunfo o de la fama, tal como entre nosotros con Francisco Franco, se nos ofrece la seducción incomparable de un cuadro que es paradigma, aliciente, estímulo y manantial de sosiego para la mordiente inquietud sobre el destino. Franco podía haber alcanzado estos sus cincuenta años con el haber de un Von Seeck o de un Scharnchorst, sin que lícitamente desmereciese una tilde en grandeza. Ahí reside la nota más saliente de la singular carrera de los honores de nuestro Caudillo. Tampoco la ambición noble, el desasosiego por la misión propia sentida con austeridad, ha debido imponerse en un forcejeo, que no sería vituperable. La calidad única de su valor y de su entresijo espiritual ha marchado hacia adelante, entronizada tan sin pugna, que Giménez Caballero pudo atribuirle el verso feliz de Fray Luis de León:

«Ni envidiado, ni envidioso».

Entregado todavía adolescente al servicio de armas, a la austeridad y a la abnegación castrense, Francisco Franco ejercitó su inclinación, más tarde, en la inacabable guerra de Africa. Toda la progresión de sus campañas se levanta frente al enemigo en el único teatro español de combate, cuando el país languidecía amargamente retraído en la lucha interior desazonada, distendida y endémica. Franco, al igual que el plantel de sus camaradas del Ejército marroquí, había de sostener entonces la ilusión nacional, afirmando elemental y paladinamente la grandeza y las posibilidades de España. El tiempo ha comprobado con la unidad histórica y geográfica de España y del Norte de Africa — al mismo tiempo — que la reconquista de la Patria había de comenzar en los barrancos y en las crestas del Rif, para la nueva liberación de la postración nueva.

Franco no lleva, sin embargo, a sus acciones la intrepidez desesperada, desgarrada y pródiga del Oficial y el Jefe que desafían en la muerte el peligro del anonimato o de la frustración; que supera su propia angustia patriótica por el castigo y por la ofrenda de su carne al fuego enemigo. Con Franco asoma la fe en la guerra como tránsito ineludible, a veces, hacia la floración subsiguiente de la paz, del triunfo y de la cosecha. El sentido reflexivo, económico y político de lo militar. Franco montaba un caballo blanco en sus campañas como reto audaz a las asechanzas enemigas, e inició el episodio heroico del desembarco en Alhucemas al frente de los legionarios. Pues bien, Franco no goza de la aureola de temeridad desaprensiva y gallarda a la que los españoles somos tan sensibles, sino de la fama de imperturbable, seguro, solícito, clarividente y tenaz. El gran estilo militar de Franco ha de cerrar la época del heroísmo desamparado del soldado español, de la manera espontánea y desacordada, para inaugurar el capítulo del Ejército como exponente del poderío y de la prosperidad nacional, preparado laboriosamente al servicio de las legítimas ambiciones de una política solidaria y unánime.

Así corrió su nombre de boca en boca en la sucesión de las generaciones, y cuando España amenazaba hundirse de manera irreparable en el caos de la horda roja, esperó de Franco su gesto y su gesta, la consigna salvadora de santa rebelión en cruzada y la cadena de victorias que resolvería definitivamente la encrucijada en el remate del triunfo absoluto. El final unívoco de nuestra guerra, tan amenazado a última hora por la conjura internacional de las potencias adversas, es el hecho culminante del siglo, el punto de partida para la Historia recobrada de la dignidad española.

El resto pertenece al ayer inmediato y a la actualidad vigente. Franco se ha entregado a la sagrada tarea de hacer la revolución, que se cifra en cementar por modo indestructible la unidad entre los españoles, en el asentamiento definitivo del sindicalismo nacional, en la liquidación social y económica de la postguerra, en la erección sólida de un Estado ágil y eficiente. Una empresa de magnitud grandiosa, cuyas dificultades anonadarían a otro ánimo menos heroico y cuyo peso sostienen las generaciones vivas de la patria universal y equitativamente, avanza día a día en conquistas que los años revestirán de pátina y de eficacia plena. Impaciencias de un lado y rémoras de otro se estrellan ante la voluntad del Caudillo, que obedece al antiguo aforismo clásico «festina lente», apresúrate despacio; porque hay cosas que han de remitirse a Dios y a su benevolencia para el viejo solar de los españoles. Nuestros Reyes Católicos pudieron también ser incomprendidos por quienes no gozaban de la perspectiva genial suya. Edificar es tarea efectiva donde no basta el querer ingenuo y apresurado; y una transmutación ingente no tiene nada que ver con sortilegios, espejismos o ilusorio milagro.

Los cincuenta años, la edad madura del hombre de Estado, le encuentran al frente de su pueblo en circunstancias de especial gravedad. Su limpia acción y su historia nos congregan en derredor suyo para salvar la encrucijada. A la máxima responsabilidad corresponde el mayor honor. Su nombre y su renombre operan ya sobre los campos y sobre las ciudades, superiores a él mismo, como fuerza moral substantiva. Medio siglo de existencia, donde la laboriosidad y el culto al honor se reparten su contenido lleno de enjundia, no son una parábola aleccionadora más bien que una hazaña incorporada al acervo nacional o más bien que la prenda de acierto para el quehacer todavía pendiente y para la hora crucial de España en el mundo.

Hacia una política económica española

INICIAMOS una trayectoria bajo el signo de la superación de lo actual. Nos encontramos en momentos en que es preciso se planteen por el Partido los fundamentos de la que ha de ser doctrina económica española. Algunos acaso sostendrán que, estando la Falange incorporada al Estado, y siendo, con arreglo a nuestra doctrina política, la entidad estatal el órgano supremo representativo de la orientación doctrinal, el Partido ha de marchar al unísono con el Estado, que en cierto modo puede considerarse como cosa propia. Nosotros, aun admitiendo que compete al mismo colaborar y defender a un Estado formado e inspirado por él, creemos que, precisamente por la especial sensibilidad que lo caracteriza, debe en todo momento adelantarse, señalando las directrices que la realidad vaya imponiendo. Ha de procederse a una revisión de conceptos en la actualidad, ya que si no somos capaces de adaptarnos a la misma seremos rebasados. Aun prescindiendo de las exageraciones de la doctrina de la revolución permanente, es indiscutible que al irse actualizando una determinada posición política se hacen patentes deficiencias que es preciso plantearse en un plano de superación, y de otro lado surgen realidades nuevas que es imprescindible afrontar. No hemos de pensar solamente en las deficiencias de una sociedad que en último término pasó; hemos de ser asimismo capaces de enfrentarnos con las deficiencias de la organización social que estamos creando.

La política económica alemana se ha inspirado en todo momento en un criterio empírico y realista. Unicamente han tenido carácter permanente los principios políticos últimos que estaban injertados con la posición del Nacionalsocialismo ante la vida. En lo meramente técnico no han vacilado en utilizar todos los mecanismos de acción que había creado la organización económica anterior, que han sabido poner al servicio de los intereses generales. La concepción de los espacios vitales, instrumento el más adecuado de su política expansiva, ha sido resultado de una situación oportunista, y, a pesar de no haber estado prevista, constituye la base de la doctrina económica del Nacionalsocialismo.

En Italia Mussolini ha seguido una política de tanteos en orden al Corporativismo, y únicamente después de numerosos estudios y experiencias ha concretado su concepción en una ley de Corporaciones, dictada pasados ya muchos años de régimen. La doctrina autárquica, considerada como básica de la política económica fascista, fué resultado de la presión extranjera de las sanciones. Pero es más: cuando, llegado el momento de la acción, se estimó oportuno conferir las funciones de disciplina de la producción a otros organismos más adecuados, no se vaciló en sacrificar las Corporaciones a la eficiencia, y, en tanto se mantenía la posición política de las mismas, se confería la regulación económica a los Entes paraestatales, en la mayor parte de los casos.

En tanto regímenes similares en todo punto al nuestro, y que han logrado su máxima eficacia en la actuación práctica, no han vacilado en afrontar las nuevas realidades, cuando no valerse de las mismas con una política oportunista, en España, aferrados literalmente a lo que fué creado por los fundadores, y con una falta absoluta de vocación creadora, hemos prescindido de los nuevos hechos, limitándonos a reproducir, como posición la más inteligente, las declaraciones doctrinales que pudiesen tener un tono más demagógico, viniesen o no viniesen a cuento.

Abunda en nuestra posición de estimar imprescindible la revisión de conceptos que asegure la actualización de nuestros principios doctrinales, consideraciones de hecho a las que nos hemos de referir. La doctrina económica del Partido fué desarrollada casi exclusivamente en la esfera de lo políticosocial; en el campo de lo económico entraña una conquista fundamental, a la que nos hemos de referir en el futuro al puntualizar los principios que consideramos básicos en la ordenación económica española: la disciplina de los intereses particulares, poderes económicos de hecho, al Estado, y la formulación, como exigencia la primera de nuestra actuación política, de la necesidad de una potencia económica que asegure nuestra potencia nacional.

Como era lógico suponer, máxime en un Movimiento que partía de la consideración de que lo fundamental era el sentido ante la vida, en las declaraciones doctrinales no podían contenerse principios referentes a las directrices de nuestra política económica en sus últimas consecuencias, en los respectivos problemas de cada una de las ramas de producción y aun productos. Pero como el desarrollo de una política eficaz exige tener en cada momento el concepto claro, dentro de una visión sistemática, de cada una de las cuestiones que se plantean, es preciso que, desarrollando, intuyendo e incluso creando, que ya es hora de que nos atrevamos a crear, vayamos a la formulación de una doctrina económica española dentro de aquella línea de acción que entonces fué trazada y al servicio y para la realización de aquellos principios políticos. Por otra parte, la variación de las circunstancias de hecho, nueva estructuración del comercio internacional, nos exige enfrentarnos, con aquel mismo sentido combativo y dentro de la fidelidad absoluta a aquellos principios permanentes, con cuestiones que pueden ser decisivas para el porvenir de nuestra raza. El Partido no puede permanecer al margen de estos hechos. Debe mantener un criterio hispánico ante todo, consciente de que por encima de las afinidades y simpatías están los intereses supremos de España. ¿Qué es esto de que las gentes permanezcan inalterables, e incluso en algunos casos se hagan eco inconscientemente de posiciones que pueden perjudicarnos?

Estas son las líneas fundamentales. La doctrina hemos de desarrollarla dinámicamente, conscientes de que, si sabemos y somos capaces de interpretar los intereses de España, en el interior y el exterior, en estas difíciles circunstancias, marcaremos de un modo permanente la pauta y, sobre todo, serviremos, que es lo que interesa, al destino de un pueblo. Hemos de ser capaces de prescindir, si hemos de ser sinceros, en cierto modo, de doctrinarismos, ya que las doctrinas, en último término, fueron el resultado del enfrentamiento con la realidad de quienes tenían una determinada tónica de pensamiento. Y al enfrentarnos con los problemas reales, dentro de la línea de los que tuvieron nuestra concepción de la vida, iremos perfilando una doctrina que no vendrá a ser la transacción abstracta de posiciones irreales, sino la formulación de un plan empírico de acción puesto al servicio de unos objetivos políticos.

C. J. S.

REALISMO POLITICO

EN política hay obligación de llegar y de llegar a la hora. La política es una partida con el tiempo, en la que no es lícito demorar ninguna jugada. Así señaló José Antonio la condición temporal del arte de gobernar a los hombres.

El tiempo tiene una dimensión enteramente distinta para el hombre político que para los hombres de otras actividades. Diferente es la actitud del hombre de ciencia, del artista, del filósofo, del físico o del teólogo. En ciencia es lícito plantear, preguntar y esperar pacientemente, al margen del resultado de la propia gestión. La visión religiosa confiere a la vida un sentido singular, y lleva hasta la eliminación del tiempo y a la proyección eterna del hombre. En política—fragua de la historia—hay que ligarse al tiempo y al transcurso objetivo del vivir.

El político trabaja con el tiempo, que marca sobre él en forma decisiva e inesquivable. Caracteristicas del menester político son la urgencia, la previsión y la sorpresa. El mañana podrá intuirse, pero nunca fijarse con precisión inevitable, y el buen político cuenta con su perspicacia para que le alumbre anticipaciones del acontecer histórico y con la sorpresa de los hombres y de los hechos fortuitos. Y para estas sorpresas, la única garantía posible de un pueblo son siempre las reservas de energías, de elementos o de recursos no dispuestos en el juego previsible, libres para una eventual utilización.

La Falange no quiso la improvisación ligada del instante—clave de la concepción romántica y liberal de la política—ni la esquemática predeterminación fatalista de los hechos históricos—como ocurría en la textual doctrina marxista—, sino el sentido permanente de la historia, ágil y actuante a través de la voz de mando, como fuente de decisions en el mundo político y en cada momento oportuno.

En política hay que actuar sobre la realidad, sobre esa realidad que cerca acuciante a los hombres ligados en un destino común, articulando las metas inmediatas con las lejanas al filo de la oportunidad. Julio César dijo que la política era el arte de aventurar cuando no admite espera y de esperar cuando la aventura no es conveniente. Pero los momentos de la aventura o de la espera son igualmente valiosos para la labor humana. En ambas fases no es el ocio ni el descuido quienes rigen la fortuna de los pueblos, sino el quehacer y la vigilia, en un caso en contenida tensión y en otro en ágil movimiento.

La vida de los pueblos dicurre, bien con ritmo plácido, uniforme, o en vértigo inquietante. De esta naturaleza son las horas decisivas, las horas históricas, en que el tiempo se angosta y se precipita la acumulación previa del trabajo humano. Son los momentos de certamen universal en que se concede el rango a las naciones por su valor, inteligencia, honor o ingenio. Llegar a punto, justamente es la condición excelsa de la buena política. Y para llegar a la hora hay que salir a tiempo, es decir, trabajar cada día, permanentemente, estrujando el tiempo con avaricia.

Sin prisa, pero sin causa, como la estrella, dijo Goethe. Y esto vale bien para el mundo estelar o para las edades clásicas de la humanidad—que algo se le parecen—, pero no para la vida o, al menos, para las épocas revolucionarias, en busca de la norma y de la unidad, que reclaman otro lema menos armónico y más esforzado: con prisas y sin pausas, sin calderones de ocio ni descarríos. Sólo así se recupera el tiempo perdido históricamente en tanta holganza y devaneo y se llega puntual a las citas de la coexistencia universal.

La Falange quiere y debe ser un *realismo político*, un movimiento riguroso y ágil en el tiempo y en el espacio de España. Tiempo y poderío, destino y libertad se trenzan caprichosamente en los hilos—religiosos o poéticos—que pasan por las manos del mando político.

En política hay obligación de llegar a la hora, con prisas, pero sin pausas, contando con la previsión y con la sorpresa. Y hay que partir a tiempo y trabajar todos los días.

¡Arriba España!

AGUSTÍN DEL RIO CISNEROS

In pace et bello perspicaces

AJEDREZ

Por JUAN MANUEL FUENTES
Subcampeón de España

TORNEO DE OTOÑO

Esta competición, organizada por el Real Madrid Club de Fútbol, que ha tenido de duración del 10 de noviembre a 1 de diciembre, ha enfrentado a los más calificados jugadores de esta Federación, descontando ausencias forzadas.

Véase el

CUADRO DE PUNTUACION

	1.ª vuelta						Puntos	2.ª vuelta						Puntos	Total	
	1	2	3	4	5	6		1	2	3	4	5	6			
1. D'Agustín.....	T	1	1	1	0	0	3	O	1	½	0	0	0	1½	4½	IV
2. R. Suárez.....	0	O	0	1	0	1	2	0	T	0	0	0	0	0	2	
3. Pérez.....	0	1	R	1	1	1	4	½	1	O	1	0	0	2½	6½	II
4. Aguilera.....	0	0	0	N	0	0	0	1	1	0	Ñ	0	½	2½	2½	
5. Sanz.....	1	1	0	1	E	½	3½	1	1	1	1	A	1	5	8½	I
6. Fuentes.....	1	0	0	1	½	O	2½	1	1	1	½	0	L	3½	6	III

La actuación de los jugadores puede resumirse así: Al comienzo destacó el juego sólido y efectivo del joven y fuerte ajedrecista F. Pérez y Pérez, quien terminó brillantemente algunos juegos, entre ellos con el cronista (quinta ronda); luego cambió algo de táctica, quizá debido a la magnífica puntuación obtenida en la primera vuelta. Incomprensiblemente se dejó una pieza con el maestro Sanz en la segunda vuelta, y esto trastornó por completo sus posibilidades. A pesar de todo, ha demostrado a lo largo del Torneo una preparación teórica muy perfeccionada y un dominio del medio juego que antes no era tan completo.

El vencedor del Torneo, maestro internacional José Sanz, comenzó algo inseguro; pero como siempre, a medida que avanzaba la competición iba mejorando de juego y de puntos, hasta conseguir un 85 por 100 de puntuación. Realmente es demasiada puntuación, pues tuvo la partida con Aguilera absolutamente perdida y logró ganarla por precipitación del adversario; igual ocurrió con la partida de R. Suárez, si bien aquí agobios de reloj de ambos en partida tablas le tocó equivocarse al Sr. Suárez. Ha destacado en este veterano jugador la flema y solidez de juego de siempre.

Los restantes participantes se han repartido los puestos en dura lucha y han tenido de todo. A D'Agustín y al cronista les ha tocado en esta ocasión quedarse con los tercero y cuarto premios, mientras Aguilera y R. Suárez ocupan los quinto y sexto; el primero, un nuevo jugador que ostenta el título de subcampeón de Málaga, encajó cinco ceros en la primera vuelta cuando tenía varias partidas para tablas; debe hacerse constar que se hallaba sometido a fuerte tratamiento médico a poco de comenzar el Torneo; luego, en la segunda vuelta, obtiene 2 y medio puntos, que pudieron ser 3 y medio si remata la del maestro Sanz como era debido. R. Suárez está atareado con su profesión y hubo de hacer un esfuerzo para poder participar en el Torneo.

SOLUCION AL PROBLEMA ANTERIOR, NUM. 7, DE A. FREY

Jugada clave: 1. C3AR. Variantes: 1. ..., D5A+; 2. C3D-5R mate. 1. ..., D7T+; 2. C3D-5R mate. 1. ..., C5A; 2. C2D mate. 1. ..., C8R; 2. C2A mate. 1. ..., C×PA; 2. C×C mate, y otras variantes secundarias.

La terminación brillante de la partida publicada en el número anterior es (a partir del diagrama): 1. ..., D6R+!!; 2. T2A (ó D×D, T×P+; 3. R1T, P×D, etc.; si 2. D2A?, T×P+, seguido de T×D), T×P+; 3. R1A, D×D; 4. T×D, T×T, y las blancas están perdidas.

CRUCIGRAMA

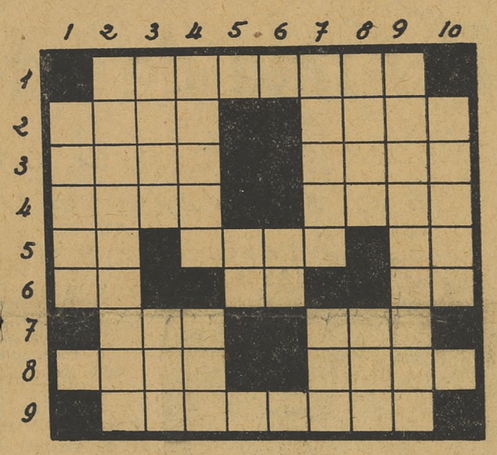
Por TERVI

HORIZONTALES

1. Malos poetas. — 2. Ropa de mujer. En las aves.—3. Nombre de varón. Ilustre general de nuestra Cruzada.—4. Desgasté. Rezar. — 5. Virtud teologal. Colina de Jerusalén. Nota. — 6. Negación, inv. Nota. Letra, inv. 7. Parecido. Toma. — 8. Roca. Quebrado. — 9. Mantiene.

VERTICALES

1. Labio. — 2. Acalorados.—3. Vehículo, inv. Período de tiempo. — 4. Campesino catalán. Acusativo de pronombre per. 5. Nota, inv.—6. Escuché. 7. Nombre de varón. Impar, sin S.—8. Emanación. Padre de las nuevas razas humanas, inv.—9. Unicamente.—10, Rotan, inv.



JEROGLIFICO

Por TERVI

Imperio V. Zallares.

Combinar estas letras de forma que se lea el nombre de una artista de cine.

Folletones de EL ESPAÑOL — **5 de diciembre de 1942**

MEMORIAL DE SANTA HELENA

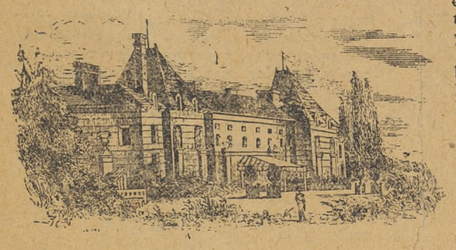
Por el CONDE DE LES CASES

(Continuación.)

Me di cuenta de que podría, de hoy en adelante, desafiar injusticias, malos tratos, suplicios. Me juré, sobre todo, que no se oirían jamás de mi boca súplicas, ni quejas. ¡Pero que aquellos de los nuestros a los cuales hube de parecer tan tranquilo en estas circunstancias tremendas, no me acusen, por Dios, de insensible! Ellos han prolongado su agonía, por decirlo así, en el detalle; la mía se había operado en masa.

Uno de los razonamientos, en cosa no la menos extraña de mi vida, surgió a poco en mí; veinte años atrás, emigrado yo en Inglaterra y no poseyendo nada en el mundo, había rehusado ir a buscar una fortuna segura en la India, "porque estaba muy lejos—me decía—y me encontraba ya pasada la juventd." Y he aquí que ahora, con veinte años encima, iba a dejar familia, amigos, fortuna, los más dulces de entre los goces, para ir a dos mil leguas a recluirme voluntariamente en una roca en medio del Océano... por nada. Pero no, ¡esto no es cierto! El sentimiento que allí me llevaba era muy superior a las riquezas que había desdeñado ir a buscar antaño: ¡yo seguía, acompañaba a quien un día gobernó el mundo y llenará la posteridad con su nombre!

Apareció el Emperador, según su costumbre, sobre el puente. Algún tiempo le había estado yo acompañando en su cámara, sin comunicarle lo que había oído decir; quería ser su consuelo y no contribuir a atormentarle. Sin embargo, estaba al tanto de todos los rumores que circulaban; pero se había entregado a bordo del "Belerofonte" tan libremente y de tan buena fe; sentía, por otra parte, tan profunda atracción por los mismos ingleses y daba por sentado que su carta al Príncipe Regente, comunicada por anticipado al capitán Maitland, estipulaba tácitamente condiciones que nunca podrían ser violadas; había, en fin, tanta dignidad en el paso dado por él, que rechazaba con indignación todos los temores que quisieran insinuársele, y ni siquiera permitía que tuviéramos dudas nosotros.



EL ALMIRANTE KEITH. ACLAMACIONES DE LOS INGLESES EN LA RADA DE PLYMOUTH, A LA VISTA DEL EMPERADOR

Jueves 27; viernes 28.

Difícilmente podría pintarse nuestra ansiedad y nuestro tormento; la mayor parte de nosotros ya no vivía; cualquiera circunstancia venida de tierra, la opinión más vulgar sobre todo lo que a bordo ocurriera, el artículo de periódico más fantástico, se nos convertía en tema de graves preocupaciones y causa de una perpetua oscilación entre la esperanza y el temor. Andábamos a la busca y captura de los más insignificantes rumores; provocábamos, de boca del primer llegado, explicaciones favorables, perspectivas falaces; la tendencia expansiva y la movilidad de nuestro carácter nacional nos hacen muy poco apropiados a esa resignación estoica, esa concentración impasible que han de fundamentarse en ideas firmes y en sólidas doctrinas asimiladas y vividas desde la infancia.

Los periódicos, especialmente los ministeriales, estaban desencadenados en contra nuestra; era el clamor de los ministros preparando la coartada que meditaban. Difícilmente podrá imaginarse nadie los horrores, las mentiras, las imprecaciones que acumulaban sobre nosotros; y ya se sabe que siempre en la calumnia queda algo, por reacio que el medio sea a ella. Y así, los modales en torno a nosotros se fueron haciendo más hoscos, las amabilidades más cohibidas, los rostros, inseguros.

El almirante Keith, después de haberse hecho anunciar una porción de veces, nos hizo visita de médico; era claro que nuestra situación inspiraba temores, que se evitaban nuestro trato y nuestras palabras.

Entretanto, y por otra parte, nuestra aparición en Inglaterra había provocado una emoción extraña, una curiosidad que rayaba en furor; eran los periódicos mismos los que se encargaban de informarnos de ello, condenándolo, naturalmente. Toda Inglaterra se precipitaba hacia Plymouth. Una persona que había salido de Londres inmediatamente de mi llegada, para venir a verme, se vió obligada a detenerse a las pocas millas, por falta absoluta de caballos y de alojamiento en el camino. El mar se cubría a nuestro alrededor de una multitud de embarcaciones; después hemos sabido que se llegó a pagar por una de ellas hasta seseni napoleones.

El Emperador, a quien yo leí todos lo periódicos, no dejaba por esto de mostrar en público la misma calma, el mismo lenguaje, las mismas costumbres. Se sabía ya que aparecía siempre en el puente sobre las cinco, y siempre, un poco antes de esta hora, se aglomeraban los barcos, millares de barcos; tan estrechamente apiñados que parecía que no hubiera debajo mar, como si toda esta muchedumbre de espectadores estuviera reunida en una plaza pública. Cuando el Emperador asomaba, el ruido, el movimiento, los gestos de tantos y tantos rostros constituían un espectáculo singular; fácil era darse cuenta de que en ello no había nada hostil; y que si la curiosidad era su principal motor, lo era también el interés. Hasta se podía comprender que este sentimiento iba visiblemente en aumento: primero se habían contentado con mirar a bordo, después ya vino el saludar, descubiertos algunos, y no tardaron mucho en prorrumpir en aclamaciones; nuestras mismas enseñas aparecieron entre ellos; mujeres y jóvenes aparecieron adornados de claveles rojos; pero todas estas circunstancias sólo influían sino en nuestro perjuicio a los ojos de los ministros y sus partidarios, y hacían más dolorosa nuestra continuada agonía.

En este momento, el Emperador, a quien no podía menos de chocar todo lo que se oía, me dictó un documento a propósito para servir de base a los legistas en cuanto a discutir y defender su verdadera situación política. Conseguimos hallar el medio de pasarlo a tierra. De él sólo la copia he conseguido.

DECISIÓN MINISTERIAL SOBRE NOSOTROS. ANSIEDAD, ETCÉTERA

Sábado 29; domingo 30.

Desde hacía veinticuatro horas, o acaso dos días, corría la especie de que un subsecretario de Estado llegaba de Londres para notificar oficialmente al Emperador las resoluciones de los ministros sobre él. Apareció, en efecto; era el caballero Banbury, que vino con lord Keith, y entregó una orden ministerial que contenía la deportación del Emperador y limitaba a tres el número de personas que habían de acompañarle, excluyendo, por otra parte, al duque de Rovigo y al general Lallemand, comprendidos en una lista de proscripción en Francia.

No se me llamó al lado del Emperador en este momento; los dos ingleses se hablaban y entendían en francés; el Emperador los recibió a solas. Después he sabido que combatió y rechazó con mucha energía y lógica la violencia que se ejercía sobre su persona. "Soy huésped de Inglaterra—había dicho—, y no prisionero; libremente he venido a ponerme bajo la protección de sus leyes; se violan en mí los derechos sagrados de la hospitalidad; nunca me someteré voluntariamente al ultraje que se me hace; sólo la violencia podrá obligarme..."

El Emperador me entregó la declaración ministerial para su traducción.

PALABRAS NOTABLES DEL EMPERADOR

Miércoles 2; jueves 3.

De mañana, el duque de Rovigo me hace saber que soy decididamente de los del viaje a Santa Helena; el Emperador, hablándole, le había dicho que si sólo dos habíamos de seguirle, contaba todavía que yo sería uno de ellos; que esperaba de mí utilidad y consuelo. A la benevolencia del duque de Rovigo debo la dulzura de conocer estas palabras del Emperador; por ellas le estoy reconocido; sin él no las hubiera sabido nunca. El Emperador no me había dicho nada a este respecto cuando tratamos este asunto; es su modo de obrar; más de una vez tendré ocasión de ponerlo de manifiesto.

A fondo no conozco a ninguno de los que habían seguido al Emperador, si exceptúo, no obstante, al general Bertrand y a su mujer, que me colmaron de atenciones durante mi misión en Iliria, en donde ejercía el mando en calidad de gobernador general.

Hasta entonces nunca había hablado con el duque de Rovigo; ciertas prevenciones me habían mantenido lejos de él; mas apenas nos vimos quedaron destruídas.

Savary amaba sinceramente al Emperador; vi en él alma, corazón, rectitud y agradecimiento; me pareció susceptible de una verdadera amistad; sin duda hubiéramos intimado. ¡Jamás podría él conocer los sentimientos y las penas que me ha dejado!

Como de costumbre, el Emperador me hizo llamar para platicar; después de hablar de cosas distintas, aludió con detenimiento a Santa Helena, preguntándome qué es lo que podía ser, y si será posible soportar allí la vida, etc., etc... "Pero después de todo—me dijo—, ¿es bastante seguro que yo vaya allí? ¿Depende, pues, un hombre de sus semejantes cuando él quiere dejar de serlo?"

Nos paseábamos en su habitación; estaba tranquilo, pero afectado, y, en cierto modo, ausente.

"Querido—continuó—, a veces tengo el deseo de dejaros, y esto no es muy difícil; basta con proponérselo; me desligaré de vosotros, todo habrá acabado, e iréis a reuniros con vuestras familias... Y esto tanto más cuanto que mis convicciones internas no me lo impiden en modo alguno; soy de aquellos que creen que las penas del otro mundo no han sido imaginadas sino como un suplemento a los insuficientes atractivos que allí nos presentan; Dios no hubiera querido oponer tal contrapeso a su bondad infinita, sobre todo para actos como éste. ¿Y qué es, después de todo? Queremos volver a El algo más aprisa."

Yo me revolvía contra tales pensamientos. El poeta, el filósofo habían dicho que era un espectáculo digno de dioses ver al hombre luchando contra el infortunio; los reveses y la constancia tenían también su gloria; un carácter tan grande y tan noble no podía descender al nivel de las almas más vulgares; aquel que nos había gobernado con tanta gloria, que había hecho la admiración y los destinos del mundo, no podía acabar como un jugador desesperado o como un amante burlado. ¿Qué sería, pues, de todos aquellos que creían en él, que esperaban de él? ¿Habría de dejar el campo libre a sus enemigos para no volver? ¿El deseo extremo que éstos manifestaban, no era suficiente para decidirle a resistir? Además, ¿quién conocía los secretos del tiempo? ¿Quién osaría hacer afirmaciones sobre el porvenir?

(Continuará.)

MCD 2022-L5

LAS CIUDADES Y LOS HOMBRES

EUGENIO D'ORS Y BARCELONA

Por JOSE PLA

EL ESPAÑOL me pide un artículo sobre Eugenio d'Ors concretamente, "estudiando—dice en su carta—el influjo que sobre él ejerció la ciudad de Barcelona y, si hubiera existido, el que pudiera haber ejercido a su vez su personalidad sobre el espíritu de la ciudad". No creo que yo sea el observador más eficaz para dar una idea completa sobre un tan vasto y complejo asunto. En mi adolescencia y primera juventud leí asiduamente a "Xenius". Pasé el sarampión novecentista. Compré, siendo estudiante, los fascículos del *Glosario*, que se vendían a precio módico en los quioscos de la rambla. Fuí alumno de los primeros cursos de D. Eugenio en el Seminario de Pedagogía de la Universidad Industrial. Desde entonces siento una gran admiración por el filósofo Cournot, y me ha sido de una gran utilidad en la vida intelectual su antítesis *Mundo cósmico*—vida humana sobre la cual se basa toda posible posición civilizada—al menos, a mi entender. Siendo diputado provincial por el distrito La Bisbal-Torroella de Montgrí, se planteó en la Mancomunidad el problema de la gestión administrativa de D'Ors en algunos organismos públicos de carácter cultural, y fuí uno de los poquísimos diputados que, frente al sentir general, votaron a favor de D. Eugenio. Luego me marché el extranjero, mientras D'Ors escribía elucubraciones sobre el sindicalismo, que tuvieron escasa continuación. En uno de mis viajes a España, me mandaron hacerle al filósofo una interviú. Era cuando regresó de Buenos Aires. Me dijo que los cementerios de las ciudades del Plata eran los más caros del mundo y que la gente se disputaba los panteones y nichos bien situados como los pisos de la avenida de Mayo. Luego, en realidad, no nos hemos visto más. Tuve noticia del éxito inmenso que tuvieron algunos libros de D. Eugenio, sobre todo en las clases llamadas dirigentes, cuando fueron vertidos al castellano. La *Bien plantada* gustó y gusta muchísimo. En París, los elementos de la "Acción Francesa" escribieron mucho, sobre todo León Daudet, sobre sus escritos de arte. Creo que ha tenido en diversas naciones grandes éxitos académicos. En Burgos, en la época de la guerra, tuve noticia de la existencia de un Instituto de España, cuyo factotum era D'Ors, y supuse que se trataba de una réplica en yeso del Instituto de Francia. Ahora, cuando me encuentro con un libro o escrito de Octavio de Roméu, lo leo o trato de leerlo. Pero no suelo encontrar en estos papeles las ingenuidades y los esfuerzos que tanto me encantaron en otros días. Es posible que D. Eugenio se haya evaporado ligeramente; pero lo más probable es que el evaporado sea yo. Los años pasan; el desgaste ha sido muy intenso; la receptibilidad se abotaga y se desvanece.

Yo soy, como saben todas las personas que me han tratado y tratan, un recalcitrante conservador, porque me parece absurdo que el hombre adicione sus facultades intelectuales y materiales a la incesante labor revolucionaria y destructora que realiza constante e implacablemente la Naturaleza. Y un conservador, cuando se ha hablado de todo, es esto: un hombre capaz de sentir la máxima admiración posible por sus semejantes. Yo siento una gran admiración por D. Eugenio d'Ors, como siento un grandísimo afecto por D. Juan Aparicio y su obra cumbre, que es el EL ESPAÑOL. Pero he de confesar al propio tiempo que no he podido jamás digerir la *pose* de D. Eugenio d'Ors. Don Eugenio d'Ors escribe como un ángel; es uno de los mayores oradores de nuestro tiempo; tiene una cultura vasta, considerable, pero su presentación social no me gusta. No tiene sencillez. Es afectado. Tiene una constante preocupación por ser tomado como un hombre distinto de los demás, como un original; es decir, como un "romántico". Es un hombre que aspira constantemente a subrayarse. Escribe y habla en letra cursiva. No puede ya pedir un par de huevos fritos hablando con naturalidad. Es un hombre dominado por su máscara. Los matices de esta máscara más acusados son la dulzura, la delicuescencia, la morbidez, que a veces linda con la pornografía. Esto me da a entender, por contraste, cuál debe ser el grado de su violencia interna, de su acritud, de sus desprecios, de su verticalidad. La dulzura de don Eugenio me transporta constantemente a la selva virgen. Noto en los movimientos de su cuerpo y de su espíritu una cierta lubricidad silenciosa, lenta y selvática. Para determinadas inteligencias, la presencia de D. Eugenio d'Ors debe ser absolutamente placentera, casi un éxtasis. A mí estas caídas de párpados me gustan menos, quizá porque D. Eugenio nos había prometido un siglo XVIII limpio e higienizado. Demasiado juego... Cuando uno se ha pasado la vida explotando la antítesis clasicismo-romanticismo y se ha utilizado el romanticismo como guardarropía de todos los errores humanos, fatiga un poco el virtuosismo romántico llevado a extremos que hacen palidecer los *raconti* más desfibrados de Puccini o el cosquilleo más sensorial de Debussy. Este—a mi modesto entender—no era el trato.

Como D. Juan Aparicio, pues, comprenderá, yo no soy el más exacto observador para hablar de un tema tan vasto. A pesar de mi incondicional admiración por don Eugenio d'Ors, me enturbia un poco la visión de su espíritu, su *pose* sibilina, mudada y serpenteante. Lo sacerdotal que adoro en la liturgia, me parece excesivamente divertido en una tertulia de intelectuales o en un saloncillo burgués con muebles Rolaco. Por Nietzche supimos que

Platón y Pitágoras fueron personas de un orgullo diabólico, de un sentido de su personal independencia insobornable. Este orgullo nos pareció siempre la Carta Magna del espíritu laico. Pero si las palabras tienen un sentido, ¿qué clase de higiénico laicismo será éste, entreverado de anfractuosidades o tumefacciones siríacas o mesopotámicas? No le veo, pues, claro si no es a base de descarnarlo y aislar el espíritu, cosa que no está en mis pobrísimos medios intelectuales. Es un caso de complejidad que me depasa. No puedo hacer, pues, otra cosa que dar una visión pueril de D. Eugenio d'Ors, resucitando algunos vagos recuerdos de veinte años, de aquella dichosa edad en que se confunde la inteligencia con los intelectuales.

* * *

Cuando sucesivamente pasé por los trastos de los dieciocho, diecinueve y veinte años elaboré un diario más o menos íntimo, en el que anotaba, como podía, efectos de lecturas y toda clase de simplezas y de ingenuidades. En este dietario, el nombre de "Xenius" está casi en todas y cada una de sus páginas. No puede describirse el efecto que nos produjo la lectura en *La*

Nogués: «La bien plantada».

Veu de Catalunya del "Glosario". Era un mundo que nacía sobre unas ruinas insignificantes. Frente a la Naturaleza, la Cultura. Frente al ruralismo, la ciudad. Frente a la calle, la Universidad. Frente al romanticismo, el clasicismo. Frente a lo espontáneo, el tono. Frente a la libertad, el soneto. Frente al indigenado, la civilidad. Frente a la testarudez, la ironía. Frente al capricho, la norma. Frente al arrebato, la gramática..., etc., etc. ¡Qué vidaza! ¡Qué felicidad! ¡Qué manera maravillosa de ir encasillando, en nuestras casillas cerebrales, las cosas del mundo! Todo aparecía resuelto casi de antemano. Todo estaba sujeto a un sistema de valorización maravilloso. Este es novecentista, luego es bueno. Fulano es novecentista, luego es excelente. Cuando uno es joven, los maestros que más intensamente satisfacen son los sistemáticos, porque en la juventud se tiene hambre de unidad. "Xenius" era sistemático, y por cinco céntimos—los periódicos valían entonces cinco céntimos—nos daba casi cada día una lección que reputábamos definitiva, insuperable. Y esta lección no la percibíamos ni escrita ni hablada, sino tocada con un violoncello de grave y clara sonoridad—que así era para nosotros el estilo del glosador, de jóvenes, lo digo sin asomo alguno de ironía—; hemos sido casi felices gracias a D. Eugenio d'Ors y Rovira. Un día le vimos en el viejo Lyon d'Or, de la Rambla, tomando una cerveza—era alto y esbelto y tenía los cabellos al viento, que venía del monumento a Colón, y una gran cinta negra le sujetaba el monóculo—y quedamos como turulatos.

Cayó a nuestro alrededor casi todo: los hermanos Quintero y los ojos en blanco de Enrique Borrás, Méndez Bringa y Taboada, la política madrileña de capa sin espada y la Castilla del pintor Zuloaga, Ruskin y Schopenhauer, William James y Hartmant, los cientificistas y los misticoides, los naturalistas y los demasiado eficaces, los eslavos y los orientales, muchos moros y algunos cristianos. La sangre corrió a torrentes, pero ¡cuántas apariciones insospechadas! "Xenius" nos iba presentando a sus amigos nacionales o extranjeros, amigos reales o amigos intelectuales, con la más perfecta naturalidad. Daba la impresión que conocía a dos o tres mil personas importantes. Primero, nos abocetó los diplomáticos de la Conferencia de Algeciras, a cuyo fenómeno fué enviado por el periódico que compraba sus papeles. Luego, fueron los profesores. Su descripción de una lección de Bergson en el colegio de Francia fué algo prodigioso, algo que recordaremos las personas de mi edad en este país como algo insuperable. No podemos quejarnos. Hemos conocido a Rilke siendo todavía secretario de Rodin. Hemos conocido a Valery cuando éste estaba en el 2.º Bureau francés, en Londres. A Tagore lo odiábamos en 1916. Y luego, los artistas. Sobre este punto, no puede haber equívoco. Desde mis primeros artículos, colocóse D'Ors en la vanguardia de la crítica artística española y su situación no ha sido superada. Su sensibilidad es literalmente cosquilleante. Su curiosidad, universal. Sus conocimientos, muy vastos. En el arte actual, tan exclusivamente basado en placeres y sensaciones apenas tamizadas por la bohemia aburguesada, la encrucijada de D'Ors, la selva y el salón burgués, había de convertirle en un maravilloso receptáculo. ¡Y siempre tan sistemático! Véase, a estos efectos, el libro sobre el Museo del Prado. Este libro ha producido un curioso fenómeno que he constatado. A muchos espíritus no les interesa ya saber si una pintura es buena o mala, si place o no place, sino catalogarla según los cánones del clasicismo o del romanticismo. Y esta operación es muy parecida a resolver el problema del damero maldito o el crucigrama.

Quedamos, pues, que en nuestra adolescencia y primera juventud nos divertimos mucho y aprendimos deleitándonos. Aparte de todo lo dicho, contribuyó a ello, positivamente, el estilo de "Xenius" situado entre el dandysmo de Octavio de Roméu y la esbeltez ligeramente madura—sesenta kilos—de la Bien Plantada. Este estilo, *ab initio*, fué el francés traducido al catalán con una prodigiosa, inolvidable, gracia. Estábamos fatigados de naturalismos, ruralismos y verismos más o menos fotográficos. A D. Juan Maragall mismo lo encontrábamos muy nebuloso, y escribiendo el catalán, muy abandonado. Sus cosas de Novalis y de Goethe nos parecían pintadas por Fuerbach. Llegó D'Ors con la claridad francesa, con la desde luego falsa claridad francesa, pero que implicaba un realismo sintético muy plausible y estimable. Estilo rápido, nervioso, con una preocupación constante de dar el acabado y el matiz dominante. Salieron en seguida los imitadores, pero por el momento—y en esto todavía estamos—no han dado pie con bola. Esto ha sido un gran daño, porque muchos espíritus se han alambicado y son incapaces ya de tener un contacto directo con la realidad. El trancazo siempre latente en el castellano es el culteranismo, como el trancazo, siempre latente, en el catalán es el provenzalismo.

En todo este proceso vital—que no podemos hacer más que esquematizar—, ¿qué influencia tuvo la ciudad de Barcelona? Aparentemente, muy escasa. Cataluña, Barcelona, España entera, sirven en aquel momento a muchos espíritus como espectáculo para ejercitar sus facultades iconoclastas. Pero cuando quieren decir algo relacionado con sus fibras sensibles miran a París, a Berlín y hasta a la lejana Escandinavia. Forzoso es tenerlo que reconocer: hemos vivido un tiempo, los hombres de nuestra generación, en que los espíritus más finos no se han considerado euraizados en parte alguna de España, y esto que en el terreno intelectual hubiera sido hasta cierto punto digerible—porque lo estrictamente intelectual cuenta muy poco en el sistema de una sociedad construída—ha tenido en el terreno político consecuencias literalmente trágicas. Hay algo—por ejemplo—infinitamente más triste que las instituciones de la segunda República española: es el estado de espíritu fervorosamente provinciano con que fueron elaboradas.

* * *

Sin embargo, hemos de entendernos. Si Cataluña tiene como cabeza parlante a Barcelona y esta ciudad es la síntesis de nuestros defectos y de nuestras gracias, forzosamente habremos de constatar que sobre "Xenius" influyó la ciudad de Barcelona en lo básico. Cataluña es la región de España que contiene más individualistas por metro cuadrado. Este acusadísimo matiz constituye la grandeza y la miseria de nuestra economía y la grandeza y la miseria de nuestra política.

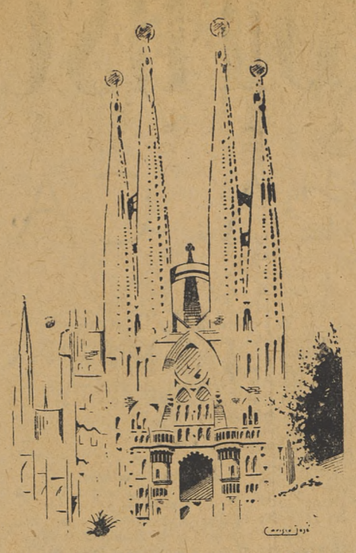
Si me fuera posible calificar con alguna palabra la posición filosófica de D'Ors, diría que es una posición de individualismo recalcitrante, insobornable. Su concepción de la obra de arte como acto arbitrario, como realización de la arbitrariedad, es sobradamente conocida. Implica la exacerbación del individualismo hasta los linderos de la danza dionisíaca. El lector pensará en Nietzsche. Yo también. Pero he de declarar que las lecturas ni los plagios me han importado jamás, porque creo que la cultura es plagio sistemático y el hombre culto—por ser el más débil de los *specimens* humanos—no puede hacer otra cosa que plagiar. *La Gaya Scienza*, de Nietzsche, es el libro más individualista y el más escéptico—en el sentido moderno de esta palabra—que quizá se ha escrito jamás. En este libro, hay muchas cosas que hacen al caso. Frente al hombre cuya convicción fundamental consiste en la necesidad sentida de obedecer, es decir, frente al creyente, Nietzsche describe al hombre libre, dotado de libertad de querer, indotado para la fe, liberado de toda ansia de certidumbre, acostumbrado a tenerse derecho sobre las cuerdas flojas de todas las posibilidades, a bailar incluso al borde del abismo. La arbitrariedad d'orsiana no llega a estos extremos de enfermizo maximalismo. El público de D. Eugenio ha sido siempre burgués y recatado. Las formas de su espíritu son latinas y mediterráneas y en definitiva católicas. Pero la teoría de la obra de arte, entendida como acto arbitrario, quizás como un acto decisivo y complejamente biológico, está aquí. Es el dyonisismo sin borrachera, el dyonisismo familiar y moderado, el dyonisismo del bisanche lo que D'Ors extrae de las antiguas lubricidades.

Y en un escarceo que leyó, si no recuerdo mal, en el Congreso Internacional de Filosofía de Bolonia, tituló sus estudios sobre el sentimiento religioso *Religio est libertas*, que es otra demostración de lo que decimos. Frente a las puerilidades del enciclopedismo y del positivismo, frente a los laboratorios de psicología experimental y sus esquemas mecanicistas, tan satisfactorios para el *baby* americano o el cientificista eslavo, D'Ors colocó, con muy buen acuerdo, a mi entender, el sentimiento religioso fuera de estas órbitas insignificantes. Posición irónica, real, correctísima y todo lo individualista que el dogma permite. Esta tesis es, si se quiere, un poco pueril, pero indispensable en la trayectoria intelectual de la juventud del glosador. Aquí encontramos el viejo fondo del individualismo catalán encuadrado en el marco de un adorable equilibrio. Y este encuadramiento es doblemente catalán y típicamente barcelonés.

Su *Filosofía del hombre que trabaja y que juega* está también entreverada de elementos individualistas. Le interesa no el hombre en general, que en definitiva es una abstracción, sino—para decirlo como Aristóteles—el hombre que se llama Calas. Individualismo perfectamente equilibrado. Frente a la especialización, las humanidades. Frente al mito de la papeleta, la cultura general. Además del trabajo, el juego; sobre lo prosaico, sobre lo pedestre, la fantasía. Al lado de la adhesión completa de la matemática, la adhesión incompleta de la ironía. Pero no quiero extenderme más en estas cosas, entre otras razones porque no es necesario. Los lectores de este semanario, que yo me imagino jóvenes y dilatadamente curiosos, saben estas cosas mucho mejor que yo. Además, tengo la fundada sospecha de que para ellos esto es más reciente que para mí, que ya empiezo a olvidarlo.

* * *

Si en lo básico encontramos en el espíritu de Eugenio d'Ors algunas influencias—desde luego, difíciles de describir, por su misma vaguedad—del núcleo social que le vió nacer, otra cosa es el problema de la influencia que ejerció D'Ors y su grupo en Cataluña y, sobre todo, en Barcelona. Creo que esta influencia fué considerable, ancha, decisiva. En su juventud y siempre, D'Ors ha sido no sólo un paladín del intervencionismo, sino que se ha abierto paso con la intención de intervenir positivamente no sólo en la vida intelectual, sino en todo. Ha tenido en este punto mucha más constancia que su amigo de juventud José Pijoán, que tanto trabajó antaño para mejorar el gusto y aumentar el acervo artís-



tico nacional. Pero Pijoán se marchó primero a Roma y luego al Canadá, y posteriormente a los Estados Unidos, donde escribe librazos imponentes y esquemas de la historia para los *babys* yanquis.

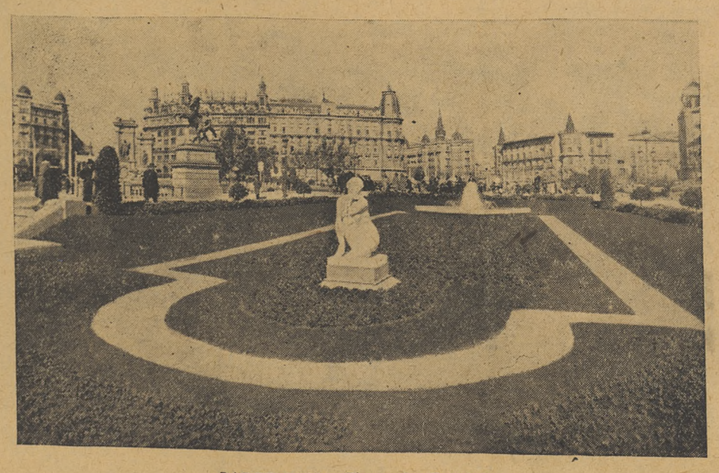
Se decía entonces *sotte voce*, que D'Ors intervenía a través de don Enrique Prat de la Riba y que Pijoán lo hacía a través de otros dos importantes canales: don Alejandro Lerroux y la Institución Libre. A la larga, los contactos de estos dos intelectuales con la política fué para ellos nefasto y ambos quedaron en la calle y desarbolados. No es el momento de discernir las causas. Pero en todo caso, lo que se me pide es un testimonio de espectador, y en este terreno me reafirmo en lo dicho: que su influencia fué muy considerable.

En definitiva, las primeras aulas limpias y claras, los primeros libros no totalmente manoseados, las mesas y los bancos decentes en cátedras y bibliotecas, a ellos los debemos. Yo estudiaba entonces en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, caserón frío, oscuro e inhospitalario, y recuerdo el pasmo que nos producía la organización dada por D'Ors a la Universidad Industrial. En la biblioteca de la Universidad, tinglado triste y huraño, el último libro que era dable servir eran los *Episodios Nacionales*, de Galdós; pero luego en la Biblioteca de Cataluña lo teníamos todo a nuestro alcance. Cada uno de nosotros, en nuestras propias actividades, constató aquel inmenso cambio. Dudo que José Antonio penetrara alguna vez en la Biblioteca de la Universidad. En cambio, me dijo innumerables veces que tenía un recuerdo agradabilísimo de la Biblioteca de Cataluña y que había pasado en ella horas inolvidables. Todo esto es hora de decirlo, porque la verdad no puede molestar a nadie. El Estado, en mi juventud, en el aspecto cultural era un Leviatán insatisfactorio y destartalado y todas las mejoras posteriores—que han sido considerables—han sido iniciadas por elementos situados fuera de sus escalafones faraónicos y bastante anquilosados.

En el aspecto del gusto, costó probablemente menos de triunfar, porque cuando D'Ors comenzó su apostolado cívico, el neomodernismo, en su esplendor, iniciaba ya su baja. Todavía se construían en hierro y en cemento nenúfares liliales y señoritas distinguidas en forma de torbellino; todavía Ruskin y Burne Jones, Metterlinck y Hauptmann asomaban con sus trasnochados *ersatz* literarios, pero ya se abría paso una simplicidad más agradable. Si por desgracia nuestra los arquitectos no se hubieran apoderado del modernismo, toda esta superestructura hubiera quedado desplazada. Pero los materiales son duros y tienen las formas en yeso y en cemento una duración más larga. El ensanche de Barcelona es feísimo y contiene piezas que nos hacen estremecer de indignación. Pero que esto quede bien sentado: el primero que sintió esta indignación fué D. Eugenio y sus amigos. Postularon frente a los caprichos de una burguesía realizados por arquitectos incalificables, una mayor simplicidad de líneas, un orden más normativo. Frente al capricho, el tono, el canon.

En el mejoramiento del arte de hablar, de escribir, de captar una u otra forma de la realidad, la influencia del glosador fué también muy grande. Pasamos del pintoresquismo verista, del naturalismo rural, de hacer las cosas en mangas de camisa, a un tono bastante plausible. Todo el problema consistía en mantenerse en él a base de infundirle una cada día más acentuada naturalidad. Pero esto no se mantuvo ni en la producción ni en las evoluciones personales frente a la sociedad. Y al final, aquella generación fué una víctima de su propia máscara y todos acabaron teniendo un tic reconocible a cuatro leguas de distancia—el tic del superhombre original—. La generación acabó trabajando en el vacío y sus hombres fueron separándose del tono ciertamente modesto, pero general. A la larga, el divorcio fué decisivo, completo, total.

En la primera generación que se acercó a Eugenio d'Ors—me refiero ahora a la generación catalana—quedan apenas rastros d'orsianos. El grande y noble Enrique Jardí, que murió hace poco, acentuó sus capacidades de autodidacto y desde su ensayo sobre Sorel no escribió más. La segunda generación se dispersó rápidamente a través de vicisitudes tempestuosas en la amistad. Juan Creixell murió muy joven. José María Capdevila, personaje de muchas obras y obrillas d'orsianas, está en América como católicorojillo. Juan Estelrich, infatigable como siempre, ha descubierto, al parecer, un libro inédito de J. L. Vives en la Nacional de París. En Cataluña, D'Ors vive en el recuerdo agradecido de los que tenemos más de cuarenta años. Pero la juventud lo considera simplemente como un gran maestro colocado en una altura inasequible, considerable. Es una lástima. Digo que es una lástima que no sea aprovechada la dimensión social de don Eugenio, sus enormes dotes de maestro y de consejero, las formas maravillosas y tornasoladas de su fluencia en el hablar y que su influencia personal se reduzca—aquí—a núcleos numéricamente tan escasos. Pero este país es así: lo destruye todo por gusto de juego y luego todo son lamentaciones y llantos. Por esto, lo mejor, en definitiva, es no estar y trabajar en silencio y en paz.



BARCELONA.—Plaza de Cataluña.

Música española aplaudida en Alemania

Entrevista con von BENDA, director de la Orquesta de Cámara, de Berlín.

QUIEN haya visto una sola vez dirigir su orquesta a von Benda, sabe lo que es un director de orquesta. La música, para él, es una vocación, un sacerdocio. No interpreta: crea. Todos sus músculos, todos sus nervios parecen vibrar en una locura sagrada. Y viéndole y oyéndole en obras tan distintas como son una sinfonía de Haydn y una danza de Brahms, es cuando se comprende el formidable secreto de este hombre: equilibrio y desenfreno; lo dionisíaco y lo apolíneo juntos, ensamblados; polos al fin, extremos de un mismo diámetro esencial de lo humano.

El público de Madrid, el público de toda España, le conoce y le aplaude fervorosamente. Ha recorrido, entre otras de nuestras ciudades, Granada, Salamanca, San Sebastián... En todas partes la misma reacción de los inteligentes, de los aficionados, de la masa.

De tradición le viene tanto su vocación cuanto su maestría. En el siglo XVII, la familia von Benda dió en siete de sus miembros otros tantos músicos, en la corte de Berlín todos ellos. Un antepasado directo del director de la Orquesta de Cámara de hoy llegó a tocar, en formidable récord, nada menos que 5.000 conciertos, en el espacio de cincuenta años, con el mismo rey Federico el Grande, excelente flautista, como todos sabemos.

Acabada la guerra de los siete años, ya viejo Federico, conversando un día con aquel von Benda, le dijo: "Estoy triste, porque he perdido mi mejor amigo." El músico le preguntó quién podía ser, pues no sabía que últimamente hubiera muerto nadie, nadie con la categoría presunta de mejor amigo del rey. Entonces Federico le cogió de la mano y, vacilante, le llevó a un cuarto próximo. "Mira." Allí había tres cajas cerradas y selladas con el sello real. En las cajas estaban las flautas del rey. Y el rey, más triste cada vez, le explicó que ya jamás podría tocarlas, pues la gota de su brazo se lo impedía.

Esta curiosa anécdota, que revela muy bien la intimidad entre ambos personajes, así como la vida intensa de arte en aquel medio tan refinadamente culto de Sans Souci, figura en la autobiografía del antepasado von Benda.

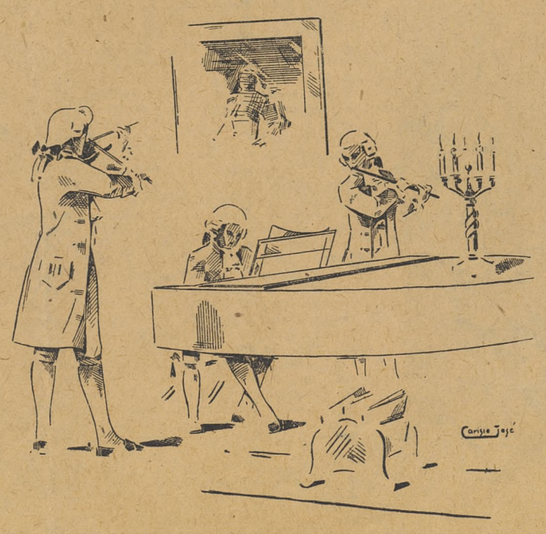
Por eso, sin duda, el actual Director General de Música de Alemania y director de la Orquesta de Cámara de Berlín siente una acentuada predilección por la música dieciochesca.

Dejemos que él nos hable:

—El siglo XIX ha producido las grandes orquestas, las cuales, en sus programas, dejaban muy al margen la música del dieciocho. Por ello me he esforzado con verdadera devoción, en restituir aquellas obras al altísimo lugar que les corresponde, dándolas muchas veces a conocer, en el más literal de los sentidos. Obra de la categoría de la "Sinfonía en do mayor", de Haydn, era absolutamente desconocida en toda Europa.

"Mi orquesta está constituída por elementos en su mayoría jóvenes, con calidad de solistas, los cuales no pierden en ella su individualidad, como sucede, acaso inevitablemente, en la gran orquesta. Entre ellos los hay que son también compositores, como Grenz, que dirige sus propias obras, obras que nosotros ejecutamos con todo cariño.

"Pero esto de tener preferencia por la música del dieciocho no ha de entenderse sólo, ni siquiera principalmente, en un sentido histórico. La música moderna, luego que la del romanticismo llegó a su último florecimiento, vuelve, como a un manantial inexhausto, a Bach, a Häendel, a Mozart, a los italianos Vivaldi, Scarlatti... Es decir, a la disciplina constructiva."



—¿La música, hemos de considerarla como un arte, por decirlo así, totalitario, capaz de encerrar en sí misma toda una concepción del mundo, o, por el contrario, como un alivio, como un juego?

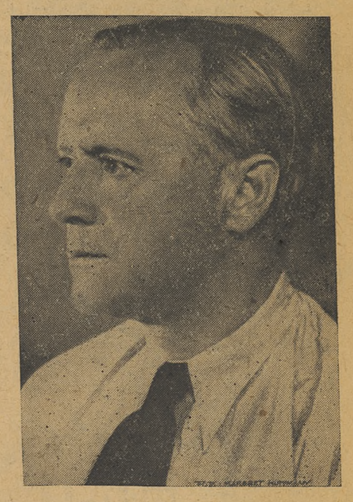
—Me plantea usted una cuestión difícil. La música yo la entiendo como una manifestación, la más profunda manifestación del alma de los individuos y de los pueblos. Ahora bien: de eso a que pueda encerrar toda una concepción del mundo, y hasta una teodicea, en el sentido que quiso darle Wagner, hay distancia. Por otra parte, lo mismo que en todas las artes, en todas las manifestaciones bellas de los sentimientos e ideaciones humanas, la música provoca ese alivio, esa liberación que era el resultado más profundo de la tragedia griega: la catarsis.

—¿Lo popular en los grandes músicos?

—Muy importante. Lo mismo que un Lope, que un Goethe tienen una de sus raíces, la más profunda acaso, en la canción sencilla del pueblo, así los más altos maestros de la música se basan en los temas oídos, un poco al azar, tal vez en un bosque, a un leñador que vuelve con su haz a la espalda, o al menestral que vierte sus penas y sus goces entre el claro din dan de los yunques. En la "Novena sinfonía", de Beethoven, la canción "Alegría" con que finaliza está concebida como una melodía popular. Y lo mismo sucede en Schubert, en Brahms...; canciones tomadas del pueblo, que el pueblo, después, reconociéndolas como suyas, acoge de nuevo y entona.

—¿Cómo ve usted la música española contemporánea?

—Extraordinariamente interesante. Y lo demuestra el éxito que tiene dondequiera que se presenta. Para el público de Alemania, el más conocido de vuestros compositores es Falla; a su lado, en estos años últimos, por



obra muy especialmente de los festivales culturales hispanoalemanes, se han hecho conocidos otros nombres: Turina, Rodrigo..., antes más bien al alcance sólo de los especialistas.

—Siempre hay, en todo, una preferencia personal, que a veces no podemos explicarnos racionalmente. ¿Cuál es la obra que más le gusta a usted dirigir?

—No la tengo. Créame que no la tengo. Es tanto y tan ancho el campo de nuestra actividad, y tantas las corrientes—todas muy esenciales y muy queridas—de nuestro arte, que señalar esta o la otra especial simpatía sería siempre algo parcial e incompleto. Como dice uno de vustros grandes escritores, "prefiramos no preferir".

El masetro tiene prisa. Le esperan. Antes de volver a Alemania habrá de dirigir varios conciertos aquí y a muchos kilómetros de aquí. Nos tiende la mano. Y un momento, después de despedido, su figura prócer de artista, con su melena encanecida sobre la batuta, se queda unos momentos temblando por delante de nuestros ojos.

VÍCTOR ARLANZA

MCD 2022-L5

LOS ROTHSCHILD ASIATICOS

LA CASA DE MITSUI

La presente generación tiene sólo imperfecta idea de todo lo que el nombre de "Rothschild" significaba y simbolizaba en Europa en el siglo XIX. Porque ya en las postrimerías de éste comenzaron a deslumbrar nuestros ojos estupendas cifras en dólares y nombres de plutócratas norteamericanos, y la serie de "estrellas" financieras, tales como los Astor, Vanderbilt, Morgan, Carnegie, Harriman, Huntington, Rockefeller, Ford y tantos otros, vinieron a dejar en la penumbra a aquel astro israelita, que antes considerábamos, no ya de primera magnitud, sino de magnitud única: el sol alrededor del cual giraba todo el universo financiero. Europa misma descubrió nuevos planetas propios, multimillonarios a la yanqui, planetas de rápida condensación y amplia órbita, como Krueger, Stinnes, Zaharoff... Algunos, cometas fugaces cuyo brillo cegador ilùminó el espacio por breve tiempo, pero que pronto desaparecieron; otros, más sólidos y firmes, que todavía ocupan un puesto en el poblado firmamento de los negocios.

Y aquel radiante astro que fué el pasmo de tres o cuatro generaciones, sin llegar a eclipsarse enteramente, perdió su brillo al lado de los nuevos meteóricos planetas que fueron surgiendo, y es hoy una estrella secundaria; todavía se le puede ver, pero casi hace falta ya el telescopio. Los Rothschild existen aún, ciertamente, y varios de ellos son todavía millonarios y se les nombra a veces en el mundo de la alta sociedad y de la finanza. Pero hay que tener en cuenta también que, mientras el número de barones de Rothschild se ha ido multiplicando con la prolificidad de su raza, los millonarios, aun manejados por manos tan duchas y expertas como las de esos banqueros internacionales, no han podido acrecentarse en igual proporción. Por otra parte, la Gran Guerra, las graves crisis económicas que han ido brotando, tanto en las naciones vencidas como en las vencedoras, y las dificultades y vejaciones de todas clases que un nacionalismo exacerbado impone en todas partes, hubieron de poner y ponen a duras pruebas la resistencia de la intrincada tela de araña en la que antes los Rothschild habían logrado mantener aprisionadas todas las Bolsas y, según la opinión general, todos los Gobiernos de Europa.

Hoy el nombre de Rothschild ya no es un sinónimo de riqueza. Más de un jovenzuelo os sabrá decir quién es el rey del petróleo, o el del acero, pero no se le ocurrirá citar a los Rothschild. Y si se les ha recordado recientemente, se debe sólo a que el libro y el cine han reavivado su memoria. El libro de Ravage y la película que con tan notable acierto interpretó el actor inglés George Arliss, han hecho repercutir otra vez por el mundo el nombre de la Casa de Rothschild. Pero ya como un eco del pasado, como una memoria histórica, como "Richelieu" o "Violetas imperiales".

Los reyes financieros de Europa murieron.

* * *

Pero el Oriente es mucho más conservador y tradicional. Las grandes instituciones humanas tienen allá vida más perenne. La dinastía japonesa que hoy ocupa el Trono con el crisantemo es la misma que fundó Yoritomo, descendiente de Amateratsu, divinidad creadora del Japón, y el trono financiero del Imperio del Sol Naciente viene ocupándolo desde hace tres siglos una dinastía cuyo nombre, si bien conocidísimo en los círculos bancarios y comerciales del mundo entero, no ha llegado todavía a oídos de las masas, a excepción, claro está, de su propio país.

Nos referimos a la Casa de Mitsui. No hace mucho se publicó en Tokio un librito, editado en varios idiomas y, entre otros, en correctísimo castellano, en el que se ponen de relieve las circunstancias que presidieron a la fundación y existencia de tan notable entidad y sus múltiples actividades en el presente. Para nosotros, españoles, ese volumen es doblemente interesante. Conocíamos ya algo del Japón guerrero y heroico y del Japón religioso y artístico; en nuestros días ya hemos podido apreciar la acometividad comercial de los nipones, y sabemos que sus productos, manufacturados con la ventaja de la barat:sima mano de obra y de la abierta protección oficial, constituyen el más típico ejemplo del *dumping*, tan temido por todos los países productores. Pero muy pocos de nosotros estábamos enterados de la potencia económica de la familia que durante los últimos casi trescientos años viene dirigiendo de hecho la vida industrial, comercial y aun la política de aquel Imperio, e influyendo activa y sensiblemente en todos los asuntos del Extremo Oriente. Y es que antes la Casa de Mitsui, como la Casa de Rothschild, se desenvolvía en voluntaria semioscuridad. Hoy la vida moderna, impulsada por el ejemplo yanqui, no admite ni discreción ni penumbra. Hoy la finanza, como la diplomacia, debe trabajar bajo el foco de las poderosas lámparas... de los estudios cinematográficos.

Esta luz nos permite hoy hacer desfilar ante una imaginaria pantalla las gestas comerciales de la histórica familia Mitsui. No podemos aquí proyectarlas todas—hemos tenido que desechar muchos metros de película—, pero ahí va un "guión" animado.

Y para comenzar la proyección con arreglo a la máxima "hollivudesca" de despertar ante todo la curiosidad de los espectadores, la pantalla reflejará una muestra de tienda, un deteriorado rótulo colgante, de madera, con ideogramas japoneses en dorado sobre fondo negro. Esos caracteres se pronuncian "*Genkin Kakene Nashi*", y significan "Pago al Contado y Precio Fijo", y dan, además, un nombre: *Hachirobei Mitsui*. Esta muestra data del año 1673, y colgaba a la puerta de su tienda de Yedo, hoy Tokio.

Muestra de Hachirobei.—"Pago al contado y precio fijo."

* * *

"En 1673, setenta años después de haber entrado Japón en el largo período de paz del Shogunado de Tokygawa, Hachirobei Mitsui, de cincuenta y dos años de edad, dejó la oscuridad de una tienda provinciana y se estableció en Kioto, emprendiendo nuevos negocios, que más tarde extendió a Yedo, sede del nuevo Gobierno. Dejó de existir veintidós años más tarde, padre de numerosos hijos, a quienes dejó un don más precioso que las riquezas que había adquirido". Así comienza el libro que narra la historia de los Mitsui.

"*L'union fait la force*". Este axioma, que figura en el escudo belga, fué el que antes había impuesto Anselmo Rothschild a sus hijos, al morir, como lema práctico para la familia y para los negocios. Pero, mucho antes que él, Hachirobei Mitsui, el primer "Rothschild" nipón, aunque ignorante, seguramente, del precepto como tal, estableció los principios con arreglo a los cuales la familia debía continuar los negocios formando un apretado haz.

En el viejo Japón existía una costumbre conocida con el nombre de "legado moral". Antes de morir, Hachirobei había creado familias colaterales para sus hijos, a las que había hecho partícipes de sus negocios, y en su testamento fijó los principios según los que sus hijos habían de hacer uso de la herencia. Durante tres siglos los intereses de la familia y de la razón social han ido creciendo, hasta llegar a ser hoy su organización una de las mayores del mundo en su clase. Se levanta sobre los fundamentos que dejó Hachirobei, y su testamento íntegra la base de la constitución por la que las once familias actuales de la Casa de Mitsui administran sus vastas empresas financieras, comerciales e industriales.

Mitsui Bussan Kaisha.—Astilleros de Tama.

Hasta que Hachirobei se presentó en escena los Mitsui vivieron en las condiciones que en aquella época eran comunes a centenares de hidalgos de la clase media del Japón feudal. Su linaje se remonta hasta Fujiwara-No-Kamatari, político que se distinguió en el siglo VII. Uno de esos descendientes, que había tomado el sobrenombre de Mitsui, fijó su residencia en la provincia de Omi, cerca de Kioto, y la familia entró a formar parte del clan de Sasaki. Allí fué prosperando, y a mediados del siglo XV, Takahisa Sasaki, hijo del Señor de Sasaki, superior feudal, fué recibido como hijo adoptivo por la familia de Mitsui. El escudo de la Casa de Sasaki, cuatro cuadrados dispuestos en forma rombal, con un ojete en cada uno de ellos, ha continuado siendo hasta hoy el escudo de la familia de Mitsui.

Esta alianza matrimonial y adopción dió excelentes resultados. Takahisa era uno de esos jóvenes que sólo necesitan que se les presente la ocasión para convertirse en fundadores de nuevas ramas familiares. Por su pericia militar, llegó a ser uno de los "siete jefes principales" del clan de Sasaki, y en su feudo hereditario de Namazue, cercano al lago de Biwa, edificó un castillo, que ocuparon sus descendientes hasta la caída del Shogunado de Ashikaga, en el siglo XVI. Aún conserva la familia actual de Mitsui una de sus armaduras completas.

En las contiendas que culminaron por la caída del Shagunado de Ashikaga, el castillo de Sasaki cayó en poder del célebre Oda Nobunaga, y, desposeído de su fortaleza y feudo, el jefe de la familia, Takayasu Mitsui, Señor de Echigo, se retiró a Ise, en donde por el resto de su vida se negó a tomar parte en las guerras civiles, que terminaron finalmente con la victoria de Iyeyasu Tokugaw en Sekigahara, el año de 1600. Iyeyasu fué un gobernante de consumada pericia. Su éxito inauguró un período de paz interior que perduró dos siglos y medio. Sokubey Mitsui, que sucedió a su padre, Takayasu, previó que un Gobierno fuertemente centralizado había de ser mucho más favorable para el desarrollo de las actividades comerciales que para las bélicas, y, con gran fortaleza de ánimo, renunció a sus provilegios aristocráticos y a su clase y se dedicó llanamente al comercio. En Matsuzaka, pueblo de dicha provincia de Ise, comenzó a elaborar y vender *sake* y *shoyu*. Como el título que heredara de su padre era el de "Señor de Echigo", en memoria de ese pasado, acaso con un dejo de nostalgia, dió a su tienda el nombre de "Echigoya".

Sasaki... Echigoya... Como siempre, nos sorprenden en el Japón inesperadas analogías fonéticas con la lengua vasca.

En todo caso, la suerte estaba echada. La elección fué final y decisiva. Los Mitsui abandonaron la profesión de las armas por la del comercio, y la larga era de paz que siguió fué enteramente favorable a su desenvolvimiento.

Sokubei murió, relativamente joven, en 1633, dejando cuatro hijos, que fueron educados por su esposa, Shahu, mujer de carácter y gran juicio, que sobrevivió a su esposo cuarenta años y que vió a su hijo menor, Hachirobei, comenzar en Kioto y Yedo una carrera que había de ser la base de la fortuna de su familia.

Cuando Iyeyasu Tokugawa trasladó la sede del Gobierno a Yedo, esa ciudad, que con el tiempo ha venido a ser la moderna Tokio, con sus cinco millones de habitantes, era tan sólo poco más que un castillo fortificado, rodeado de unas cuantas aldeas. Mas su posición geográfica, a la cabeza del golfo de Yedo, les daba facilidades a los comerciantes de las provincias para que fueran a establecerse en la nueva capital, y Saburozaemon, hijo mayor de Soyubei, que había renunciado al ejercicio de las armas por el del comercio, fué uno de los primeros que se dirigieron a Yedo en busca de fortuna.

Al llegar el más pequeño de la familia, Hachirobei, a la edad de catorce años, fué enviado a la tienda de su hermano en Yedo, para su adiestramiento, y después de catorce años de servicios sus ahorros le permitieron establecerse independientemente en su pueblo natal como prestamista, o sea estableciendo lo que hoy podría llamarse un Banco privado. Se dió exacta cuenta de la función y del poder del dinero, y, combinando las operaciones de banca con las de comercio y adoptando audazmente varias innovaciones en ambas, llegó a alcanzar éxito pleno en la madurez de su vida.

Hachirobei permaneció durante veintitrés años en el despacho del Banco que había abierto en su tierra, acumulando capital y adquiriendo conocimientos de muchos principios financieros que aplicó más tarde, con gran pericia y acierto, en un campo más extenso. En 1673 se trasladó a Kioto con sus seis hijos. Comerció en tejidos de seda, especialmente en brocados de Nishijin, que compraba en Kioto para venderlos en Yedo, donde había abierto una sucursal, y alcanzó el éxito que se proponía, debido a su intrepidez en la introducción de nuevos métodos.

Su primera innovación puede verse en la muestra de su tienda, una gruesa pieza de madera, que aún se conserva, y en la que, además de su nombre y de la muy conocida marca de la casa, se leen los ideogramas "*Genkin Kakene Nashi*", o sea "Pago al Contado y Precio Fijo". En aquellos días el comercio al por menor, o por lo menos el de aquellos artículos en que Mitsui trataba, se acostumbraba hacer con saldos a largo plazo, por lo que en el negocio había que contar siempre, además de la ganancia propia del comerciante, con la carga de las deudas incobrables y los intereses de las cuentas pendientes de cobro. El nuevo método permitió dar salida a los artículos a un precio más económico, y las transacciones afluyeron al establecimiento de Mitsui.

Su segunda innovación consistió en dejar de practicar en su tienda la costumbre de vender las telas de seda y otros tejidos en piezas de determinada extensión, la que solía necesitarse para la confección de un vestido de adulto: Hachirobei vendió a sus parroquianos la cantidad y porción que necesitaban, y con el estímulo de estas nuevas, aunque sencillas y efectivas, concesiones a su conveniencia, los parroquianos afluyeron en creciente número a su tienda de Suruga-cho, teniendo que ir construyendo unos almacenes tras otros, hasta el punto que la tienda de Mitsui llegó a ser una de las atracciones de la ciudad y motivo pictórico favorito de los artistas de estampas de colores al describir con sus trazos la vida de "la gente de la calle". Pasaba de mil el número de los empleados de ambos sexos en la tienda principal, y además se establecieron sucursales en Osaka, metrópoli comercial de la parte oeste de Japón.

La tienda continuó bajo la dirección de la Casa de Mitsui más de dos siglos, hasta el año 1904, en que, comprendiendo que, dada su importancia comercial, no le era propio competir con los comerciantes de tiendas, enajenó todas sus acciones y derechos y los negocios pasaron a formar una nueva Compañía, que se creó con el nombre de "Mitsukoshi". Estos almacenes continúan en el mismo sitio, y son conocidos por millares de turistas como los mayores y más importantes que se encuentran al Este del canal de Suez.

Casi al mismo tiempo que su tienda de tejidos de Yedo, Hachirobei abrió también la casa de banca. En 1686 comenzó sus negocios en Kioto, donde estableció la Casa central, por ser el distrito de Kansai, y continúa siéndolo, el centro financiero e industrial del país. En 1690, cuando fué nombrado agente financiero del Gobierno, abrió una sucursal de la casa de banca en Osaka. Por entonces el Gobierno enviaba el dinero de su Tesorería de Osaka a Tokio por transporte; pero ese primitivo sistema de transmisión requería mucho tiempo, gastos, dificultades y aun el peligro de perderse o caer en manos de ladrones. Los comerciantes de Yedo, Mitsui y otros, por otra parte, debían pagar los artículos que en grandes cantidades compraban en Osaka y Kioto. Esto sugirió al ingenioso Hachirobei la idea de aplicar la práctica del cambio a la transmisión del dinero público. En 1690 consiguió persuadir al Shogun a que adoptase el sistema de cambio, y fué encargado de realizarlo con la cooperación de otros pocos comerciantes. El sistema fué un gran adelanto, y produjo beneficios tanto al Gobierno como a sus agentes financieros. Los Mitsui continuaron sosteniendo estos negocios hasta la caída del Shogunado en 1867. Desde 1707 fueron los Mitsui generalmente nombrados banqueros de Palacio en ocasiones tales como coronaciones, funerales o bodas en la Casa imperial, así como para las reconstrucciones de Palacio.

Al lado de estos trabajos de Tesorería, la casa de banca sostuvo también firmes negocios comerciales y fué la fuente que suplió de capital a muchas empresas. Fué precepto familiar, elevado a regla estrictamente cumplida, el no prestar dinero a los señores feudales, que eran los que con mayor ahinco se presentaban para ello en el mercado monetario. Durante la época que corre desde mediados del Shogunado de Tokugawa hasta su caída, los daimios (señores feudales) solían enviar a alguno de sus agentes a Yedo o a Osaka para que negociaran préstamos, con cuyo dinero poner algún tanto en orden su desorganizada administración. Seducidas por los términos lucrativos en que se solía presentar el negocio, muchas casas les avanzaban lo que pedían, con gran pesadumbre propia al poco tiempo, ante la insolvencia de los daimios, que solían repudiar sus obligaciones. Los Mitsui aprendieron a tiempo en cabeza ajena, y prudentemente siguieron el precepto familiar. Los negocios bancarios continuaron en la misma forma hasta 1876, en que se reorganizaron sobre la moderna base que constituye el actual Banco de Mitsui.

Hachirobei Mitsui murió en 1694, a los setenta y tres años de edad. Los últimos veintiún años de su vida fueron un período de atrevidas empresas, sabiamente concebidas y coronadas con el más brillante éxito. Dió a los negocios el doble carácter de bancarios y comerciales, que no ha desaparecido, si bien la compra y venta de artículos domésticos de la época feudal se ha convertido en importación y exportación en gran escala, y, por natural proceso de crecimiento, se han añadido los negocios de minas y construcción. Hachirobei previó que Yedo, centro político del nuevo Gobierno, había de crecer en riqueza e importancia, y realizó por completo el acierto de la decisión de su padre al cambiar el ejercicio de las armas por el del comercio. La unificación nacional dió a Japón una era de paz, que las fuertes y sagaces medidas del primero y tercer Shogun Tokugawa consolidaron. Hachirobei lanzó en corriente favorable su nave. Dos siglos más tarde, cuando la Restauración imperial abrió más anchos caminos para la prosperidad, la Casa de Mitsui, con su enorme capital acumulado, sus amplias relaciones, su experiencia y su fuerte organización, estuvo en condiciones de aprovechar las magníficas coyunturas que surgieron por todas partes. Excusado es decir que estos recursos y su larga experiencia fueron de gran servicio a la nación durante aquellos primeros años, tan importantes para la nación por estar echándose en ellos los fundamentos del moderno Japón como nación comercial e industrial.

El que la Casa sobreviviese a las vicisitudes de dos centurias y surgiera indemne y capaz de aprovechar todas las oportunidades de la nueva era, fué en gran parte debido a lo sabiamente que la dejó organizada Hachirobei, quien se dió perfecta cuenta de la fuerza que representaba el sistema de organización familiar, y lo utilizó. Padre de muchos hijos, formó con ellos familias colaterales y las colocó en diversos ramos de sus negocios, determinando en su testamento las relaciones entre la familia central o cabeza y las colaterales. A cada familia le asignó su parte en la herencia, y dejó dispuesto cómo debían desenvolverse la organización y administración de los negocios en fraternal coparticipación.

Se forjó la constitución de la familia y de la razón social a base de la voluntad expresa de Hachirobei. Ha tenido que ir modificándose con arreglo a las necesidades del tiempo, pero el espíritu del código hereditario de la familia continúa siendo el fondo esencial de la constitución por la que se rigen la familia y razón social de Mitsui, con sus intereses extendidos por todo el mundo, y "Omotokata", el cuerpo central administrativo, ha venido a convertirse en "Mitsui Gomei Kaisha", Compañía de Mitsui y familia. Sus copropietarios son solamente los jefes de las once familias de Mitsui, sin que puedan serlo otros, y de entre ellos se eligen sus directores. Su modo actual de funcionar podría denominarse, según la moderna terminología, "tenedora de acciones de Compañías conjuntas". En la "Gomei Kaisha" todos los hilos de las vastas empresas de Mitsui—banca, comercio, minería, negocios de fideicomiso y seguros, transportes por mar y construcción de embarcaciones, depósitos y almacenajes, etc.—van a parar a un centro que se halla bajo la dirección de las once familias. A su cabeza se encuentra el descendiente de Hachirobei, jefe de toda la familia. No hace mucho que el barón Hachiroyemon Mitsui, presidente de la "Gomei Kaisha" y jefe de la familia durante cuarenta años, celebró el tercer centenario de la fundación de la razón social por Sokubei, hijo de Takayasu, en la pequeña ciudad de Matsuzaña, de la provincia de Ise. Recientemente ha cedido su título y ha transferido sus funciones a su hijo mayor, el actual barón Takakimi Mitsui, jefe y cabeza de la razón social y de la familia. El código de la familia se declara contra el lujo y contra el retirarse a la vida privada prematuramente—una de las enervantes costumbres del antiguo Japón—. El ex barón Hachiroyemon (cuyo nombre actual es el de Takamine), que se ha retirado a los setenta y siete años de edad, puede proclamar con satisfacción que ha hecho honor al precepto y lo ha cumplido.

En el código familiar se transpira todo el espíritu y el genio de su autor. Los siguientes preceptos característicos del código, tal como fueron copiados por Sochiku, hijo mayor de Hachirobei, muestran claramente cuánta sagacidad y discreción han destilado de la experiencia los jefes de la familia y de la razón social.

La constitución de la familia ha existido, en una u otra forma, desde 1694. Siendo, como es, un documento viviente, ha ido modificándose con el tiempo con arreglo a las circunstancias, pero siempre con el mismo espíritu que vivifica y lo sostiene en idéntico ser, aunque la letra cambie. La voluntad expresa de Hachirobei, como ya antes se ha dicho, es la base de la presente constitución, ampliada con los preceptos añadidos en 1722 por su hijo Sochiku. En 1900, el documento entero fué nuevamente redactado y es la constitución actual de la casa. Todos los miembros de la familia al llegar a la mayor edad, juran cumplirla en una ceremonia religiosa que para dicho fin se celebra y en la que, ritualmente en la forma prescrita, se hace un voto que, traducido al español, es como sigue:

"En obediencia a los mandatos de nuestros antepasados, y a fin de afirmar la perpetua fundación ancestral de las familias de nuestra Casa y extender las empresas que nos legaron, ante los Augustos Espíritus de nuestros antecesores, como miembro de la Casa Mitsui, hago solemne voto de observar y seguir las reglas que se nos han transmitido en la Constitución de nuestra Casa y de no alterarlas maliciosamente. En prueba de lo cual presto mi juramento y pongo mi firma aquí, en presencia de los Augustos Espíritus de nuestros antecesores."

Transporte de soja por el helado Liao-ho, cerca de Newchang.

El testamento de Hachirobei, leído después de su muerte en 1694, contiene las máximas que la experiencia había enseñado a este hombre reflexivo y observador, las cuales deseaba transmitir a sus hijos. Tanto por medio de observaciones como con su ejemplo constante, ya los había educado en la escuela de su propia vida y trabajo. Si él fué afortunado en sus hijos, no lo fueron menos ellos, ya que fué su padre hombres de grandes prendas morales e intelectuales, y su madre, Jusan, mujer de virtudes tales que su memoria es reverenciada por sus descendientes. Hachiobei, antes de su muerte, había colocado a sus hijos y a los esposos de sus hijas en aquellos departamentos de sus negocios para los que les había preparado. Las empresas de Mitsui, de esta manera fundadas, continuaron prosperando y extendiéndose después que la sabia mano de Hachirobei dejó de dirigirlas.

En la época de Tokugawa, el único contacto del Japón con el mundo exterior se efectuaba por medio de una minúscula factoría que los agentes comerciales holandeses tenían en Nagasaki. La situación del país era próspera y, en cuanto lo permitían los rígidos límites de las leyes de exclusión, había demanda de artículos extranjeros, demanda que siempre iba en aumento. En 1708 la casa de Mitsui estableció una agencia de compra en Megasaki, con el fin de obtener la clase de artículos que los extranjeros importaban. El libro de cuentas de la casa muestra que los Mitsui compraban tejidos de lana y de algodón, artículos de carey, azúcar, drogas y productos químicos, que los barcos de la antigua Compañía Holandesa de las Indias Orientales traían de Europa y de las Indias. De entonces procede el contacto con el mercado y comercio extranjero, que se ha desenvuelto hasta constituir la actual Compañía Mitsui (Mitsui Bussan Kaisha), con sus representantes en todos los puertos importantes del mundo.

Estas adquisiciones luego servían para llenar las tiendas de Mitsui, que Hiroshige inmortalizó con sus dibujos de las vistas de Yedo. Las transacciones al por menor, con sus prósperas sucursales en las ciudades principales, era la principal de las empresas de la familia, y, como es sabido, esta clase de negocios requiere mucha propaganda. Los Mitsui de aquella época mostraron gran espíritu emprendedor y originalidad en sus métodos de publicidad. Uno de sus grandes aciertos consistió en la provisión gratuita de paraguas, prestados o regalados, a los parroquianos cuando un chaparrón imprevisto les cogía desprevenidos; cada paraguas llevaba la conocida marca de la Casa. En las concurridas calles del Yedo feudal repartían entre la muchedumbre anuncios de mano jilográficos de sus artículos. Subvencionaban a los directores de los teatros y a los actores populares para que intercalaran sutilmente en sus parlamentos algo que sirviera de anuncio y hacían que se insertaran bromas y chascarrillos acerca de la Casa en los romances picarescos que servían de regocijada lectura a la alegre población de Yedo. Todavía conserva la familia ejemplares de todo ello.

Takamine Mitsui (Ex barón Hachiroyemon Mitsui), presidente de la Mitsui Gomei Kaisha hasta su retiro en 1933.

También los Mitsui fueron precursores de otro de los métodos comerciales modernos, ya que pusieron en práctica el sistema de contabilidad por partida doble. Preceptuaron, además, que cada uno de sus empleados tuviera ratos de descanso en el trabajo del día y se cuidaron del estado de salud de sus servidores, especialmente de los que vivían en las tiendas, procurando su sostenimiento por medio de reglas de sanidad e higiene. Los asistentes todos se presentaban siempre limpia y pulcramente vestidos y usando de expresiones corteses. La participación en las ganancias dada a los empleados de cierta responsabilidad hacía que tuviesen un interés directo en la prosperidad de la casa.

Con la instauración del régimen de la Casa de Tokugawa se acabaron las guerras civiles y el feudalismo perdió su crueldad, si bien conservando todo su fausto. En vez de ejércitos en marcha devastando campos y tierras, majestuosos cortejos de los príncipes de las provincias llenaban los cada año debían hacer para presentarse en la capital. Las artes y las letras llegaron a su apogeo, floreciendo grandes letrados y sabios. No pocos de los artistas que llegaron a alcanzar gloria y renombre lo debieron al apoyo de la Casa de Mitminos en sus pausados viajes de ida y vuelta que sui. Uno de los más célebres pintores del siglo XVIII, Okio Maruyama, fundador de la escuela que más intensamente influyó en el progreso posterior, gozó de la protección de Mitsui. Otro de los protegidos fué Norinaga Motoori, cuyas obras fueron el principal factor en iniciar el renacimiento de la literatura clásica japonesa en los últimos períodos de la dictadura de la familia de Tokugawa. Uno de sus principales y más aventajados discípulos fué Takakage Mitsui (1759-1839), cabeza de una de las familias de Mitsui, célebre humanista versado en letras chinas, que contribuyó eficazmente al movimiento, tanto moral como materialmente. Debe añadirse que el famoso ceramista Eiraku Hosen, cuyas porcelanas son tan apreciadas en las reuniones para el ceremonial de tomar el te a lo clásico, también gozó del favor y de la protección de los Mitsui. No pocos miembros de la familia se han distinguido por su gusto literario y algunos de ellos han sido excelentes poetas y prosistas. El drama *Shiraishi banashi*, que todavía se representa, fué escrito hace cincuenta años por Takanari Mitsui (1747-1799), más conocido por su seudónimo de "Kino Jorato".

Chonin Koken-roku, de Takafusa Mitsui (1684-1748), es una relación en que se consignan las observaciones personales de su padre acerca de las vicisitudes de las grandes familias de Kioto y de Osaka, y que desarrolla el tema de que aun las mayores fortunas presentan sintomas de decadencia y están a punto de perderse cuando llegan a la tercera generación, en que los herederos saben muy poco o nada del modo de amasarlas. Esta relación circuló, manuscrita, profusamente entre los negociantes de Kioto y de Osaka, y su excelencia fué reconocida por completo en el reinado de Meiji, durante el que se publicaron varias ediciones.

Cuando a mediados del siglo XIX comenzó la relativamente incruenta lucha que acabó con el anacrónico sistema feudal y dió origen a la nueva era, la Casa de Mitsui poseía el poder finaciero y los recursos comerciales necesarios para tomar su parte correspondiente en la transformación. Cuando el jovem Emperador Meiji Tenno trasladó la capital a Yedo, cuyo nombre cambió por el de Tokio, Takaski Mitsui (1837-1894) asistió a la jornada hasta la nueva sede del Gobierno como tesorero. El nuevo Gobierno se encontró muchas veces fuertemente embarazado, tanto por la falta de recursos como por la carestía de talentos financieros, y los Mitsui, actuando como tesoreros suyos, contribuyeron en gran manera al sostenimiento y rehabilitación de la hacienda nacional.

La era que se abría había de ser eminentemente industrial, y los Mitsui, por su manejo de capital y organización, se hallaban perfectamente equipados para el trabajo de reconstrucción. El espíritu inovador de Hachirobei animó a sus descendientes. Solamente mencionaremos tres o cuatro de sus aventuradas empresas, que fueron el germen de las que más desarrollo han alcanzado. Fueron los primeros en comenzar cierta clase de negocios, cada uno de los cuales ha producido efectos duraderos en la estructura económica del moderno Imperio y muestra las actividades de la Casa y su importancia en la industrialización del Japón.

El mandato que se halla al fin del código de la familia: "Adorad a vuestros Dioses, reverenciad a vuestro Emperador, amad a vuestro país y cumplid vuestro deber como súbditos fieles", no ha sido nunca olvidado. Durante la restauración de Meiji, los Mitsui prestaron eminentes servicios, como hemos visto. En las dos guerras en que Japón luchó con su suerte, pusieron de su parte cuanto dió de sí su pericia. No fueron sus contribuciones para obras sociales menos dignas de nota. Cuando alguna calamidad ha afligido la nación, hambres, incendios, epidemias, etc., los Mitsui se han distinguido entre los primeros por sus donativos y socorros.

Mencionaremos algunos de estos casos: con motivo del desastre causado por el terremoto del año 1923, contribuyeron al socorro de los damnificados con cinco millones de yens y prestaron su auxilio a las víctimas dándoles cuantas facilidades se hallaban a su alcance. En 1932 dieron tres millones de yens a la nación para ayuda de los que sufrían a causa de la depresión comercial. En 1933, la familia Mitsui donó treinta millones de yens para el establecimiento de una fundación cuyos fines han de ser la promoción del bienestar público y el progreso nacional. La fundación se propone sostener o subvencionar investigaciones científicas, experimentos técnicos, instituciones culturales, trabajos de beneficencia social en las ciudades y empresas que tiendan a promover el bienestar de las comunidades agrícolas y pesqueras. La lista de donativos es inacabable.

* * *

Sería largo enumerar aquí todas las actividades mercantiles de la organización de Mitsui en la actualidad. Puede decirse que no hay aspecto importante del país en que los Mitsui no participen. En muchos casos, a su exclusiva iniciativa, capital y trabajo se deben negocios e industrias que hoy son bases de la prosperidad del Imperio del Sol Naciente. Los Mitsui no sólo han conseguido hacer a esta nación independiente casi del extranjero, sino que han logrado que muchos otros países les sean tributarios. Que los Mitsui estén completamente identificados con el Japón imperial y que el Imperio deba mucho de su prestigio y fuerza a los Mitsui, ¿quién podría dudarlo? En numerosas ocasiones los agentes y exploradores comerciales de la casa Mitsui han sido la avanzada de las tropas japonesas; en otras, han marchado con éstas. En todo caso, los uniformes, los víveres, las armas y municiones, los transportes, ¿quién podía proporcionarlos mejor que la Casa Mitsui? ¿Y quién iba a encargarse de remitir los fondos y hacer los pagos mejor que este Banco? Los intereses de ambas dinastías están muy intimamente ligados: los Mitsui tienen todo interés en mantener y aumentar el prestigio imperial, y los divinos descendientes de Amateratsu no pueden encontrar apoyo más firme y sólido que el de la omnipotente y omnipresente familia Mitsui. Las dos dinastías son más que compatibles: son casi gemelas.

Los negocios de la Casa Mitsui, como ya se ha indicado, están divididos en muchas ramas, empresas que giran bajo razones sociales diferentes y que a su vez se subdividen en compañías menores. No vamos a dar una lista completa de todas ellas, pero sí creemos intresante mencionar las actividades más importantes de tan único *trusts* familiar. Entre éstas vemos:

Banca y finanzia en todas sus variedades. Transportes Marítimos (la Mitsui Bessan Kaisha pasea su pabellón por todos los mares del globo). Seguros marítimos y contra incendios. Astilleros navales. Minas, construcciones de acero. Maquinaria. Automóviles y aeroplanos. Cemento. Carbón. Algodón y tejidos. Seda natural y artficial. Cereales, especialmente la soja, importantísima en el Extremo Oriente. Productos tropicales. Te. Sal. Jabón. Azúcar. Tabaco. Lanería cruda y manufactura. Cerveza. Alcanfor. Tintes. Drogas y productos químicos. Yute, cáñamo y esparto. Géneros de punto. Pieles. Maderas. Papel y pulpa. Caucho. Pesquerías. Matriales de construcción. Fósforos. Aceites. Metales varios. Colonización y desarrollo comercial de Formosa, et., etc.

Además de tan heterogéneas empresas, los Mitsui son grandes accionistas en otras, como el ferrocarril del Sur de Manchuria, que a su vez explota hoteles, plantaciones y otras industrias. Los *trusts* americanos, los *trusts* verticales, que hicieron famoso a Hugo Stinnes, aparecen como encanijados pigmeos al lado de las omnívoras actividades de la Casa Mitsui.

Sólo el Consejo directivo de ésta podría decirnos a qué fabulosas cifras asciende el capital total invertido en aquéllas. Así, el Banco de Mitsui posee un capital social de 60 millones de yens (el yen, como el rublo, tienen una equivalencia de medio dólar oro, a la par); pero sus depósitos en 1934 se acercaban a los 800 millones. El capital de la Mitsui Bussan Kaisha, Ltd., la naviera, es de 100 millones de yens, con más de 65 millones como fondo de reserva. La que explota el algodón es de 15 millones; la de la seda artificial, 20; la de seguros, cinco; una de minas, 100; otra de minas y navegación en Hokkaido, 50; tres compañías de acero, 55... ¿A qué seguir?

En un periódico inglés de reciente fecha se asegura que, por primera vez en sus tres siglos de existencia, la Casa Mitsui va a permitir que el público japonés comparta los riesgos y beneficios de sus negocios: hace una emisión de acciones, cuya cuantía no fija dicha publicación. Es indudable que los nuevos y vastos territorios ocupados por el Imperio japonés habrán de ofrecer amplio campo a la iniciativa y emprendedor espíritu de la secular familia.

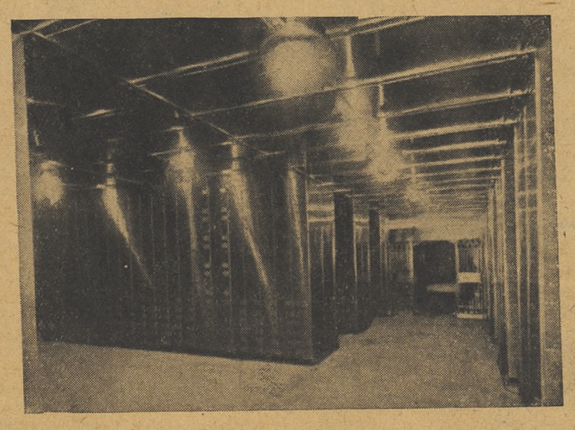
* * *

Son varias las moralejas que pueden deducirse del interesante historial y actividades de toda índole de la familia Mitsui. Por el momento, sólo quisiéramos señalar una característica que la diferencia de la dinastía Rothschild y de otras norteamericanas que han surgido en menos de un siglo, y es que estas últimas, salvo contadísimas excepciones, han buscado solamente el lucro personal y la satisfacción de su vanidad. Cierto es que en algunos casos tales plutócratas fundaron hospitales y universidades o invirtieron grandes sumas en la adquisición de objetos de arte; pero ello quizá más por vanidad y por el deseo de perpetuar su nombre que por verdadera filantropía. En todo caso, no puede decirse que, a semejanza de la Casa Mitsui, hayan cooperado tan completa y fielmente a la prosperidad de la nación, al bienestar del pueblo y al engrandecimiento de su patria.

Millonarios de tal índole, lejos de ser, como pretenden los oradores extremistas, sanguijuelas del país, son glóbulos rojos que vitalizan la savia nacional.

FEDERICO SARDA

Tiendas de Mitsui en Yedo.—(Dibujo de Buncho).

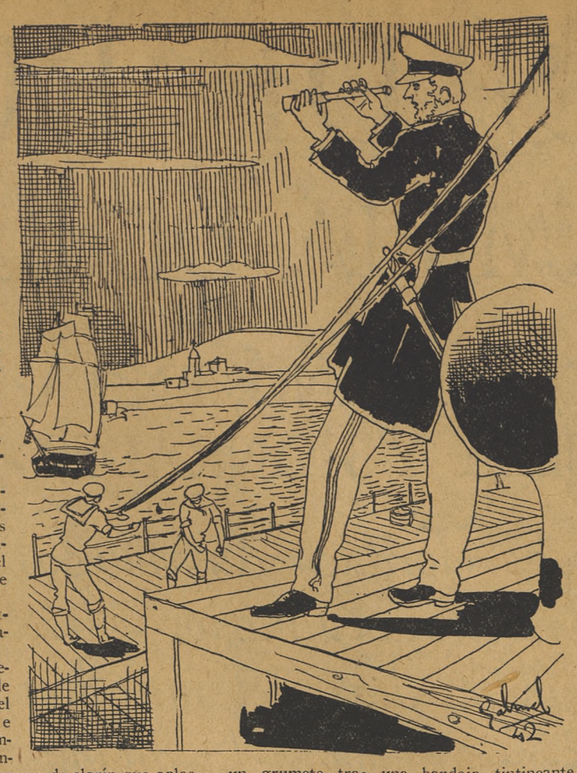


Compañía Fiduciaria de Mitsui.—Nave de las cajas de caudales.

Mitsui Bussan Kaisha.—Preparación de la seda.

MCD 2022 L5

CARTAS DE COSMOSIA



Al mediodía, la fragata echó anclas entre dos montañas peladas, en medio de la bahía. Hacía un gran sol y el agua estremecía millares de destellos de oro. Cuando se miraba el mar durante un rato, la ciudad todavía lejana, los montes, los detalles próximos del empalletado ondulaban, después, con líneas moradas. La mirada veía llegar, al fijarse sobre las escotas, esta mancha donde cuatro gradaciones del malva al violeta volaban como una mariposa.

Las anclas han roto la tersura azul del agua. Pequeños esquifes con la popa levantada, pequeñas velas color de azafrán, surcan la ensenada entre la escarpa y la popa de un navío griego, el *Basileus ton thalaton*, cargado de esponjas. En un extremo, los marinos del Príncipe de Mónaco recogen sus redes de holoturias rojas, mientras el cocinero del *Pourquoi Pas?* canta una canción bretona bajo el humo tenue de la chimenea. ¡Un humo de cabaña en aquel navío de nuestros infantiles sueños polares antes de descubrir el Polo! ¡Antes de saber que no era nada!

Diez cañonazos cubren de vellones blancos las bordas de la fragata. Una bandera flota en la mesana.

* * *

Míster Ennous ha terminado de afeitarse. Consulta su grueso reloj de "Asmond & Sons, Bondon". Mira por el tragaluz, donde se clava un refilón de la ciudad. Tose.

—¡José!

José llega al punto con el desayuno: una loncha de jamón, una taza de café, un tarro de pipas largas y blancas, un paquete abierto de tabaco holandés.

—Señor, la lancha está dispuesta. Han abatido la escala.

Fumando su pipa, Mr. Ennous ha subido a cubierta hacia el castillo de proa. Apoya sobre la balaustrada su catalejo amarillo junto a un guardiamarina.

—Buena mañana, míster Ennous.

—Buena mañana, señor guardiamarina.

—¿Le gusta Cosmosia? Es muy bella, con sus casas blancas, sus molinos de viento, aquel alegre vaivén de barcas.

—Sí. Es muy bella, señor guardiamarina.

Entre los marineros del Príncipe de Mónaco y los del *Pourquoi Pas?* se organiza un campeonato de ropa tendida, de toques dispersos de clarín que aplasta el peso cegador del mediodía. M. Ennous suspende su catalejo frente al cabo.

¡Oh, los franceses!

—Cosmosia es muy bella, pero he de confesar a ustedes que ha sido, en cambio, muy poco visitada. Los contados viajeros que han pasado en ella más de una singladura corriente en navíos de nuestra clase, citan aspectos de su vida y costumbres, gobierno, paisaje, religión y comercio que me han animado a estudiarlos de cerca. También apuntan ciertos detalles peculiares de la flora, la fauna, el derecho y las clases sociales. Yo quiero detenerme más tiempo. Enviaré mis informes a la Sociedad Geográfica. Y verdaderamente siento el separarme de ustedes. Nuestra navegación ha sido muy feliz. Les deseo una dichosa travesía.

La cámara del capitán tiene un olor de maderas en el resol de los balcones de popa. Un criado negro agita un abanico; un grumete trae una bandeja tintineante de copas y una botella de brandy (esas botellas verdes y recias, donde se meten los mensajes náufragos). El perro sabio y lanoso con un lazo rojo, lanza sus dos manos sobre la butaca *georgian style*. Brinda el capitán:

—Por vuestro éxito, por vuestra tranquila estancia, por vuestra salud.

—Gracias, capitán. Gracias a todos.

* * *

Los últimos apretones de manos se cruzaron en el portalón, junto al centinela atezado. Ahora la lancha se aleja por la bahía con los bagajes, el criado José, las armas y los aparatos físicos de Mr. Ennous. Su casaca verde bajo el quitasol amarillo son cada vez más pequeños sobre el rumbo hacia la orilla. Cosmosia tiembla en el espejo del agua.

A. M.

CONTIENDAS PARA ESPAÑOLES

Contienda del asesinado y de las piedras

Por TOMAS BORRAS

El año español de 1936 se partió por la mitad; el año partido luchó contra sí mismo, en dos esfuerzos espumeantes por sacar, del despedazado año, la Gran Epoca futura. La política es el choque de dos defensas. Y aquel año de 1936 culminó el insuperable debate del porqué y del cómo de la Vida. Una política infiltrada y cautelosa, como tal mórbo, llegaba, nube de vaho espeso, oscuro, y, desde el filo del horizonte, avanzó, cárdena de tan enrojecida, cerrando una bóveda implacable sobre la tierra absorta. La otra política se levantó, juvenil, con su gladio ibero espejeante y, aupando sus cumbres, clavó la espada corta en el vientre monstruoso de la nube que se abatía para aniquilar. Fué el año tenebroso, en el cual sólo con la iluminación de la fe la ciega tierra se lanzó hacia lo alto y desgarró con sus dientes de lascas y sus sierras de serranías la hinchada y prepotente nube enviada desde lo más lejano. El combate de la vieja tierra con la nube postiza fué un abrazo mortal entre lo permanente y lo disolvente, entre las piedras con voluntad de ser y la niebla nihilista del extravío.

Se levantaron las piedras, las duras piedras pisadas por santos; las santas piedras de la osamenta nacional, sobre la que poetisa en verdor la femenina labranza y su bosque; piedras del cuerpo macizo y solemne que atraviesa los siglos. Con las piedras se levantaron hombres hechos de la propia arcilla de la gleba; pedazos, esos hombres, del suelo ocre y duro que reposa sobre el pecho de la piedra. A lo lejos, los soldados que defendían la política del ser permanente, vestidos de pasamontañas pardos, los soldados de rostro maderoso, la piel curada como cuero por viento soleado, se confundían con el barro del que nacieran, ellos también pedazos de la tierra que se alzaba contra la nube exótica del cambio. Así, en lo telúrico, las dos fuerzas infinitas forcejeaban.

Mas entre los rivales estaban mezclados esos entes incomprensibles que se llaman, a sí mismos, «neutros». ¿Cómo te puedes alejar de la muerte de ti mismo? No se sabe. ¿Cómo puedes esperar a que decidan otros tu esencia y tu forma? No se sabe. Hubo españoles que al partirse el año 1936, se quedaron en medio, inmóviles, suspensos entre el estrato entrañable igual a su propia sustancia, y la amenaza cuajada en nube navegante contra la carne de su tierra y la tierra de su carne.

—Nosotros no nos metemos en nada.

—Con nosotros no va; eso, a ellos.

—Que se peleen, si quieren; nosotros, no nos tenemos que ver en eso.

—A nosotros nos da igual un bando, que otro.

—Allá cuidados.

Eran, como la diosa Persépone, que pasa la mitad de su vida en los infiernos, al borde del Cocytes, y la otra mitad a la orilla de los ríos floridos y no sabe nunca, con certeza, dónde está. Al neutro-Persépone le rodeaba el infierno: bandas de colmilludos desventraban las casas, arrojados los dulces enseres del hogar por el balcón; incendiados los templos, ennegrecían los días sus carbones humeantes; a oscuras, se acribillaba la ciudad de crímenes nocturnos; vagaban por los estercoleros millares de niños huérfanos de los «eliminados», execrados los niños también como basura; se prostituían las mujeres en las avenidas de faroles sin gas y acacias peladas; las obras de arte y el libro servían para encender lumbre sobre el pavimento de los palacios inundados de roñosos de suburbio; en parálisis la actividad, vivían asaltantes y asaltados de agotar las reservas acumuladas por el anterior trabajo; en los rostros, sólo terror de ojos sin párpados, espanto de labios trémulos; se regresaba al régimen primitivo de devorar hierbas y cortezas de árbol, de convertirse los humanos en perros que hacían suciedades y vagaban a la husma... Era el infierno del salto treinta siglos atrás, y del odio mascado, y de la esclavitud. Al otro lado del infierno, el neutro-Persépone hubiese visto, de coger el fusil, el río florido de su dignidad intacta, de la honra de los suyos a salvo; del estómago lleno y el porvenir seguro; la paz de la conciencia, Dios en su mansión, protegiéndole; hubiese tenido categoría en el mundo, al pertenecer a una patria poderosa; el amor, y no el horror le rodearan; y la espiritualidad, la cultura, la vergüenza... El neutro se inhibía del problema de vivir y desvivir.

—Que se las compongan como puedan.

—Nosotros, a lo nuestro.

—Tengamos muy buen cuidado de no tomar partido.

—A ver si alguna vez se cansan y nos dejan en paz.

—¡Qué «lata» de política!

No sabía, con certeza, dónde estaba el neutro-Persépone: ni en qué fecha del universo, ni en qué punto de las ideas, ni en qué momento de la evolución, ni si era el infierno río florido, ni si las flores del río de la felicidad eran venenosas. Indeciso, ignorante, apático, esquivo, impermeable, indiferente, cobarde, cobarde...

Una madrugada llamaron, a culatazos, y su puerta crugió:

—¡Anda, afuera!

Su cara estaba blanca como la harina.

—Pero si yo... pero si yo no...

—Te vamos a dar lo tuyo.

Los asesinos eran tropel, brutales y con aliento cortante de ira:

—¡Canalla, beato, robapobres!

—Pero si yo... soy un hombre pacífico... pero si yo... soy pobre también.

—¡Al paredón!

—Pero si yo...

La calle; en su cara de payaso la harina era harina de luna. Le llevaron apretujado entre ellos en un automovilazo «incautado», dañándole en la piel y en la imaginación el frío metal de los fusiles, las frases blasfematorias y las risas de dientes de tabaco revenido. En el campo, le bajaron aúpa, empujándole junto al montón de granito de unas peñas.

—Ponte ahí.

—¡Pero si yo... no me he metido... nunca en nada!...

El temblor le dejaba chillar, a sacudidas.

—¡Enteraos bien!... ¡Todos os dirán que yo no me he metido!...

—¡Dale!

Le pegaron el tiro comunista: el tiro en la nuca. Se fueron, hablando de sus cosas, entre la pestosa revenida a tabaco, en el automóvil de lujo. La víctima quedó encogida al huir el contacto de la pistola en la medula, refugiándose en sí misma. Después, su alma se incorporó y el neutro insistía, terco, como protesta:

Las piedras, sabias de añejísima civilización, le hablaron, como los ríos de España sacan el pecho fuera para dirigirse a los héroes: y le recitaron un párrafo de Plutarco: «Solón dispuso en una ley que fuese notado de infamia el que en una sedición no hubiera sido de alguno de los partidos. Era su objeto que ninguno fuese indiferente o insensible en las cosas públicas, poniendo en seguridad las suyas propias y lisonjeándose de no padecer y sufrir con la patria, sino que desde luego se agregara a las que sentía mejor y con más justificación, y les diera auxilio, corriendo riesgo a su lado, en lugar de esperar tranquilamente la ver quién vencía...»

Entonces el neutro comprendió dónde estaba, vió con claridad cuál era el infierno y cuál la orilla florida, y qué fidelidad debía a aquellas piedras que le habían sido fieles a él. Pero ya era tarde; ya tenía el tiro en la nuca.

DON ANGELITO AL «QUIJOTE» DE CAFE

(Viene de la página 1.)

Pero según el criterio de usted, ni el Cid, ni el Gran Capitán, ni Hernán Cortés podrían ser hombres representativos de España, porque para serlo, estos héroes, prácticos y políticos si los hubo, poco se parecían al Hidalgo de la Triste Figura. Y tampoco me olvide usted que Don Quijote, si a éstos respetó, para nada quiso imitarles, sino a los Orlandos, Palmerines y Amadises, los cuales no sólo no eran españoles, sino absolutamente exóticos para nuestra Castilla real y verdadera.»

EL DEMONIO FAMILIAR A DON ANGELITO

«Creo, don Angelito, que toda explicación de la Historia del mundo y del hombre es algo paradójica. Los que usted llama «tipos medios» o «la generalidad de los hombres» viven con preferencia para sus cosas privadas y particulares, mientras que solamente algún caballero particular, particularísimo, como Don Quijote, vive para cosas generales y se afirma, por muy loco que esté, como hombre universal. Ni por un momento espere usted que los pertenecientes al tipo medio o la generalidad de los españoles, o de los italianos, o de los ingleses, se conformen con ser representados por sus iguales. El hombre del montón representa al hombre del montón, pero no al Montón—con mayúscula—, que es otra cosa. ¿O cree usted que un trozo de granito es una representación del Escorial? La octava maravilla se compone de todos sus sillares. Los españoles pasados, presentes y futuros forman una maravillosa y a veces desmesurada arquitectura, que se llama la Historia de España, o si quiere usted más precisión, el sujeto de ella. Esta obra les es propia, y a ninguno de ellos se parece. Si usted es un pintor de carteles patrióticos o cosa parecida y tiene que representar en una sola figura concreta ese multiforme sujeto de la Historia de España, de ninguna manera elegirá usted un tipo medio de la calle, un hombre de chaqueta y gabardina, sino que pintará usted, más bien, una hermosa matrona de espada y libro, un guerrero de canción de gesta o un león con la bola de oro; y así todos los hombres medios se verán representados en aquella figura como sujetos de una común Historia, y creerán tener en ello arte y parte. No sé si la figura de Don Quijote está bien o mal elegida para tal fin, ni si la obra de Cervantes es o no nuestro cartel patriótico; pero la representación de una pluralidad histórica y real sólo puede ser una figura simbólica. Tiene, además, que ser algo extremado e insólito, diverso de cuantos componentes multiformes y anónimos quiere representar, transfigurándolos y sublimándolos. Como la materia por la forma, la suma de particulares históricos clama por una expresión, por una ficción, por una representación que la cifre en una sorprendente unidad poética, en una imagen, en una figura, y a la postre en un tipo y hasta en un carácter, que por ser uno solo—como Don Quijote—no se parece a nadie y nos resulta particular y raro hasta la exageración.

Usted quería que el sumando representase a la suma, el sustraendo a la resta, el factor a la multiplicación, el divisor a la división, y no veía usted que Don Quijote es suma, resta, multiplicación y división de grandes cosas. El es una especie de contradictoria sinopsis, de divagador arquetipo, de entelequia fluctuante y extravagante, todo metido en una máscara de carácter y expresión singulares; y nadie nos podrá negar que Don Quijote, sin parecerse a nadie, sin entenderse con las personas que encontraba, en algunas cosas puede sospecharse que se parecía a España entera, o por lo menos ha hecho que el mundo vea y entienda España y el genio de España mucho más que todos y cada uno de los hombres medios. Discutan otros si ese entendimiento es errado o no y si ese es buen camino para entender; pero el Don Quijote ha conducido a un entendimiento total y categórico de su Patria y del mundo.

Esos tipos medios pueden servir para que se conozca una nación en los gabinetes de Antropología. Sirven menos en las aulas de Historia y mucho menos en el mundo poético, que es donde algunos creen que se entiende la Historia de verdad. Muy bien podría ser que el núcleo central de la Historia se compusiera de elementos religiosos, morales y poéticos, y que los hombres que a tal centro invisible de cosas universales sirven sean tenidos muchas veces como excéntricos, aunque en realidad sean los más céntricos servidores de la Historia y sus últimos fines.

No me negará usted que Don Quijote tuvo mucho de esto, pues habiendo nacido criatura de ficción, loco de remate y excéntrico reconocido, luego se nos ha vuelto el hombre más céntrico y universal de la Historia de España.

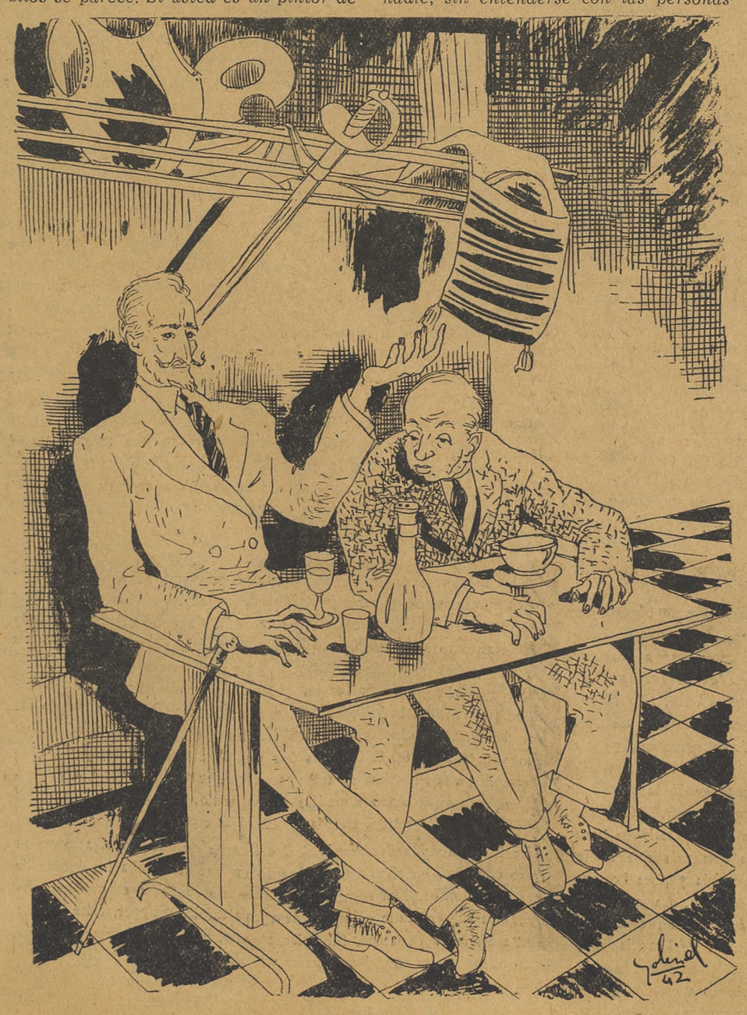
Nadie creyó tampoco que Francisco de Asís o Ignacio de Loyola superasen a todos los hombres teniaos en su tiempo por céntricos en las jerarquías visibles y exteriores, cuando a la postre se tratara de dar una explicación universal y fijar el movimiento y la distinción de las conciencias en los siglos XIII y XVI. Don Quijote es una sublime caricatura de algo, porque no hay caricaturas de la nada, y ese algo ha salido de la cabeza de Cervantes y será alguna cosa de España y de Europa, y algo tendrá que ver con un entendimiento español del universo visto desde un lugar y una época. La caricatura, como la poesía—y aquí son las dos cosas—, exageran o subliman rasgos esenciales que preexisten en las cosas reales, históricas y vivas. Los «nadas aéreos» de Shakespeare son imposibles. Serán representaciones de sueños. Por eso hace usted mal en aplicar a su parábola de la espiga un criterio de concurso provincial de cereales. Imagínese que la espiga estrafalaria, en la que usted aludía a Don Quijote, es el logro visible y tangible del sueño que los miles de espigas vulgares tienen dentro, inconfesado e informe; es la liberación de su monstruo, con todo lo que tiene de maravilloso, de arriesgado, de vituperable, de glorioso, de incorregible, de ridículo, de inhumano, de humano y de divino. ¡Pues claro está que las espigas se sienten representadas, exaltadas, corregidas e incorregibles a la vez en la espiga inverosímil y estrafalaria! ¿O cree usted que el ario de Austerlitz, el charcutero parisién se sentía representado por algún otro charcutero o por Napoleón Bonaparte, que no era parisién ni francés, sino un corso de sangre florentina?

Y vea usted que uno de sus mejores críticos, Bainville, dice que tuvo tanto éxito y representó tan bien a Francia por lo que tenía de extranjero y diverso o, si se quiere, porque el no parecerse a los franceses le venía como de perlas para erigir una vida simbólica. Y a través de él los franceses tuvieron una conciencia universal, napoleónica, que duró mucho tiempo. No creo que a lo universal se llegue por caminos intelectuales, en cuanto a la conciencia colectiva e histórica, sino por ideales religiosos, o más frecuentemente por ideales fantásticos, por sueños. Y así decía bien D. Miguel de Unamuno, reuniendo en una sola frase religión y sueño: «Somnia Dei per hispanos.» Pues, por lo menos, Don Quijote ha sido el gran sueño, el sueño de los sueños de España...»

* * *

Hasta aquí el Demonio Familiar y don Angelito. Ni quito ni pongo rey.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS.



"EL ESPAÑOL" Y LOS ESPAÑOLES

Aclaración

CON motivo de la publicación de mi poema "El de Guarratín" y del desagrado que ha producido a algunas personas, me he de esforzar por demostrar que la respuesta más noble y más satisfaciente por mi parte concluiría con un "no ha lugar" a explicación ninguna, si por ventura ha podido sentirse agraviada colectivamente una clase abnegada y respetable. Con todo, no quiero rehuir ningún esfuerzo a fin de dejar tan zanjada una cuestión enojosa, que no quede la seminima reliquia de resquemor, el menor reato de escrúpulo en todos los que pudieran albergar aquellos sentimientos.

Den, pues, a mis palabras todo el amplio sentido de reparación y satisfacción de que sea capaz el lenguaje y la mejor voluntad que me mueve a escribir estas líneas.

El poema que en esta ocasión ha provocado ese malestar, que con toda mi alma deploro, es obra de pura imaginación. En él, como producto que es de una ficción literaria, se perfila un sujeto "imaginado" como concreto y situado en una aldea "imaginada" también.

Esta aldea—la de Guarratín—no está colocada en el espacio, sino solamente en el tiempo. Está como colgada del tiempo, el cual es el medio continuo en que descansa toda la urdimbre poemática o novelística.

He de insistir en ello: el sujeto poemático está fisonómica y artísticamente imaginado y definido como singular, no como colectivo. Un caso extremo no efectivo puede ser objeto de una elaboración artística; ni creo que sea lícito sentir la emergencia del espíritu de clase ante el personaje, por ejemplo, de una novela, delineado, no como representativo, sino precisamente como singular y único.

La ciencia y el derecho se mueven sobre lo posible. Lo mismo el arte. Si se moviese sobre el presente, el presente los devoraría, y nada pudiera ser fijado en la previsión, en la ley o en el sueño del arte. Un producto literario afincado en el presente, moriría con el que es, por definición, lo destinado a morir.

El pensar sinceramente que el más fiel reflejo de esta cuestión sería un "no ha lugar", resalta más la abnegación y el patriotismo de una clase, la cual no puede ser ofendida por nadie, y menos por quien siente con ella todas las angustias y a veces todos los impasos, de labor y de tiempo, a que conduce una inhumana y abrumadora articulación de funciones.

La tarea de complicación y de fatiga

a que están sometidos tantos funcionarios oscuros y olvidados es menester que, para comprenderla, la conjuguemos con la transcendencia hipercategórica de su misión estatal y social. Se trata de una misión que hunde sus raíces en la misma medula del Estado y aun de la Raza.

Pero esta misma radicalidad pone las condiciones de un caso posible—y si se quiere, raro y único—de un hombre que, de espaldas a las virtudes de una clase, por su propia limitación personal, base en las innumerables funciones, obligaciones y preceptos, poderes innumerables.

En el medio rural y primitivo son, en efecto, muchos los estímulos para que el burócrata se vea convertido en jefe natural. Caso no efectivo, pero posible. Este es el punto en que debe ser apoyado el arranque para humanizar la función burocrática en los municipios rurales.

También es el arranque en que se halla instalado el propósito ético de mi poema. El cual no es otro que el de proyectar sobre la pantalla una figura peyorativa y horrenda, puramente imaginaria, que sea triaca preventiva y saludable a todos los que están libres de pecado, admitiendo, desde luego, que lo están todos sin duda ninguna. Y también para resaltar más las virtudes de todo un cuerpo unido en el servicio de España.

Mediten, a ese mi designio, todos los que me leen, las palabras de Quevedo que voy a copiar, y que están extraídas de una carta escrita en la prisión por el gran moralista en el año de 1643. Pongan estas palabras precisamente en boca de "El de Guarratín", el personaje ficcional de que tratamos:

"Yo, que soy el escándalo, escribo a vuesa merced, que es el ejemplo; y, siendo tan diferentes, encaminamos a los otros a un mismo fin: yo, en que nadie haga lo que yo he hecho; y vuesa merced, en que todos hagan lo que hace. Tanto se sirve la virtud del horror que da el malo para el escarmiento, como de la virtud del bueno para el crédito."

FRANCISCO MALDONADO.

LOS DESTINOS DE EUROPA
EN MANOS DE UNA FAMILIA DE BANQUEROS

LOS FUCARES, CASO EXTRAÑO, EN LA HISTORIA, DE RIQUEZA Y HONRADEZ

De tejedor a millonario. - El «dorado» Augsburgo y los Fúcares. - Un hombre extraordinario. - La primera colonia de casas baratas del mundo. Papas, Emperadores y Reyes solicitan la ayuda de los Fúcares. - Se decide la subasta de un trono.

PARTICIPACION EN LA MISION IMPERIAL DE ESPAÑA

UN caluroso día del mes de septiembre de 1370 ocurrió en la ciudad alemana de Augsburgo un suceso que si bien pasó desapercibido por la mayoría de las gentes, y aun los que lo presenciaron no volvieron a recordarlo más, había de tener, sin embargo, trascendentales consecuencias, no sólo en el lugar en que se había verificado, sino para toda Europa. La cosa en sí no tuvo nada de particular, y consistió en que a una hora próxima a la puesta del sol penetró por una de las puertas de la ciudad un joven que no paró de recorrer tortuosas callejas hasta encontrar morada en donde alojarse. La palidez y el cansancio que reflejaba su rostro, así como la espesa capa de polvo que cubría sus vestidos y calzado, eran clara muestra de que acababa de realizar una larga jornada. Se llamaba Hans Fugger y procedía de la aldea de Grabben, en donde había residido hasta entonces con su familia. La causa de que abandonara este lugar se debía a que sus padres habían decidido enviarle a la ciudad para que se estableciese allí como tejedor y aprovechara al mismo tiempo la ocasión para vender los productos que en la aldea natal fabricaran sus familiares.

Como si la llegada del joven aldeano fuera augurio de grandes acontecimientos, a los pocos meses de su estancia en la ciudad mencionada estalló una violenta revolución, que derribó a las autoridades que hasta entonces habían regido los poderes municipales, ejercidos solamente por familias de prosapia linajuda, y extendió éstos a los representantes de los gremios, con lo que se inició una gran época de libertad comercial y de espíritu emprendedor de los negocios. Aprovechándose de estas favorables circunstancias, Hans Fugger desarrolló ampliamente sus indudables facultades comerciales y mejoró sensiblemente su posición económica. Adquirida la carta de ciudadanía después de su matrimonio, extendió notablemente el área de sus negocios, y a su muerte, ocurrida en 1406, dejaba a sus varios hijos la no pequeña fortuna para entonces de 3.000 florines, y su nombre era conocido y respetado por todos los ciudadanos.

El establecimiento de los Fugger en Augsburgo es un hecho que hará que su nombre no se pueda ya nunca separar del de esta familia. La huella dejada por estos banqueros en la citada ciudad es tan profunda que el viajero que recorre sus añejas calles cree encontrarla en cualquier parte donde dirija sus miradas, y es tan fuerte el hechizo de su recuerdo que desaparecen de su imaginación todos los nombres unidos con la historia de Augsburgo, para no sentir otra cosa que un ardiente deseo de conocer la vida y milagros de la familia legendariamente rica. Parece como si los Fugger, presintiendo la curiosidad que iban a despertar, ordenaron reproducir sobre las grises paredes de sus palacios, con brillantes colores, resistentes victoriosamente al tiempo y a las condiciones climatológicas, la historia maravillosa de su rápido encumbramiento, para que así el visitante, ávido de conocer el pasado, encontrase un primer alivio a sus inquietudes evocadoras.

El dorado Augsburgo, como le denominan las viejas crónicas germánicas, era ya en los tiempos en que comenzaban los albores renacentistas, una importante ciudad, llena de riquezas y poderío comercial. Colocada en medio de una vieja vía que conducía desde Venecia a Amberes y algunos puertos de la Hansa, a través de Frankfort del

La iglesia de St. Ulrich, en Augsburgo.

Meno, Augsburgo era el lugar por donde pasaban las especias, los ricos paños orientales y otras tantas atrayentes mercancías que tan codiciadas eran entonces por el mundo occidental, y precisamente la ciudad de que tratamos era el centro en que se distribuían, siguiendo el curso del Danubio, por los pueblos europeos norteorientales. Sin embargo, a pesar de todas estas cosas y de que residieran ya entonces ricos banqueros en Augsburgo, los que han inmortalizado su nombre no han sido otros que los Fugger. Ellos fueron los que levantaron sus mejores iglesias, embelleciendo y agrandando los templos ya existentes, perfeccionando el trazado de sus calles, construído sus mejores palacios y, en fin, los que no han dudado un momento en atender a todas sus necesidades y en realzar su prestigio hasta límites que parecerían imposibles.

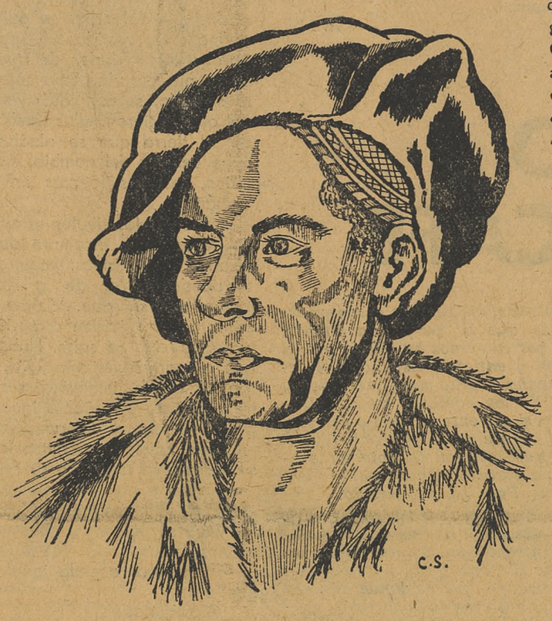
La historia de la familia que tratamos, desde la muerte de Hans Fugger, es la de una constante ascensión en poderío y riquezas. Dividida en dos ramas principales, sigue cada una de ellas caminos separados, emparentándose ambas con linajudas y ricas estirpes. Los Fugger von Reh, como se denomina a una de las ramas, acabaron por arruinarse a causa de los excesivos gastos que realizaron y por el abusivo empleo de los créditos. No ocurrió igual con los otros descendientes, los Fugger von Gilgen, que si bien es verdad no ascendieron tan rápidamente, caminaron con paso más seguro y lograron consolidar la fortuna adquirida.

En el año 1473 ocurre uno de los hechos más trascendentales para la familia Fugger, y ello fué la participación en la dirección de los negocios de la casa del llamado Jacobo Fugger, hombre que puede considerarse como uno de los más geniales de su tiempo, y que había de encauzar y levantar la siempre creciente prosperidad de la rica banca augsburguesa a límites que hubieran parecido inconcebibles.

Jacobo Fugger había sido designado para la carrera eclesiástica; pero la muerte de uno de sus hermanos le obligó a ocupar el puesto del fallecido, por lo que, abandonando sus estudios, marchó a Roma para adquiría los conocimientos económicos que su nueva profesión le exigía.

Tras de haber pasado algún tiempo en la "Fondaco del Tedeschi", institución mantenida por su familia para enseñanzas comerciales, marchó a Augsburgo, en donde, en unión de sus otros dos hermanos, Ulrico y Jorge, se hizo cargo de la dirección de la poderosa casa comercial; en esta época se verifica la fusión de todos los Fugger en una sola sociedad y al mismo tiempo se establece como fundamento de ella, y por iniciativa de Jacobo, que la fortuna de todos ellos deberá permanecer indivisible y no se permitirá repartición alguna de ella por herencias o cosa semejante, y que será obligación de todos el dar las mayores facilidades para la explotación colectiva del patrimonio común. La temprana muerte de sus dos hermanos deja a Jacobo como director supremo de todos los negocios, si bien él comparte generosamente este puesto superior con sus sobrinos Jerónimo, Ulrico, Raimundo y Antón, y titula a la firma comercial "Jacobo Fugger un Gebrüders Söhne".

El hombre a quien la Providencia había designado para que regentase la casa Fugger es una de las figuras más atrayentes del mundo alemán de entonces. Era Jacobo Fugger de elegante y agradable presencia; su cabeza, recta y erguida, se cubría generalmente por una especie de gorra de paño dorado, que encerraba los cabellos; su cara, de trazos fuertes, reflejaba la energía de su alma; no llevaba barba, contra la costumbre general, y sus ojos eran claros. El rasgo moral que más caracterizaba a nuestro personaje es la profunda rectitud que inspira todas sus obras, y que le hizo permanecer fiel a sus principios aun en las más graves circunstancias de su vida. Cortés y afable con todo el mundo, se mostraba humilde siempre, aunque reyes, príncipes y emperadores se humillaron ante él, solicitando préstamos y anticipos. Dadivoso hasta el extremo, repartía grandes cantidades monetarias entre los pobres y obsequiaba con espléndidas fiestas a sus conciudadanos. Fiel a sus convicciones, no olvidó nunca sus deberes para con su Religión, su Emperador, su Patria y su ciudad natal; sencillo, a pesar de las grandes riquezas que poseía, se sentía extraordinariamente unido con toda su familia, y era uno de sus más ardientes deseos el fomentar y estrechar las relaciones entre todos los miembros de la misma. Su mujer, Sibila Arndt, fué siempre objeto por parte de Jacobo de los más tiernos cuidados, y por atención a ella la rodeaba de un ambiente que algunas princesas europeas la hubiesen envidiado.



Como hijo de su época, sentía ardiente pasión por construir y levantar edificios que inmortalizaran su nombre. La iglesia de Santa Ana fué edificada por orden suya para que sirviese de última morada a sus restos; pero, sin embargo, este deseo no pudo ser cumplido, pues cuando los reformistas penetraron violentamente en el templo y se apoderaron de éste, Jacobo Fugger se negó resueltamente a ser allí enterrado, porque siendo hombre de piedad profunda y fe sinceramente católica, no quería que su cuerpo, aun después de muerto, tuviera el más mínimo contacto con los que eran aliados de un hombre que le repugnaba tanto a sus convicciones como Lutero.

El más grande monumento que perpetuará eternamente la memoria de Jacobo Fugger, y que mostrará a todos los nobles sentimientos que le animaban, es lo que desde hace varias generaciones viene llamándose la "Fuggerei", y que comenzó a construirse en los tiempos en que Jacobo estaba asociado con sus hermanos. Según disposición de éstos, debía emplearse la mitad de su capital fundacional, 30.000 ducados, en socorrer las necesidades económicas de sus colaboradores pobres, y sobre todo de sus empleados y trabajadores. Siguiendo estas líneas generales, se dispuso la construcción de la "Fuggerei", que puede considerarse como la primera colonia de casas baratas del mundo. Consiste ésta en un cuadrado de terreno, rodeado por un muro en el que se abren cuatro puertas, que van a parar a las calles centrales en que se divide este pequeño barrio de Augsburgo. El total de las casas que se construyeron primeramente era de 53, todas ellas de un tipo semejante y de dos pisos, adaptadas para que pudieran vivir en cada una de ellas dos familias. Podían habitar en éstas cualquier ciudadano pobre de Augsburgo, con tal que se comprometiese a pagar un ducado anual, a restaurar aquello que estropease y a que rezara por el fundador, sus antepasados y descendientes, un Padrenuestro, un Avemaría y un Credo diarios. La cantidad recaudada no debía pasar a los caudales privados de los Fugger, sino que se emplearía en mejoramiento de las construcciones, y, a ser posible, en el aumento de éstas. La "Fuggerei" fué siempre la obra predilecta de la famosa familia banquera de Augsburgo, que constantemente la mejoró y aumentó, y hasta en época relativamente reciente, el 16 de agosto de 1872, el príncipe Leopoldo Fugger-Babenhausen donó un capital de 50.000 marcos para la construcción de doce casas más. Actualmente el total de viviendas es de 132, habitando unas 500 personas, como término medio. El alquiler anual de un piso es de dos marcos, y el de una casa entera, de cuatro.

En los comienzos de la actividad comercial de Jacobo Fugger, éste siguió los cauces normales; pero muy pronto pudieron darse cuenta sus contemporáneos de que el espíritu emprendedor de este hombre no se conformaba con ser un mero sucesor de normas heredadas de sus antepasados. Fué la iniciación de sus negocios en gran escala el contacto económico con los Habsburgos, que habían de ser, pasado el tiempo, sus más graves deudores y quienes les habían de conceder más mercedes y privilegios. Ocurrió en el año 1473, el mismo en que Jacobo Fugger entraba a compartir la dirección de los negocios con sus hermanos, que el Emperador Federico III, pensando entrevistarse en Trier con Carlos el Temerario, de Borgoña, con el fin de solicitar de éste la mano de su hija María para su heredero Maximiliano, y comoquiera que desease rodear este encuentro del máximo lujo y de la mayor esplendidez posible, ideó que toda su corte debía vestir trajes de un mismo paño y color. Apeló para ello a su canciller, Hans Rebwein, para que le buscase un comerciante que pudiera atender a este gigantesco pedido, habiéndole cabido la suerte a los Fugger, que cumplieron con tanta solicitud y cuidado el deseo del Emperador, que no vaciló en otorgarles un escudo de armas para su familia, concesión que la hizo liberalmente y sin exigir cantidad alguna a los banqueros. Consistía este escudo en unos lirios azules y dorados sobre un campo, dividido en cuarteles, encima del cual se apoyaba un casco provisto de unos cuernos. El don otorgado no era más que una distinción honorífica, pero no significaba en modo alguno que la familia Fugger fuera incorporada a la nobleza austríaca.

Desde este primer contacto la familia Fugger no interrumpió nunca sus relaciones con los Emperadores austríacos, y Maximiliano no cesará de solicitar préstamos, cada vez mayores, para atender a sus crecientes necesidades y a los enormes gastos que las continuas guerras en que se vió obligado a participar le ocasionaron.

Hasta Ulrico Fugger, la base fundamental de las empresas económicas de su familia había sido el tráfico de las especias y de los paños de seda y algodón; pero desde que tomó en sus riendas la regencia Jacobo Fugger, se experimenta un importante cambio en la dirección de los negocios y pasan a ocupar el primer plano las actividades bancarias y la explotación minera. Los apuros económicos a que tan frecuentemente se veía sometido el Emperador Maximiliano le obligaban, como ya hemos dicho, a solicitar de los Fugger préstamos con que cubrir sus gastos, y como no lograra nunca mejorar su quebrantado patrimonio, necesitó apelar a los últimos extremos para pagar sus deudas. Siguiendo esta línea, alquiló durante varias épocas la explotación de las ricas minas de plata del Tirol a la familia Fugger, que encontró en ello espléndidas ganancias. La extensión de los negocios de Fugger alcanzó límites enormes; las principales capitales europeas tenían sucursales de los banqueros de Augsburgo y en todas partes se recurría a sus caudales para realizar empresas de todo género. En Roma, desde el año 1500 poseían un Banco, que entregó varias veces sumas considerables a la Curia pontificia y a príncipes eclesiásticos. Los Fugger contribuyeron a sacar de varios apuros a los Papas y, según consta en los archivos, vendieron a Julio II un diamante por 18.000 ducados, el cual lo habían obtenido a su vez por 20.000 en una subasta organizada por la firma veneciana Agostini. Los Fugger pertenecían, en unión de los Welsern, solamente ellos entre las casas alemanas, a la antigua categoría de gentes comerciales que en la Edad Media se llamaban "Campsores romanam curiam sequentes". En la Reforma y en toda la serie de luchas políticas que a ésta siguieron, la familia Fugger tuvo una gran participación, aunque siempre junto a los católicos.

Otro asunto de importancia mundial en el que los Fugger decidieron el destino final que a éste había de corresponderle fué la elección como rey de romanos de Carlos I de España. El proceso de este acontecimiento histórico, lleno todo él de intrigas y de malas intenciones, se muestra, junto con la fidelidad insobornable de los Fugger a su Emperador, el espíritu materialista que reinaba en la Alemania de aquella época, que hacía del dinero, como sostuviera Maquiavelo en famosa polémica con su compatriota Giurcciadini, el objeto primordial a que debían someter los pueblos la política, ya que sin él sería imposible conseguir nada perdurable y digno de luchar por ello. El ansia de vida y de goce sensual que se había apoderado de las almas renacentistas, unido al oro que, procedente de América, se volcaba a raudales sobre Europa, contribuía a fomentar este estado de espíritu tan contrario a las miras ultraterrenales de los hombres del medievo.

Aunque en sus últimos tiempos Maximiliano viviese en la más espantosa miseria económica y solamente en el último año de su vida tuviera que pedir prestados a Jacobo Fugger más de 3.000 florines, porque, según declaración literal del banquero alemán, "Su Majestad el Emperador no tenía ya ni para comer", se preocupó mucho en asegurar que heredara el trono su nieto Carlos, y para ello entró en negociaciones con todos aquellos que pudieran proporcionar el dinero que los ambiciosos e inmorales príncipes electores exigían como pago para dar su voto favorable.

Las primeras negociaciones para obtener un préstamo que asegurase una respetable cantidad que bastara para convencer a los que habían de elegir Emperador al futuro Carlos V, se inicia en Amberes en el año 1519, y en ella los Fugger se comprometen a suministrar el dinero que fuera necesario, y que fué tasado en un principio en 94.000 florines y que inmediatamente subió la cantidad a 450.000. Pero no acabaron aquí las cosas, pues la elección se iba a convertir en una auténtica subasta, de la que más que nadie se iba a aprovechar la avaricia y poca honradez de los príncipes alemanes. La causa de las nuevas incidencias se debieron a la entrada en liza de Francisco I de Francia, que deseaba también ocupar el puesto que ambicionaba Carlos. El Valois no vaciló en sacrificar la mitad de los ingresos que recaudaban las cajas del Estado anualmente y ofrecérselas como premio a los que habían de decidir la elección; más tarde entró en tratos con banqueros genoveses y otras gentes adineradas para conseguir importantes sumas que pusieran a su lado definitivamente a los príncipes. Sin embargo, Carlos V, contando siempre con el apoyo incondicional de los Fugger, dispuestos a doblar la cantidad que Francisco I propusiera y negándose a aceptar de éste ningún ofrecimiento, supo vencer todas las dificultades y reunir al fin la cantidad de 850.000 florines, ante la cual Francisco I no tuvo más remedio que resignarse a renunciar a sus pretensiones. De la suma indicada, 543.000 florines eran proporcionados por los Fugger, 143.000 por los Welsrn y los 165.000 restantes por varios banqueros genoveses y florentinos.

En el año 1526 falleció Jacobo Fugger, conservando hasta los últimos momentos de su existencia la serenidad de espíritu que le había caracterizado siempre, hasta el punto de que estuvo en sus horas postreras leyendo con voz firme el libro de la Pasión.

Capítulo importante y curioso en la historia de la casa Fugger es sus relaciones con España, en donde fueron popularísimos y su nombre llegó a españolizarse con la denominación de Fúcar, que fué sinónimo de hombre rico y espléndido. Es tradición corriente, aunque sin comprobación exacta, que la calle que existe en Madrid con este nombre era el lugar donde tenía su delegación la Península Ibérica. Los Fúcares colaboraron en casi todas las empresas imperiales, y el pueblo español llegó a considerarles como banqueros en nuestro propio país, olvidando su origen germánico y aceptando como un hecho que no admitía réplica cuando los monarcas españoles les concedieron la Carta de nacionalidad a los representantes en España de los banqueros de Augsburgo.

Fieles colaboradores de la Monarquía española y actuando como banqueros españoles, otorgaron a Carlos I cuantas cantidades necesitó para las mil empresas que tenía en sus manos. En 1504 les fué otorgado a los Fúcares por primera vez, y por un plazo de tres años, que recaudaran los ingresos que recibía la Corona de las tres grandes Ordenes de Caballería de Santiago, Calatrava y Alcántara, de las cuales era gran maestre el rey. Esta concesión fué otorgada a cambio de numerosos anticipos hechos por los Fugger. De tal manera fué considerada la banca como española, que se les concedió la explotación de las minas de mercurio de Almadén y de plata de Guadalcanal, así como la participación en numerosas empresas colonizadoras que llevaba a cabo España en América. El 28 de junio de 1532, Carlos V concedió a los Fúcares que ayudasen a nuestros colonizadores en tierras americanas, y les otorgó para que explotasen y explorasen una extensa zona de terreno que se extendía desde el estrecho de Magallanes hasta la tierra de Chincha.

Jacobo Fugger murió sin hijos, y legó las numerosas riquezas que poseía a sus sobrinos Antón y Raimundo, que habían recibido ya de sus padres una considerable cantidad. La Historia ha considerado a estos dos hombres como verdaderos Mecenas de las Artes y de las Ciencias, y fué durante ellos cuando la casa Furgger, siguiendo los cauces trazados por el inmortal Jacobo, adquirió el máximo esplendor, si bien comenzaron a sentirse, en los últimos años de su regencia, los gérmenes que habían de conducirles a su ruina.

Una típica calle de Augsburgo.

Raimundo Fugger era hombre alegre y de espíritu abierto, amante de las Artes; viajó por todo el mundo, deseoso de adquirir antigüedades y obras artísticas, especialmente aquellas que pertenecieran a la antigüedad clásica. Conocía varias lenguas, y aunque vivía con una magnificencia que superaba la de muchos príncipes, otorgaba espléndidas dádivas a los pobres. En su casa se reunían los mejores artistas y literatos, a los que atendía solícitamente su mujer, Catalina, que él consideraba, según frase propia, "como la más bella de sus piedras preciosas y la flor más aromática de su jardín".

Nos ha quedado la narración de un contemporáneo, que describe la esplendidez de las casas en que moraban Raimundo y Antón Fugger; según ella, cualquier visitante quedaba deslumbrado ante los enormes salones de clásico trazado, la magnificencia de las marmóreas escaleras, el lujo de los mil adornos que engalanaban los cuartos y los ricos tapices y alfombras que cubrían las paredes y los suelos de los varios compartimentos. Innumerables estatuas, la mayoría de ellas reproducciones de modelos clásicos, llenaban las galerías de los palacios y las avenidas de los parques. El jardín de la casa de Raimundo Fugger fué considerado por los que le conocieron como una maravilla que ni los monarcas europeos lograban igualar. Las plantas más hermosas y que crecían en las más diferentes latitudes, tenían allí su representación, completando aquel cuadro magnífico toda una serie de fuentes que con complicados surtidores lanzaban chorros de agua en todas las direcciones.

La biblioteca de los Fugger fué también de un valor enorme; costosos manuscritos griegos y latinos de todas las ramas del saber se amontonaban en sus armarios, y una red de agentes especiales buscaban afanosamente ejemplares valiosos con que enriquecerla. En los días en que el poder de la Banca Fugger desaparecía y no era sólo el oro el que abandonaba a los banqueros, sino toda su riqueza almacenada, fué vendida la biblioteca fuggeriana al Emperador Fernando III por 15.000 ducados, aunque en los tiempos de prosperidad había sido valorada en 80.000. Para dar una idea de la cantidad de estos libros, diremos que para su transporte, que se verificó por vía fluvial, fueron necesarias cinco almadías y un navío, empaquetándose todos los libros en 52 grandes barriles y 12 cajas especiales.

La historia de la decadencia de los Fugger no fué breve, aunque su ocaso comenzó en el mismo momento en que alcanzaba las épocas de mayor esplendor. Los excesivos créditos concedidos a monaras y gobernantes fueron causa principal de que la familia Fugger, falta de una cabeza directora poderosa, fuera lentamente, y sin una bancarrota violenta, desapareciendo del gran escenario de la política mundial.

JOSÉ MANUEL G.ª ROCA

MCD 2022-L5

El mundo es así

UN MITIN CONTRA EL WHISKY

ESPECIAL PARA EL ESPAÑOL

EN una crónica reciente para un diario de Barcelona, aludía yo a la casi imposibilidad material de obtener en Lisboa un periódico o una revista norteamericanos y a la imposibilidad absoluta de lo mismo en cualquier punto de Europa, a causa de la falta de transportes trasatlánticos; publicaciones que para los profesionales del periodismo representan especial interés, por razones de propia y objetiva información. De todas las revistas yanquis, las editadas por Luce, en particular «Life» y «Time», son las buscadas con mayor empeño, sin duda porque habiendo participado de por sí y alentado en los demás el aislacionismo a ultranza, desde la entrada de Norteamérica en la guerra mantuvieron—«Life» sobre todo—una actitud de aguda crítica en relación al Gobierno del país y en relación a los aliados, no dispensando benevolencia especial ni siquiera a los ingleses. Como expresión del interés por «Life», señalaremos este simple dato: su tirada es de cuatro millones de ejemplares, lo que estadísticamente equivale a unos veinte millones de lectores, cifra que dudamos logre ningún otro semanario en el mundo.

Las señoras de la Unión Nacional de Mujeres pro-Templanza, de los Estados Unidos, durante el mitin celebrado en Alabama para denunciar al whisky como el saboteador más peligroso y pedir su prohibición.

A través de las dificultades reseñadas, el azar me ha proporcionado, durante este año, algunos ejemplares de esa revista, uno de ellos con la mejor información gráfica del desastre norteamericano de Pearl Harbour; un reportaje tan completo, que en él figuraban en espléndidas fotografías no sólo los navíos de guerra monstruosamente descuartizados por las bombas japonesas, sino incluso las viudas de los marinos yanquis que en esta acción perecieron.

El mismo azar ha traído hoy a mis manos la fortuna de un ejemplar de «Life» de hace dos semanas. Mucho comentable para un europeo encierran esas páginas, una de las cuales está íntegramente dedicada a Inglaterra bajo este título: «¿Qué valen los ingleses como aliados?»; y con realismo crítico expone lo admirable y lo lamentable de Inglaterra en lo que a la guerra afecta. Pero, de todo ese material, lo que particularmente retuvo mi atención han sido dos páginas encabezadas así: «La manera acertada y la errónea de suprimir el whisky». A la errónea corresponde una fotografía a toda plana del Congreso de la Unión Nacional de Mujeres pro Templanza, celebrado en Birmingham (Estado de Alabama), y al que asistieron un millar de delegadas de todo el país, señoras, en general, de bastante edad y a las cuales, con sus estandartes, sus bandoleras de seda y sus largos vestidos blancos, uno se inclinaría a tomar por una agrupación orfeonística femenina, disponiéndose a cantar romanzas del Sur a beneficio de los niños pobres de Chicago, de las protegidas del «Ejército de Salvación», o incluso en beneficio propio, que es para lo que las mujeres—y hasta los hombres—acostumbran a cantar para distraerse, ganar dinero o hacérselo perder al empresario.

Mas estas señoras no venían a cantar un poco, sino a chillar mucho; venían a celebrar un mitin contra el whisky. La conclusión de este mitin—pues no hay memoria de mitin sin conclusiones—fué ésta: «El whisky es nuestro más expandido y peligroso saboteador.» Y seguidamente pidieron su inmediata y total prohibición. Yo no quiero caer en la maliciosa sospecha de que estas señoras realicen una campaña contra el whisky porque les guste más la cerveza o el vino tinto, o que sus maridos—suponiendo que son casadas—se gastan el salario en los bares, llegan a casa dando traspiés, y después de pasar la noche con bolsas de hielo en la cabeza, se levantan tarde para trabajar y con un paladar endiablado. Por el contrario, creo sinceramente que estas señoras y sus maridos tienen el buen gusto de no ingerir nunca ese producto de la destilería con sabor a extracto de chinches, que entusiasma a las elegancias internacionales y les estropea el estómago. Pero precisamente porque no beben whisky, resulta ociosa su exigencia prohibicionista, pues quienes en realidad están autorizados para pedirla son los víctimas directas de sus efectos: los dipsómanos, los borrachos incorregibles. Nadie concebiría un mitin de solteros o viudos para reclamar la implantación del divorcio, ni una manifestación de vegetarianos exigiendo que se abarate la carne.

Las pretensiones de las señoras pro Templanza traen, inevitablemente, el recuerdo de la Ley Seca, germinada en lo mucho que se bebió en Norteamérica en tiempos de la otra guerra. ¿Serán los comentados síntomas de una resurrección del prohibicionismo, que hizo célebre a Al Capone? Ignoramos si ese punto figura en la Carta del Atlántico, pero es importante registrar que en Norteamérica hay ya millares de mujeres que agitan el whisky, y no precisamente para hacer un cocktail.

Por lo demás, el whisky parece ser un problema para los anglosajones en las guerras; en la de 1914, en Inglaterra se sucedieron una serie de disposiciones en relación con esta bebida, entre ellas la «No Treating Order», que prohibía, primero, adquirir bebidas para terceros, es decir, pagar a nadie una copa, y luego comprar menos de una botella, con lo cual los pobres tenían que reunirse en grupos para adquirir aquélla y beberse cada cual su parte. Una escritora inglesa llamó a éstas «crueles restricciones».

En contrapartida al mitin femenino, juzgado método erróneo para combatir el whisky, la revista ofrece la fórmula acertada en otra fotografía, representando una gigantesca máquina de destilar y un hombre cerrando una llave y abriendo otra de aquélla; por este simple procedimiento, la destilación deja de convertirse en whisky saboteador y queda en alcohol puro para fabricar caucho sintético.

Hace un año se habló mucho del «general Invierno», del «general Fango» y de otros imponderables graduados que saboteaban el esfuerzo alemán en el Este. Ya tenemos, según la denuncia de las señoras pro Templanza, al «general Whisky» saboteando el esfuerzo americano.

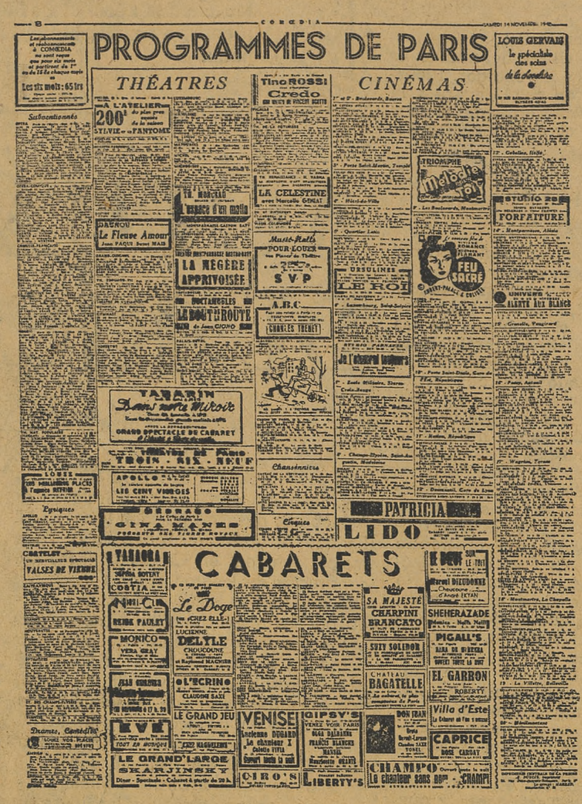
LORENZO GARZA

Mientras se hunde el Imperio
PARIS SE DIVIERTE

Doscientas setenta y ocho salas de espectáculos, atestadas como nunca

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

EN la semana crucial—este vocablo no se ha empleado por cierto en la Prensa ni en las conversaciones—París ha vivido su vida acostumbrada, sin experimentar la pesadumbre de las antecámaras de agonizantes. En carteles y en periódicos seguía floreciendo la misma frase: "Nuestro Imperio...; por la defensa, por la grandeza de nuestro Imperio." Del Imperio colonial no se habla, en realidad, más que poco antes de la guerra, porque en la terminología democrática se había rayado esta palabra. Surgió cuando se vislumbraron las amenazas, cuando un sentimiento de orgullo hizo desechar la otra frase, "la segunda Francia", con que democráticamente se designaban las posesiones coloniales. Nunca creyeron que fuesen puestos en entredicho y que no iban a correr la suerte de la madre patria. Por eso, como una exaltación de poderío fué creciéndose la palabra "imperio", que prestaba al régimen decadente un relieve mítico. Al conocerse la sumisión de Argel y la desbandada de Marruecos, cuando los detalles, algo descarnados, fueron llegando, un periódico ha osado imprimir: "No hablemos ya más del Imperio..."



En pleno desastre colonial francés, "Comedia" nos ofrece una plana totalmente cubierta con gacetillas de los espectáculos de París.

Con París no cuenta esta renuncia, porque París no tomó nunca en serio las grandes letras de los carteles alegóricos, las proclamas inflamadas y los últimos fuegos de artificio. París no tiene ojos más que para su cartelera de espectáculos. El otoño, en sus últimos días, se retira con todos los rigores del invierno; el frío es intenso y una niebla helada entumece los miembros al amanecer. Se va a los cafés, por costumbre, aunque la mayor parte no tengan calefacción, contando con la propia y natural de los parroquianos. Se toma el sustitutivo de café, porque arde en el paladar, y se absorbe los tres días por semana que está permitida la copita de alcohol venenoso. El aperitivo corriente es un lujo...., pero se va a los cafés, a contar cosas anodinas, por huir de la calle, antes de bajar al metro apresuradamente. Una encuesta ha revelado recientemente que son muchos los que dejan de ir al café porque saben que ahora no se encuentra casi nada para beber.

Pero al circo, al teatro, al *music-hall* y al cabaret la gente va todas las tardes y todas las noches. Nunca se vieron tan solicitadas, tan llenas las salas de espectáculos. Se han subido los precios de las butacas, y sin embargo, han de adquirirse en contaduría el día antes. Un periódico ha denunciado el escandaloso negocio de las agencias que venden billetes de teatro, ya que la reventa junto a las taquillas está prohibida. En estas agencias, para tomar una localidad debe abonarse el doble o el triple, y la agencia y la taquillera del teatro realizan enormes beneficios, sin garantía para el público, porque a menudo el mismo asiento se vende dos veces y se promueve un conflicto con los legítimos compradores. Para un pequeño *music-hall* como el "A B C", sito en el bulevar Poissonnière, con un programa corriente, debe retenerse la localidad con dos días de anticipación. En cada teatro, en cada cine, se forma una cola interminable, no sólo los domingos, sino los días laborables. El caso del Teatro de Varietés, en el bulevar Montmartre es típico. Se representa una opereta vulgar con retazos de música variada y con artistas poco conocidos que se titula *Au Pays du Soleil*, y por la mañana y por la tarde los aspirantes a localidades forman cola. Lo mismo ocurre en la Comedia Francesa, donde desborda a la plaza, cuando antes sólo se veían guarecidos bajo las arcadas a los invariables devotos del teatro clásico. Incluso, en el Odeón, arriba en el Barrio Latino, que nunca consiguió atraer al público, ahora la afluencia permite lo nunca visto en aquellos parajes: la cola.

Si por la tarde se le ocurre a una familia ir al teatro después de cenar, el problema es arduo. Por teléfono se contesta que todo está tomado, y a menos de recurrir a una agencia... Con ésta se obtiene, por lo menos, una silla suplementaria.

En esta semana de tragedia, cuando se borra del vocabulario corriente la palabra "imperio" y se vive en la incertidumbre del poder y de la existencia nacional, funcionan en París:

Cinco grandes teatros subvencionados por el Estado (Opera, Opera Cómica, Comedia Francesa, Odeón y Teatro Nacional Popular, en el Trocadero).
Nueve teatros líricos de opereta.
Treinta teatros de drama y comedia.
Doce *music hall*.
Cinco cabarets de *chansonniers*.
Dos circos.
Treinta y seis cabarets de lujo.
Ciento setenta y seis cines.

Todo ello, en el centro de París, porque enumerando los espectáculos de la periferia, se alcanzaría una cifra enorme. De manera que en la capital hay público suficiente para llenar en cada función doscientas setenta y ocho salas de espectáculos para todos los gustos y aficiones. Al sobrevenir la segunda catástrofe, un crítico teatral, Alain Laubreaux, expresaba su rubor de tener que dar cuenta de los estrenos de la semana. "Hemos rodado al fondo del abismo—escribe; no entrevemos esperanzas de salvación. ¿Es lícito—se pregunta—evadirse de las desdichas reales de la patria para interesarse por los cataclismos teatrales?"

El público le daba la respuesta, disputándose los asientos para oír *Salambó*, en la Opera; la inevitable *Carmen*, en la Opera Cómica; *Hamlet*, en la Comedia Francesa; *El avaro*, en el Odeón, y *La Arlesiana*, en el Teatro Nacional del Trocadero. En los teatros líricos, corre a ver *Las cien vírgenes*, de Apolo; los *Valses de Viena*, en el Chatelet; *La viuda alegre*, en Mogador; *Crainquebille*, en La Cité; otros Hamlet, más Madragoras y una serie de comedias, muy pocas recientes y notables, porque la cantidad es superior a la calidad. No busca sólo divertirse, quiere también sufrir y acude al teatro del Gran Guignol, donde ha alcanzado trescientas representaciones una obra de espanto y alucinaciones, de Andrés de Lorde, *La horrible experiencia*, que provoca desmayos y estremecimientos. En los circos ha tenido el atractivo de un accidente a la inexperta domadora Gina M[illegible] rida gravemente por un tigre. E[illegible] cine, la ausencia de las películ[illegible] wood no perjudica la afluencia.

Tarde y noche se exhiben en [illegible] rets propios los *chansonniers* más [illegible] ces de París. En el viejo "Caveau Republique" desfilan los veteranos, y [illegible] principiantes, en *Les Deux Anes*, al [illegible] de Montmartre; como los restantes, Raymond Souplex hace reír al público exclusivamente con sus cuentos de restricciones alimenticias en el "Dix Heures"; René Dorin corre sobre la maroma de la actualidad, evitando la caída gracias a la sombrilla de su ingenio, mientras Jean Rigaux, el marido de la artista de cine Carmen Boni, con sus cuentos de locos suelta verdades que sacan de quicio. El cabaret más subversivo es "La Lune Rousse". Allí canta Martini, el más travieso, el único que jugando con la censura se permite alusiones políticas. Martini es el *chansonnier* más cáustico de París y se le perdona ahora en gracias a las enormidades que decía de Blum y del Frente Popular en los tiempos que aquél gobernaba. Lo que se ha desterrado en absoluto de las canciones es la invariable sátira a la vejez, al arte de Mistinguett y de Cecilia Sorell, la avaricia de Maurice Chevalier y las ridiculeces de Mauricio Rostand. Son personajes desaparecidos del cabaret, de ese cabaret de la Butte Montmartre, que en general actúa de moralista y nos da excelentes lecciones de patriotismo, comprensión y buena conducta, que la gente recibe con grandes carcajadas, porque se imagina que es broma...

Esta cartelera de París en los momentos actuales es un documento histórico. La moral se mantiene heroicamente. Caen desmenuzadas las posesiones coloniales y ya un periódico extiende la cédula de defunción del Imperio; un millón trescientos mil prisioneros sufren cautiverio en Alemania; los bombardeos se ensañan en una y otra zona, aunque respeten por ahora París; el Poder, desobedecido; la administración, hostil al Gobierno. Está ocurriendo algo que socava los cimientos de una gran nación y a la hora de empezar las funciones no hay sitio en doscientas sesenta y ocho salas de espectáculos.

JUAN PEDRO LUNA.

Escena en un cabaret parisino de principios de siglo.

"PRIMAVERA EN EL BOSQUE DE COPXI"

Por MANUEL FERNANDEZ DELGADO MAROTO
Cruz de Hierro

I

ESTABA amaneciendo y, antes de acostarme, he ido a ver a Gaspar, que tenía guardia en su fusil ametrallador.

Hacía un poco de fresco, y llevaba el cuello de la guerrera tapándome las orejas. Por el sendero de las matowas hacia la trinchera.

Tras el parapeto, mientras veíamos a los pájaros beber agua en los charcos y luego posarse en la alambrada, hemos fumado un pitillo, casi sin hablar.

Ráfagas de ellos. Y a veces el sargento pidiendo la novedad, que no existe.

Todo ello con la parsimonia de la Naturaleza al desperezarse. Casi tranquilamente.

Alguna hoja nueva en los árboles y un césped húmedo y brillante. He apagado mi cigarro. Y me he marchado.

Casi sin hablar.

Y, sin embargo, llevo en el corazón la alegría de haber distraído al buen camarada en su largo, y un poco pesado, puesto.

II

Ha comenzado a deshacerse la nieve. Y el cielo no tiene ya ese color blanco y triste de todo el invierno.

Esta mañana, mientras la fila de mi grupo iba lenta y silenciosamente sobre el fango, he visto sobre el viejo matorral de la derecha una flor pequeña y solitaria.

Tal vez porque la esperaba mucho, me ha parecido que ya la conocía, y sólo una sonrisa ha aparecido en mi cara sucia de barro, de barba y de cansancio.

Pero aquí dentro, en el fondo de mi alma, hay una sensación agradable. Es la primavera que llega. Casi sin darnos cuenta.

Mañana habrá flores, y tal vez los árboles se llenen de hojas. ¡Y es posible que florezca el abeto de mi puerta!

Ya no volverá a nevar, y ese sudario blanco—¡siempre esta tierra amortajada!—desaparecerá.

Este barro pegajoso y pesado será tierra blanda, cuajada de césped.

Y otra vez volveremos a reír y a cantar.

Porque la primavera ha llegado.

III

Federico, buen amigo, ¿por qué no estás aquí?

Ya sé que te marchaste aquella madrugada, cuando el ataque fuerte.

Pero tú querías la primavera.

Alguna noche, en la patrulla, soñabas con ver reverdecer el campo y con marcar caminos nuevos y rutas misioneras.

Donde caíste, Federico, habrán nacido rosas.

IV

Estaba en el prado, entre los maizales, la vaca de Nuria. Luis y yo la hemos acosado, riéndonos, después de secarnos al sol.

Ha huído, a su trotecillo, y nosotros hemos vuelto al agua, de color de caramelo, de este río pequeño que pasa por aquí. Hoy estaba fría, y sólo hemos nadado hasta el alerce grande.

Luego, lentamente, mientras nos vestíamos, hemos visto a Nuria llorar, porque su vaca se ha clavado una espina de zarza silvestre.

Luis la ha curado, y Nuria le ha sonreído con la sonrisa triste que tiene a veces.

No sé por qué creo que esta pequeña niña, de los ojos azules, está enamorada de Luis.

Cada día, mientras llueve, tras el casi opaco cristal de su ventana, Nuria le mira ir, camino abajo, y cuando al llegar al bosque se vuelve a decirnos adiós con su manaza de ademán bondadoso, ella le sonríe tímidamente, llenando sus ojos de una alegre esperanza.

V

Por la carretera abajo, en la vieja cocina de la compañía, he pasado esta tarde.

A los lados, la extensa pradera, cuajada de pozos de obuses, que son como rudas cicatrices sobre el verde casi monótono de los céspedes. De vez en vez, un refugio, en el que el ansia y la nostalgia pusieron el adorno, cercas de ramas de blancos abetos y piedras de color.

La cuneta es un manso regato gruñón.

Júnto a Podvereja, el cementerio. Cien cruces de madera, rústicas y ardientes, se elevan al Cielo, que hoy estaba azul en demasía.

Y en cada cruz el nombre de un camarada que no verá esta primavera que empieza, ahora, a sonreír.

Sinceramente, mientras las piedras del camino hacían saltar mi viejo carro, he pedido, mirando a Dios, que esa otra primavera, de eterna metafísica, les sea concedida.

VI

Se han reforzado los puestos y no nos hemos quitado el correaje.

Una larga noche en espera del ataque. La luna, juguetona, se escondía, a ratos, en una nube pasajera.

He mirado ansioso hacia su alambrada, y sólo el silencio pasaba por allí.

Ahora no es como en el invierno, y la alambrada impone menos; parece, más bien,

la valla que separa las huertas de mi pueblo. Y, sin embargo, aquel alerce alto, desde donde nos tiran siempre, tiene un no sé qué de amenaza.

* * *

Por el lado de ellos ha empezado a levantarse el día, y el ataque no ha llegado.

El sol—¿es posible que sea el mismo que en España?—también se ha levantado. Y tras alguna, un poco nerviosa, despedida, nos hemos ido a acostar.

VII

Hemos pasado la noche junto a la hoguera que hay ante la chavola de Manolo.

Allí, un poco apretados, porque el círculo no es lo bastante grande para todos, hemos hablado de mil cosas distintas mientras que la noche se venía y se iba.

La leña, rugosa y vieja, no crepitaba bastante, y ha habido que atizarla mucho para que no cesara de llamear. Algunos fumábamos y, a ratos, el silencio pesaba un tanto sobre nosotros.

Alguien, no recuerdo quién, ha hablado de su madre; tenía en la voz un trémolo de fervor y alegría, una profunda nostalgia.

Cada uno hemos pensado en la nuestra, que allá lejos, en la tierra cálida, debe estar soñando, en una noche como ésta, con el hijo que se le fué a la guerra.

Yo sé que la mía, a ratos triste y siempre orgullosa, debe pensar en mí, como yo pienso en ella.

Y cada noche, en mi servicio, tras el rosario, le pido al buen Dios que mañana pueda enjugar sus lágrimas con besos ardientes de hijo enamorado.

ANTE EL "PRÉ CARRÉ" DE FRANCIA

RICHELIEU Y ESPAÑA

Por JOSE MARIA MARTINEZ VAL

El paso del tiempo, con su ritmo seguro y exacto, pone periódicamente en el calendario la nota aguda de la efemérides histórica.

No tratamos de hipostasiar la Historia a toda la realidad multiforme de la vida humana, pero sí vemos que es insoslayable, en la rauda actualidad de un presente fugitivo, la presencia del peso de los siglos y de los hechos de las generaciones precedentes.

Esta atención por lo pasado, tan sentida por nosotros en lo político, tan necesaria—humanamente hablando—en lo espiritual, es sólo una consecuencia de nuestra actitud de solidaridad «con toda la Historia de España», dada como consigna por Ramiro Ledesma en el *Discurso a las juventudes.*

La personalidad en la política y en la Historia.

Escribir sobre el cardenal Richelieu, más que amontonar adjetivos o remover viejas y sabidas comparaciones con otras grandes figuras religiosas actuantes en política—Cisneros, Mazarino, Alberoni, Nithard—, es buen motivo para traer, a la gran circulación de las ideas que representamos, un sentido nuevo de la Historia.

Todas las gelideces del positivismo filosófico, todas las transformaciones de un progresismo evolucionista, todos los empirismos de una interpretación materialista de la vida se rompen ante la realidad palpitante del voluntarismo histórico, que pone el motor de los grandes y pequeños acontecimientos en la personalidad, en el libre arbitrio del hombre.

FELIPE IV

El nombre del cardenal Richelieu es, a este efecto, completamente convincente. Basta mirar el retrato del cardenal, hecho por Felipe de Champagne, con tanta fidelidad y exactitud interpretado por Hilario Belloc en una biografía ejemplar en su género, para comprender todo el magnífico y poderoso ímpetu renovador, creador, histórico, en una palabra, que existe en cada hombre de selección.

Al cumplirse en este año 1942 el tercer centenario de la pérdida militar del Rosellón, es momento oportuno para que un español—EL ESPAÑOL—traiga a Richelieu a la sobrehaz publicitaria de la tinta de imprenta.

Un escritor inglés ha llegado a decir, con justa expresión, que en cierto momento—los últimos años de la vida de Richelieu—«la biografía de éste es la Historia de Francia, y en un amplio grado la de Europa».

La fuerza de su personalidad es tan rica en matices y tan poderosa de medios, que llega a coincidir el desarrollo de los acontecimientos con los planes elaborados por Richelieu.

Las fases más decisivas de la guerra de los treinta años (1618-48), con su enorme trascendencia histórica, llevan la impronta genial de la personalidad del gran cardenal, y aun la Paz de Westfalia, lograda seis años después de su muerte, es la última consecuencia de sus proyecciones y directrices.

Sin embargo, Richelieu, en este aspecto, no hace sino seguir la tradición francesa de «política realista», inaugurada por Francisco I cuando se alía con la Puerta Otomana contra Carlos, emperador de Occidente. Puede más sobre él un chauvinismo nacionalista que todos los intereses concretos o espirituales de la Cristiandad: Richelieu apoya al Protestantismo alemán, porque lo necesita para enterrar, en la derrota militar y religiosa, a la Casa de Habsburgo.

Y se da el extraño caso de un cardenal que vende el interés de la Catolicidad, triunfante ya en el movimiento de Contrarreforma, por poner los límites de la «cristianísima» Francia en la línea verde del heroico Rhin.

Coincide, en cronología, con Richelieu la figura no menos avasalladora e importante del conde-duque de Olivares. Marañón ha puesto en claro, en un brillante y documentado estudio, cómo la desgracia y el fracaso del político español le han hecho pasar a la Historia con un marchamo peyorativo, del que ya le está librando una revisión imparcial de los hechos y de los documentos.

Es indudable que el conde-duque de Olivares representa la voluntad enérgica que pretende poner freno a la marcha descendente del Imperio hispánico, pero se encuentra enfrente con la voluntad de hierro de Richelieu. En la lucha de ambas voluntades, la hegemonía europea, y con ella la del mundo, es el premio destinado al vencedor. Richelieu, vencido su gran rival, legará a la Francia unificada interiormente, moderna, engrandecida, el cetro nuclear del Rey Sol.

Actualidad geopolítica del Rey Sol.

El *Testamento político* del cardenal Richelieu es, por otra parte, uno de los documentos más debatidos en la actualidad, en cuanto es la primera gran obra en que se plantea el problema de las fronteras naturales de los Estados. El vigor político del gran hombre de Estado francés vence tres siglos de Historia y sigue actuando sobre nosotros, no con la inoperancia de un recuerdo pasado, sino con la vigencia de un sistema de ideas actual. Las fronteras son el hecho más vivo de la Geografía humana. No puede extrañar, pues, que las dos tendencias de la geopolítica—alemana y francesa—se enfrenten precisamente, con mayor encono, en la interpretación y legitimidad del concepto de frontera que expusiera Richelieu en su *Testamento* y que realizara en su política.

Si la polémica geopolítica germanofrancesa versa sobre el valor diferenciador, fronterizo, del Rhin, cabría perfilar una posible controversia hispanofrancesa sobre el papel del Pirineo como frontera.

La tradición de una relación constante a través del Pirineo es, seguramente, de las más antiguas. Nunca ha sido el Pirineo una muralla infranqueable para los pueblos de sus valles, y toda la Edad Media, por ejemplo, de los pueblos francés y español no se explica satisfactoriamente sin la consideración permanente de la unidad pirenaica.

Ni siquiera el tratado de Corbeil, entre San Luis y Jaime el Conquistador, pone fin a las influencias mutuas de roselloneses y catalanes.

Y aun hoy, a pesar de la influencia unificadora y centralista de la Revolución francesa, el Rosellón tiene mayor afinidad lingüística con Cataluña que con el Languedoc.

Tampoco es el Pirineo una frontera natural, de las que buscaba Richelieu. Su trazado actual, en sus líneas esenciales, no es consecuencia de trazos rígidos de la Naturaleza, sino de una voluntad de dominio político que encarnó, hace trescientos años, el cardenal francés.

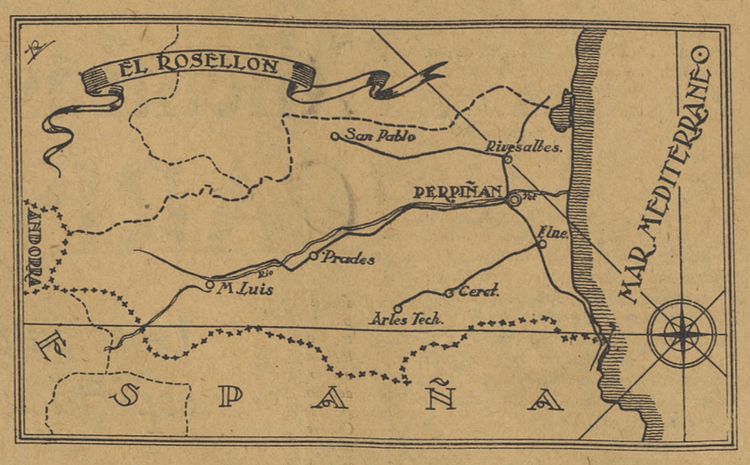
Alférez de Infantería de línea

La crisis bajo Felipe IV y un «98» español.

Una eclosión del particularismo ibérico, el caso de los catalanes bajo Felipe IV, fué motivo para que Richelieu interviniese, con audacia y medios suficientes, sobre el Rosellón y Cataluña. El Rosellón, verdadero objetivo de Richelieu, quedó permanentemente en poder de Francia; las ocupaciones de Salces y Perpignan fueron precisamente el último éxito directo de Richelieu, que moría el mismo año 1642, en que completaba por el Sur, con «frontera natural», según su criterio, el espacio francés.

Unos años más tarde (1659), la Paz de los Pirineos, uno de los «98» caracterizados por Giménez Caballero, daría situación jurídica de dominio.

Tres siglos de ocupación francesa del Rosellón son motivo para que no nos anime ningún irredentismo ridículo y extemporáneo. Pero aprovechemos la ocasión que nos ofrece la efemérides histórica para meditar que las fronteras no son nunca naturales, sino consecuencia final de un ímpetu militar, dirigido por una política, animada por un espíritu.



Aquí conmemoramos, para escarmiento de malos españoles y enemigos de nuestra Patria, y como ilusión presente de EL ESPAÑOL, el III centenario de la pérdida de la plaza fuerte de Perpiñán, en el Rosellón, secularmente hispano, en la coyuntura del 4 de diciembre, que fué cuando murió, hace trescientos años, el Cardenal francés Armando Duplessis, o sea Richelieu, adversario resuelto de España.

ACTUALIDAD DE RICHELIEU

Por ANTONIO TOVAR

Si se nos pidiera una cifra de la política francesa desde Clodoveo a Pétain, pasando por San Luis, Luis XI, Enrique IV y Herriot, no la hallaríamos mejor que en el Cardenal Richelieu, constructor de la gran Francia moderna, adorado por el antiguo régimen y loado por los revolucionarios, a quienes la protección a los herejes de fuera hizo perdonar su dureza para con los de dentro. Varón resuelto y de firme mano, dogmatizador de lo que ha sido siempre el alma de la política francesa: la no sumisión del interés nacional francés a nada de este ni del otro mundo.

Vemos la ocasión de los contemporáneos ante su aparición, y las ideas y motivos de Richelieu se han hecho tan universales, han triunfado tan en toda la línea, que apenas comprendemos el horror que ante su política pragmática, objetiva, calculada, nacionalmente egoísta, sintieron los hombres más ilustres de su tiempo.

La genialidad de Richelieu, lo que le permitió obrar en lo interior y en lo exterior con una inaudita y nueva falta de escrúpulos, fué la elevación a dogma de lo nacional, al poner por encima de toda ley, humana o divina, los intereses de Francia.

Rito era nuevo en el mundo, y entre príncipes y senados que estaban aún, a pesar de todo el maquiavelismo, obligados por consideraciones superiores, por palabras empeñadas, por compromisos legales o por mandamientos de la ley divina, el osado y genial cardenal podía moverse con rapidez y agilidad asombrosas.

Mosquetero de la Guardia Amarilla.

Quevedo, que, aunque era político, estaba aún de padre de la vieja moral y sintiéndose servidor de los ideales religiosos, que eran la bandera de España entonces, sintió un odio violentísimo, más que odio, terror y espanto, ante la clara mente, no enturbiada por ningún escrúpulo, del cardenal Armando de Richelieu.

A Quevedo le parecía que los enemigos del cardenal tenían razón: que tenía secuestrado al rey, que sus afanes eran los de un traidor, que su cabeza era una maravilla de hábil monstruosidad; que en la política del mundo, por obra de Richelieu, andaban sueltos poderes diabólicos.

Era que la de Richelieu era la política «moderna», nacional, libre de prejuicios extraños, de preocupaciones trascendentes, de normas morales y religiosas.

Fué el descubridor de la política sin teología, independizada, suelta, libre, sin otro dogma que el de los intereses nacionales. Desde él, la política no ha de contar ya con la cristiandad ni con Dios.

Quevedo, que sentía la fuerza de la tradición católica, el servicio de España a la Cristiandad, se quedó, desde que descubrió los motivos y la revolución de Richelieu, horrorizado.

Richelieu era el cartesianismo político contra la escolástica española, la novedad sin tradición frente a la herencia ininterrumpida de siglos. Era el experimentalismo contra la experiencia de la tradición, la ciencia «moderna» contra la teología. Era, en una palabra, la derrota de España y de la contrarreforma.

Por el interés de Francia torturaba hugonotes, y por el mismo interés ayudaba a los herejes alemanes a levantarse contra el Imperio católico.

Los historiadores podrán documentar mejor mucho de esto; no creo que, en líneas generales, se pueda deshacer esta opinión sobre Richelieu.

Su influencia ha sido tan grande—y, por otra parte, respondió él tan exactamente a las tendencias seculares de Francia, «país bien recargado de enemigos»—, que la política francesa ya ha sido siempre richelieunista sin remedio.

Ahí la tenemos hoy, empantanada entre Vichy y París, entre un triunfo alemán y una victoria inglesa, entre dos direcciones contrarias en la diversión del mundo. Todos, en esta época, somos apasionadamente algo, partidarios de una cosa u otra, encendidos en fe democrática o llenos de ardor revolucionario. Todos, excepto los franceses, que no tienen otra preocupación que la de ver si sacan adelante a Francia. Vichy, o París, o el ejército de Africa; gobernantes, diplomáticos y degaullistas, todos están absolutamente desorientados porque no tienen una fe sólida ni un convencimiento resuelto. Por eso se esterilizan en oportunismos que en estos tiempos implacables hacen sonreír a todo el mundo.

Ha tenido que agotarse el mundo moderno, que perderse la fe moderna en la ciencia y el progreso, que hundirse el mito que hasta ayer triunfara, para que pudiéramos comprender la variedad, la irreflexión, el anacronismo de la política francesa de hoy y de ayer, sin principios sólidos ni evoluciones para nada.

Pero he de determinar con algo más que con una crítica negativa. Y os quiero poner en guardia, camaradas, contra ciertos rebrotes de richelieunismo en España, que quieren que nuestra Patria se ponga a esperar, a vichizar y degaullizar mientras se juega las grandes partidas en que se pierde **todo,** pero también se gana **todo.** Tenemos una fuerte y vigorosa fe política, y sólo por ella nos hemos de guiar. Dejemos para los vencidos, los acobardados y los que han agotado su ciclo, el ciclo que iniciara Richelieu, las vacilaciones, los cálculos prudentes y la raposería, que hace reír a los resueltos y a los fuertes.

RICHELIEU O EL POLITICO

Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

En 1614 se celebran en Francia los Estados Generales, que no se repetirán hasta 1789. A lo largo de más de siglo y medio, las razones a discutir no cambiarán, pues, como sus sucesores de la época revolucionaria; los Estados de 1614 se desarrollan bajo el concepto del antagonismo entre la nobleza—que se apoya en el medievo para hacer valer sus derechos—y la burguesía, que avanza, paso a paso, hacia la conquista de las instituciones públicas. Por encima y por debajo de la lucha, una corte real donde la maledicencia, el soborno y las pequeñas vanidades enemigas tienen su mejor representación en María de Médicis y nobles que la rodean. Luis XIII, aún menor de edad, da su autorización para que se asesine a Concini, valido de la reina madre, lo que ocasiona la caída del partido de ésta, y aun su prisión. Alzanse sus partidarios y, por un momento, la guerra civil parece inminente. Pero hay un rápido tejer lazos y atraerse voluntades; un hombre va y viene sonriendo, ofreciendo, asustando.... como por arte de magia; los ceños se desarrugan y las manos dejan la empuñadura de las espadas, antes ansiosas de luz. En abril de 1619 se afirma la paz con la reconciliación de la madre y el hijo en Angulema. Con ello, el mediador ganaba la seguridad para Francia y el Poder para sí. En 1622 obtiene, con el favor real, el capelo, Armando du Plessis se llama ya el cardenal de Richelieu.

La figura de Richelieu tiene ya, gracias a sus numerosos biógrafos, caracteres bien definidos. David Ogg señala su admiración por Maquiavelo, cuya política siguió en gran parte. "La moral que gobierna al individuo no debe aplicarse forzosamente al Estado", opina Richelieu, y de ello su acción más o menos sinuosa, más o menos encubierta, según lo exija no el imperio de la ética, sino el de las circunstancias con las que se tope a lo largo de su carrera política. En el gobierno interior del país, la trayectoria del cardenal corresponde (como por obra de un determinismo histórico que siempre encuentra el hombre arquetipo) a la situación de un Estado moderno que se va formando mientras destruye, uno a uno, los reductos medievales. La base y el pilar de esta política en la Edad Moderna es la Monarquía. Robusteciendo ésta se robustece el Estado y, por ende, Francia, ya considerada como un todo armónico. Si se debilita la institución, se disgregan las almas y las tierras. El esfuerzo de Richelieu consiste, pues, en reforzar, al mismo tiempo que su posición personal, la causa de Luis XIII frente a la clase nobiliaria. La unidad de gobierno contra la pluralidad de mando. En este sentido el cardenal representa un jalón importante en la carrera hacia la nueva concepción de vida, camino que va desde la Monarquía patrimonial, en la que los reyes consideraban las tierras sujetas a su mando como propiedad particular, susceptible de enajenar o repartir graciosamente, hasta la absoluta, en la que el rey se siente solidario con el territorio y sus habitantes en una empresa que a él sólo le atañe dirigir y ordenar: todo para el pueblo, pero sin el pueblo; *deux ex machina* del despotismo ilustrado, cuyo símbolo será Luis XIV, para quien los altivos nobles que sus abuelos tuvieron que sufrir se convierten en rebaño de pedigüeños de favor real en los salones de Versalles.

Richelieu, pues, rompe las primeras lanzas para hacer una verdad de la frase-tipo de "el Estado soy yo". Pero esta labor que, al parecer, tiene solamente un peligro físico en la lucha contra nobles demandados, roza, además, un problema que en este siglo XVII ha de hacer derramar mucha sangre dentro y fuera de las fronteras de casi todos los Estados de Europa: el religioso. Pues siendo católica la casa real francesa desde que Enrique de Borbón creyó que París valía una misa, los enemigos de ella, esto es, la mayor parte de la nobleza, tienen que ser protestantes calvinistas o, con el nombre francés, *hugonotes,* adjetivo que les viene del reunirse en la puerta de Hugo, en París, o del vocablo alemán *eidgenossen* (asociados), según discuten los eruditos; hugonotes que apoyan sus armas en todas las naciones protestantes, especialmente en Inglaterra, la cual, muy a gusto, hace de la religión empresa con que ayudar la disgregación de la vecina Francia; rebeldes que claman y gritan por una libertad de cultos, y aun por la caída de Richelieu, suscribiendo y apoyando todas las conspiraciones que contra él se realicen. La contestación del ministro a todas estas bravatas es el sitio y toma de La Rochela, bastión calvinista considerado inexpugnable. Dos mil muertos de hambre fueron premisa de la rendición de la ciudad, cuyo avituallamiento por mar se vió interrumpido por el famoso dique que hizo construir en breve plazo la energía del primer ministro. Esta guerra fué llevada por Richelieu en su doble y lógico aspecto de jefe de Gobierno contra rebeldes y de cardenal contra los enemigos de la santa fe católica: pero, inmediatamente tras de su triunfo, concede amnistía general a los vencidos y les autoriza a conservar su culto, bien que perdiendo la fuerza política mantenida hasta entonces.

Lancero de la Guardia Amarilla.

La razón de este curioso detener represalias nos la da la geografía de la época, o, mejor dicho, su geopolítica. Son momentos en que Francia se encuentra rodeada por la casa de Austria. El bastión del Sur, España, se alarga hacia el Este por las posesiones de Milán, Franco Condado, la Valtellina y Flandes. Es un dogal erizado de picas españolas el que rodea e imposibilita cualquier movimiento del país galo hacia el exterior. Por si ello fuera poco, la alianza de sangre y religión con los Austrias de Viena hacen del Imperio reserva y protección de este brazo español alargado desde Italia al mar del Norte. Y como lo religioso y lo político se mezclan en esta época hasta confundirse, el auge de los Austrias representa también el auge de la Iglesia católica, y su decaimiento, el predominio del protestantismo, cuyos enemigos acérrimos son los reyes españoles y los emperadores austríacos.

Establecido y delimitado así el campo de batalla, el dilema ante el que se encuentra Richelieu aparece clarísimo. Si defiende a la religión cuyo ministro es, robustece el catolicismo, y aun la fuerza de la Monarquía francesa contra los nobles disidentes, pero aumenta asimismo el prestigio y el poder español. Si combate ésta con todas sus fuerzas, tiene que aliarse con los príncipes protestantes alemanes y suecos y ser traidor al hábito que lleva.

El problema destaca en campos enemigos al nacionalismo y a la religión. El interés por Francia contra el amor a la Iglesia. Y Richelieu se inclina por lo primero. La balanza francesa cae con tal seguridad y perseverancia, que llega a hacernos creer que aquella expedición contra La Rochela con que inauguró su Gobierno fué dirigida, más que contra enemigos en religión, contra invasores ingleses. Richelieu se siente mucho más francés que católico, como Maquiavelo se sentía más italiano que ético, y su esfuerzo continuado contra España, tras reveses iniciales de consideración (en 1636 los españoles invaden la Picardía y amenazan París) logrará tras su muerte la victoria de Rocroi, donde la Infantería española, mantenida en cuadro sobre una loma tuvo que ser batida a cañonazos, como si se tratara de una fortaleza, proporcionará a Francia el romper el cerco mantenido hasta entonces por su vecina del Sur y que el francés sustituya al latín como lenguaje diplomático.

Cuando sobrevino la paz de Westfalia (1648) ya no existía Richelieu, aunque el tratado fuese en parte obra suya. El 4 de diciembre de 1642—se cumplieron ayer los tres siglos—cerró los ojos para siempre el hombre de Estado autor de aquellas *Máximas de Estado* donde escribió, como fundamento y justificación de su labor política: "Es mejor sacrificar algunos individuos injustamente que dejar al Estado expuesto a un posible riesgo"; y esta otra, que tan mal se conjuga con la política democrática de sus sucesores, los gobernantes de la Tercera República: "Mientras haya el mismo número de imbéciles que de gente razonable, la mayoría será incapaz de conocer su propio interés; esta es la justificación suprema del poder absoluto colocado sobre la cabeza de un individuo que, en virtud de su posición privilegiada, está en disposición de juzgar el interés real de cada uno de los elementos del Estado".

ESPAÑA, UNA, GRANDE Y LIBRE

GESTA FRANCORUM PER IMPIOS

Por

Francisco Esteve Barba

No parece nombre el de Richelieu para celebrar a los cuatro vientos el centenario de quien lo llevara en vida. Precisamente al cumplirse los trescientos años desde el de su muerte, pasan Francia y Europa entera por una hora azarosa en que hace crisis la labor de Richelieu. La gran Francia, totalmente invadida por los pueblos de allende el Rhin, tan temidos por ella a través de toda su Historia; la amenaza de lo desconocido pendiente sobre el mundo, y el cielo y las estrellas llenos de interrogaciones cuyo sentido misterioso la vieja astrología no puede descifrar, no sugieren precisamente la idea de honrar al remoto causante de la catástrofe. Mas ya a principios de diciembre, al acabar el último de los años con que se cumple el período de tres centurias, es preciso decidirse a lanzar el nombre de Richelieu a la actualidad palpitante de las conmemoraciones.

Por otra parte, un centenario es siempre una especie de resurrección, y no es posible intentar la resurrección de un personaje cuya idea no ha dejado de existir sobre el mundo ni antes ni después de su vida mortal. La idea que Richelieu logra realizar sobre Europa es la misma que hizo a Francisco I aliarse con los turcos contra el rey español y a Enrique IV de Francia favorecer la rebelión de los moriscos en España, con la esperanza de restaurar el Islam en el Occidente de Europa, o la de los flamencos protestantes rebeldes a Felipe II. Richelieu sobornará a Gustavo Adolfo, fundamentalmente anticatólico, para que irrumpa en el Centro de Europa, después de platicar oscuramente con los enemigos del Imperio y de España, y al fin se lanzará abiertamente en contra de esta última. Pero esto es sólo un episodio en la Historia del mundo. El espíritu de Richelieu no ha muerto, y hoy vemos aún a los grandes Imperios aliarse con el enemigo actual de toda la civilización posible.

Por eso, Richelieu, más que un personaje, es un símbolo, y cuando nos lo figuramos destacando bajo su bonete cardenalicio sus labios finos, sus facciones de cera, delicadas y pálidas, sus ojos agudos y su gesto medido, nos vemos tentados a borrarlo de nuestra imaginación tal como fué en vida y pensar, mejor que en él, en el espíritu negativo, de dispersión, que desde que nos lo descubrió San Agustín sabemos que comparte, en dualismo eterno con el espíritu constructivo, el inmenso escenario de la Historia del Mundo. «Fecerunt itaque civitates duas...»

Fué, es cierto, una gran personalidad y un gran carácter. Es difícil saber escuchar, y, sin embargo, callar siempre; esperar, y fingir que no se espera nada; actuar sin cansancio, con una constancia invencible, por encima de todas las adversidades y superando todas las dificultades que opone el mundo, con la consciente flexibilidad de un espíritu frío, cortante, resistente, impasible. Pero parece como si hubiera, por encima de su voluntad indomable, un espíritu más fuerte aún, digno de presidir el angustioso nudo de una tragedia antigua. Este Cardenal de la Iglesia Romana, dado el primer paso a que las circunstancias le empujan, se ve arrastrado, como un grave abandonado a su peso, a más y más concesiones contra su íntima convicción moral, que hay que suponer enraizada a su catolicismo. Y, a pesar de su carácter inmenso y mesurado, Richelieu se desliza por una pendiente insuperable hacia el abismo de la Historia. Como empujado por el «Fatum» de las viejas tragedias, empieza primero con simples tanteos, hasta entregarse de lleno, al final, en brazos de la causa contraria a la suya, y es su vida como esas sinfonías que se inician con notas lentas, aunque seguras, que crecen más tarde, toman cuerpo y, al fin, son torrente arrollador de acordes que parecen llenar el ámbito del mundo. Valtelina, Mantua y Monferrato, la alianza con Gustavo Adolfo, y, al fin, la guerra contra todo aquello que representaba en Europa al catolicismo como fuerza armada.

No de otro modo estas grandes voluntades humanas, casi sobrehumanas, suelen verse burladas por un designio más fuerte que ellas mismas.

Richelieu fué quien dió la victoria política definitiva al movimiento iniciado por Lutero, apoyándose en la Francia de Clodoveo, de las Cruzadas, de San Luis, de Juana de Arco. Por salvar a su país, perdió la antigua unidad ecuménica, sin darse cuenta de que podía haber salvado la unidad de Occidente, incluído su país, siguiendo una política más acorde con su ideario. Toleró a los herejes en el interior, se alió con ellos en el exterior, e hizo un doble juego entre su conciencia y su política. La conciencia católica de Francia se subordinó a lo que Richelieu creyó una necesidad política. Se recluyó, a pesar de todo su indudable genio, en un concepto estrecho, que no salía de las cuatro paredes de Francia.

Y de aquí la paradoja. La Francia católica, en lucha contra su propia idea. He aquí la razón de su política indecisa, sin grandes y definitivas convicciones, flotando a la deriva a través de esos trescientos años que culminan en el actual. Pues esa Francia, que había escuchado a Enrique IV decir la célebre frase, que bien puede convertirse en un símbolo: «París bien vale una misa», ¿no es la misma de la transacción, bajo Richelieu, contra el deber? Entre el Imperio, España e Inglaterra, en el centro del mundo occidental, Francia, que era por entonces como el corazón territorial de Europa, después de sus cruelísimas guerras civiles estaba enferma. Europa, pues, tenía su corazón enfermo, y sucumbía a causa de su corazón, inficcionado por el Calvinismo.

Arcabucero.

No parece un símbolo fútil el que suele asignársele a Francia cuando se la personifica en una muchacha leve, Marianne, *como tampoco el de Inglaterra, vista, a veces, a través de un leopardo, fuerte, pero traidor. Son curiosas, a veces, las coincidencias de estos símbolos casi totémicos con el carácter de la nación que los ostenta. España ostenta un león. Es indiferente que el origen de este símbolo sea una derivación semántica de la palabra* Legio—*Legio Septima Germina*—*por la región que en la época romana se instalara en la capital de lo que había de ser el venerable reino que lleva ese nombre. Es indiferente, ya que, en efecto, vemos cómo España necesita del símbolo del león para exteriorizar su carácter nacional, o del símbolo del águila que en nuestro actual escudo, heredado de los Reyes Católicos, encuadra con sus alas los signos de la fuerza: las cadenas, el castillo, la sangre de las barras aragonesas vertida noblemente en la lucha antiislámica.*

El águila, que se remonta a alturas inverosímiles y desde ellas parece contemplar, mecida en el azul purísimo del cielo, toda la extensión del mundo, o el león, consciente de su fuerza, que jamás ataca a traición y que fué en la novela cervantina—otro símbolo—el único rival que halló Don Quijote digno de sí mismo. Esa es España, defensora de Europa, porque se ha remontado sobre ella; paladín de lo ecuménico, de lo católico, porque conoce el único antídoto que puede recomponer los pedazos dispersos de Occidente y deshacer su desastroso mosaico moral. España lleva dentro del paisaje de su altiplanicie ese carácter cósmico. «O llanura seguida—dije en otra ocasión—, sin una sombra, con un fondo de cirros solemnes y lentos en el horizonte como única expresión de vida, u hoz profunda de río o monte bravo, con graníticas barranqueras.» Y esta contextura geográfica la hace encontrarse más cerca del cielo, pues ocupa ella misma, más claramente que ningún otro país, una partícula de ese mismo Universo que casi se siente girar, en las noches solemnes y lentas, a través del espacio.

De ahí el sentido de desinterés que, a causa de nuestro ideario universalista, ha presidido la Historia española. No hemos obrado ingenuamente, ni hemos sido llevados por políticas extrañas a nuestro interés, como algunos han querido esforzarse en demostrar, sino por el impulso del mismo corazón del mundo. ¡Ojalá el sacrificio español no sea estéril para Europa, y aún llegue el día de decir nuestra palabra, la salvadora! A la larga, la Historia, el gran juez que después de Dios existe, dice siempre también la última palabra. Ved hoy a Francia, que solía obrar por su interés, y ved a España, que no luchó jamás por su interés particular, moralmente indomable, sin embargo; proyectando su idea, aún viva a través de trescientos años, sobre el cuerpo doliente de Europa, sangrante por tantas heridas.

«Más logra la dulzura que la violencia», solía decir Richelieu para justificar su tolerancia con una capa falsamente evangélica. Pues le hacía falta explicar esa dulzura—sólo empleada en las ocasiones en que le convenía—, ya que, si no la hubiera tenido en el interior con sus propios protestantes, ¿cómo iba a cohonestar con ellos su alianza en el exterior, que tanto necesitaba para su política? Y, en cambio, durante todos los años de reacción antihispánica, ha venido execrándose nuestro tenaz empeño para que el morbo no prendiera en nuestras filas, acusándonos de crueles, cuando no hicimos más que defender nuestra personalidad en la Historia.

Y he aquí que Richelieu se arroja en brazos del Complaciente, del Tolerante, del que ve los más horrendos crímenes con una sonrisa comprensiva. Después de sus tanteos, pacta con Gustavo Adolfo, el gigante boreal; traiciona a Europa, pues nada ve más allá de los límites de Francia, y, sin que sea fin primario, sino efecto derivado, la lanza a la descomposición moral que perdura hasta hoy. ¿Cuál otra no hubiera sido la Historia de Occidente si Francia hubiera hecho causa común con España, es decir, con Europa? Cierto es que, para justificarse, Francia, por boca de uno de sus románticos, nos excluyó del continente en una frase que ha hecho fortuna entre los afrancesados: «Africa empieza en los Pirineos.»

Después de Breitenfeld, Richelieu, mediante su servidor coronado Gustavo Adolfo, había asestado un dardo bien dirigido al Catolicismo; pero aún hubiera tenido cura el lacerado cuerpo continental, pues le faltaba a España entrar decisivamente en escena. El cardenal-infante Don Fernando, claro, salvador, sin problemas diplomáticos, sin las oblicuidades eternas de Richelieu, que durante tantos años proyectara su sombra solapada y aguda sobre Europa; católico no sólo en el fondo de su alma, sino también en el fondo de su política, llegaba como ángel vengador a los campos arrasados y sangrientos de la Guerra de los Treinta Años. No había pagado subrepticiamente a nadie, no se avergonzaba de nada; jamás, como Richelieu después de Breitenfeld, se hubiera quedado una noche sin dormir por un arrepentimiento. Y llegó, para España y para el Catolicismo, la victoria trascendental de Nordlingen, después de la cual, con sólo un paso más, la Reforma hubiera perdido para siempre su influjo en el continente. Pero Richelieu, detrás del Rhin, está alerta, vigilante, impenetrable, cortesano y frío. Y cuando el Protestantismo va a ser reducido, Francia, la católica Francia, pone su espada en la balanza. Y la balanza acaba por inclinarse de su lado.

* * *

Pero ¿le debe estar agradecido el pueblo francés? Richelieu llegó a las fronteras de Francia, empeño permanente y a la verdad no demasiado trascendental, para vender de tal manera el alma al diablo. Pero a la unidad de territorio no supo añadir la unidad de las conciencias. Cuando Luis XIV revocó el Edicto de Nantes, era ya tarde: había prendido la semilla, y estaba en el aire la enorme disensión espiritual del siglo XVIII. Richelieu se había decidido por la tolerancia. En realidad, Francia había sufrido mucho durante las guerras de religión, y era preciso restañar sus heridas: pactar. Entre una Inglaterra totalmente protestante y una España totalmente católica, debía quedar Francia en el limbo fluctuante de lo indeciso. ¿Por ventura no fué lo que hizo Richelieu, simplemente, aplazar el problema?

Bainville, con un lúcido instinto de historiador, compara el 1562 con el 1793 en cuanto a destrucciones. ¿Y es que en realidad no era la Revolución francesa una continuación, la consecuencia lógica de las guerras de religión, no solucionadas por la política contemporizadora de Richelieu? Creó éste un Estado fuerte para los sucesores de Luis XIII, pero dejó temblando en el futuro la sombra de una amenaza imprevisible.

Si para Francia el 1648 marca la consecución de sus fines políticos, Westfalia no es para España el principio de la decadencia. Decadencia española no la ha habido jamás, porque la idea que ostenta a través de la Historia es por esencia inmortal. Marca la fecha, el principio de la crisis de Europa como algo reconocido por los tratados internacionales; pero España y sus razones quedan en pie, dispuestas a lanzarse a primer plano en cualquiera de los siglos venideros.

Belloc acusa a Richelieu de haber creado el nacionalismo moderno frente a la idea ecuménica. Desde él, las naciones reafirman sus fronteras. Mas si hay una nación cuyo nacionalismo no la hace egoísta, es la española, porque su nacionalismo se integra en el mundo entero: he aquí, a mi parecer, el sentido exacto de la palabra Imperio. El pueblo al que han llamado individualista desde hace mucho tiempo, es el único que supo elevarse a través de toda su Historia a la concepción total del Mundo unido bajo una sola idea. Al hablar de nuestro ideario no nos referimos al que puede enmarcarse dentro de nuestros límites geográficos, sino al que debiera haber adoptado el Occidente, para no sufrir extravío, desde el ya lejano siglo XVII. Richelieu, en cambio, al hablar de nación francesa, se refería al trozo de tierra que va desde el Rhin a los Pirineos y desde los Pirineos al mar. La religión de la Patria, a la que Belloc se refiere, dando a entender que ha dislocado al mundo, es precisamente para los españoles la religión del mundo y la religión de Dios.

Nuestro nacionalismo no es hijo de la obra de Richelieu, ni de la Revolución francesa, que, a través de la reacción contra la invasión napoleónica que la extendía, llegó a crear una especie de espíritu nacionalista contemporáneo. Nuestro nacionalismo es mucho más antiguo, y está expresado acaso por primera vez por San Leandro en su homilía del Tercer Concilio, allá por el último tercio del siglo VII: «Tengamos un solo corazón y un alma sola.» Y por San Isidoro: «Pulcherrima es, o sacra semperque felix, principium gentiumque mater Hispania.» *En realidad, más que un patriotismo, es un ansia mística de universalidad.*

Pero si Richelieu no es creador directo ni indirecto de nuestro nacionalismo, tan viejo como Europa, es, sí, responsable de haber introducido indirectamente la desunión en nuestro pueblo, por no haber tendido él mismo a la unidad espiritual francesa, cuando pudo hacerlo. Pues andando los siglos, con el advenimiento de los Borbones, las ideas ultrapirenaicas hubieron de prender en los cerebros españoles, y el escepticismo del siglo XVIII atravesó los Pirineos, hasta entonces barrera contra toda claudicación de nuestro interno sér. Ésa, ésa fué una desgraciada influencia, más triste aún que la triste pérdida del Rosellón, carne y sangre nuestra. Pues influyó en España a la larga, deshaciéndole—también por fin a ella—su robusta unidad espiritual interior.

A través de muchos años de guerra civil, el influjo de las doctrinas francesas, así nacidas, ensangrentó nuestra tierra... 1936 fué una fecha cumbre que marcó el dilema. Ser o no ser. Desde la cima de ese año simbólico, España contempla los acontecimientos de Europa, desencadenados remotamente por Richelieu, segura — firmemente segura, más que nunca — de su razón histórica.

EL CONDE DUQUE DE OLIVARES

RAICES DE ESPAÑA EN EL ROSELLON

Por

Nicolás BENAVIDES

El Rosellón tiene honda tradición española, que no puede menos de suscitar nuestra simpatía más intensa y nuestro amor.

Allí se mantiene vivo el recuerdo de la tutelar dominación de España.

El antiguo territorio de los sardones, después condado de Ruscino, pasó, por testamento del último conde, Guinar o Gerardo II, a Alfonso II de Aragón (1172), y desde entonces el país perteneció a este reino durante cerca de cuatro siglos, hasta el año aciago de 1642, en que se perdió definitivamente para España, confirmándose este despojo en el tratado de los Pirineos de 7 de noviembre de 1659, en el que España, como dice el general Almirante, "dió por perdidos el Rosellón y la Cerdeña", además de diversas plazas en el Artois, en Flandes y en otras regiones.

Esta gran desgracia, la pérdida irreparable del Rosellón, territorio geográfica y afectivamente tan ligado a España, ocurrió durante el período francés de la guerra de treinta años, y nos la ocasionó el cardenal Richelieu, el implacable enemigo de nuestra Patria, muerto el 4 de diciembre de aquel año.

Por dicho tratado pasó el Rosellón a constituir una provincia francesa, y, como decimos, se perdió irremisiblemente para España, pues en nuestra triunfal guerra de 1793 contra la Revolución Francesa, en aquel país, no pudo conquistar su capital, Perpiñán, el general Ricardos, por insuficiencia de medios, y, muerto él en aquel año, sus sucesores, el marqués de las Amarillas y el conde de la Unión, perdieron el Rosellón en 1794.

Muchas muestras de amor a España dió el Rosellón. Destaquemos una de ellas.

En 1462, Juan II de Aragón, necesitando sacar tropas de aquel país para dominar la sublevación de Cataluña, hipotecó los territorios del Rosellón y Montpeller al rey de Francia Luis XI por 300.000 escudos de oro; pero los roselloneses no aceptaron este convenio, y ofrecieron una resistencia desesperada a las tropas francesas, defendiéndose heroicamente contra ellas Perpiñán, que no se rindió hasta 1475, en sitio por hambre y perdida toda esperanza de socorro. Pero en 1493, el entonces rey de Francia Carlos VIII abandonó el Rosellón, que cedió a Fernando el Católico en el tratado de Barcelona, que firmó con éste.

El Rosellón vivió en verdadera hermandad con Cataluña, siendo su territorio como una prolongación del catalán, con las mismas costumbres y danzas (la sardana es común a ambos países) y análogo lenguaje, con la natural influencia de palabras francesas en aquél, lo que tiene lógica explicación por un imperativo geográfico, pues en la línea de contacto de ambos territorios, los Pirineos tienen escasa altitud y no representan un verdadero obstáculo, existiendo, además, en ellos pasos como los colls de Portús y de la Perche, que permiten fácil comunicación. En cambio, el Rosellón está separado de Frania por los montes Corbieres, de gran aspereza y altitud.

Los reyes de Aragón residieron frecuentemente en el castillo de Perpiñán, que convirtieron en palacio; fundaron en esta ciudad, en 1349, una Universidad, que funcionó hasta 1789, al advenir la Revolución Francesa, y su liberalidad y su amor a la ciudad la embellecieron extraordinariamente y fomentaron en ella muchas industrias, sabiendo los roselloneses apreciar estas muestras de afecto de aquellos monarcas.

Muchos títulos nobiliarios que actualmente residen en Cataluña proceden del Rosellón, teniendo sus casas solariegas allí.

Grandes recuerdos tiene aquel país para España, que no podemos enumerar detalladamente.

Allí estuvo Gonzalo de Ayora, capitán de la guarda de los Reyes Católicos, "que fué el primero que hubo en Castilla, por haber sido el primero que introdujo en ella el arte de pelear en ordenanza" (como se dice en un manuscrito que existe, o existía, en la Biblioteca Nacional, titulado *Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia*, que cita Manuel Juan Diana en su obra *Capitanes ilustres y revistas de libros militares)*, por lo que fué llamado el *reformador de la Infantería española*, y escribió en 1503 al Rey Católico sus famosas *Cartas*, informándole del estado de la guerra que España sostenía en el Rosellón contra los franceses. Ayora, en 1509, asistió a la toma de Orán con el título de *coronel de la Infantería española*, primero que lo obtuvo en nuestra Patria.

Ayora actuó después, también en el Rosellón, en las operaciones que allí efectuó, ya bajo el César, el duque de Alba, otra gran figura que en aquel país simbolizó la acción militar y política de España.

Recordemos siempre con profundo afecto aquel territorio, en el que tan hondamente penetraron las raíces de España.

POLÍTICA COLONIAL

EL REGIMEN DE LA TIERRA

¿Producción indígena o europea?

Por PEDRO SALVADOR

PARA un pueblo elemental, primitivo, como el del Africa Negra subsahariana, la tierra es lo único que cuenta. El negro es agricultor, mejor aún, rural, por exigencia ineludible del ambiente, y esta proyección agraria de su vida se refleja en el idioma, que sólo dispone de un vocablo para expresar la acción de "trabajar" y la de "labrar". La caza, la pesca, el pastoreo, son ocupaciones secundarias; el hombre negro, en el límite ecuatorial donde se enclava nuestra mínima colonia, sólo comprende una ocupación: desboscar el terreno indispensable para que la mujer plante y coseche el alimento necesario. Y esta dedicación exclusiva de la "mininga" puede encontrar una explicación más elevada que la moral—y bastante acertada—de la holgazanería innata del hombre negro, y es la creencia supersticiosa de transmitir a la tierra la fecundiad poseída por aquélla. Esta tierra, así labrada o simplemente plantada, producirá durante un período de dos a cuatro años, y, una yez esquilmada, el negro levantará su choza de nipa—cuya duración media es precisamente esa—para plantarla en el lugar acabado de desboscar e incendiar, y sobre el que vivirá un nuevo período de tiempo.

Pero el régimen de la tierra puede ser examinado desde dos puntos distintos, aunque no opuestos: como régimen jurídico, es decir, como derecho inmobiliario, o considerando su reglamentación desde el ángulo visual de la política colonial. A nuestro entender, aquél debe estar subordinado a éste, por idéntica razón que la técnica la consideramos siempre en función de la directriz política fijadora de sus metas.

El hombre blanco, poseído y orgulloso de su propia verdad, al llegar al mundo misterioso del Africa Negra, creyó poder trasplantar la totalidad de su vida jurídica, como camino más recto para lograr ese ideal perfeccionamiento, y de aquí nació el error inicial; proyectar sobre el complejo colectivo del negro la complicada edificación de la propiedad quiritaria sólo podía llevar a dos extremos: a la explotación del negro, que vendía sus tierras sin comprender el alcance de su decisión, pues él la consideraba como una simple cesión de los derechos de usufructo, o hacer imposible esa anhelada puesta en producción de las tierras vírgenes encerradas en la complicada malla de una concepción jurídica inaplicable.

El negro no entendía la propiedad privada; la tierra no era un bien apropiable; pertenecía a la divinidad territorial o ella misma constituía esa divinidad, y sólo el cabecilla podía distribuir las tierras entre los hombres

útiles, que no adquirían jamás el derecho de libre disposición. La escala de transformación en la idea de propiedad podría fijarse en estos términos: primero perteneció a la familia o clan que la ocupaba realmente y de ella se beneficiaba; más tarde el derecho pasó al jefe como representante del poblado, para terminar, y en ese estadio se encuentra, en un derecho individualizado análogo al concepto europeo y romano de la propiedad.

Las naciones colonizadoras necesitaban tierras que ofrecer a sus súbditos hambrientos de espacio, y buena era la teoría—reconocida en nuestras leyes de Indias (1)—del dominio eminente del Estado. El ansia de tierras ricas y productos abundantes que saciaran la sed desbordada en la nueva burguesía y la falta de medios económicos estatales dieron origen a la era de las grandes Compañías colonizadoras, poseedoras de tierras equiparables a Estados y, en muchos casos, detentadoras de auténticos derechos de soberanía (aún en este año ha concluído el privilegio de la Sociedad de Mozambique). La literatura colorista dibujó sus mejores cuadros sobre el fondo trágico del Africa Negra, en la que la vida del indígena sólo era valorada en función de su rendimiento, y todo ello en años filantrópicos en que parecía lejana la leyenda heroica del negrero, renovado con ropaje engañador de presidente de Sociedades científicas.

La novela del Congo Belga, fundado por el capitán de industria Leopoldo de Bélgica, con los buscadores de caucho o los infiernos de Katanga, el ferrocarril del Bajo Congo, descrito por un periodista galo, parece ya en tono desvaído en estos años del siglo XX en que la tragedia de la propia casa hace olvidar la de hogares ajenos. Parecen cuentos de hadas maléficas esas Compañías, como la de los ferrocarriles de los Grandes Lagos, poseedoras de 4.000.000 de hactáreas (doble que la extensión total de nuestra colonia), o la Daumas, que alcanzó los 11.000.000, y la Verdier, gozando de la explotación exclusiva por treinta años de la mitad de la Costa de Marfil, y dentro de sus límites quedaban englobados poblados y tribus cuyo sustento ya sólo dependía de la acción del nuevo propietario, cuyo interés era comprarles los productos al mínimo precio o exigirles trabajo como asalariados en sus inmensas concesiones. La era de las grandes Compañías pareció terminar con el primer decenio del siglo, pero su sombra siguió proyectándose sobre los miles de indígenas arrancados a la tierra y lanzados a una proletarización hasta entonces desconocida.

Frente a frente quedaban las dos concepciones: el indígena seguirá poseyendo su tierra y el blanco le comprará los productos, o la tierra se concederá al blanco y el negro será un bracero de imposible liberación, nuevo siervo de la gleba. He aquí, crudamente, los dos extremos del supuesto dilema. El régimen colonial africano presenta, en abundancia, ejemplos y argumentos para defender o atacar ambas soluciones tajantes. La tierra es inhóspita; el blanco jamás podrá realizar un trabajo efectivo físico; el indígena, por sus mínimas necesidades, produce más barato, y para llegar a topes máximos sólo se logrará protegiéndole; la formación del campesinado indígena como clase arraigada y sedentaria, a la larga servirá de defensa del régimen colonial, al que deben su mejoramiento; la creación de un proletariado errabundo será el germen favorable de futuras revueltas contra el blanco causante de su desarraigo... En definitiva, es el argumento típico de los regímenes que buscan un asentamiento en la constitución de una amplia masa con derechos a conservar, y cuyo origen es el propio régimen. Ejemplo típico de tal sistema lo tenemos en Nigeria, cuya tierra está en su casi totalidad en poder del indígena, que produce para el blanco, en cuyas manos está monopolizado el comercio, y, por lo tanto, la fijación de precios, medio indirecto y seguro de garantizar el beneficio amplio del capital y del esfuerzo empleado (resultado de tal sistema es la existencia de menos de 5.000 blancos sobre un total de 20.000.000 de habitantes). Los países que se sienten capaces de desplazar a las colonias masas sensibles de sus nacionales, bien por la imposibilidad de sostenimiento en el territorio patrio — Italia o Japón—o por el afán de aventura y mejoramiento—España—, se orienten hacia el segundo sistema, aunque en el caso de nuestra Patria, salvaguardando ampliamente los derechos indígenas.

Un tercer sistema, existente en aquellas regiones con posible habitabilidad para el blanco, es el de la separación absoluta de las dos economías; por otra palabra, el de las "reservas indígenas"; es decir, la constitución de zonas inalienables por el negro, pero de las cuales tampoco puede salir. El principio parece aceptable; la realidad muestra que si nació en beneficio del indígena, ha sido el blanco quien salió ganancioso; las cifras lo dicen: en Africa del Sur, 6.000.000 de indígenas poseen 34.000 millas cuadradas, y 1.830.000 blancos disponen de 440.000; en Kenia, 3.000.000 de indígenas viven sobre 53.000, y 17.000 blancos—léase ingleses—, sobre 16.000. El ingeniero Nosti, en los interesantísimos libros editados por la Dirección General de Marruecos y Colonias, tras dar los datos referentes al problema, no se decide a opinar sobre la elección de sistema, porque "es un tema de palpitante actualidad colonial, y para cualquier juicio o polémica es preciso tener datos concretos, que son los que se pretenden dar". La dificultad del problema queda señalada por un conocedor de la realidad colonial, y de ahí lo aventurado que sería osar levantar un criterio absoluto sobre experiencias y conversaciones intensas, pero con la escasa duración de un viaje redondo.

La realidad actual, según los datos del citado Sr. Nosti, es la siguiente:

Fernando Poo.—Fincas indígenas concedidas, 5.700 hectáreas. Idem plantadas no concedidas, 4.112 hectáreas. Producción anual: 1.628 toneladas.

Continente. — Arboles de cacao: joven, 898.000; adulto, 1.700.000. Arboles de café: joven, 4.064.000; adulto, 5.471.000. Número total de fincas aproximado: 9.000.

Los datos reproducidos nos señalan:

1.° La existencia aproximada de unos 9.000 propietarios indígenas.

2.° El progreso de la producción indígena a partir de 1936.

3.° La situación de hecho de numerosos explotadores de fincas cuyos derechos no han sido reconocidos legalmente.

4.° La confirmación del aserto contenido en el artículo anterior de la inexistencia casi total de braceros entre los naturales de la colonia.

El problema presenta una faceta específica en la isla. El bubi, raza degenerada e incapaz del trabajo continuo, posee en su casi totalidad una pequeña finca, que en la mayoría de los casos no explota directamente, sino que

la arrienda, por intermedio del Patronato que se hace cargo de su administración, a un blanco, dedicando la totalidad del día a "hacer historia", y siendo ésta una de las causas de de la depauperación progresiva y alarmante de la población autóctona de la isla fernandina.

El finquero europeo, en su mayoría, es opuesto a la tesis gubernamental, sostenida públicamente y ante los propios indígenas, del deseo de ver en plazo próximo a cada indígena propietario de una finca, con casa estable, hogar monógamo y prole individualizada. El argumento, desde su punto de vista, es sencillo: el negro que planta una finca, en primer lugar lo hace en terreno que no es suyo y nada le costó; la trabaja su o "sus" "miningas"; el escote de producción es mínimo y el precio fijado a su producto, muy inferior en calidad al de la finca europea, es elevadísimo, con lo que sobre un trozo de tierra de una hectárea—extensión trabajada por una mujer—puede recoger como beneficio una cantidad muy superior a la significada por el salario y ración de un contrato de trabajo de dos años. ¿Cómo encontrar así braceros para las fincas?

En esta faceta de la vida colonial, como en todas, la postura gubernamental española mira, en primer lugar, al interés del indígena, y en ello hemos de encontrar, una vez más, la razón de la imposibilidad de competir con los productos de las colonias limítrofes, cuyos precios, ya en finca de blanco o comprado al indígena, resultan siempre muy inferiores a los nuestros.

Hemos querido bosquejar una de las candentes realidades coloniales; pero no nos atrevemos—una experiencia de tres meses no lo permite—a tomar partido por una de las tesis en oposición. El problema es de urgente resolución: o se decide por el sistema de Nigeria, y entonces los finqueros españoles verían arruinadas sus haciendas, levantadas sobre esfuerzo sobrehumano, o se admite un estadio intermedio, señalando precios más bajos al producto indígena, gravándole con impuestos hoy casi inexistentes y todas aquellas medidas conducentes a la creación de un campesinado indígena, pero sin llegar a la supresión absoluta del bracero como instrumento de trabajo en la explotación con dirección europea, única capaz de llevar al máximo las posibilidades de la colonia, sobre todo en aquellos productos que por su difícil cultivo escapan a la impericia y desidia del negro.

(1) L. 14, tít. 12, lib. IV.

OCESARONADA

UNIDAD ECONOMICA Y DISCIPLINA COMERCIAL

Por ANTONIO DE MIGUEL

Director General de Comercio.

COMO un cataclismo geológico borra la Geografía y modifica los accidentes seculares del terreno, desviando los cursos del agua, elevando las costas y abatiendo las montañas, la guerra ha destruído la fisonomía del comercio internacional. Los mercados tradicionales se pierden y surgen otros ocasionales en los que jamás se pensó. Los productos intercambiables sufren asimismo una modificación profunda a favor de la supervaloración que la supernecesidad de ellos origina, y por todas partes surgen trabas y dificultades para su trueque normal.

Como fenómeno anormal debe considerarse el comercio en estos tiempos, no tanto por su anómalo desarrollo y por las extrañas modalidades que adopta, casi siempre en contra de la ética, sino porque reblandece y socava las ideas acuñadas durante tantos años de economía liberal y de mercantilismo ortodoxo.

Comencemos por destacar que vivimos en la actualidad de espaldas a los conceptos clásicos de la balanza comercial favorable, como expresión fidedigna del poderío económico de un país, del arancel proteccionista como instrumento poderoso de regulación para la producción y los precios, y de la libertad de comercio y de precios como signo de fortaleza en la autodeterminación.

Si hubo un tiempo en que la preocupación fué exportar cuanto fuera posible, creándose posiciones acreedoras frente a los demás países, la realidad actual es que la parsimonia y la resistencia a exportar preside hoy las relaciones comerciales en el mundo, tanto porque la necesidad o la previsión obligan a guardar los productos para el consumo propio, como porque las posiciones acreedoras creadas por este camino de la exportación carecen de solidez, y, en cambio, pueden degenerar en un aumento de inflación interior, de consecuencias fatales para el país que la practique.

No hay, por el contrario, mientras el factor psicológico de la guerra dure—nos referimos especialmente a los países neutrales o no beligerantes—empacho ni protesta en forzar las importaciones en cuanto sea posible. La fuerza comercial en época de paz es centrífuga, expansiva, universalista. En época de guerra, aun para los países que gozan, como España, de una paz merecida y respetada, tiene que ser centrípeta, absorbente, localista.

MERCADOS EXTERIORES

La preocupación de abrir y mantener mercados exteriores para los productos típicos de un país queda desplazada, especialmente si de productos alimenticios y de materias primas se trata, por el imperativo categórico de nutrir y sostener los mercados interiores y las necesidades íntimas. Las concesiones a la exportación se hacen por todos en función de dos variables esencialmente definidas: la utilidad decreciente de aquéllos y la cantidad creciente de mano de obra que llevan acumulada.

Los países poco industrializados, de economía simple, tratan de sacudir la servidumbre que les fué impuesta por los países superindustrializados, y el clima de guerra para los países neutrales es propicio a la creación de nuevas industrias y de producciones exóticas, no siempre rentables, no siempre acomodadas a la perfecta ecuación entre los costos y los precios, pero imprescindibles de momento.

La pérdida momentánea de los mercados exteriores para los productos tradicionales de exportación, cuando aquélla se produce por los motivos apuntados al comienzo de estas líneas, no puede temerse que sea permanente, por la razón sencilla de que, en términos generales, no hay desplazamiento de una mercancía por otra, ni sustitución de un país por otro en el suministro. Si nuestros vinos o nuestros aceites han desaparecido, por el momento, de muchos mercados tradicionales, puede estimarse que la desaparición aludida no ha llevado aparejada la aparición de otros vinos o de otros aceites competidores de la misma clase. En cambio, muchos mercados ocasionales de los que ahora se crean por razón de conveniencia o facilidad de comercio o de tránsito, pueden quedar prendidos con más o menos fuerza en el futuro, cuando la paz y la restauración económica del mundo sean un hecho.

Conviene que los españoles, especialmente los que viven y se mueven en el ámbito comercial y económico, den a estos fenómenos, ligeramente apuntados en estas líneas, el valor real que tienen, y se sitúen exactamente en el centro de gravedad de la conveniencia nacional, que es, en definitiva, su propia conveniencia. Si la unidad política y la unidad social y la unidad espiritual, felizmente logradas, son la premisa indispensable para la grandeza y la libertad de la Patria, también lo es, en grado sumo, la unidad económica y la disciplina económica en el ámbito comercial.

España y Francia en Marruecos

La historia del accidentado Tratado de 1902, expuesta por uno de nuestros más altos africanistas, está contenida en el libro

España y Francia en Marruecos

que ha publicado las

EDICIONES DE LA VICESECRETARIA DE EDUCACION POPULAR

La noción del valor en Garver y Harvey

Por SEBASTIAN MANTILLA, S. J.

LA noción de valor es de las que trascienden del marco puramente económico para extenderse más allá de toda frontera, acompañando al pensamiento humano, por alto que suba.

En la vida del espíritu del hombre todo gira alrededor de este concepto. En efecto: todo análisis y toda síntesis lógica, todo juicio en una palabra, se reduce a una estimación, a una evaluación. Continuamente estamos ponderando, ordenando cómodos e incómodos, ventajas e inconvenientes. Juzgamos estimando el valor de dos términos y esto lo hacemos casi sin darnos cuenta y sin interrupción.

El economista no sabe sustraerse a esta ley humana. Por eso, basta hojear cualquier escrito suyo para que, a través de sus páginas, como genio burlón que salta de una en otra, aparezca y desaparezca continuamente el valor.

Y es que en economía manda con ribetes de imperio tiránico esta noción transcendente erigida en ídolo implacable. "Es la luz interior y soberana que guía nuestros deseos en todos los cambios—dice Turgeon—, pone claridad a nuestros juicios, determina cómo hemos de elegir y adquirir."

Por eso, todo estudioso de esta ciencia, al dar con el atrayente tesoro de un libro nuevo, va derecho a la noción de valor, como el especialista que ausculta el corazón del cuerpo humano. Cuando la noción de valor es clara, todo el resto podrá serlo también; mas si hay una aberración, un error en esta materia, el libro cae con desaliento de las manos y se cierra con la misma desilusión con que el médico desiste de ulteriores reconocimientos al hallar un soplo en la aorta.

Recientemente, no hace todavía dos meses, los catedráticos de Economía de las Universidades de Oviedo y Zaragoza, don Valentín Andrés y don Miguel Paredes, publicaban la traducción de una obra norteamericana. Se trata de los *Principios de Economía*, de Frederic B. Garver, profesor de la Universidad de Minnesota, y de Alvin Harvey, profesor de la Universidad de Harvard.

El torbellino de la guerra, que arrastra al abordaje a los dos continentes, pone una nota de novedad curiosa en este interesante libro. ¿Qué tienen que decir a la vieja Europa los matemáticos de la economía yanqui?

La cuestión del valor llena el libro de Garver y Harvey casi por completo. Y lo llena, porque la noción de valor que en él se desarrolla es una noción de amplitud tal que caben en sus vastos senos todos los elementos del proceso productivo. Mejor aún: diríamos que toda la Economía de la Producción y del Cambio está vista a través de un prisma evaluatorio que da a su exposición un aspecto atractivo.

Es frecuente en escritos de esta índole el jugar con los vocablos de valor y precio indistintamente, como si fueran perfetamente convertibles, costumbre a la que acaso contribuya especialmente la idiosincrasia del lenguaje sajón. No queremos decir con ello que los ilustres autores identifiquen las fluctuaciones del valor con las fluctuaciones del precio. Nada menos exacto. Hasta puede ocurrir, según ellos, que sea el precio el que varíe y no el valor. ¿Cómo puede suceder esto? Sucede siempre que precio y valor no se identifiquen. "El valor es la cantidad de otros objetos por los cuales se cambia." Valor de cambio, objetará alguno. Valor sí de cambio, responderemos, pero verdadero valor.

Hoy, en que toda economía, y más la economía americana, es una economía esencialmente de cambio, el valor ha de estar expresado en función del cambio. Y aunque no debe admitirse la vieja concepción smitiana de los dos valores de uso y de cambio como dos ramas igualmente legítimas del valor económico, el que no la rechaza de plano no tiene más remedio que admitir ésta por lo menos. En cuanto al otro, al valor de uso, no hay por qué darle beligerancia, pues la economía es una ciencia social y en ella los fenómenos aislados no cuentan.

"Si los precios de los artículos se duplicasen exactamente—continúan los autores citados—, el valor de ellos no sufriría cambio alguno, pero los precios aumentarían en un 100 por 100."

He aquí una nueva confirmación de nuestro aserto. Está claro que en su concepto se distinguen adecuadamente precio y valor. Y así ha de ser, ya que el precio es la medida del valor. Y que este modo de hablar no se limita a una sola frase solitaria, perdida en un mar de ideas heterodoxas, nos lo prueba el que poco después se repite de nuevo: "Recuérdese que por valor entendemos la cantidad de bienes que aquél puede comprar."

A nuestro juicio, el concepto es casi perfecto y señala ya la medida del valor, el valor comparado. Nosotros hubiéramos preferido decir que el valor no es sino la capacidad de cambio de una cosa, valor fundamental que se formaliza y actúa en el momento en que llega a concretarse en peso y medida el objeto de la contraprestación. Dejaríamos la definición de Garver y Harvey para este segundo momento. Por eso, la frase "este objeto vale mucho" equivale, a nuestro modo de ver, a esta otra: "este objeto tiene mucha capacidad de cambio".

Compárese la teoría que examinamos con las afirmaciones de Stanley Jevons o de cualquier otro de su escuela, y se verá el progreso realizado.

Para nosotros, el valor sólo puede estudiarse en el ambiente del cambio y no es otra cosa que la expresión de la estima social en que se tiene un determinado bien a causa de su capacidad de ser cambiado por otros. Esta capacidad tiene, naturalmente, su fundamento objetivo; se funda en la aptitud que tiene dicho bien para satisfacer las necesidades de los individuos que forman una economía determinada, pero además se funda también en su abundancia o escasez y en lo oneroso de su común obtención o reproducción, dentro de la misma economía.

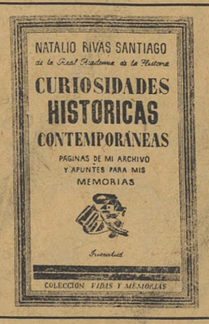
CUATRO GRANDES MONOGRAFIAS DE AUTORES ESPAÑOLES

La segunda mujer del Rey Católico

Doña Germana de Foix, última reina de Aragón, por J. García Mercadal.

Biografía de una reina cuya entrada en la escena de nuestra Historia hubiera podido ser fatal para la unidad y poderío de nuestra Patria.

192 páginas. 15 ptas.



Curiosidades históricas contemporáneas

Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias, por Natalio Rivas Santiago.

Breves aportaciones, relatadas con gracia y soltura, a acontecimientos históricos recientes; anécdotas políticas, datos nuevos y desconocidos de la pequeña historia.

200 páginas. 15 ptas.

Con láminas fuera de texto.

Omar Ben Hafsún

Un reino cristiano andaluz en pleno imperio islámico español (854-917), por Fidel Fernández.

Relata la tragedia de los cristianos españoles en los años que siguieron a la invasión arábiga, las persecuciones de que fueron objeto y la gesta heroica de Omar ben Hafsún, que, agrupándolos, consiguió fundar y sostener en Andalucía, durante cuarenta años, un reino cristiano independiente.

272 páginas. 20 ptas.

Gran guerra Europea

El Marne, 1914

La guerra en la Historia; relatos abreviados de historia militar, por el General F. García Rivera.

Sistemático y detallado estudio estratégico de las batallas y los principales acontecimientos bélicos de la guerra de 1914-1918, con casi un croquis en cada página, de modo que el lector comprende y adquiere un conocimiento exacto de la gran contienda que tuvo, hace veintiocho años, teatro en plena Europa.

230 páginas. 15 ptas.

Provenza, 101 **EDITORIAL JUVENTUD** BARCELONA

Un gran amigo de España

El Ministro del Japón habla para nosotros

Gran afinidad en el arte de las dos naciones

Tokio organiza unitariamente la Gran Asia

En el primer aniversario de la entrada en guerra del Imperio del Sol Naciente, el ministro del Japón en España, Yakichiro Suma, que ha ocupado cargos destacados y de responsabilidad en su país y fuera de él, habla para EL ESPAÑOL. Precisamente coincide ahora también la publicación en castellano de su libro "Dónde está el Japón".

TODOS sabíamos que el señor Yakichiro Suma, ministro del Japón en España, es un gran aficionado al arte. Lo que no sabíamos de él es que también fuese escritor. Escritor y dramaturgo. Estando en Londres, colaboró con John Drinkwater en una obra sobre Lincoln, el presidente norteamericano que abolió la esclavitud de los negros. El Sr. Suma explica la atracción que sobre él ejerció este tema, por su carácter oriental: todo lo negro es un poco oriental.

Además de esta obra en colaboración, el Sr. Suma es autor de otras propias, publicadas en inglés y traducidas luego al francés y al alemán, entre ellas la titulada «Después de todo», con fecha del año 1922.

De nuestra literatura admira muy especialmente al duque de Rivas, al que considera el primer dramaturgo de Europa. Sobre él ha escrito un libro, también en inglés, no de pura crítica literaria, sino de interpretación caracterológica de sus poemas. Sus opiniones son singulares y profundas. Siente extraordinario interés por «Fígaro», a quien juzga la figura más característica del Romanticismo europeo. En una de sus numerosas escapadas a Toledo, ciudad que admira y siente como pocos, ha encontrado una pintura del Tajo hecha por el mismo Larra, que él amorosamente guarda en su colección. Entre los contemporáneos, admira y es muy amigo de Adriano del Valle.

—¿Quiere hablarnos usted—le hemos pedido—de las relaciones del Japón con la cultura occidental europea?

—El Japón empezó a asimilarse, hace ahora ochenta años, toda la parte material de la civilización europea, lo que se llama «técnica». Pero ello no nos ha hecho renegar de nuestra propia personalidad, de nuestra peculiar manera de ser. Nuestra raza, por otra parte, enmedio de esta intercomunicación, cada día más frecuente, se ha mantenido pura. Spengler dijo que el Oriente es la cuna de la Humanidad; a este resultado he llegado yo, por camino distinto, en mi propio estudio. Esta influencia de la civilización oriental sobre Europa, donde se ve de modo más claro es en España. Ello se nota, sobre todo, en el arte, y muy particularmente en el arte religioso. Hay una afinidad profunda entre el arte español y el japonés, más de lo que a primera vista parece. Temas, manera de tratar estos temas, procedimientos... Por ejemplo, el asunto tantas veces repetido en España y que ha dado lugar a un número tan grande de obras maestras: la Virgen con el Niño, tiene indudable parentesco con el también muy frecuente en nosotros de la «Kwanin» (Buda femenino) con niño. Lo mismo ocurre con los primitivos—esos admirables primitivos de Cataluña y Salamanca, por ejemplo—, en los que hay rasgos muy afines, en espíritu y aun en técnica, con obras nuestras. Igualmente la pintura en tablas con fondo de oro... La diferencia está en los nombres y en las épocas. En el Japón este florecimiento es anterior en tres o cuatro siglos al español.

—Saliendo por un momento del arte y entrando en el terreno de la política, díganos algo sobre la génesis del Pacto Tripartito.

—Permítame que me refiera previamente a circunstancias personales. Cuando, el 27 de septiembre de 1940, se concluyó el Pacto entre el Japón, Alemania e Italia, era yo portavoz del Gobierno de mi país y tuve, en consecuencia, el honor de anunciárselo al pueblo. Ello, a mi juicio, constituye el fundamento del nuevo orden del mundo. Se trata de un instrumento de cooperación entre pueblos nuevos, pueblos con fuerza, con vitalidad, por la conquista de un auténtico régimen de justicia entre las naciones. En el antiguo orden había países muy ricos—las potencias capitalistas y democráticas—y países muy pobres—todos los demás—. Cuando, en la declaración de independencia de los Estados Unidos se estipuló la igualdad entre los hombres, no se pensó, sin duda, en la falsificación de que sería objeto el espíritu de tan generoso documento, entre otros, por los sucesores de aquellos mismos que lo suscribían. Por eso el nuevo orden aspira a restaurar este desequilibrio, es decir, a lograr que el Derecho sea exacta expresión de la realidad verdadera.

—¿Cuál es la actitud de su país frente al complejo denominado «Gran Asia Oriental»?

—Spengler, a quien antes citaba, dice que la cultura oriental es una cultura unitaria. Es decir, que en el fondo se trata de las mismas razas, la misma vida, las mismas costumbres. Todas las limitaciones geográficas y políticas, ante este hecho global de la unidad, son, desde luego, insignificantes. Muchos países occidentales han atentado en forma diversa contra esta vida peculiar oriental; el Japón lucha valientemente por restaurarla. Nuestra actitud, por otra parte, es anticomunista, como la de España. La cultura nipona es, en su más hondo fundamento, tradicional: la columna vertebral de este sentido tradicionalista es nuestra dinastía imperial, mantenida sin interrupción a lo largo de veintisiete siglos.

—¿Relaciones con el Manchukúo?

—Precisamente en estos días se ha conmemorado el aniversario del pacto entre el Japón, Manchukúo y la China Nacional. Yo, por mi permanencia de once años en Nankín como representante de mi Gobierno, conozco de cerca los problemas chinos y manchúes. Además de Nankín, he ejercido funciones en Pekín, Shanghai y Cantón.

Manchukúo constituía, como es sabido, una porción de la antigua China. Bajo los chinos, los manchúes se veían objeto de constante opresión. Nosotros les hemos ayudado a emanciparse, emancipación conseguida ahora hace doce años. Hoy, Manchukúo es un país nuevo, con industria, un ejército bien organizado y potente, marina, etc. Y ello sin que se desvirtúe la esencia de su vieja civilización, que es la misma civilización china. Así como en otras porciones del Asia Oriental, guerras, revoluciones y bandidaje han acabado con los vestigios de su civilización antiquísima, en Manchukúo, el Museo de Mukden conserva una serie extraordinariamente interesante de ejemplares, únicos muchas veces, de obras artísticas y testimonios de la vida vieja.

—¿Cómo piensan organizar económica y políticamente esa enorme extensión de territorios ocupados?

—Nuestras armas dominan todos los puertos marítimos de China, y en primer lugar Shanghai y Tien-Tsin. Dominamos, al mismo tiempo, las vías de comunicación y acceso entre Pekín y Nankín, así como los lugares todos de importancia espiritual y cultural. La fuerza de Chian-Kai-Chek es verdaderamente escasa y rudimentaria. Y, naturalmente, todos estos territorios están sometidos a un plan, a una ordenación unitaria, tanto económica como industrial, orientada sobre todo en un sentido de reconstrucción.

—¿Relaciones con la U. R. S. S.?

—Entre la U. R. S. S. y el Japón hay en vigor un pacto de no agresión. Dado que Rusia cumple sus compromisos hacia nuestro país, no hay motivo, por el momento, para que se altere esta buena disposición. Las cuestiones de interés mutuo, y muy en primer término la tan interesante de las pesquerías, están satisfactoriamente resueltas. Por el momento, repito.

—¿Querría hablarnos usted de las consecuencias de la estrategia de «tierra quemada» en Malasia, y de la actitud del Japón frente a este problema?

—En Tokio se ha creado el Ministerio del Asia Oriental, encargado del mejoramiento de las condiciones de vida de esos pueblos, terriblemente maltratados por la ocupación aliada. La población, espontáneamente, coopera con nosotros y facilita nuestros esfuerzos. Hemos establecido escuelas japonesas. Y entre otros índices de este interés por nuestra cultura, está el crecido número de guías japonesas que por allí se venden.

—Aquí, en Occidente, nos conmueve a menudo el heroísmo de los aviadores y torpederos «suicidas». ¿Cómo justificaría religiosa y filosóficamente la actitud de estos hombres?

—En el Japón, todos los niños y niñas son educados en un sentido de devoción tradicional. La vida, creemos, no es para uno mismo, sino para la patria. El servicio militar es el más honroso de los servicios, y las familias se consideran orgullosas cuando alguno de sus miembros pertenece al ejército o a la marina. En Tokio, el Templo del Estado es el santuario de este culto, y allí se va a rendir homenaje a las almas de los que cayeron por la nación.

—El Japón, como usted mismo ha dejado sentado, ha vivido un auge rapidísimo, sin precedentes en la historia de ningún pueblo. ¿Cuál será el motor de este auge?

—Muy sencillo y muy claro: el trabajo. En mi país no hay domingos y sólo se celebran tres fiestas en el año. Todo para la patria, y dentro de la patria, para la familia. Además, se madruga mucho: a las siete de la mañana ya está todo el mundo trabajando.

—Volvamos, si usted gusta, al arte, señor Suma. ¿Qué pintor de los españoles es el que prefiere?

—Gutiérrez Solana.

—¿También de los clásicos?

—De los clásicos, el Greco, sin duda. El Greco, para mí, es un «filósofo del mundo». Goya, un poeta, y Velázquez, el pintor profesional. También admiro mucho a Fortuny, y, si hubiera de calificarle en una de estas fórmulas tajantes, le llamaría «poeta oriental».

La charla con el Sr. Suma ha sido sustanciosa. Nos invita, otro día, a visitar su colección de cuadros. Y sentimos la satisfacción, al despedirnos, de haber hablado con un gran amigo de España.

AGUSTIN TORREDUERO

EL MUNDO ES POCO

MIS VIAJES AL "GRAN SOL"

Por JOSE MARIA CASTROVIEJO

y VI

NOS habíamos salvado de la galerna y aún nos parecía incierto, en la gran desolación del alba. Como el estertor de un agonizante que al fin se extingue, había cesado también el clamor de los marineros que yacían semiinconscientes en el guardo hermético del sollado. Don Serapio continuaba malherido, delirante y aguardentoso en el coy, al que lograra subirle con verdadero esfuerzo, y en el puente éramos Perrachica y yo ante un mar todavía tenebroso y un viento orquestado y desafiante, pero con síntomas de cansancio, como atleta ya agotado.

Bajé a cubierta con el alma todavía confusa y plena de acción de gracias; me sentía cargado de electricidad y al mismo tiempo ligero como una paloma. Mis primeras atenciones fueron para el infortunado don Serapio, al que atendió conmigo, por consejo de Perrachica, que no podía abandonar el puente, el marinero Germán, que gozaba fama de hábil curandero.

Germán era un marinero silencioso, rollizo y bonachón, salvo cuando se trataba de su función jifera, como pronto lo experimentó, creo que para su permanente recuerdo, el piloto don Serapio. Fué éste cosido en su abierta cabeza, con grueso hilo, enhebrado en más gruesa aguja, que penetraba en la carne, pulposa, sanguinolenta y reseca por la sal, con la dificultad que en un lona embreada, aunque no con menor ímpetu, para martirización del recipiente.

Los sordos bramidos de don Serapio fueron eficaz rúbrica a lo "alado" de la intervención quirúrgica, y sus exclamaciones, en vascuence, no creo significasen nada bueno; pero el marinero Germán no se detuvo en contemplaciones y cosió y ató concienzudamente, cortando el resto del hilo con los dientes, con la serena satisfacción del deber cumplido. A los pocos días don Serapio andaba ya, aunque pálido, por cubierta, y Germán soltó los puntos con unas sucias tijeras de cortar pescado, para mayor confusión de asépticos.

El barco recobró su vida y la gente salió a cubierta. Los destrozos de la galerna habían sido graves, aunque no irreparables. Teníamos agua en la carbonera, la obra muerta deshecha en parte, así como media chimenea y otros desastres de menor cuantía. Podíamos dar gracias a Dios, ya que el temporal nos cogió en el peor sitio, y a dos millas, como he indicado, se hundió un pesquero entre la tristeza de las olas. Era bretón y durante todo el día estuve mirando con terca insistencia el alto mar que lo había tragado. Tal vez sus tripulantes hayan sido acogidos en alguno de los pueblos hundidos y las campanas repicarían fraternales a su llegada. Las antiguas muchachas celtas acudirían con sus trenzas rubias y su alma inmensa a recibirlos, entre algas y verdes transparencias, estremecidas por el sonido submarino de la cornamusa. Sí, tal vez...

El cielo era de un gris macizo y la lluvia comenzó a caer, terca y fría, entre la neblina y la borrasca. Seguimos firmemente hacia el Norte, en compañía de nuestra fiel pareja, a la que tampoco habían acaecido daños mayores, por fortuna. Ibamos, a través del tiempo, en espera de que mejorase para poder lanzar aparejo, pero pasaban los días y toda nuestra suerte fué la de poner proa al viento aguantando la mar bajo las rachas del frío cierzo y el grito agrio de las aves de las tormentas que los marineros llaman "Paiños", y que caían de noche, por el engaño de las luces, a docenas sobre cubierta.

Estábamos a 250 millas de la tierra irlandesa, lejos de toda ruta de navegación, y era en medio de todo gran conforto el de ver a nuestros dos barcos entre las altas olas, surgiendo, con la chorreante proa, siempre animosos. Al cuarto o quinto día hubo un claro en el cielo, como una luz del Tiépolo, y don Serapio pudo aprovechar el sol para tomar la altura; pero vino de nuevo la cerrazón y seguimos avanzando, en sinfonía de gris mayor, con nuestro leal compañero el viento nórdico, altivo y ululante.

Nos acercábamos a unas piedras extrañas que "velan" a flor de agua, como un sortilegio de perdición, negras y fosforescentes. Son el "Rockoll Bank", que en las cartas inglesas está señalado, como un peligro, con palabras que comienzan "Caution, magnetic disturbance..."

Estas piedras que "velan", como dicen los marineros con exacta frase, están imantadas y a dos millas de distancia desalteran la brújula del barco más honrado, por lo que muchos navíos, ignorantes del peligro, han ido a deshacerse contra las mismas.

Era impresionante el pasar cerca del Rockall Bank y yo escribí:

El mar se ha vuelto fosforescente
Y la rueda del timón quiere jugar a la ruleta;
Nuestras almas van de puntillas en el palo mayor.
Norte; aquí, en el 58º, hay piedras que velan...
Todas las viejecitas de Irlanda están rezando,
Rockall Bank.
En cada singladura el barco escribe tu nombre sonoro
Y a tu vista, la brújula se vuelve loca.
Como una muchacha cualquiera.
Imán, niebla, fósforo y agua,
Rockall Bank.
Todos los años te visita Simbad el Marino
(Eso, al menos, nos contó una gaviota vieja).
En tierra se han oído gritos extraños;
Deben ser los muertos que lloran entre la niebla.

Al socaire del Rockall hicimos, con tiempo muy duro, algunos lances afortunados, y como arreciase del S. W., dimos la vuelta por el Norte, bajando por el Canal de San Jorge y rememorando a los católicos Estuardos frente a los "lynchs" de Escocia, atrayentes y temerosos. En la embocadura del Canal nos cruzamos con un "trawler" británico, cuyos tripualntes nos gritaron, entre el viento, en su bárbaro idioma, desapareciendo rápidamente hacia el Sur entre la estela fría de un tabaco protestante, que cantaba las millas al timonel.

Llevábamos doce días sin haber visto tierra y estábamos ya un poco agotados; el alma del barco, pues los barcos tienen una hermosa alma, también se manifestó cansada, por lo cual decidimos tomar puerto en Valentía, antes del regreso a Galicia, para carbonear, hacer repuestos y brindar con nuestros hermanos los irlandeses. Luego bajamos, sin mayores contratiempos y con la ilusión de la llegada: se había corrido la nueva, a través de los naufragios de aquel temible equinoccio, de nuestro perecimiento, y cuando llegamos a Vigo se hallaban, sollozantes y eternas, las mujeres de nuestros tripulantes, vestidas de pobre luto, lanzando su angustia al mar desde el espigón del muelle. La culpa la tenía una falsa noticia traída por otro barco, que nos confundió con el buque comido por la tempestad de Dios, a nuestra vera.

Pero llegamos con un alegre minueto de retorno, y dije, con la aprobación de los marineros y de las gaviotas:

Por la popa quedan tres rizos de viento
Enroscados en espirales intactas
Que en otro viaje estrenaremos.
¡Avante!
Nuestros corazones están vestidos de domingo,
Y van cantando, al compás de las velas,
Como niñas de primera comunión.
¡Avante!
Desde tierra las trenzas de las muchachas tiran por el barco,
Que casi naufraga de júbilo;
En el corazón de los marineros florecen manzanos,
Las gaviotas son todas blancas,
Y el mar, nuestro amigo, rosma satisfecho.
¡Avante!
De pronto, a bordo, una explosión azul:
¡Tierra!

Un vocal español en la Komintern

III.—TROTSKI, POR DENTRO

Por OSCAR PEREZ SOLIS

CONFIESO que cuando se me dió el aviso de que Trotski me recibiría —mejor dicho, que recibiría a la Delegación que el partido comunista español había mandado al V Congreso de la Komintern, pues toda ella, que yo presidía, había mostrado el deseo de visitar al aún Comisario del Pueblo en los asuntos de guerra—, mi satisfacción fué extraordinaria. Si Trotski era popular en Rusia, no lo era menos en los círculos comunistas del extranjero. Y yo especialmente me sentía atraído—quizá porque he sido siempre un poco aficionado a lo fantasmagórico—por aquella figura de impetuoso hombre de acción, de orador fogoso, sugestionador de multitudes, y de escritor brillante, al que dudo que haya igualado nadie en el campo bolchevique. Llegó a ser tan extremosa mi admiración por Trotski, que el humorismo bilbaíno pudo caricaturizarme con el epíteto burlón, al pie de un dibujo de intención tan zumbona como su leyenda, de «Trotski de las siete calles», en uno de cuyos cantones, luego de subir un buen número de escaleras, tenía yo un cuarto en que consolaban mis horas de hambre los delirios comunistas.

En realidad, no estaban tan fuera de razón los motivos de mi admiración trotskista. Muerto Lenin, nadie más indicado que Trotski para reemplazarle como jefe del movimiento bolchevique. Pero Trotski, además de que en algunas cuestiones—y esto ya venía de los tiempos anteriores a la revolución soviética—discrepaba de la ortodoxia leninista, grave pecado en aquella hueste revolucionaria, para la que lo que decía Lenin, especie de Mahoma marxista, era artículo de fe, tenía demasiado talento, lo que a veces suele ser un grave inconveniente para triunfar en la vida. Trotski era la mayor talla intelectual y política de los herederos de Lenin, y hacía sombra, por consiguiente, a los cortos de talla. Por añadidura, era poco diestro, según se vió, en la politiquilla de astucia que dominaban sus contrincantes. Sobre todo Stalin, taimado, zorro, malsín, que además, como secretario del partido comunista ruso, tenía en su mano «el aparato», es decir, toda la organización del partido, y de este modo acabó por ser el amo de la fuerza bolchevique.

Tenía Trotski también el defecto enorme de dejarse llevar por la fantasía y forjar—un tanto sobre las nubes—amplios planes que en la práctica resultaban de difícil realización. Y es que partía de una tesis falsa—la de que era posible mantener la revolución a un ritmo constante y en un plano mundial—para establecer su teoría de la revolución permanente, mientras que sus contradictores veían claramente que los Soviets necesitaban un respiro, que la revolución tenía que atrincherarse en sus conquistas, dar tiempo al tiempo y reemplazar su ímpetu por una estrategia cautelosa y hábil. Es posible que hoy, en su fuero interno, diera Trotski la razón a Stalin, quien ha sido, con explicable asombro de los ingenuos que le creían menos bolchevique que Trotski—siendo solamente mucho más realista que él—, el redomado maniobrero que Dios sabe si hubiese podido echar la zarpa a Europa de no habérsele atravesado en su camino ese Hitler que, sin embargo, algunos cortos de vista y largos de rencores consideran más detestable que el Barrabás soviético. A veces piensa uno en aquello de que «quos Deus vult perdere, dementat prius».

Desde luego, en lo que Trotski y Stalin no discrepaban era en reconocer la necesidad de que la Unión Soviética tuviera un poderoso ejército. A Trotski, visiblemente, se le encandilaban los ojos, chispeantes tras de los lentes, al hablar de cuestiones militares. Y en aquella tarde de junio de 1924 me asedió a preguntas sobre las posibilidades bélicas de España, y consignaré que no pude menos de sentir cierto orgullo—y es que en mi comunismo había no pocas reminiscencias religiosas y patrióticas—cuando Trotsky me dijo que «España tenía una materia prima excelente para hacer un gran ejército».

No sé de dónde había sacado Trotski aquella impresión tan exacta, pero lo cierto es que con ella me esponjé mucho y que la apunté en un cuaderno en que yo recogía cotidianamente mis impresiones de Rusia. No le tengo a la vista. Cuando salí de Moscú—provisto, por cierto, de un pasaporte «español» soberbiamente confeccionado allí para reemplazar al defectuosísimo, también falso, con que había hecho yo el viaje de ida—se me aconsejó amablemente que como ese cuaderno y otros papeles míos pudieran ser peligrosos para llevados sobre mí en un viaje a través de media Europa, «era mejor que los dejara allí, y luego me serían enviados por el servicio secreto soviético, que en realidad, según entonces y más tarde—preso yo en la cárcel de Barcelona—pude comprobar, funcionaba de modo casi maravilloso.

Sin embargo, aquellos papeles míos se «debieron de perder».

Trotski, no obstante su sangre judía y su filiación bolchevique, debía ser patriota a su manera. Porque, reconociendo las buenas cualidades del soldado español, me decía que no eran inferiores las del ruso. Lo explicaba, en parte, por una causa que no me parece correcto decir y que, por supuesto, era inexacta. La cultura del soldado alemán no es grano de anís, y, sin embargo, su valía militar es formidable. Estuve a punto de replicárselo a Trotski, pero no me atreví. El, por otra parte, añadió, y en esto sí que tenía razón, que la eficacia del soldado dependía de quien le mandase... y de la moral que llevara a la guerra («¡Hum!—dije para mis entretelas—. ¿Moral tenemos aquí, donde todo se calibra por el determinismo de los modos de producción?») Mas a renglón seguido recalcó mucho Trotski la influencia casi todopoderosa y decisiva del material bélico. En el material estaba el «Deus ex machina» del sistema soviético: mucho material para crear una gran industria; mucho material para cubrir de tractores y otras máquinas agrícolas el campo de Rusia; mucho material para pertrechar inagotablemente un ejército de veintitantos millones de hombres—«el primero del mundo», y aquí asomaba el contagio del colosalismo yanqui, que empezaba a echar raíces en la Unión Soviética.—, con centenares de miles de ametralladoras y cañones.

Trotski se exaltaba previendo este futuro, del cual saldría—como si volvieran aquellos días en que los primeros jefes del Islam soñaban con que la cimitarra les daría para Mahoma la dominación universal—la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas del mundo, sojuzgado, al fin, más que por las enrevesadas teorías de Marx, por la innúmera hueste del Jerges soviético. Trotski, en pleno vuelo de su poderosa fantasía, deliró de lo lindo en voz alta. «Pero, camarada Trotski—le atajé yo—, ¿y si una gran coalición militar de los países capitalistas se dejase caer sobre la Unión Soviética?» Me miró fijamente, con aquella mirada acerada que parecía traspasarle a uno las intenciones, y reconoció que la observación era justa. Sí: esa coalición era perfectamente previsible y punto menos que inexcusable. Y—¡lo que va de ayer a hoy!—sería capitaneada por Londres, que era entonces la bestia negra del capitalismo para los hombres de Moscú. Así Trotski había flagelado la hipocresía—el «cant» británico—y la pérfida conducta de los ingleses en aquel brillante panfleto «¿A dónde va Inglaterra?», que yo leí con delectación. Pero el comisario soviético pensaba que «las contradicciones internas del capitalismo» impedirían la formación de un bloque antisoviético que Rusia no pudiera tener a raya con el ejército que la «construcción socialista» pondría sobre las armas para defender y ensanchar la revolución del proletariado. Y además, si se llevaba a fondo la bolchevización de los partidos comunistas en Europa—«¿no le han dado ya instrucciones «militares» en Agit-Pro?», me preguntó; y sí me las habían dado, sí—, la guerra internacional podría traer como consecuencia la guerra civil en cada país, lo que «equivaldría a acometer por la espalda al ejército antisoviético».

Sin embargo, ya en la calle, las peroratas de Trotski se me deshilachaban al ver aquellos soldados soviéticos que no saludaban a sus jefes fuera de los actos del servicio—solo que debo recordar que me estoy refiriendo al año 1924—, ni siquiera a aquel Brusiloff, antiguo general zarista incorporado, Dios sabría por qué y cómo, al ejército de los Soviets, a quien vi un día pasar triste y pausado por la Twerskaïa, la principal arteria de Moscú, una especie de calle de Alcalá de la capital soviética que ahora no sé cómo se llamará, porque Twer, la ciudad norteña más próxima a Moscú, se llama Kalinin. En Rusia los gerifaltes comunistas no se contentan con dar sus apellidos o sus motes a las calles o los grupos escolares, sino que se los espetan a las ciudades: Leningrado, Stalingrado, Vorochilograd, Kuybychef, esa Kalinin y esa Gorki que antes fué la célebre—por sus ferias universalmente famosas—Njni Novgorod, sobre el Volga.

Cambios, en fin de cuentas, harto menos trascendentales que los que en el mundo pudieran sobrevenir si el ejército que soñaba Trotski, que apetecían, como hemos de ver, otros hombres de Moscú en 1924 y que ahora quiebra sus mandíbulas de oso en la muralla erigida desde el océano Glacial Artico hasta el Cáucaso, pudiese un día asolar las fértiles tierras de Europa, en que ya pensaron clavar sus garras los Gengis-Kan y los Timur-Lenk, antecesores de Stalin.

¡Sólo que ellos no lograron tener aliados nutridos en la cultura originaria del Lacio y de Cristo!

El periodismo, frente al Komintern

Por

Manuel Suárez Caso

EL tema de la panacea circula de muy antiguo, pero a los periódicos se asoma con la Revolución francesa. Dialéctica sensiblera de barricadas y papanatas, vale también para disculpa de bandoleros. Juan Locke, o cualquiera de los dómines posteriores que palabrearon cumplidamente en el "Club del Entresuelo", a más del rumor conocía la potencia de enganche de aquellas teorías, alambicadas y engarzadas en una fácil filosofía de ágora, a través de la plástica. La Prensa de la Revolución fué un ejemplo. Con ella empieza el periodismo su labor de propaganda lamentable. Así, este grabado de la época. El hombre de ondulada y espolvoreada peluca, buena casaca y mejor empaque, besa, rendido, la leve mano de "mademoiselle", también rendida. Tras el realista, un "sans culotte", con atuendo y botonadura de abate, introduce sigilosamente su mano derecha en los bolsillos de la casaca del enamorado ricachón y, con la izquierda, entrega a un mendigo andrajoso los dineros que roba. Al pie, la leyenda, que reforma la de esa Orden británica tan conocida en Francia por lo que en la supuesta liga femenina hubiera de vodevil o de "ménage à trois". "Honni soit qui mal... y voit". Algo semejante, en fin, a los folletones que justificaban el corretear serrano del "Tempranillo".

Tras el grabado originariamente periodístico pueden venir, por ejemplo, un Tomás Hodgskin que nos hable de jornales para solaz y efervescencia del medio británico y, postreramente, aquellos anuncios clasificados que clasificaban a "El Liberal". Queremos decir que desde Rousseau o Saint Simón ha sido la Prensa el vehículo encargado de difundir las teorías socialistas y la amoralidad inherente a la progresión de la fórmula. Camilo Desmoulins—cuya estatua ha sido convertida hace poco en primera materia—conocía los dos secretos que pueden desbocar a las multitudes. La dialéctica oratoria, aunque se construyera colgado él de los balcones, y la dialéctica escrita. En las dos tiene cabida la falsedad. "¡Nada de gentes superiores!", gritaba y escribía Desmoulins. Pero la masa carecía de aguda memoria para la retención de los períodos, en tanto que la Prensa fijaba el concepto y lo sostenía, sin evaporaciones. ¡Periódicos! ¡Periódicos! París los tuvo a decenas. Ellos, los Desmoulins, los Marat, los Loustallot.... contaron con los que quisieron. Y empujaron a las multitudes con la promesa del desquite y—"¡nada de gentes superiores!"—de la tabla rasa, del brazo de la indispensable y acuciante preocupación israelita: "¡Hay un paraíso que descubrir...!"

Después, Engels, Marx y todos los sucesores hallaron encarrilada su propaganda. El periódico fué siempre el medio más activo. Por la fuerza del grito, por la permanencia del grafismo, por la variedad cotidiana de la consigna...

...Y aquí tenemos a la Europa de hoy—que es la del mañana—redimida del libelo y de la estridencia. Por el pago de las culpas pasadas (aceptemos aunque sea circunstancialmente el conglomerado genérico) a ella le corresponde la acción ofensiva del pensamiento al servicio de los valores eternos. Su objetivo es hoy el ataque al comunismo de vanguardia y de retaguardia, por la misma razón por que el brazo y la espada velan nuestra integridad espiritual y física en las alambradas del Este o al quite de la discordancia interna.

En este día, 25 de noviembre, en que se cumple el aniversario de la renovación del pacto Anti-Komintern, la Prensa española se aferra a su destino de servicio a la política nacional única y exacta, en una unanimidad auténticamente revolucionaria. Porque la unanimidad—esto es, la unanimidad obediente—es también una revolución. Para que todas sean "gentes superiores". Sin rebeldías individuales, como las de Desmoulins, y sin reacciones partidistas, como los entusiasmos de aquel ingenuo Quesnay, "Confucio de Europa", que acudía a la defensa de la inefable "Tabla Económica" a través de cualquier "Journal" de entonces, cuando el precomunismo se apoderaba de la Prensa.

ESPAÑA EN BUENOS AIRES

Fotografía de la reunión celebrada en Buenos Aires para dar a conocer a un grupo de intelectuales argentinos y españoles el primer libro editado por la revista «Orientación Española»: «El sentido misional de la conquista de América», del que es autor D. Vicente D. Sierra, cuya publicación en folletón se inicia en este número de EL ESPAÑOL. De izquierda a derecha pueden verse a los siguientes señores: D. Gonzalo Matienzo, del Ministerio de Trabajo; D. José Figuerola, jefe del Departamento de Estadística del Ministerio del Trabajo; D. Angel Gallart, profesor español de Sociología; D. Vicente Sierra, autor del libro; D. Eduardo Aunós, que preside la Misión Comercial Española; D. Manuel Masllorenz, de las importantes fábricas Masllorenz (favorecedor de la revista); D. Gonzalo Sáenz Briones, profesor de la Facultad de Derecho; D. Gregorio Martínez Sierra; D. Jacinto Miquelarena; D. Alfredo Cabanillas, director del «Diario Español»; D. Carlos Suárez Pintos; D. Julio A. Noble, ex ministro argentino; Martínez Zubiría (Hugo Wast), director de la Biblioteca Nacional, a quien cubre D. Ramón Pérez de Ayala; profesor Rómulo Carbia, de las Universidades de La Plata y Buenos Aires; profesor Carlos Ibarguren, presidente de la Academia de Letras, y José I. Ramos, agregado de Prensa y director de la revista «Orientación Española».—En esta misma reunión, y en otros momentos, estuvieron presentes otras personas, como el Sr. Gómez Palmés, subsecretario del Ministerio de Instrucción; Ignacio Anzoátegui, Marechal, Sánchez Sorondo, etc.

Visita y anatomía de la cabeza de Richelieu

(Viene de la página 1.)

Respondió que estaba cierto que la cabeza y cuello del cardenal padecía de *morbo regio*, quiere decir, enfermedad real; lo que se prueba por todos sus nombres, que el primero es éste; el segundo que le dan los griegos es *Icteros*, de la ave de este nombre, de quien dice Plinio que si la mira el enfermo de mal real, se cura el enfermo y muere la ave. Esto sucedió a Monmoransi, que viendo al cardenal con esta enfermedad real, se le puso delante, con otros muchos, que, vistos del cardenal, fueron *icteros*, y de la serenísima reina madre, si no se retirara a Flandes, por no ser vista del cardenal infecto del *morbo regio*.

No fué *icteros* monsieur hermano del rey porque se fué donde el *morbo regio* no le viese. Volvió, mire no le mire. El tercer nombre es *aurigo*. Así le llama Celso, del dolor del oro, el cual la cólera derramada por todo el cuerpo imita. Ya se ve que la cólera del cardenal es avarientísima, y que no sólo trata de juntar oro, sino de dorarse y hacer todo su pellejo y persona bolsón de la color del oro. El cuarto nombre es *morbus arquatus*, enfermedad arqueada, porque en la diferencia de colores parece el arco celeste. Los ojos de todos informan desta aplicación, pues en el cardenal se ven tan diferentes colores. En él se ve lo negro de los lutos de los nobles que ha hecho morir sin razón y sin número: lo amarillo de la desesperación de tantos grandes señores franceses que tiene desterrados y desposeídos; lo pálido del temor de los buenos católicos de Francia y de toda Europa; lo bermejo y encendido de las llamas de Calvino y Lutero; lo blanco de los tocados del turco; lo colorado del capelo. ¡Mirad si es en los colores bien parecido el cardenal al arco celeste!

... ...

Empero, yo, habiendo mirado por dónde me será mejor entrar, hallo que por los oídos; porque, si bien anda en ellos traficando todo el comercio de los demonios, sin vaciarse ni de día ni de noche de malsines, soplones, chismosos, mentiras, embudos, maldicientes y maldiciones, preparando en la confección de España y por la oscuridad de los caracoles de sus orejas, llevando, para ver, en la mano la linterna de Génova, pasaré a mi salvo; que si bien en su boca pasó más anchuroso, como siempre está movitando órdenes de asesinamientos de provincias y familias, temo no me coja la corriente de alguna dellas y me escupa hecho tajadas.

Bacchanelo dijo quedaba persuadido a lo que decía en toda buena medicina.

Y Rodolfo Magistro, como médico del rey cristianísimo, con su conocimiento practicado tan de cerca, lo aprobó.

Y alabando todos el discurso del Vessalio, se remitieron a su diligencia, deseándole feliz viaje y vuelta.

Volvió a Mompeller; junto a la facultad en la misma forma y dióles cuenta de lo que había visto en la dicha cabeza con estas palabras:

—Salióme tan feliz mi disinio y fué tan aproposito mi disfraz, que a tiro de mosquete la oreja del cardenal, sedienta de embustes, hecha Caribdis, sorbedora de embelecos, con remolinos y huracanes de viento me arrebató; y dando vueltas por el retorcido de los tilangines de su oído, entré dándome de encontrones con otro innumerable concurso de marallas y quimeras que entraban, y adentro no cabíamos. Y unos embustes a otros nos decíamos: "Hágase allá." Yo, luego que me vi dentro de su cabeza, miré al techado, y vi en él escrita una ley de las que observan los hermafroditas en su isla nefanda, cuyas palabras son éstas: "Aquellos de los que dichos nuestros ministros que quisieran emprender cualquier cosa contra la autoridad de su señor soberano, descargándole por caridad de sus estados y aliviándole de su carga, en usurpándole todo halagarán los pueblos con toda humildad, por adquirir la autoridad de mandar y por establecerse; mas luego que se hayan bien apoderado de todo, nosotros les permitimos ser imperiosos e insoportables." Esta ley estaba escrita en todo el cóncavo de la cholla. Empezaba sobre el sitio de la memoria, mediaba sobre el del entendimiento y remataba sobre el de la voluntad. De manera, que era él solo estudio de sus tres potencias. Aquí conocí la serie y origen de su *morbo regio*, mejor por la ley de los hermafroditas, que guarda, que por los aforismos de Hipócrates y Galeno. Padecí (cosa que nunca otra vez me sucedió) un engaño en mis ojos; porque, teniendo yo por cierto que la cabeza del cardenal no tenía seso ninguno, vi el lugar suyo lleno y atestado de sesos, y como era contra mi opinión, admirado me entré en la cálula con mis instrumentos; y, desenvolviéndonos, vi que era un turbante, de tal manera puesto y mullido, que al principio, aun hallando en él algunas medias lunas, dudaba si eran sesos o turbantes. Luego que empecé a discurrir por su testa, me pareció haber entrado en el infierno, porque hallé confusión y ninguna orden, furias, penas, condenados, tormentos, demonios y obstinación. Por no perder el tiempo, empecé la visita por su memoria, y hallé (cosa extraña) que se la gobernaba el olvido, el cual había arrojado de ella sus principios y el primero ser que se le dió la serenísima reina madre, y la dignidad del cardenal, con que a su intercesión la ilustró el grande Enrico. Había expelido asimismo, las maldades que Luines padeció por su inducimiento, y las palabras que dijo de él vituperosísimas, delante de su mujer y otro caballero la postrer noche que fué a tentarle como trasgo de abominación; desterrado, sin dejar rastro ni por sueños de la iglesia de Sancti Spiritus, donde pobre bonete le sustentaba la pitanza; y lo que más ausente y borrado tenía el olvido a su memoria era la santísima ley de Francia que excluye del reino al rey por nacimiento si no es católico, confirmada con tantas elecciones de príncipes católicos admitidos por tales, excluyendo de la corona de Francia cristianísimamente a los legítimos sucesores herejes, como se vió con el derecho del príncipe de Condé y en Chinderic y Carlos, duque de Lorena, depuestos, aquél porque faltaba en los actos de buen católico, y éste porque hacía acciones contra la religión. Todo esto dice Guar, en una oración hablando con Carlos, en que le confiesa que Hugocapelo le pertenecía a él y no a Hugo; empero que las propias leyes que le llamaban a la sucesión le excluían della; y esto porque, para ser rey de Francia, primero es menester ser hijo legítimo de la Iglesia católica que de sus padres. Así se leerá más largamente en la historia de los reyes no católicos que escribió en francés el doctísimo Alain de la Val, señor de Vaudore; y no aguardan las leyes cristianísimas de Francia, para excluir de su corona, a que el legítimo heredero sea hereje, sino que los deponen por inútiles para la defensa de la fe católica, como se vió en Carlos Gros, emperador de Occidente y rey de Francia, y Luis, llamado el Hacenada.

... ...

Cuando entendí que no había más que hacer en la memoria del eminentísimo, columbré dos librillos, uno mayor que otro, y un rótulo encima que decía: *Bibliotheca armandina Ruchelana* El otro tenía por título: *Obras de Marco Francisco Raveles, dotor en medicina: contiene cinco libros de la vida, hechos y dichos heroicos de Gargantúa y de su hijo Pantagruel. La pronostícación de Pantagruel, con el Oráculo de la diosa Babue.* Y otros muchos tratados semejantes, todos unos peores que otros. Este estaba muy bien encuadernado, y tan lleno de registros, que entendiera el breviario de su eminencia. El otro tenía por título: *Las parábolas de Goquot en forme danis*, entrambos impresos en lengua francesa. Este postrero, que era el más pequeño, estaba abierto, en la página dieciocho al principio tenía la margen de una mano, que con un ceptro señalaba esta cláusula: "Antes que empleéis todas vuestras fuerzas en algún efeto, obligados, ante todas las cosas, que os presten el juramento y que os juren solemnemente que ellos quitarán a Dios el cielo, el honor y la fe por vos, y que desde ahora para entonces y de entonces para ahora se den cuerpos y almas, tripas, bofes, arneses y caballos a todos los diablos del infierno, por haceros príncipe universal de la monarquía francesa, a pesar de las influencias de los astros, de los eclipses, de las conversiones, de las constelaciones, de las interpresas supremas, mayores y menores." Señalaba el fin desta cláusula a la margen un "Amén" escrito con oro y cubierto de un capelo de carmín. Escandalizado, pasé de la memoria al entendimiento de la dicha eminentísima cabeza.

En este punto de la relación de Vessalio, entró un portero, diciendo que Michael, señor de Montaña, estaba a la puerta, y que pedía licencia para entrar.

Alegráronse sumamente con su buena venida a tal ocasión. Levantáronse a recibirle. Volvieron acompañándole. Diéronle el primer lugar (que él rehusó, aunque le era debido a sus grandes letras y calidad), ocupóle y dijo, "habiendo sabido todo lo que en esta junta había pasado se había dispuesto a hallarse en ella con su lealtad y celo católico".

Respondióle por todos Bacchanelo: que era tan importante su persona, que debiera a su llegada haber precedido solicitud y ruegos de la Universidad, porque, según habían visto, la enfermedad de Francia estaba descubierta en su origen por los aforismos médicos; empero, que la cura necesitada de los aforismos de Estado, y que déstos él era el Oráculo.

Mandaron a Vessalio le recibiese, en suma, todo lo que había dicho. Hízolo, y dijo:

—Vos, señor, llegastes cuando érades menester, que es antes de empezar la visita del entendimiento del cardenal, que fué en esta forma: Hallé que su entendimiento se alimentaba mamando por unos orificios y venillas secretas un alimento viscoso y acre de su memoria. Presidía en él un mal demonio, cuyo nombre era *Yo me entiendo*. Eran iguales en aquel lugar el ruido, la confusión y las tinieblas, que aun con la luz de mi lanterna, yo tomaba unas cosas por otras. ¡Considerad qué hará su propio entendimiento, que ni tiene ni quiere día ni crepúsculo! Parecióme atender antes que esculcar; hícelo así, y vi que su entendimiento todo se ocupaba en trazas y quimeras, y que su principal tema era sacar consecuencias de lo que tenía en su memoria. Para persuadir su voluntad, formaba estos argumentos: "Todos aquellos que se fingieron católicos se coronaron. Yo... *Ergo*... Si la reina madre, ni monsiur hermano del rey, no se han fingido católicos porque lo son de verdad... *Luego*..., no. En Francia se deponen a los reyes y son inútiles para la defensa de la religión. Yo, con engaños, he hecho a mi rey útil para la defensa de la religión. *Ergo*... No tiene hijos, porque el divorcio que yo he solicitado solene, si bien no lo he podido conseguir ni platicar, lo he ejecutado con embustes. *Sequitur* que no tendrá sucesión. Tiene hermano heredero; mas yo le tengo inhabilitado con falsos testimonios, por sentencia, para la sucesión. *Igitur*... El príncipe está declarado por incapaz de la corona. *Ergo*... Yo me he hecho descender, a pesar de la barriga de mi madre y de la paternidad de mi padre (que de dos maneras fué paternidad), de Luis el Gros. *Probo consequentiam*. He casado mi sucesión con el duque de Suisson. *Sequitur corona*. Del pueblo francés no tengo que temer, porque yo deshice la Rochela, Montalbán, Mompeller, San Juan de Angels, Lunel y Nimes, para ser yo solo Rochela, Montalbán, Mompeller, San Juan de Angels, Lunel y Nimes. *Igitur*, también podré ser París. Los que en favor de estas fuerzas me podrán ser freno, declarándose malcontentos, ya los acabé, porque en Francia no hubiese otros malcontentos sino la reina madre y el monsiur, el rey y los leales; y con las tremendas patrañas en que he metido al rey, le haré enemigo de todos los príncipes del mundo; de los herejes, porque los debelo; de los católicos, porque hoy los desuella de toda su sangre; y le reduciré a tal desesperación y arrepentimiento, que me deje lo que yo le quiero quitar. *Tenet consecuentia. Oponitur Saboya*. Por su mujer, *transeat*, que yo le tengo incluído y concluído. *Argumentatur contra*. Ingalaterra, por la propia razón, responde la ley sálica y la enemistad destas naciones. Si replicare *nego Papam;* con que forzosamente dirá: *Concedo in omnibus*. En oyendo el *nego Papam*, toma el argumento el rey de España,

que es el acérrimo defensor de esta sede. Dice: *Argumentor sic;* propone su silogismo. Resumo: *nego mayorem*. Prueba: *nego mi norem;* porque ni remedio es negar lo más y lo menos. Prosigue: *distingo*. Replico: reniego y hágolo bulla y aténgome al texto, venga lo que viniere." En repetir esas proposiciones andaba con movimiento perpetuo en círculo, devanándose en laberintos, con tales remolinos y vueltas, que yo me desvanecí de verlo.

El señor de Montaña dijo:

—Es cierto que el cardenal ha estudiado en los cartapacios de Lucifer, pues toda su doctrina es deponer a su señor.

Prosiguió Vessalio con decir:

—Pasé a la voluntad, y a la entrada estaba escrito: *Sic bolo, sic iubeo, sic pro ratione voluntas*. Hallé la voluntad afistolada, y tan roja, que parecía haber tenido en ella el capelo. Vi a los que había tenido voluntad cubiertos de sangre; a los que la tenían, con las venas asustadas de amenazas. Tenía en la voluntad todo lo que tenía en el entendimiento; y en una cabidad apartada hacia la frente, sobre los ojos, tenía una balsa de humor ácueo, que extrañé, y vi eran lágrimas postizas que tenía para llorar todas las veces que le importase fertilizar los embustes de regadío. Este humor atraía con su vista de los llantos que causaba a toda Europa, para después, vertiéndolo con sus ojos, disculpar su fiereza. Esto reconocí, esto vi, esto hallé; vosotros determinaréis lo que convenga.

Pareció a todos bien. Señalaron día para juntarse. Y fuéronse todos acompañando al señor de Montaña a su posada.

ENRIQUE SOTOMAYOR,
UN MAGNIFICO ESPAÑOL MUERTO EN RUSIA

(Viene de la página 1.)

sus palabras, los pilares donde debía descansar toda formación de Juventudes: el pilar político de la Unidad Nacional y el pilar religioso de un Catolicismo profundo, exigente, duro y austero en sus exigencias morales.

La Paz se hace realidad, en la Geografía y en las Armas de España, el 1 de abril de 1939. Enrique sueña con una misión de Juventudes. Quiere conseguir para el futuro la Unidad política y la Unidad religiosa de los españoles. Habla con el Caudillo en Burgos, junto al paisaje de las Huelgas y de la Catedral, y le expone su idea monumental del Frente de Juventudes. Días más tarde es nombrado Secretario General del S. E. U.

Pero él aún no ha terminado su formación universitaria de una manera oficial y se retira a Bilbao, donde comienza los estudios de Derecho; en un solo curso aprueba, con matrículas de honor, toda la carrera. Inmediatamente después—sólo tiene veintiún años—es nombrado director de *Fe*, de Sevilla, donde demuestra ser un magnífico periodista. Inicia, con pasión y violencia, campañas de Prensa, en las que va articulándose, en magnífica obra doctrinal, toda su genial intuición política.

Una mañana, el General Muñoz Grandes se hace cargo del mando de la División Azul, y Enrique Sotomayor se encuadra el primero en la gran empresa exterior de la Falange.

En el Campamento militar de Graferwohr Enrique hace uso, por única vez, de su amistad con el General, para encuadrarse en el puesto más peligroso y arriesgado: el de soldado de la 2.ª Compañía de antitanques. Desde este momento y hasta su muerte es el primero en el servicio, el que cumple más exacta y rigurosamente cuantos deberes difíciles y amargos constituyen la diaria vida del soldado.

Una noche, durante los días en que la División marchaba cuarenta kilómetros diarios, coincidió nuestra Unidad con la suya en un pueblecito pequeño, a pocas decenas de kilómetros del frente: Dno. Nuestro ánimo estaba algo deprimido, quizás a consecuencia de las primeras nostalgias de España; Enrique fué la medicina indispensable. Reunidos alrededor de una frugal cena de campaña, vi por última vez hacerse exacta y decisiva su sonrisa de niño grande. Vi, una vez más, la fe y el ímpetu que animaban todas sus palabras, la justeza de su sentido español y católico. No había de volver a estar nunca más con él. Recuerdo todavía con emoción sus extrañas maneras de soldado, tocado con gorro alemán, demasiado grande para su cabeza, que proporcionaba un raro aspecto a su semblante ancho y sonriente.

Fué el 4 de diciembre de 1941 y en Possad. Su Unidad llevaba varios días descansando; pero él no pudo estar tranquilo en el descanso. Solo, se incorporó a otra sección de antitanques que combatía en la posición más avanzada. Solo, como lo estuvo mucho tiempo en su vida joven, murió el 4 de diciembre, que fué, por eso, un día triste para España. En distinto meridiano y doscientos noventa y nueve años antes dejaba de existir un gran enemigo de España, el Cardenal francés Armando de Richelieu, mientras sus tropas, mandadas por el Mariscal de la Motte, destrozaban la unidad española arrebatándonos el Rosellón y conquistando Barcelona.

Enrique Sotomayor murió en Rusia buscando el camino de la definitiva Reconquista geográfica y moral de España. Murió en el mismo sitio donde tantos camaradas demostraron ser verdad la voluntad de servicio y sacrificio de la Falange. Murió dejándonos con el dolor de la ausencia y de la presencia del mejor hombre joven de nuestra generación y de nuestro tiempo.

FEDERICO IZQUIERDO LUQUE

LAS ISLAS TERCERAS,
ESCALA DE GALEONES ESPAÑOLES

(Viene de la página 1.)

Y al cabo de una generación las diferencias no existían ya entre tales hombres. Los nombres de los extranjeros estaban aportuguesados; aportoguesadas, sus costumbres, portugueses eran sus hijos; en tierras de Portugal, sus tierras, e incluso sus carabelas, ejemplo la del flamenco Fernando Dulmo, iban navegando siempre más para Occidente, al servicio de Portugal, no temiendo los novegantes insulares las nieblas que se condensaban cada vez sobre los bloques enormes de hielo que erraban a la deriva de las corrientes.

En Corbo, la más occidental y también la más pequeña y además la más misteriosa de las nueve islas de las Azores, había, cuando la encontraron los portugueses, una insólita estatua ecuestre, de piedra, con una inscripción en caracteres desconocidos y el brazo derecho del caballero, a la altura de los ojos, apuntando en la dirección que después se vió eran las Américas. Como diciendo que no se detuviesen allí los descubridores...

Después, en madrugadas de temporal, las olas traían a las playas azóricas, de gruesas y negras arenas, sorprendentes despojos: eran troncos de árboles de los que nadie sabía el nombre; eran fragmentos de barcos raros, y hasta una vez el cadáver de un mancebo hermoso y bien proporcionado, enteramente desnudo, de un bronceado que tiraba a rojo el color de su piel.

No asombra, pues, que las carabelas de los navegantes indígenas de las Azores fuesen remando siempre más hacia Occidente, a pesar del frío, que agobiaba; de la niebla, que cerraba los horizontes; del mar, que se iba tornando más negro, más inquietante.

Fueron los nativos los que descubrieron Tierra Nueva, Labrador. Asimismo ellos fueron los que bautizaron el Canadá o los que subieron el río de San Lorenzo—el cual se iba estrechando cada vez más, en las Azores—, camino apretado y malo. También fueron ellos los primeros colonizadores europeos de la América del Norte; los primeros emigrantes, anteriores a los franceses y a los anglosajones, gente que, por desgracia, se fué a instalar muy al Norte, en una región inhóspita, donde a la población que se fundó se le dió el poco atractivo nombre de "Engaños"...

Descubierto el camino marítimo para las Indias orientales, aumentó la importancia de las Azores, y en particular, el puerto de Angra, en la Isla Tercera, donde Vasco da Gama, al volver, sepultó a su hermano Paulo, mientras un indígena tornaba a Lisboa, presuroso, en una carabela de comercio, a dar al Rey la grata noticia de que los portugueses de Gama volvían y era de las Indias de donde retornaban.

La importancia del puerto de Angra creció bajo los Reyes españoles, por encontrarse en la ruta de regreso y a la sombra de las baterías y murallas formidables del Castillo de San Felipe. Tanto las escuadras de las Indias orientales como la del Perú y de Méjico, encontraban refugio en él.

Era entonces allí, en el puerto de Angra, en cuyas aguas hoy nostálgicas se proyectaban los pinares de Monte-Brasil, donde se guarecían las protectoras naves que venían de Cádiz y de Lisboa; era allí donde se formaban los grandes convoyes marítimos, abarrotados de oro, de especias, de piedras preciosas, en los cuales volvían, para morir en paz en sus aldeas, los viejos soldados de Portugal y de España, cubiertos de cicatrices, y casi siempre también, como Camöens, cubiertos de pobreza; tal era su desinterés y cristiano despego.

Con la Restauración, dejaron de venir las flotas de las Indias occidentales. Arribaban ahora, sin embargo, al archipiélago las escuadras del Brasil. El padre Antonio Vieira, en viaje de Maranhao para el Reino, oró en Matriz, pequeña villa de Santa Cruz, en la Isla Graciosa.

En 1648 comienza la emigración en gran escala para el Brasil; los naturales de las Azores son los que pueblan Río Grande del Sur; al contacto con las Pampas, el insular, hecho a balancearse en las olas, salta al lomo del caballo, se enamora de una india y nace la raza gaucha, caballista y temeraria.

Esa corriente migratoria cesa a fines del siglo XIX para de nuevo volverse a encaminar a América del Norte; después, desde allí, en parte, para el archipiélago Hawai.

En los Estados Unidos no se desnacionalizan los nativos de las Azores; se dedican a la agricultura y cría de ganado; aíslanse en sus ranchos, entre millares de cabezas de ganado; el que en el Brasil fuera gaucho, es ahora "cow-boy"; pero acaba siempre, más tarde o más temprano, por volver a las Azores, comprar una casa y unas tierras y quedarse allí hasta el fin de sus días, sin nada de americano, aparte de un viejo *Ford*, de una gramola y a veces de una radio...

El español que va a las Azores encuentra una isla que le reserva sorpresas: la Tercera. La capital, la que disponía del mejor puerto. En lejanos tiempos resistió a las escuadras y a los tercios de Felipe II. Por todas estas razones más sólidamente se fijaron allí, después, los españoles. Por ello, los recuerdos que datan de ese tiempo no se limitan a los baluartes, a las cisternas, a los subterráneos; ni a las piedras de armas del castillo de San Felipe. Se perpetúan en la belleza muy especial de las mujeres: cabellos muy negros, ojos muy negros, piel muy blanca; mujeres entre las cuales encontramos a veces otras de tez rosada, muy rubias, ojos muy azules, reminiscencias de la colonización flamenca.

Otra característica de la Tercera, tal vez heredada igualmente de los españoles: el gusto, la pasión por los toros y por sus corridas. Singular pormenor: son nueve las islas de las Azores; la única donde hay corridas y donde hay toros es en la Tercera, la cual, de tan noble, llegó incluso a dar nombre a todas las demás. "Las islas Terceras" las denomina Miguel de Cervantes Saavedra, que por aquellos mares asistió a batallas y a ciclones.

DUTRA FARIA.

La generación del 98, abuelos de 1936

Todos se trataban de usted a pesar de conocerse de jóvenes

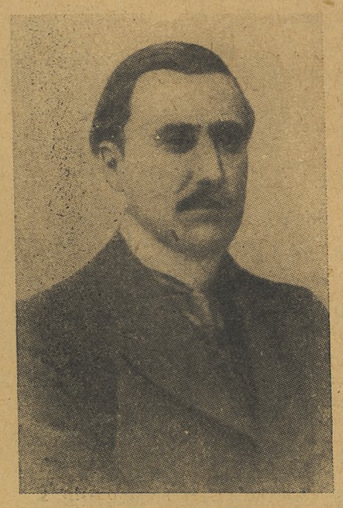
Coincidencias de Unamuno con el general Primo de Rivera

Un Valle-Inclán diferente en su casa que en la calle

Baroja niega la existencia de la generación del 98

Azorín, abstemio y vegetariano; se acuesta a las ocho y se levanta a las dos de la madrugada

PARA zanjar esa sorda polémica entre Pío Baroja y José Martínez Ruiz—una polémica en torno a si ha existido o no la generación llamada por Martínez Ruiz de 1898—, nosotros hemos decidido, por nuestra propia cuenta, variarles el título a esos antecesores nuestros. Hay entre ellos tipos dispares, en lo político y en lo estético. Quien es o fué monárquico alfonsino; otro, tradicionalista; alguno, monárquico constitucional y liberal; el de más allá, escéptico en la política concreta, aunque sea liberal en el fondo. Y los hay pesimistas, nietschanos, neototalitarios, conversos de las teorías fabianas y aun



Maeztu en 1904.

de las anarquistas, cristianos sin confesión, estetas de la política.

Permítasenos expresar que la generación del 98 fué caótica en punto a teorías políticas. Vamos comprendiendo que Azorín, al buscar un denominador para sus compañeros de generación, quiso significar que todos ellos se reunían en torno a unas ideas estéticas y sociales, que en realidad tenían muy poco que ver con la política. Ya en aquel año de crisis española el mundo empezaba a dividirse resueltamente entre los internacionalistas revolucionarios y los que no lo eran. Llevamos quince años tratando a fondo a la generación del 98. A lo largo de ese tiempo, y en circunstancias muy precisas de la política española, hemos consultado a la mayoría de sus miembros sobre la actualidad y el porvenir de la nación. La misma imprecisión, en cuanto a la política concreta, que resalta en su obra y conducta es la que se traslucía de sus respuestas y de sus pensamientos. El único, entre ellos, que sabía verdaderamente lo que quería, era D. Ramiro de Maeztu. Y para llegar a ese conocimiento tuvo que pasar por largos años de indecisión.

A un periodista sólo le interesa actualmente referir una pequeña parte de sus impresiones de la relación con los abuelos de 1936. De los hechos y de las ideas tenemos que partir, ineluctablemente, para comprender a una generación que ha ejercido profunda influencia, más que en el alma, en los modos españoles.

Las máximas precauciones del 98 se refirieron al estilo. Nuestros abuelos literarios y estéticos han creado, en el sentido augusto del vocablo, un estilo, más que un espíritu. Quiérase o no, han trabajado sobre constantes españolas en torno a ideas que alientan en España desde que ésta existe. Todos, españoles y extranjeros, los que han discurrido sobre la obra del 98, no han descubierto ideas extranjeras. A lo sumo, influencias de estilo, pero fabulosamente asimiladas al carácter ibérico. (El genio ibérico de la generación del 98 no es una mera frase. En ella concurren hombres del Norte, singularmente vascos, y hombres del Sur o del Levante.)

Los personajes de Baroja sólo pueden hablar castellano o vascuence, que también es una lengua ibérica. Y eso que se ha pretendido buscarles estirpe soreliana y nietschana. Igual sucede con los paisajes y las figuras azorinianas, a las que, a lo sumo, puede consentírseles una parla mediterránea, valenciana, que se confunde con el romance primitivo.

Abuelos... Pues sí: Abuelos. Ernesto Giménez Caballero, con quien en plena guerra hemos discutido ardientemente, hasta el punto de la querella personal—así, al modo ibérico—, sobre el 98, decidió, por último, llámarles "abueletes". Este es un "timo" madrileño que encuebre una buena ternura, bastante ancha. Giménez Caballero, que para otras cosas es siempre excesivo, le ha querido recortar el cariño a su estimación por los que él, como nosotros, sabe que son españoles apasionados.

Lo de "abuelete" no era obstáculo a que Ernesto Giménez Caballero se leyera, una y veinte veces, el *César o nada*, de Baroja. Y a que en ese libro se inspirara para escribir uno de sus mejores trabajos—después discurso—sobre los Borgia, que en realidad, como es sabido, son Borja... y son españoles.

Ahora vamos a precisar algunos recuerdos sobre algunos del 98 que murieron y otros del 98 que viven.

RAMIRO DE MAEZTU

Vivía en Bilbao un caballero que se llamaba D. Pedro Eguillor. Le asesinó el movimiento rojoseparatista. El Gobierno de Euzkadi decretó el encarcelamiento de Eguillor, como el de otros patriotas. Y autorizó el asesinato, mientras hacía propaganda, por el mundo, de un mendaz respeto a la vida, a la dignidad y a la libertad humanas.

Este D. Pedro Eguillor, vizcaíno enterizo, sostenía más alta que nadie la bandera de la Patria. En tanto que los "meteques"—los maketos en la prosodia y la ortografía euzkadianas, que por cierto hemos visto reaparecer en los escaparates de una editorial situada en la avenida de José Antonio, con la firma de un separatista notorio—subvencionaban al separatismo vasco. Eguillor clamaba contra la barbarie sabiniana. Era un hombre que visitaba a todos los coroneles del regimiento de Garellano, de guarnición en la villa bilbaína, para conocer el punto de su patriotismo. Erudito, luchador, generoso, noble por los cuatro costados de su gran ánima, Eguillor tenía amistad con Maeztu.

Al triunfar el golpe de Estado del general Primo de Rivera, por un azar el dictador se relacionó con D. Pedro. Este, amigo de la inteligencia, le dijo lealmente que era menester que incorporara a los intelectuales a la obra de regeneración nacional que había acometido. El general, al que rodeaban, aparte los buenos colaboradores y los bien intencionados, otras gentes que creían factible la permanencia eterna de la Dictadura con sólo el apoyo de los fusiles, quedó impresionado.

Eguillor lanzó el nombre de Ramiro de Maeztu. Y un día, en Madrid, D. Ramiro fué a visitar al general. De la entrevista salió la designación del intelectual para la Embajada de la República Argentina.

D. Pedro tomó la pluma y escribió a Primo de Rivera una carta en la que, aproximadamente, le decía

"Mi general: Yo le he hablado a usted de incorporar a los intelectuales. Pero nada le he dicho de mandaros fuera de España."

Así fué el primer contacto activo de don Ramiro de Maeztu con la política incipiente de salvación del país, a cuya madurez contribuiría luego con más de un lustro de pensamiento y de acción.

Proclamada la República, D. Ramiro solía hablar, sin énfasis y con sinceridad, de sus primeros años de revolucionario. Aquí podríamos adoptar un circunloquio, pero falsearíamos el pensamiento del gran español. La vida revolucionaria de D. Ramiro tuvo dos etapas: la que no era exactamente nacional y la que sí fué absolutamente nacional. Una vez le enseñamos una fotografía, tomada en la estación de Eibar, en la que aparecía juntamente con el doctor Madnaveitia, Facundo Perezagua y algunos otros revolucionarios bilbaínos. Maeztu sonrió un momento. Quedó luego pensativo, y nos dijo

—Ahora nos haría falta el fuego y la decisión que esas gentes ponían en la lucha. Todos deberíamos aprender a combatir. Y también a caer. Los mártires crean la fe.

Había extinguido en él toda vibración de la etapa superada, pero quedaba, firme, la cultura realista que se había creado en los días crudos de la lucha.

—Yo les veo venir—decía, refiriéndose al Parlamento de la República—, y sé de antemano lo que van a decir y qué es lo que pretenden. A mí no me engañan.

Tampoco creía en la generación del 98 como tal generación. Sus relaciones con los demás escritores de su tiempo habían sido bastante ceremoniosas. Este es un rasgo curioso de los abuelos de 1936. Ninguno de ellos se tuteaba. Se trataban de usted, a pesar de que cuando comenzaron su lucha eran muy jóvenes. Ninguno había llegado a la treintena. Tampoco se reunían con frecuencia en torno a manteles. La ocasión de las comidas era muy rara. El lugar de reunión era el café, y a las veces el Ateneo. También algunas redacciones de los periódicos madrileños, de fuerte sabor décimonónico.

Valle Inclán, caricaturizado en 1899 por el emigrado y dibujante portugués Leal de Cámara.

Un rasgo curioso de D. Ramiro de Maeztu, en tanto que escritor, era su aversión a ciertos representantes de la generación siguiente, la de 1914. Por alguno de los escritores de 1914 sentía profunda antipatía. No le nombraba más que con eufemismos. Así, una temporada, el tal escritor vivió en la misma casa que Maeztu. Como éste habitara en el entresuelo y el otro en el primer piso, decía:

—Ese que vive ahí arriba...

Hablaba D. Ramiro como escribía. Lento y claro, reflexivo y penetrante. Había una tempestad dentro de aquella cabeza. A veces se manifestaba con un gesto inesperado. Es interesante decir cómo le irritaban ciertas frivolidades de tipo periodístico que aparecían en algunos diarios opuestos a la República. Entendía la misión revolucionaria pro España de una manera total, sin claudicaciones ni concesiones. Irrevocablemente. D. Ramiro no tenía nada del mojigato. Sin embargo, ver en momentos difíciles que las planas de los periódicos publicaban lindas bañistas o cómicas con trajes sumarios le parecía, más que sarcasmo, una estupidez.

MIGUEL DE UNAMUNO

Invariablemente, siempre que evocamos a D. Miguel de Unamuno, tenemos que recordar su infinito amor a España. Un amor que comprendía a la física y a la metafísica de la Patria.

Durante los días de la dictadura del general Primo de Rivera, cuando Unamuno se encontraba en Francia—Hendaya o París—huído de Fuerteventura, y mientras en España, bajo el disfraz de nuevos partidos republicanos—el radicalsocialista, los catalanes, Acción Republicana—se iban infiltrando las ideas comunistas, él sostenía la lealtad a la Patria.

Había que oírle hablar de Francisco Maciá. Para nosotros, el ex coronel era un ente lejano, casi desconocido. Don Miguel le pulverizaba con pocas palabras, en las que había una gran fuerza imprecatoria.

—Ese es un tipo de los de "La Rebelión de Barcelona"—decía, recordando el magistral ensayo político de don Francisco de Quevedo—. Es un terrateniente que va a hacerles el juego a los neoseparatistas textiles.

Cautamente, algunos emisarios de España, o ciertos emigrados, le recomendaban que no hablara en público de Maciá, para "no promover suspicacias". A lo que D. Miguel replicaba, que sólo callaría cuando su boca estuviera llena de tierra.

Su carácter ibérico le determinaba a hablar mal, voluntariamente, el francés. En la relación con profesores y otros intelectuales franceses, que hablaban castellano, empleaba voluntariamente las palabras y los modismos salmantinos, voces populares o anticuadas, que dejaban perplejos a sus interlocutores.

A veces, en Hendaya, durante la baja marea, en la desembocadura del Bidasoa, parecía que iba a tocar con la mano la playa de Fuenterrabía. Se quedaba absorto oyendo las campanas de Ondarribia—nombre vasco de Fuenterrabía—. Sostenía largos silencios mirando al castillo de Carlos V. Su alma se le partía entonces hacia Salamanca.

Algunos somos testigos de que solía aportar ideas que no discrepaban gran cosa, en cuanto a la Patria en sí misma, de las del general Primo de Rivera.

Pensábamos, entonces, que Unamuno era un prisionero de sí mismo, de su gesto inicial, que le acarreó la deportación a Fuerteventura. Porque no podíamos imaginar, por aquel tiempo, que fuera prisionero de los que se llamaban sus correligionarios. Don Miguel no tuvo nunca correligionarios. El era el principio y el fin de su partido. 98 puro, en el sentido de caos.

Le tenían sin cuidado las maniobras políticas que se desarrollaban en torno a su figura. Se consideraba figura central de la tragedia con un antagonista—unas veces D. Alfonso XIII, otras el General Primo de Rivera—, y los políticos eran, sencillamente, el corcho.

Cuando volvió a España—al asumir las funciones de Gobierno el General D. Dámaso Berenguer—, paró en Valladolid. Los estudiantes y los socialistas le aclamaban, y aprovechaban la ocasión para gritar "Muera el Rey".

D. Miguel salió al balcón del hotel, y llevándose las manos al pecho, exclamó:

—"Que no muera nadie... ¡Viva Cristo!"

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Conocimos a D. Ramón María del Valle-Inclán en una casa de la calle del General Oraa, costanera a la Castellana, y propiedad, si no recordamos mal, del Conde de la Cerrajería. Era en 1929. La leyenda del Valle-Inclán atrabiliario, descortés, violento, la desmentimos nosotros en aquella y otras ocasiones. D. Ramón fué amable, cortés y hasta cordial. Le visitábamos con frecuencia, en su casa, y en una tertulia del desaparecido Café Regina.

Entonces tenía bastante salud. Jugaba en casa con sus hijos. En aquella época, don Ramón María cambiaba de semblante y de gesto en el seno de la familia. En la calle era soberbio, sostenía el aire de fiereza y de egolatría que le caracterizaba a los ojos de sus contemporáneos. Nosotros le hemos conocido preocupado con las cuestiones familiares, sobre todo con el porvenir de alguno de sus hijos.

Por aquel tiempo, nos dijo que Unamuno era el primer escritor de España. Lo creía sinceramente, aun cuando más tarde tuvimos ocasión de oírle ataques muy duros al rector de Salamanca. Se sentía nacionalista, ya que no nacional. Odiaba a los marxistas.

En algún periódico de 1929 puede encontrarse una conversación, larga conversación que con él sostuvimos, y en la que afirmaba, textualmente, que "Pablo Iglesias era un judío". Al pronunciar la palabra judío, la boca se le llenaba de desprecio.

No le interesaba la República. Fué—él sí, porque tenía poca voluntad—un prisionero de los republicanos. Había tenido de espectador y auditor a Azaña, y cuando éste fué presidente del Gobierno, D. Ramón María soltó una estrepitosa carcajada.

D. Miguel de Unamuno antes de ser catedrático de Salamanca.

Azaña le tenía miedo. Y D. Ramón lo sabía. Pero Azaña le había tendido redes sutiles, trabadas por unos cuantos incondicionales suyos, y aduladores de Valle-Inclán. En esas redes cayó éste, sin ceder, no obstante, en sus invectivas contra el presidente del Gobierno, el Parlamento y otras cosas íntimamente asociadas a la República.

La enfermedad — latente y dolorosa — le hizo perder fuerza. En 1934, D. Ramón era una ruina, físicamente.

En una ocasión, José Manuel Aizpuru, amigo y consejero de José Antonio Primo de Rivera, y nosotros le invitamos a ir a San Sebastián. En aquel Ateneo Guipuzcoano, cuya tribuna fué ocupada durante la República por genuinos representantes de la generación de 1936, habló D. Ramón.

Estaba muy fatigado. Sin embargo, gran parte de la conferencia la dedicó a exaltar la obra de los españoles de los siglos XVI y XVII, singularmente en América.

Esto ocurría en noviembre de 1934, poco tiempo después de las revoluciones ACALLADAS de Cataluña, Vascongadas y Asturias. (Se suele olvidar, lamentablemente, que también hubo un Octubre rojo en las Vascongadas. Y que se descubrió, absolutamente, que el partido nacionalista vasco y la Solidaridad de Obreros Vascos, que se autotitulaban católicos y conservadores, estaban en relación política y estratégica, a los fines revolucionarios, con los separatistas sin Dios de Cataluña y los marxistas de Asturias.)

La gente quedó defraudada por la conferencia de Valle-Inclán. Nos quedamos con él, en el saloncillo del Ateneo, unos cuantos: José Manuel Aizpurúa, Ignacio Usandizaga, no recordamos si Eduardo Lagarde, algún otro y nosotros. Valle-Inclán estaba aún más fatigado.

Hubo un silencio, que nosotros rompimos para decir:

—Don Ramón, ¿vamos a cenar?

Solíamos, en algunos casos, llevar a los conferenciantes a una sociedad típica, fundada por varios de nosotros, y llamada "Gu". Aizpurúa y Lagarde habían decorado una antigua bodega de la calle del Angel, núm. 13, en la parte vieja, al modo de un barco. Había literas, fogón marinero, etc. Y cuadros, litografías y dibujos náuticos. La tal sociedad la inauguró Sánchez Mazas, y allí comió varias veces José Antonio Primo de Rivera.

A otros conferenciantes, los llevábamos a la Casa de la Nicolosa, al Club Náutico o a Casa Rodil, restaurant donde había comido una vez, colmando de gozo paleto al dueño, el Príncipe de Gales.

—No tengo hambre. Sólo quiero descansar—repuso D. Ramón—. Pero no quiero desairarles a ustedes.

Al salir—don Ramón envuelto en su capa—, Aizpurúa me dijo, en voz baja:

—No, no vamos a "Gu". Me parece que D. Ramón está muy extraño.

Sobre la marcha, decidimos el cambio de lugar, y nos fuimos a Casa Rodil. La cena

Azorín en la época en que publicó las «Confesiones de un pequeño filósofo».

fué muy triste. Valle-Inclán tomó un consomé y pescado hervido. Se le notaba preocupado y rendido de fatiga.

Alguien habló de los sucesos revolucionarios. Vimos que los ojos de D. Ramón se animaban. Pidió un café, puro y una copa de chartreux. Y sobrevino lo que Aizpurúa, sutilmente, había conjeturado.

Valle-Inclán se pronunció por los revolucionarios. Habló de los manifiestos de Fernando de los Ríos y de Gordón Ordás, denunciando atrocidades—sic—en la represión.

—Pero, D. Ramón—dijimos—. ¡Si han indultado a Pérez Farrás, a Escofet, a Peña, a todo el mundo! Si de ellos no ha habido más muertos que el sargento Vázquez y un limpiabotas...

—No importa, no importa—gritó—. Hay que acabar con la tiranía republicana.

—En aquel momento, D. Ramón hablaba como un marxista.

Nos fuimos acompañándole hasta el hotel. Al despedirnos, dijo:

—Haré que le manden a usted los manifiestos y los documentos...

Este era el final caótico de uno de los hombres más caóticos del 98. Del mismo que desde América escribía a uno de sus compañeros de generación: "Me hacen el silencio aquí, en torno a mis conferencias y artículos, porque soy tradicionalista."

AZORÍN

A D. José Martínez Ruiz se le ha presentado algunas veces como un hombre preocupado de las contingencias materiales. Es probable que entre todos los abuelos de 1936, Azorín sea uno de los que menor apego tienen a las cosas de ese mundo, con la sola y fundamental excepción de la Literatura. Hace más de quince años que le conocemos. Entonces contaba alrededor de cincuenta y cinco; estaba fuerte físicamente, había llegado a ser subsecretario, diputado y académico. Reñía una batalla tremenda en los escenarios.

Le hemos visto, después, en días de bonanza y de procela, como él mismo ha dicho en la dedicatoria de su libro "Madrid", refiriéndose a nosotros. Azorín es inmutable. Sigue en la misma actitud humana y literaria. Desde "La Voluntad"—tomemos sus libros como referencia de su postura humana—hasta "Sintiendo a España", es el hombre que sigue una línea lógica y sin solución de continuidad.

Para él, España es el pensamiento y es el idioma. ¿Qué pensamiento? Cuesta mucho escribir de D. José Martínez Ruiz, biográficamente, porque es el escritor que más ha prodigado las autobiografías. No hay un libro suyo en el que no aparezca, con nombre o sin él, Azorín.

Pero, en fin, el pesanmiento de Azorín es el del siglo XVII. Después de "La Voluntad" y de "Antonio Azorín", D. José Martínez Ruiz se sintió llamado a continuar el pensamiento español del Setecientos. Con todas sus consecuencias.

La Literatura para él es España, considerada en su pensamiento, en su idioma y en su paisaje. A ese ideal ha consagrado su vida entera.

El dinero, para Aozrín, es una cosa banal y sin trascendencia. No ha sabido nunca lo que gana con la pluma. Cuando le devuelven de la imprenta el paquete de sus cuartillas autógrafas, y el libro está en las librerías, rompe las cuartillas. Un día llega el editor con un cheque por los derechos del libro. Azorín lo toma. Parece que le quema las manos. Lo entrega a quien gobierna la casa, y sigue escribiendo y leyendo.

Si acaso, lleva en los bolsillos algunas monedas, para entregárselas a un mendigo o para entrar en las galerías del Metro—aunque ahora la Compañía ha suprimido los bancos—, sentarse y contemplar durante horas y horas el ir y venir de las gentes y de los trenes.

Hace treinta y cinco años dejó de fumar. No prueba ninguna clase de alcohol, ni el café. Ha prescindido de la alimentación de carne, y gusta solamente verduras y frutas.

Su única necesidad física son los trajes pulcros, no elegantes, sino correctos; las camisas sin pliegues y limpísimas. Y el calor, en invierno, en el cuarto donde trabaja o lee.

A las ocho de la noche se mete en el lecho. A las dos de la madrugada se levanta para trabajar. Después de la colación de mediodía marcha al Retiro, los días placenteros. A las seis ha regresado a casa.

Nada pide, nada quiere, nada busca. Y, empero, es un hombre extraordinariamente dotado para la amistad. Cumple las más pequeñas obligaciones sociales con una puntualidad y una delicadeza perfectas.

Todo en D. José Martínez Ruiz es vida interior. No tiene anécdota. Su espíritu sólo se desparrama en la obra literaria.

La que pudiéramos llamar vida activa de Azorín terminó muy pronto, casi a principios de siglo. Su diputación en Cortes y su paso por la Subsecretaría de un Ministerio fueron hechos intrascendentes. Siendo el escritor con vida más dedicada a la literatura, no tiene vida literaria externa, en el sentido que le dan al concepto los filisteos.

PÍO BAROJA

Pío Baroja se ha dedicado los últimos tiempos a escribir sus Memorias.

—Este asunto—nos dijo hace más de un año—es de una complicación terrible. Cuando vino el editor y me pidió que escribiera sobre mí, me puso en una situación apurada. En Vera—prosiguió—voy a buscar en un baúl donde tengo periódicos viejos y algunas cosas que quizá me puedan servir.

En esas Memorias, claro es, D. Pío hablará de la generación del 98. Veremos cómo niega resueltamente la existencia de esa generación.

—Eso es una cosa que se le ocurrió a Azorín—suele decir—. Pero yo no creo que nos parezcamos en nada los escritores que empezamos por aquel tiempo.

Cuando a D. Pío le eligieron académico, le encontramos un día por San Sebastián.

—¿Cómo va el discurso de recepción?

—¡Bah! Ahora estoy con él. No sé qué va a salirme.

—Don Pío, nos gustaría publicarlo en el periódico el mismo día que usted lo leyera en la Academia.

—Allá usted. Creo que no les va a gustar a mis paisanos.

El discurso estaba henchido de entusiasmo *euskeldun*, del buen entusiasmo que sentía don Pedro Eguillor y que sienten otros escritores vascongados que aman a España.

Sin embargo, no gustó a los nacionalistas. Estos solían decir que D. Pío era un renegado. Y a veces, que era un traidor. Claro es que D. Pío solía dedicarles unas páginas mordaces y justas.

En San Sebastián, unos cuantos—siempre los mismos—imaginamos un trágala para los nacionalistas. Victorio Macho había realizado un busto de D. Pío, y comenzamos a intrigar para que ese busto fuera colocado en la antigua Abadía de San Telmo—al pie del monte Urgull—, dedicada a Museo Municipal. Dijimos que Baroja era una gran figura de la literatura española, y que San Sebastián, su tierra natal, le debía un homenaje.

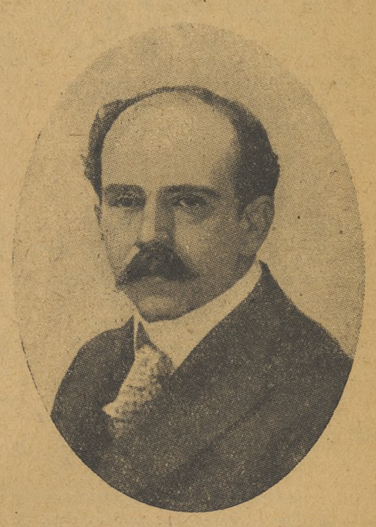
Del Ayuntamiento habían sido expulsados, a raíz de octubre de 1934, los izquierdistas y los nacionalistas. La Comisión Gestora no puso grandes inconvenientes al proyecto, y acordó encabezar el homenaje a D. Pío.

Los nacionalistas provocaron un escándalo en sus periódicos, utilizando argumentos farisaicos. Ya estábamos acostumbrados. El homenaje se celebró, y obtuvimos que D. Pío fuera a San Sebastián.

Mientras se pronunciaban los discursos oficiales de rigor, D. Pío y unos cuantos, en los claustros, permanecíamos apartados de la gente. Baroja asistía al acto como si no se tratara de algo que le concernía. Aquel día estuvo—como se dice en algunas novelas románticas—muy espiritual. Después nos fuímos a comer, y a hablar mal de Sabino Arana Goiri y de sus correligionarios. Lo cual le divertía extraordinariamente a Baroja.

Aquel mismo año de 1935 fuimos a pedirle colaboración para un diario que se proyectaba lanzar en Madrid. Era un periódico que nacería muy pobre, sin medios para remunerar las colaboraciones. En una palabra: íbamos a proponerle a D. Pío que trabajara gratis para unas ideas nuevas que suscitaban el odio republicano y clasista.

—Habrá que informarse primero de lo que pretenden ustedes en la política. Tengo una información muy vaga sobre ese Movimiento.



Baroja cuando publicó su «Tablado de Arlequín», en la editorial Sempere, de Valencia.

Le explicamos lo mejor que pudimos cuáles eran los designios de José Antonio Primo de Rivera, fundador del diario.

—Para mejor información, don Pío—estábamos en San Sebastián—, José Antonio Primo de Rivera le visitará a usted en Madrid.

—Muy bien. Pues que venga. En principio, los propósitos de ustedes me parecen bien.

Animados, seguimos hablándole del futuro político, tal como lo concebíamos en aquellos años. La conversación, sobre ese único tema, duró desde las once de la noche a las dos de la madrugada, sentados en uno de los salones del Hotel de Londres.

Le pedimos perdón a D. Pío por haberle entretenido, y él, sonriendo, nos contestó:

—Nada; creo que contarán ustedes conmigo.

MAXIMIANO GARCIA VENERO

MCD 2022-L5

El tonto discreto

Por MIGUEL VILLALONGA

(Continuación.)

—Naturalmente, señor—dijo el ministro de Sanidad, que captó al vuelo la observación del monarca—. Permítame que le diga que Vuestra Majestad presenta todos los síntomas de una intoxicación que le ha embotado su paladar y acongojado su espíritu. ¿No advierte Vuestra Majestad una sensación de pesadez en su conjunto fisiológico? ¿No está su ánimo perplejo y estupefacto?

—Todo esto y mucho más es lo que siento ahora—gimió el atribulado soberano—. Nunca me había sucedido.

—El pasado se venga, señor. Y su venganza tiene un nombre: acumulación. Los tres *cock-tails* de ginebra que se ha bebido Vuestra Majestad antes del almuerzo, el *bisteck* con mostaza, el *foie-gras* y el caviar han sido la chispa que ha prendido en la mecha de su carnívoro pretérito. Vuestra Majestad se halla bajo los efectos de una intoxicación formidable y acumulada. La vida es así, y tarde o temprano, pero siempre cuando menos se espera, nos presenta su cuenta. Es implacable y sórdida.

—Habla usted como los personajes de Benavente—interrumpí con objeto de desviar la conversación, pues me daba pena ver al Rey doblemente angustiado por su inapetencia y por la verborrea de aquel pedante.

—Habla más que un sacamuelas—atajó Lady Agata—. Es decir, habla como lo que es. Ahí donde le ven ustedes, ministro de Sanidad, nada menos, ¡y no es médico siquiera! No le haga caso, señor, que no sabe lo que se dice.

—Cualquiera diría que estoy borracho. Pero ya han visto ustedes que mi *cock-tail* era de tomate.

—Los míos apenas si tenían ginebra—murmuró el Rey, tratando de engañarse a sí mismo—. ¿Estaré enfermo? Y usted, Bray, ¿qué dice a todo esto? ¿Qué me aconseja? ¿Por qué se calla?

—¿Y qué podría aconsejarle, señor? Yo he sido un empírico formidable. Pero desde que estoy en la cárcel he dado en estudiar y, por consiguiente, en embrollarme. Lo que gano en ciencia lo pierdo en decisión. Mi estado de ánimo es la perplejidad. Después de quemarme las cejas he llegado a la conclusión socrática: «Sólo sé que no sé nada.» Si le parece, Maese Leonardo puede inyectarle cualquier cosa. A lo mejor le alivia.

—Pero yo no puedo seguir así—gimió el atribulado egocentrismo de Su Majestad—. La Ciencia tiene el deber de curarme. ¿Qué va a ser de mí si pierdo el gusto de comer?

—¡Trabajad, doctores! ¡Investigad, científicos! ¡El Rey de Tehelandia ha perdido el apetito! ¿Cómo no se hunde el Universo?—Verdadera harpía, lady Agata silbaba sus sarcasmos a manera de furiosa serpiente cascabel.

El ministro de Sanidad, en plena beatitud digestiva, continuó su emocionada retórica:

—Señor: hasta hoy habíais vivido para comer. A partir de hoy, comeréis para vivir.

—¡Bonito programa!—refunfuñó el Monarca. Y retornando a su obsesión, dijo así—: Al comer en Windsor, con mi primo Jorge, comprendería mi desgana, porque la mesa del Rey de Inglaterra es escasa y repugnante. ¡Pero aquí...! Yo no dudo, no dudaré jamás, de Maese Leonardo. ¿Por qué, pues, las chuletas me saben a espinacas y el «sauternes» a camomila? ¿Ustedes han notado algo?

—Señor—respondió el ministro de Justicia—. Mi compañero y yo no hemos comido el mismo menú que Vuestra Majestad. Somos vegetarianos. Pero un elemental deber de honradez nos obliga a proclamar que Maese Leonardo ha estado insuperable en los platos que para nosotros ha confeccionado. Y si a Vuestra Majestad las chuletas le han sabido a espinacas, yo puedo asegurarle que a mí las espinacas me han sabido a chuletas y la camomila a «sauternes».

Míster Bray disertó sobre aberraciones sensoriales. Yo hallé ocasión de colocar mi anécdota personal y heroica. Durante la campaña de Africa sufrieron nuestras tropas un revés que dejó el campo sembrado de cadáveres. Cuando, a la semana siguiente, recobramos las posiciones perdidas, emplacé mis ametralladoras entre restos putrefactos. Uno de los cadáveres tenía la cabeza aplastada, con salida de masa encefálica. Hube de permanecer horas y horas junto a él. Ya de noche regresé al campamento; el primer plato que me sirvieron en el «mess» de oficiales fué una fritada de sesos.

Yo no sé qué tendrá esta anécdota, rigurosamente verídica, que nunca me dejan terminarla. Lady Agata me mandó callar, y el Rey de Tehelandia, tan rosado antes como amarillo ahora, me lanzó una mirada de carnero degollado. Los ministros laboristas celebraron la anécdota riendo a carcajadas.

—El señor es español, es decir, cruel. En su país no hay más que dos diversiones: las corridas de toros y los autos de fe. He presenciado ambos espectáculos.

Fué tan cruda y repugnante la descripción de lady Agata, que el rostro amarillo del Rey se tornó verdoso. Yo mismo—viejo abonado de contrabarrera—sentí que todo giraba en torno mío, y hube de agarrarme a la mesa para no caer al suelo. El ministro de Justicia, en cambio, acentuó su parecido a un flamenco de exportación. El doliente Marcel Proust, a quien tantas cosas exquisitas le había inspirado, no lo hubiese reconocido ahora, jadeante y pendiente del sucio relato.

—No le falta a usted más que gritar ¡caballos!—le advertí—, o arrojar almohadillas al ruedo, o meterse con el Presidente, que en este caso debe ser Lady Agata.

—Todo esto haré, y aún más, si me apuran—contestó el arrebatado ministro—. Hoy siento el ánimo propicio a las grandes empresas.

—Yo siento la tristeza de las cosas—bisbeó el Rey de Tehelandia—. «Sunt lacrimae rerum». Y digo con Heráclito, que no miro dos veces el mismo río ni como dos veces el mismo plato. Bien pudiera llamarme varón de dolores, a manera bíblica.

—¡Ahora salimos con estas!—le increpó Lady Agata—. Vuestra Majestad ha cogido una borrachera llorona. ¡Es lo único que me quedaba por ver!

—No será de vino, sino de tristeza—arguyó el Rey—. No es sólo la comida; también la bebida ha cambiado de sabor. Milady, si yo no estuviera en su casa, diría que este «sauternes» es una infecta tisana de camomila.

—Perdón, señor. La camomila es deliciosa. El infecto será el «sauternes».

El Rey lanzó un gran suspiro. Como a todas las personas ingenuas, la desgracia se le traducía en retórica.

—¿Por qué está triste mi alma, con tristeza de muerte?

—Su alma está triste porque su cuerpo está intoxicado. Se impone el ayuno, señor.

12

Recuerdo una película histórica, de cuando el cine y yo éramos niños. Lucrecia Borgia, desatada la rubia cabellera, desorbitados los ojos y fiero el ademán, penetraba en el salón donde el Papa obsequiaba con un banquete a los nobles romanos y les vociferaba que estaban todos envenenados.

Nueva Lucrecia, el maestresala que horas antes me había servido el desayuno y la insulina entró con los postres a notificarnos el hecho increíble. Su porte era digno y rezumaba el énfasis literario de las grandes ocasiones. Quiero decir que se había compuesto un estilo a la altura de las circunstancias. Que no en balde la afectación es patrimonio de las almas dignas y sencillas.

—Señor, señora y señores—dijo haciendo tres conatos de reverencia al Rey, a milady y a los caballeros—. Empleando un verso de Federico II a Voltaire, diré que

«J'arrive pour le dénonement.»

Hizo una pausa, miró en torno suyo y prosiguió de esta manera:

—Debido es comenzar por el Rey. Señor: Vuestra Majestad, en todo el almuerzo, no ha probado la carne ni el vino. Vuestra Majestad ha comido el menú vegetariano de los señores ministros. Y viceversa, los señores ministros se han deleitado con los platos de Su Majestad. Así están de palabreros y optimistas. El autor de la facecia ha sido Míster Bray. Anda ahora medio loco investigando el poder de la sugestión en el proceso digestivo. ¿Adónde llegará con su obsesión experimental? Lo ignoro. Por de pronto, hoy ha llegado a servirse de sus huéspedes a manera de conejillo de Indias. Si le dejasen, les analizaría esta tarde los jugos gástricos. No se lo consientan. Lady Agata, por maldad, ha permitido la farsa. (Aquí milady asintió muy complacida: «Es cierto; soy perversa.») Felizmente, es tonta; ello neutraliza el peligro de sus malas intenciones. En fin, señores; esta lamentable tergiversación culinaria, a la que es ajeno Maese Leonardo, les explicará muchas cosas. Plegue a los dioses que no tenga lamentables consecuencias.

13

Las tuvo. En primer lugar, los dos ministros ingleses se apresuraron a dimitir por telégrafo. Comprendieron que iban a ser desautorizados por la caterva de filatélicos, vegetarianos, naturistas, «objectors consciencious», antivivisseccionistas, esperantistas y demás chiflados que constituían la osamenta del partido laborista, y prefirieron despedirse antes de ser despedidos. Pudo la corte de Windsor tolerar que un ministro mojara el dedo índice en la salsa del *ragoût*; no era lógico esperar análoga transigencia en un partido demócrata de abolengo liberal. Aquella misma noche un rotativo de Nueva York—cien dólares por palabra—publicó sensacionales declaraciones de los ministros dimisionarios. He aquí los epígrafes, escritos a tres columnas y en mayúsculas:

(Continuará.)

LOS CHACHOS

POR PEDRO ALVAREZ

(Continuación.)

Del techo arrancó «Cici» una paja de encaño y la aplicó a sus labios; con ella sopló en la palma de la mano de la «Baldosa» e hizo pompas de escupitiña, bonitas como ojos de ternera, y se miraron en ellas antes de romperse con la vibración de sus carcajadas. Las cuales despertaron la curiosidad de «Chufis», que acertó a pasar cerca de la casa y asomó la cabeza por la estrecha ventana para ver lo que dentro sucedía. Así halló la sorpresa del puño de «Cici», que lo retiró manchado de sangre.

—Cuando salgas de ahí, tragaldabas, me las vas a pagar todas juntas.

—¿No me diste a mí otro esta mañana en la escuela y no te dije nada?

—Sí, pero no nos vió nadie, ¡zampón! Anda, sal de ahí, que te voy a romper la crisma que tienes.

La «Baldosa» retuvo por los pies al animoso «Cici», que pugnaba por salir abuzado entre la puerta, mientras le decía:

—No salgas, que es muy animal y te descalabra de un cantazo, que tiene mucho tino. Acuérdate que el otro día le sacó un ojo a la yegua de «Pelillos» en el prado.

Pero «Cici» salió gallardo, empuñando la piedra del llamador, dispuesto a batanearle la caspa con ella.

—¿Qué me quieres, hombre? Di: ¿qué me quieres?

—Tira la piedra y te lo diré. Es de lo que te vales. ¿Qué te crees, que porque seas rico me vas a poder? ¡Anda, tírala!

Y rodeados de toda la muchachería que acudió a la gresca, fundiéronse en un fuerte abrazo nada cariñoso, porque se oía el rechinar de dientes, suspiros de ira e imprecaciones que malparaban en su fama a las personas mayores:

—Tu abuelo es un borrachón—decía entre jadeos «Chufis».

—Y tu padre es un robón, que roba espigas y descabeza trigos con una tijera por las noches, cuando nadie lo ve—lloriqueaba «Cici»:

—¡Sí que tu abuelo!... ¡Que tiene una cara más coloradota y... una capa que parece un horno!—comentó con befa «Chufis».

Y «Cici» se imaginó acaparrado en la talma de su abuelo, el cual se chamuscaba el velludo pecho, unido a él, en un fuego que subía del suelo y se cebaba en su propia grasa. Que los dos, muy apretados, recitaban la oración de «Jesucristo va a decir misa...» Y que la repetía sin cansancio hasta quedarse dormido; y soñaba que su abuelo era un odre de vino tinto que se derramaba dentro del espavuelo de la capa, y apagaba las llamas que le producían ronchas en las carnes, con escoceduras que minoraba revolcándose desnudo sobre mullidos lomos de ovejas accarradas durante la entresiesta en la cancilla.

Se echó a plañir acezoso, poniendo compasión en los que contemplaban impasibles la reyerta. Envalentonado «Chufis» por aquel lloro, lo repelió de sí, le mojó con saliva una oreja, borró con el pie una raya que entre los dos trazó «Peño», le arrancó un chafallo y quedó como vencedor, con el comento de un gallo que cantó indiscreto la victoria.

Sentado en una piedra, pensativo, con los párpados caídos, el inquieto «Peño» empuja con su mimbre la zona de sombra que proyectan las tapias en el suelo. Deseoso de que no acabe allí el juego, egoísta, les facilita la reconciliación:

—Ya me tenéis hinchado de tanto reñir. No volváis a andar a vueltas, ni a decir esas cosas tan pecadosas de los mayores; porque es pecado y os mata Dios, y el diablo os escalda en las calderas de aceite hirviendo.

—«Cici»: A quién quieres más, ¿al que sube o al que baja, o al que toca las tinajas? El que sube y el que baja es un angelito, y el que baja solo es el diablo musitó la «Baldosa» a la evocación de «Peño».

—Tú, a callar, babosina—replicó «Peño» enfadado—. Cucharón, cuchareta, donde no te llamen, no te metas. Bueno; que se abracen «Cici» y «Chufis», y a enredar, ¿queréis?

—¡Sí-i-i-i-i!—contestó la caterva de muchachos.

Y se abrazaron con repugnancia, y sellaron la paz con sendos repelones de cuero cabelludo sin hacer muecas de dolor. Con los pelos arrancados «Peño» hizo una estrella, que abandonó al viento con las palabras rituales del caso:

—Ya no os iréis a las greñas hasta que estos pelicos se vuelvan a juntar, que son como un pelico de Dios que no se puede contar en toda la España.

Una vez terminada la despeluznante ceremonia, olvidaron rencillas y, apaciguados, se deshicieron en zalamerías y grotescas promesas como muestras de un renacido afecto.

Otra vez tornaron «Cici» y la «Baldosa» a la caseta, afanosos, con sendas mandiladas de tierra cernida en coladera que de nueva sirvió para pasar recentadura y sal en los blancos amasijos. Era tierra sutil, como la de las roderas mullidas por patitas de alondras y cogujadas que escarabajean con el pico por las mañanas, muy temprano, los cagajones empapados en el relente, y en la que se revuelcan con tanta delectación las caballerías azuzadas por los tábanos, y que cuando millina, el agua boba forma una corteza débil y se puede hacer debajo de ésta caseticas pequeñas para guarecer las manos, con la ilusión de que está resguardado todo el cuerpo. Paulatinamente los dos la vertieron en el suelo en hilillos de luminoso polvo, y después de sacudirse el mandilón y la bata, practicaron en el montón levantado un hoyuelo y vaciaron sus vejigas en él con sincrónico orinar.

Fué «Cici» quien salió diligente de la caseta y, ayudado por «Peño»—que cimbreó la mimbre y se caló las antiparras—, llevaron a ella una piedra larga y caliente de estar a la raza del sol, y la colocaron encima del montón meado. Con muchas precauciones la rebozaron y cubrieron de barro, y sobre él, con acariciadoras palmaditas, salmodiaron la siguiente jerigonza:

"Cuece, Maricuece,
pa mi tía Marcuece.
Hila, hila, hila,
pa mi tía María.
Nace, nace, nace,
pa mi tío Pelache.
Vive, vive, vive,
pa mi tío Salive.
Llora, llora, llora,
pa la señá Flora."

Y cuando varias veces la repitieron era ya un enjambre de manos las que palmoteaban en él; porque las de los que cabían en el reducido espacio, subían y bajaban con un teje maneje repentino, acompasado de cánticos incoherentes, risas, gritos, berrinches y hasta garullos de protesta del gavilucho olvidado.

Después que se cansaron de esa baraúnda, la «Baldosa» les ordenó salir a todos, y ella sola, con sumo cuidado y más cariño, fué descubriendo la piedra y poniendo en cada costra de barro que quitaba las ternezas de su alma:

—¡Hijo de mi vida, hijo de mi corazón! Tu madre te comprará todo lo que haya en la romería del voto a la Virgen del Templo... Y te dará papilla blanca de manteca, y pan de cilindro, y tela de la leche de la Gavelica, y te dejará chupar los güesicos de la cabeza de los conejos que acogotemos, y comerás muchos rínfanos de gallo, que están tan ricos... No llores, mi niño; ¡bobín!, que te quiere tu madre. No llores, mi niño pequeño...

Y llamó con voz temerosa y doliente a «Leo»; porque tuvo miedo de estar sola, y palpó carnes calientes, y oyó lloros de niño pequeñín.

Entre las dos, con maternal complacencia, envolvieron la piedra en unos trapos sucios, dejando al descubierto un extremo de la misma. Y era tal su color después del remojo a que estuvo sometida, que parecía verdadera carne morena y nueva; tanto, que «Leo» besó una y más veces en unos ojos, en una boca y en una naricita que ella veía. Y le olió a niño recién empañado. Y la estrechó entre sus brazos, junto a su pecho, y balanceando el cuerpo adunco por la poca altura del techo, le cantó:

Duérmete, mi niño,
que viene el Ccco.
Duérmete, mi niño,
que tu padre llevó el azadón,
y te trae de la arada
zapaticos, ¡oh, oh, oh!,
de pellejo de rafón...

Y le mostró ufana el rebujo al gavilucho plácido, que inició una garfada.

—Mira que te come el gavilucho si no te callas; que es un Coco y un tío de Sebo como el pobre Baldío, que saca las mantecas a los muchachos para untar los ejes de los carros donde los lleva, para que no los sientan chirriar las madres. Cuando seas mayor, tontín, ya verás cómo no tienes miedo como ahora, y cogerás tú todos los que quieras en la torre, al toque de las oraciones, que ya están asustados en esos agujeros tan pequeños que tienen tan encaladicos. ¿Verdad «Baldosa»?

(Continua.)

IV GRUPO DEL 75-27

Por JOSE-VICENTE TORRENTE

(Continuación.)

Siguieron comiendo tranquilamente, pero el ambiente ya no era el de antes: una sombra de tragedia se cernía entre ellos. Aquel hombre que venía destrozado del otro bando la había traído consigo.

Esteban lo animó:

—Puede ser que encuentres consuelo. La guerra es una solución dura y amable a la vez, pero te voy a dar un consejo: no seas nunca fatalista y muere como un hombre que siente puesto que es carne y tiene apego a la vida. Camina hacia tu destino sin medir los pasos como un autómata.

Por la carretera se cruzaba una columna sanitaria. Esteban continuó:

—Míralos; todos ellos han dejado carne y sangre en el frente. Sabían que esto podía ocurrir. Y no esperaron con pasividad ni se arrojaron en medio del combate con signo de indiferencia. Ahora que han rendido su tributo vuelven pálidos al hospital y quieren descifrar su destino por hombres y por humanos. Juraría que no hay uno solo a quien no le importe el porvenir.

Quedaron en silencio largo rato. Indiferentes contemplaban el paisaje marcado por la mano caprichosa y cruel de la guerra. Casas y árboles mutilados. Tierras que antes fueron de pan llevar ahora mustias, con esa sequedad del verano, llenas de hoyos y zanjas. Recordaron cuando tiempo atrás la ofensiva tuvo por teatro aquellos lugares que ahora veían nuevamente. La lucha había sido dura y a cada pérdida el bando contrario se atrincheraba líneas más atrás. Allí quedaron Mauricio y el cabo Gil. Juntos como andaban en vida se los llevó la muerte. Al principio qué grande y qué numeroso era el correo de sus amistades, pero ahora, reducido a muy pocos, conservaban con altivez su unión frente a las caras nuevas que continuamente llegaban a la batería.

Examinó de arriba a abajo a Javier. Era fuerte; en tiempos su aspecto debió ser muy agradable. Su cara presentaba los rasgos del individuo agotado a quien todo es indiferente menos un solo motivo que le obliga a vivir con toda la fuerza de su ser. El hecho era que aquel hombre iba a estar incluído de ahora en adelante en la intimidad del grupo que formaban en la batería. Pensó en Luis, Tornillo y Torices. ¿Qué harían en aquellos momentos? ¿Vivirían o tal vez alguno habría caído aquella misma tarde?

Díaz le sacó de sus tristes pensamientos. Pasaban lentas caravanas de campesinos con el ajuar encima de un borriquillo o algún carro detartalado. Nuevamente estaban ante los eternos desplazados de la guerra. Sufrían sus consecuencias más que nadie y excitaban la compasión con la soledad de las cuatro sillas salvadas de la batalla, o la máquina de coser y los pingos que querían ser mantas y sábanas. Sobre todo los viejos, unos viejos arrugados, de color cetrino y perfil anguloso, que no comprendían bien lo que se ventilaba en la lucha y que eran perdonados de la enseñanza por su casi contacto con la muerte.

Cansados, se retiraron a una esquina del camión. Arreglaron como pudieron un pequeño lecho y tumbáronse a dormir. Díaz miró interrogante a Esteban y éste hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Ven aquí. ¿Cómo has dicho que te llamabas? ¿Javier? Ven; aquí tienes sitio con nosotros, ¿verdad, Esteban?

Esta vez Esteban dijo que sí, y como avergonzado de aquella amistad que dedicaba desde hacía unas horas al hombre desconocido dió media vuelta y cerró los ojos dispuesto a dormir.

Al anochecer llegaban a la posición. Los grillos cantaban a la luna y en los árboles se movían las hojas azotadas por el viento. Sólo de rato en rato rompían el silencio de la noche las campanadas del reloj del vecino pueblo y los ladridos de los perros hambrientos. A lo lejos, de vez en cuando nacía un resplandor y se extendía un ruido sordo, como una trallazo, en la noche.

—Hay fuegos artificiales—murmuró Díaz.

Saludaron a los de guardia y Esteban se dirigió a Javier:

—Vete con Díaz; puedes dormir en su tienda puesto que está solo. No necesitarás mantas, ya que la temperatura es agradable.— Entró en la suya.

—¿Eres tú, Esteban?

—Sí. ¿Qué hay, Luisito?

—Mañana te contaré. Hemos pasado muy malos días, pero desde hace unas horas se llevan su parte los de la batería próxima.

Cuando se dormía le indicó:

—Nuestro círculo se ha ampliado. No sé si he obrado con ligereza. El nuevo compañero se llama Javier.

Y oyó que Luis le contestaba medio dormido:

—No, no has hecho mal. Siempre tienes razón en tus cosas, y sobre todo si te guía el sentimiento.

Ya no sintió preocupación de ningún género. Indudablemente el corazón le había guiado al admitir entre sus íntimas amistades a aquel hombre desgraciado a quien conociera poco antes, y con el convencimiento del que ha obrado bien entregóse al reposo.

CAPITULO II

El sargento Lubeira carraspeó ligeramente y alisó con la mano una enorme arruga de su uniforme de campaña. A lo lejos se veía venir al teniente Federico, acompañado del capitán.

—¡Atención! ¡Cubrirse! ¡Firmes!

—A sus órdenes mi capitán.

Dió un estrepitoso taconazo y comenzó a exponerle con voz tenue y respetuosa las novedades del día.

Esteban miraba disimuladamente a Díaz. En aquel crítico momento pensó en Lubeira con su mala disposición de ánimo hacia ellos. ¿Le hablaría al capitán del retraso que traían? ¿Y en qué consistía este retraso? ¿Qué significaba la palabra retraso? Retraso era el no haber acudido con puntualidad el día fijado. Retraso suponían las pocas horas que habían robado al permiso por mantener un poco más de calor familiar y los dos días de libre rienda en la última capital, antes de sumergirse nuevamente en la rutina de aquel frente siempre fijo.

Sin embargo, nada ocurrió. Torices, que estaba delante de Esteban le dió con el pie en un tobillo de forma poco cariñosa. Quería decirle: —"De esta os habéis salvado".

Encontraron la batería completamente cambiada. Todo el mundo, por único atuendo, llevaba unos pantalones cortados, unas alpargatas y la gorra con el distintivo de la división. El calor había obligado a adoptar esta extraña medida. Rompieron filas. Aquel día, como todos, no tenían más quehacer que esperar a que del puesto de mando, cuyos designios eran siempre inexplicables para ellos, diesen la orden de romper el fuego.

Los del grupo vecino seguían recibiendo la metralla enemiga hacía varios días. Tenían que resignarse; sus piezas no alcanzaban a las de los hombres de enfrente y tan sólo podían desahogar su rabia contra la infantería, que en las posiciones vecinas asistía impávida, sin gritos y sin dar señales de vida. Por aquel entonces su única satisfacción era hacer que los corazones de los infantes de enfrente palpitasen más celeradamente ante el peligro de muerte, pero les hubiera gustado que en vez de aquella tranquilidad que se esparcía en el ambiente, como diciendo, a pesar de todo, las nubes de polvo que envolvían las posiciones bombardeadas: "Aquí no ha pasado nada...", que gritasen su dolor para que este grito fuese un sedante a los nervios excitados.

Esteban recordó que recientemente había visto una película traída del otro lado del mar, en que la mujer humillada no contestaba a las recriminaciones de su galán y éste se exaltaba más y más en espera de oír un quejido, un ruego pidiendo misericordia. Allí ocurría lo mismo. ¡Cuándo llegaría el día ansiado en que los de enfrente sintiesen y gritasen! ¡Nos hacéis mal!; o simplemente, ¡Basta ya!

Hicieron corro. De derecha a izquierda, sentados en el suelo, estaban Luisito, Díaz, Torices, el Chato, Tornillo y José María Iribarren.

El Chato se llamaba Benito Alvarez. Era bajo y rechoncho. Torices de estatura regular, pelo rubio, lleno de pecas y torso de atleta. Los dos venían del Norte. Uno simple obrero en una de las potentes industrias de aquella región supercomercial y el otro minero.

El principio de la guerra lo habían hecho en el otro bando. Conocían la dureza de la campaña del Norte, a la cual se habían prestado con una aberración engañosa y con tanta buena fe, que apenas conocieron el doctrinario del nuevo tiempo rectificaron completamente. Como a todo hombre que ha hecho la guerra, les quedaba el orgullo, que las más de las veces habían de mantener anónimo, del individuo que ha pasado por momentos duros de prueba para el cuerpo y para el alma y ha sabido salir de ellos con firmeza.

El Chato solía recordar con nostalgia la fábrica donde había trabajado en unión de su padre. Entre semana, humo, polvo, lingotes y el anonimato en el inmenso engranaje industrial de su factoría. Los domingos dejaba la tarea para ir de romería, en cordial mescolanza con las mujeres. Sólo así se explicaba que naciera el separatismo de su región. Amparados en la nostalgia de una tierra siempre verde, en el campo ficticio y alegre de las romerías, los dirigentes, orgullosos del poder económico de la región, habían lanzado las doctrinas que más tarde se zanjarían en las cotas de guerra entre carne y muerte de los engañados.

(Continuará.)

EL CORAZÓN ME MANDA

SUFRIO PENA DE AMOR

«... Un rayo que hubiera caído a mis pies...»
DOÑA PAQUITA RAMÍREZ.

DE no habérsele roto el corazón, fatigado.. de tanto amar, doña Paquita Ramírez hubiera visto caer el rayo de la Gloria ante sus plantas. Pero la Implacable, «como una margarita de amor, la deshojó», todavía joven, en el umbral de las grandes pasiones. ¡Triste cosa es morir antes de los cincuenta años, cuando el corazón, ávido de amor, que es nostalgia de Infinito, se apresta a dispararse a los cuatro puntos cardinales, y abrazarse así al Universo, para con el fundirse en un abrazo cósmico!

Hoy ha llegado a la frialdad de este despacho un tomo de versos, envuelto por una cinta negra; de entre sus hojas han caído unas flores malditas y secas. Nunca mejor que hoy pudo ser aplicado el lema heráldico al volcán romántico. «El corazón me manda.» Porque ha sido el corazón de doña Paquita el mandatario de esta obra póstuma.

Suspenda hoy el comentarista ironías y comentarios. El corazón de doña Paquita Ramírez está ahí, en estos versos. Sea decoro y resumen de una existencia, pródiga en amores inéditos, el grito que la Heráldica, emocionada, prestó al ingenuo blasón de la Pasión Incomprendida:

«¡Sufrió pena de amor!»

BAGARRE

Voces de gesta llegaban
por el río de la espera.
Los truenos se alborotaban
al estrellarse en la acera.

Tricornios acharolados
subían al firmamento.
¡Ataques encarnizados
contra molinos de viento!

Facas en fajas hundían
sus revirantes coruscos.
Los tropeles se abatían
como en los vasos etruscos.

La luz, que ya no alumbraba,
cercos ponía al silencio;
y era el sol una alcazaba
defendida por el viento.

Luego brillaron arneses
y cornetines dorados:
fueron segadas las mieses
de los campos asfaltados.

COMPTEMCIÓ

Mes baix! Mes baix encara! Qu'els [teus llavis
no arribin a modular eixa paraula...
Sia el dialec sach plé de silencis savis,
y el temple del meu cor en sia l'aula!

«CREDO QUIA ABSURDUM...»

Jo crec el que es àbsurd. Aixi, jo crec [amb tu,
absurde dels absurdes, que la follía [hem du...
¿Que vols?, diguem, ¿qu'esperes? Not [basta l'homenatge
de ma raó malmesa, que't presta vas- [sallatge?
¿No vincles la dretura del ritme y de [les normes?
¿No glaces per a sempre lo cal'lit de les [formes?
Jo crec el que es absurde. Aixi, jo crec [amb tu,
absurde dels absurdes que la follía [hem du.

LIBROS SIN ABRIR

EN ESTA SECCION ANTICIPAREMOS LOS FRAGMENTOS MAS INTERESANTES DE LIBROS PROXIMOS A PUBLICARSE

La familia de Pascual Duarte

Por CAMILO JOSE CELA

Editorial Aldecoa, 1942.

NO, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y, sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos, como si fuésemos de cera, y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte.

eer y, sin embargo, cuando vamos creciendo, el destno se complace en variarnos, como si fuésemos de cera, y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte.

Hay hombres a quienes se les ordena marchar por el camino de las flores y hombres a quienes se les manda tirar por el camino de los cardos y de las chumberas. Aquéllos gozan de un mirar sereno y al aroma de su felicidad sonríen con la cara del inocente; éstos otros sufren del sol violento de la llanura y arrugan el ceño, como las alimañas, por defenderse. Hay mucha diferencia entre adornarse las carnes con arrebol colonia y hacerlo con tatuajes que después nadie ha de borrar ya...

Nací hace ya muchos años, lo menos cincuenta y cinco, en un pueblo perdido por la provincia de Badajoz; el pueblo estaba a unas dos leguas de Almendralejo, agachado sobre una carretera lisa y larga como un día sin pan, lisa y larga como los días—de una lisura y de una largura como usted, para su bien, no puede figurarse—de un condenado a muerte...

Era un pueblo caliente y soleado, bastante rico en olivos y guarros (con perdón), con las casas pintadas, tan blancas, que aún me duele la vista al recordarlas; con una plaza toda de losas y una hermosa fuente de tres caños en medio de la plaza. Hacía ya varios años, cuando del pueblo salí, que no manaba el agua de las bocas, y, sin embargo, ¡qué airosa, qué elegante nos parecía a todos la fuente con su remate figurando un niño desnudo, y su bañera toda rizada al borde como las conchas de los romeros! En la plaza estaba el Ayuntamiento, que era grande y cuadrado como un cajón de tabaco con una torre en medio, y en la torre un reloj, blanco como una hostia, parado siempre en las nueve, como si el pueblo no necesitara de su servicio, sino sólo de su adorno.

En el pueblo, como es natural, había casas buenas y casas malas, que son, como pasa con todo, las que más abundaban; había una, de dos pisos, la de D. Jesús, que daba gozo verla con su recibidor todo lleno de azulejos y de macetas. Don Jesús había sido siempre muy partidario de las plantas, y para mí que tenía ordenado al ama vigilase los geranios, y los heliotropos, y las palmas, y la hierbabuena, con el mismo cariño que si fuesen hijos, porque la vieja andaba siempre correteando con un cazo en la mano, regando los tiestos con un mimo que, a no dudar, agradecían los tallos; tales eran su lozanía y su verdor. La casa de D. Jesús estaba también en la plaza, y, cosa rara para el capital del dueño, que no reparaba en gastar, se diferenciaba de las demás, además de en todo lo bueno que llevo dicho, en una cosa en la que todas le ganaban: en la fachada, que aparecía del color natural de la piedra, que tan ordinario hace, y no enjalbegada, como hasta la del más pobre estaba; sus motivos tendría. Sobre el portal había unas piedras de escudo, de mucho valer, según dicen, terminadas en unas cabezas de guerreros de la antigüedad, con su cabezal y sus plumas, que miraban una para el Levante y otra para el Poniente, como si quisieran representar que estaban vigilando lo que de un lado o de otro podriales venir.

Detrás de la plaza, y por la otra parte de la casa de D. Jesús, estaba la parroquial, con su campanario de piedra y su esquilón, que sonaba de una manera que no podría contar, pero que se me viene a la memoria como si estuviese sonando por estas esquinas... La torre del campanario era del mismo alto que la del reloj, y en verano, cuando venían las cigüeñas, ya sabían en qué torre habían estado el verano anterior; la cigüeña cojita, que aún aguantó dos inviernos, era del niño de la parroquial, de donde hubo de caerse, aún muy tierna, asustada por el gavilán.

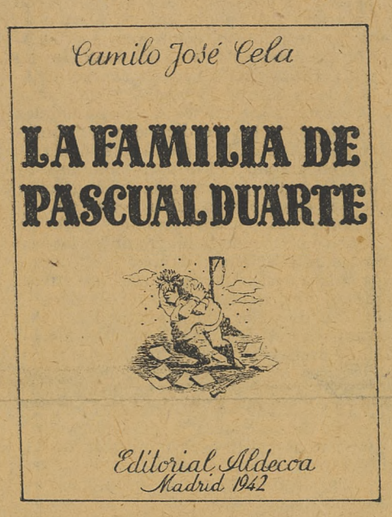
Mi casa estaba fuera del pueblo, a unos doscientos pasos largos de las últimas de la piña. Era estrecha y de un solo piso, como correspondía a mi posición; pero como llegué a tomarle cariño, temporadas hubo que hasta me sentía orgulloso de ella. En realidad, lo único de la casa que se podía ver era la cocina, lo primero que se encontraba al entrar, siempre limpia y blanqueada con primor; cierto es que el suelo era de tierra, pero tan bien pisada la tenía, con sus guijarrillos haciendo dibujos, que en nada desmerecía de otras muchas en las que el dueño había echado portland por sentirse más moderno. El hogar era amplio y despejado, y alrededor de la campana teníamos un vasar con lozas de adorno, con jarras con recuerdos pintados en azul, con platos con dibujos azules o naranja; algunos platos tenían una cara pintada, otros una flor, otros un pescado. En las paredes teníamos varias cosas: un calendario muy bonito, que representaba una joven abanicándose sobre una barca, y debajo de la cual se leía, en letras que parecían de polvillo de plata: "Modesto Rodríguez. Ultramarinos finos. Mérida (Badajoz)"; un retrato de "el Espartero" con el traje de luces dado de color, y tres o cuatro fotografías—unas pequeñas y otras regular—de no sé quién, porque siempre las vi en el mismo sitio y no se me ocurrió nunca preguntar. Teníamos también un reloj despertador colgado de la pared, que, no es por nada, pero siempre funcionó como Dios manda, y un acerico de peluche colorado, del que estaban clavados unos bonitos alfileres con su cabecita de vidrio de color. El mobiliario de la cocina era tan escaso como sencillo: tres sillas—una de ellas muy fina, con su respaldo y sus patas de madera curvada y su culera de rejilla—y una mesa de pino, con su cajón correspondiente, que resultaba algo baja para las sillas, pero que hacía su avío. En la cocina se estaba bien; era cómoda, y en el verano, como no la encendíamos, se estaba fresco sentado sobre la piedra del hogar cuando, a la caída de la tarde, abríamos la puerta de par en par; en el invierno se estaba caliente con las brasas, que a veces, cuidándolas un poco, guardaban el rescoldo toda la noche. ¡Era gracioso mirar las sombras de nosotros en la pared cuando había unas llamitas! Iban y venían, unas veces lentamente, otras a saltitos, como jugando. Me acuerdo que de pequeño me daban miedo. Y aún ahora, de mayor, me corre un estremecimiento cuando traigo memoria de aquellos miedos...

Al resto de la casa no merece la pena ni describirla: tal era su vulgaridad. Teníamos otras dos habitaciones, si habitaciones hemos de llamarlas por eso de que estaban habitadas, ya que no por cosa otra alguna, y la cuadra, qué en muchas ocasiones pienso ahora que no sé por qué la llamábamos así, de vacía y desamparada como la teníamos. En una de las habitaciones dormíamos yo y mi mujer, y en la otra durmieron mis padres hasta que Dios, o quién sabe si el diablo, quiso llevárselos; después quedó vacía casi siempre, al principio porque no había quién la habitase, y más tarde, cuando podía haber habido alguien, porque este alguien prefirió siempre la cocina, que, además de ser más clara, no tenía soplos. Mi hermana, cuando venía, dormía siempre en ella, y los chiquillos, cuando los tuve, también tiraban para allí en cuanto se despagaban de la madre. La verdad es que las habitaciones no estaban muy limpias ni muy bien construídas; pero, en realidad, tampoco había para quejarse. Se podía vivir, que es lo principal, a resguardo de las nubes de la Navidad y a buen recaudo—para lo que uno se merece—de las asfixias de la Virgen de agosto. La cuadra era lo peor; era lóbrega y oscura, y en sus paredes estaba empapado el mismo olor a bestia muerta que despedía el despeñadero cuando allá por el mes de mayo comenzaban los animales a criar la carroña que los cuervos habíanse de comer... Es extraño, pero de mozo, si me privaban de aquel olor, me entraban unas angustias como la muerte; me acuerdo de aquel viaje que hice a la capital con motivo de las quintas; anduve todo el día desazonado, venteando los aires como un perro de caza. Cuando me fuí a acostar, en la posada, olí mi pantalón de pana. La sangre me calentaba todo el cuerpo... Quité a un lado la almohada y apoyé la cabeza, para dormir, sobre mi pantalón doblado. Dormí como una piedra aquella noche. En la cuadra teníamos un burrillo matalón y escurrido de carnes, que nos ayudaba en las faenas, y cuando las cosas venían bien dadas, que, dicho sea pensando en la verdad, no siempre ocurría, teníamos también un par de guarros (con perdón) o tres. En la parte de atrás de la casa teníamos un corral o saledizo, no muy grande, pero que nos hacía su servicio, y en él un pozo, que andando el tiempo hube de cegar, porque dejaba manar un agua muy enfermiza.

Por detrás del corral pasaba un regato, a veces medio seco y nunca demasiado lleno, cochino y maloliente como tropa de gitanos, y en el que podían cogerse unas anguilas hermosas, como yo algunas tardes, y por matar el tiempo, me entretenía en hacer. Mi mujer, que en medio de todo tenía gracia, decía que las anguilas estaban rollizas porque comían lo mismo que D. Jesús, sólo que un día más tarde. Cuando me daba por pescar se me pasaban las horas tan sin sentirlas, que cuando tocaba a recoger los bártulos casi siempre era de noche; a lo lejos, como una tortuga baja y gorda, como una culebra enroscada que temiese despegarse del suelo, Almendralejo comenzaba a encender sus luces eléctricas... Sus habitantes a buen seguro que ignoraban que yo había estado pescando, que estaba en aquel momento mismo mirando cómo se encendían las luces de sus casas, imaginando incluso cómo muchos de ellos decían cosas que a mí se me figuraban o hablaban de cosas que a mí se me ocurrían. ¡Los habitantes de las ciudades viven vueltos de espaldas a la verdad, y muchas veces ni se dan cuenta siquiera de que a dos leguas, en medio de la llanura, un hombre del campo se distrae pensando en ellos mientras dobla la caña de pescar, mientras recoge del suelo el cestillo de mimbre con seis o siete anguilas dentro!...

Sin embargo, la pesca siempre me pareció pasatiempo poco de hombres, porque yo las más de las veces dedicaba mis ocios a la caza; en el pueblo me dieron fama de no hacerlo mal del todo, y, modestia aparte, he de decir con sinceridad que no iba descaminado quien me la dió. Tenía una perrilla perdiguera—la "Chispa"—, medio ruin, medio bravía, pero que se entendía muy bien conmigo; con ella me iba muchas mañanas hasta la Charca, a legua y media del pueblo, hacia la raya de Portugal, y nunca nos volvíamos de vacío para casa. Al volver, la perra se me adelantaba, y me esperaba siempre junto al cruce; había allí una piedra redonda y achatada como una silla baja, de la que guardo tan grato recuerdo como de cualquier persona; mejor, seguramente, que el que guardo de muchas de ellas... Era ancha y un poco hundida, y cuando me sentaba se me escurría un poco el trasero (con perdón), y quedaba tan acomodado que sentía tener que dejarlo; me pasaba largos ratos sentado sobre la piedra del cruce, silbando, con la escopeta entre las piernas, mirando lo que había de verse, fumando pitillos. La perrilla se sentaba enfrente de mí, sobre sus dos patas de atrás, y me miraba, con la cabeza ladeada, con sus dos ojillos castaños muy despiertos; yo le hablaba, y ella, como si quisiese entenderme mejor, levantaba un poco las orejas; cuando me callaba aprovechaba para dar unas carreras detrás de los saltamontes o para cambiar de postura. Cuando me marchaba, siempre, sin saber por qué, la aprensión me hacía volver la cabeza hacia la piedra, como para despedirme, y hubo un día que debió parecerme tan triste por mí marcha, que no tuve más suerte que volver sobre mis pasos a sentarme de nuevo... La perra volvió a echarse frente a mí, y volvió a mirarme; ahora me doy cuenta de que tenía la mirada de los confesores: escrutadora y fría, como dicen que es la de los linces... Un temblor recorrió todo mi cuerpo; parecía como una corriente que forzaba por salirme por los brazos. El pitillo se me había apagado; la escopeta, de un solo cañón, se dejaba acariciar lentamente entre mis piernas. La perra seguía mirándome fija, como si no me hubiera visto nunca, como si fuese a culparme de algo de un momento a otro, y su mirada me calentaba la sangre de las venas de tal manera, que se veía llegar el momento en que tuviese que entregarme; hacía calor, un calor espantoso, y mis ojos se entornaban, dominados por el mirar, como un clavo, del animal...

Cogí la escopeta y disparé; volví a cargar y volví a disparar. La perra tenía una sangre oscura y pegajosa, que se extendía poco a poco por la tierra.



ESCUELA DE TAUROMAQUIA

El extranjero y los toros

Por MAURICIO J. MONSUAREZ DE YOSS

ES muy posible que en nuestros días se conozca a España, por ahí fuera, peor aún que en el pasado siglo. A pesar de tanto amigo de la Hispanidad.

El diagrama que pudiéramos hacer del conocimiento de España, de su espíritu y costumbres y de lo que hoy traemos a término primero—de su fiesta máxima: los Toros, donde las virtudes y vicios nacionales se sitúan bajo un cielo sin mentira—, viene descendiendo desde que decrece la riada prima de los viajeros románticos—franceses e ingleses, extranjeros por antonomasia—que afluyen con un gesto curioso por los cauces que abrieron dos agentes literariopolíticos: Byron y después Merimée.

Turistas aburridos, en cura de su fastidio o de su *spleen*; músicos y artistas plásticos—los últimos para ilustrar la literatura de los primeros o estimular el recuerdo de los segundos—interpretan fantásticamente, en consonancia con el espíritu de las descripciones literarias, dentro de una fría corrección, monumentos, paisajes y escenas de costumbres. Estos fueron precisamente los creadores de la "estampería extranjera", a la cual han acudido, por desgracia y menoscabo del buen gusto y de la verdad histórica, los directores y auxiliares de la cinematografía americana, cuando han ido a los archivos en precipitada búsqueda de documentos informativos para "hacer España". En estos círculos, y en los inmediatamente influídos por ellos en Europa, se sigue teniendo una visión deformada o falsa en absoluto de cómo es España y de cómo somos los españoles. No nos puede esto extrañar. Parte el mal de la apreciación de los abuelos; pues, románticos todos, necesitaban llenar el alvéolo de los gustos de su siglo con una pasión desorbitada, que creyeron encontrar en lo que para nosotros no es más que la vida misma.

No obstante, aquellos que vinieron a la España "recién descubierta" buscando antigüallas, asuntos de nuestro teatro clásico, deformables al gusto romántico, consejas populares o motivos musicales de nuestro folklore, careciendo de la rapidez de ese instrumento de robo que la casa Kodak proporciona a todos los precios e impone casi obligatoriamente en vacaciones obligatorias, habían de permanecer en España largas temporadas y, lo que aún era mejor, entrar en relación con la gente que transitaba por calles y plazas, porque ante el caballete de un pintor de atuendo exótico parábanse las gentes, en trance de regocijo, como a la llegada de los títeres. Ponerse a pintar frente al pórtico de la catedral en una vieja ciudad española, como Sevilla, Toledo o Segovia, o irrumpir en el patio de caballos de una plaza de toros de cualquiera de ellas con el "block" y el lápiz a punto de llevarse algo, era cédula segura de entrar, cuando menos en trompicón lingüístico, con la vendedora, el arriero, el truhán, el picador, el torero y la consabida chiquillería desharrapada. Hoy no es así. El "¡clip!" de un disparo fotográfico no da tiempo a nada, y los extranjeros que recorren toda España, de Andorra a Gibraltar, apenas si se relacionan con otras personas que los empleados de los grandes hoteles y los servidores de los puestos de gasolina, que completan la gala nomenclatura usual de sus cargos con esos dos letreritos que son como el copete de su oficiosidad turística: "On parle français", "English spoken".

Cuando salí de España por primera vez, a Francia, y oí hablar con tanta curiosidad como desconocimiento de los toros, eché los fundamentos de una observación que he venido ampliando intencionadamente siempre que he tenido ocasión de tropezar con un sujeto observable. Así he ido por los cosos de España con franceses, ingleses, alemanes, italianos, japoneses y americanos del Norte. Con un rumano y un griego. El último extranjero que he observado durante una lidia de toros bravos, y he interrogado después, fué una estudianta croata, a la cual acompañé en una corrida celebrada en Linares, a la que asistió el camarada José Antonio Girón, ministro de Trabajo, por aquellos días en la provincia de Jaén.

Sería largo enumerar la adivinación mía de las sensaciones de todas estas personas y las declaraciones hechas posteriormente de la impresión recibida; pero siquiera he de decir que, lo por mí anotado no se ajusta a la idea, un tanto convencional y alegre, que el vulgo tiene de franceses, ingleses, etc., considerados y juzgados como colectividad frente a los toros.

Esta observación, llevada minuciosamente, me presta cierta autoridad para afirmar que los toros, por dificultades de comprensión, de aclimatación moral o de identificación con nuestro particular modo de entender la vida, no es del gusto de los extranjeros.

Casi todos contestan a las primeras preguntas hablando elogiosamente de nuestro espectáculo; pero esto es una cortesía o una cobardía de simulación o mimetismo espiritual, porque hay que ser español, y muy fino, para atreverse a decir en pleno Londres que el "tea" es una pócima insípida, y, bien por lo uno o por lo otro, muchos terminan tomándolo a todas horas y acaban por injerir alubias verdes con mermelada y otras mezclas repulsivas.

Víctor Adams (chez Bulla) nos traduce "a la moda de París" esa suerte de varas, errónea y teatral.

Así, involuntariamente coaccionados, han afirmado muchos extranjeros que los toros eran un espectáculo maravilloso... Pero en el fondo ¡nada!

Gustar del "tea" como de los toros es notar su falta, acudir con entusiasmo, con afición casi viciosa, empeñando el colchón o quedándose sin comer por un tendido del 10.

Los toros siguen siendo nuestros en soledad exclusiva. Mientras España ha tenido representantes de gran altura en el deporte y en los juegos del mundo, apenas si nosotros hemos visto toreros extranjeros.

Desde que en 1680 aquel conde sueco llamado Koenismarcke asustó tanto a la princesa María Luisa de Orleáns, recién casada con el Hechizado, dejándose coger por inexperiencia y salvando la vida gracias a la intervención de un peón, han sido varios los intentos; pero siempre con mezquino resultado. Un oficial de la Marina británica, John O'Hara; un tal Félix Roberts, que no supo nunca más que lo que aprendió en su tierra de Las Landas: saltar ante el toro sin garrocha, y que la fama que adquirió más se debe a ser el único torero que se atrevió a salir al ruedo con bigote; un oficial del Ejército alemán, barón von Egelbretchen; un norteamericano, Sidney Franklin, que toreó can vario éxito hasta que en 1930, después de una cogida grave, se retiró para siempre; el chino Vicente Hong, el francés Pierre Bresillón, etc.; ninguno de ellos, aunque casi todos tomaron la alternativa, gozaron de un favor continuado del público ni llegaron a ser toreros de verdad. Para apuntalar mi afirmación, viene un hecho valiosísimo, ocurrido en Bayona el 18 y el 19 de mayo de 1941. El programa y los carteles decían así: *Gran corrida de toros. Sontag den 18 mai 1941, 6 Stierkampfe "NOVILLOS" der berühmten, ganadería des D. ANTONIO SANCHEZ, von Salamanca. José Belmonte, Gitanillo de Triana. Torerito, Parrao, Mit ihren vollstvendigen "Cuadrillas" von "Picadores" und "Banderilleros"*.

He tenido la suerte de poder hablar con un testigo de aquella tarde singular. Entre Pagés y el Ministerio de Propaganda alemán fué concertada esta corrida en una plaza francesa, y teniendo por únicos espectadores los soldados del Ejército del tercer Reich.

El sol se negó a salir, y esa tarde, como todo el día anterior, llovió espantosamente. En España se hubiera suspendido la corrida, porque "la arena" estaba como un caldo. La luz gris dejó ver una plaza abarrotada de silencio, con el único color del verde musgoso de los uniformes. Un locutor, por medio de un amplificador, iba explicando el orden del juego, los lances peligrosos, los remates y períodos lucidos de las faenas. Seguramente lo que más admiraron los soldado del Ejército más disciplinado del mundo fué la destreza de los toreros para saltar limpiamente la barrera huyendo del toro, y como esta provocara algún aplauso y risa, fué de cierto mal interpretado por los toreros, que, a trueque de no hacer reír, estuvieron valientes hasta la temeridad. Al final, un piadoso aplauso para el toro, y volvió a llover otra vez. ¿A qué seguir?

En este aspecto, como en muchos, estamos solos en el mundo con nuestra verdad y nuestra particular manera de entender la vida. No sé si esto es una suerte o una desgracia; pero ya podemos estar seguros que faltan siglos de Historia—seguramente de guerra—hasta que adquiera color de profecía el hecho mitológico de que Zeus adoptara la forma del totem ibérico para raptar a Europa.

Folletones de EL ESPAÑOL — **5 de diciembre de 1942**

EL SENTIDO MISIONAL DE LA CONQUISTA DE AMERICA

Por VICENTE D. SIERRA

EL ESPAÑOL inicia en este número la publicación, en folletón, del magnífico libro "El sentido misional de la conquista de América", del historiador argentino Vicente D. Sierra, editado en Buenos Aires por la revista "Orientación Española", órgano de nuestra Delegación Nacional de Prensa en la capital hispanoamericana. Sin más comentarios, nos remitimos a sus páginas.

CAPITULO PRIMERO

EL SENTIDO MISIONAL FRENTE AL DESCUBRIMIENTO

1.—Los fines políticos del primer viaje de Colón

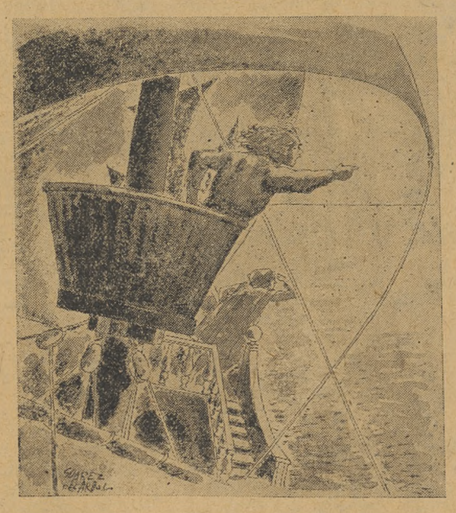
No es posible volver los ojos a los orígenes de la civilización cristiana y europea en el Nuevo Mundo sin tropezar con el pergamino y los sellos plúmbeos de las Bulas pontificias. Los originales de las dos celebérrimas de Alejandro VI, la de la donación de las tierras descubiertas y por descubrir del 3 y la de demarcación del 4 de mayo de 1493, presiden la historia dormida del Imperio Español, en el «Archivo de Indias de Sevilla...»

Estas palabras del gran americanista de la Compañía de Jesús, R. P. Pedro Leturia, constituyen el pórtico de una epopeya cuyo sentido misionero se inicia con esas Bulas, o sea, con el segundo viaje de Cristóbal Colón, forjando una corriente histórica que debe dar forma al sentido espiritual en que han de nutrirse los pueblos de Hispano-américa; pues es inconcebible, en ellos, todo nacionalismo que pretenda ser ajeno a los tres siglos de evangelización, educación y formación moral y material católica, imperial e hispanista, que le siguieron. Como ha dicho Ramiro de Maeztu: «Es el camino que Dios les señala. Y fuera de la vía, no hay sino extravíos».

Ha tratado Leturia de encontrar sentido misional en la primera expedición colombina. La investigación historiográfica está lejos de aceptar sus teorías al respecto, que tienen, por otra parte, como antecedente, los apasionados escritos de fray Bartolomé de las Casas. Otros escritores, en cambio, sólo han visto en ella, como en las siguientes expediciones, la realización de simples finalidades mercantiles, creando y nutriendo la leyenda de falsos objetivos orientales, con supuestas cartas a imaginarios príncipes de fantásticas islas rebosantes de pedrerías. Constituye un honor para la historiografía argentina haber contribuído eficazmente a deshacer la falacia de este embuste, merced a la concienzuda labor de Rómulo D. Carbia. Nuestro compatriota, en justificada rebeldía con la historia tradicional, ha demostrado de cómo la empresa colombina en 1942, lejos de ser un capítulo fracasado de «Las Mil y Una Noches», es un acto de gobierno normal, que se acomoda a los fines políticos del imperio—creándose entonces en la mente de Fernando el Católico—, cuyo objeto concreto fué el hallazgo y conquista de las islas que se suponían formando parte del archipiélago canario; correspondientes, por ello, a la corona de Castilla, en virtud de los tratados de 1480 que reglaron sus problemas de dominio con la de Portugal, y que fueron confirmados por la Bula de Sixto IV, de 21 de junio de 1481, confirmatoria, a su vez, de la de Nicolás V, «ROMANUS PONTIFEX», de 8 de enero de 1455, y la de Calixto III, «INTER COETARE», del 12 de marzo de 1456. Resulta absurdo suponer a los Reyes Católicos, recién salidos de la guerra contra el invasor musulmán, y más teniendo en cuenta el sentido realista que caracterizó siempre a Fernando, interesados en una expedición sin finalidades concretas y realizables. La posibilidad de existencia de islas que se consideraban formando parte del archipiélago canario estaba abonada por multitud de circunstancias de distinto orden. Entre las científicas, se puede considerar el mapa de Behaim, de 1492, que colocaba la existencia de la isla «Antilia» en la latitud que Colón siguiera en su primer viaje; entre las imaginarias, no puede olvidarse la multitud de leyendas marítimas, difundidas en la época, y entre las ocasionales, las afirmaciones de muchos pilotos portugueses, entre ellos Martín Vicente, Pedro Correa, Antonio Leme y Pedro de Velazco, que se referían a comprobaciones náuticas relacionadas con la posibilidad de existencia de islas y tierra firme en la «mar océana». Debe agregarse el hecho importante, puesto de relieve por Cárbia, que Martín Alonso Pinzón estaba para ir a descubrirlas, con navíos propios, como lo demuestra la «probanza» hecho al respecto por su hijo Juan, agregada al pleito de los Colones, por pedido del fiscal.

El propósito atribuído al descubridor de encontrar un camino de comunicación con Asia, inspirado en consideraciones científicas y fundamentos técnicos, tiene su origen en el libro atribuído a Fernando Colón, cuya falta de autenticidad es notoria; aunque, como lo admite Cárbia, esa penetración en Oriente pudo haber sido soñada por el descubridor hacia la época de su cuarto y último viaje.

Desbrozada la primera expedición colombina de leyendas y fantasías, adquiere un carácter realista, y hasta diríamos humano, que se acomoda perfectamente a la mentalidad de los Reyes Católicos y a las tendencias políticas de su hora. Colón sale en procura de descubrir, en la «mar océana», tierras que se suponen existen, y que, de existir, pertenecen a la corona de Castilla, que las procura para ejercer sobre ellas sus legítimos derechos de soberanía. Y que le pertenecía, por estar dentro de las líneas convenidas, lo creyó el propio rey de Portugal. Justamente una de las razones que la fiscalía real esgrimió contra el exceso de las peticiones de los herederos de Colón, durante la secuela del célebre «pleito», fué que las capitulaciones de



1492 no podían tener fuerza de derechos hasta el momento que las tierras encontradas no fueron del señorío de Castilla por donación de Alejandro VI. Si los Reyes otorgaron a Colón derechos de señorío en las tierras «descubiertas e por descubrir», es porque aceptaban la suposición de que tenían señorío real y efectivo sobre ellas. No otra cosa se puede admitir conociendo el sentido moral de aquellos monarcas. En el pleito famoso de los Colones, al expresar el fiscal que las capitulaciones de 1492 no podían tener fuerza en las tierras descubiertas, sentaba el principio que por haber sido encontradas donde no se las buscaba, es decir, fuera de los dominios de la corona, el señorío castellano sobre ellas había surgido posteriormente a las capitulaciones, y no por el hecho mismo del descubrimiento, sino por un acto nuevo: la donación pontifical. No eran tampoco las tierras descubiertas de aquellas que podía reivindicar para sí la corona de Portugal, por cuanto no se encontraban dentro de las limitaciones de sus dominios, tal como se acordara en los tratados de 1480, en virtud de los cuales ambas coronas se habían distribuído la soberanía del mar Atlántico, correspondiendo a la de Castilla la zona extendida en torno y al oeste de las islas Canarias. ¿Creyeron los Reyes Católicos que lo descubierto por Colón no podía ser reivindicado por Portugal, por pertenecer, según los referidos tratados, «a las otras yslas de Canarias, ganadas o por ganar, las cuales fincan a los Reyes de Castilla»? Nos inclinamos a creer que no, y que fué en razón de ello que se planteó a los monarcas españoles un doble problema: político y de conciencia. El primero consistió en no perder las ventajas del imprevisto descubrimiento, amenazado de inmediato por la certeza de que el Rey de Portugal apresuraba el aprestamiento de una armada para conquistar en la parte descubierta las tierras que pudieran existir al sur de la línea de las Canarias; el segundo, de índole moral, relacionado con el valor de los títulos que España podía invocar para emprender la conquista de las tierras descubiertas, de no encontrarse éstas dentro de las limitaciones acordadas a su soberanía por los tratados con Portugal y las concesiones de la Santa Sede.

No es concebible que los Reyes que firman las Capitulaciones de Santa Fe, al comprobar que Colón ha descubierto tierras desconocidas se planteen el problema de sus títulos para ejercer soberanía sobre ellas, cuando aquellas Capitulaciones fueron un acto de soberanía realizado, sin ninguna duda, sobre los derechos reales para cumplirlo. Es la convicción de que lo descubierto no les pertenece, lo que plantea el problema de conciencia a que nos hemos referido; problema que no es fácilmente comprensible para la mentalidad materialista y descreída de nuestra época. Todas las teorías económicas sobre la colonización tropiezan con ese escollo ético, que es palpitante y acuciador en la mente de los Reyes Católicos, quienes, de inmediato al descubrimiento, lo plantean ante el Pontífice Romano, Alejandro VI, en demanda de una Bula de Donación con que afirmar sus derechos soberanos; no creyendo, evidentemente, estar amparados por los Tratados de 1480, ni que el hecho del descubrimiento fuera suficiente como título de posesión.

(Continuará.)

MCD 2022-L5

EL MUSEO DEL EJERCITO, SOLERA DE ESPAÑA

Por el GENERAL LUIS BERMUDEZ DE CASTRO

Es un axioma militar moderno que las guerras no las concluyen los que las empiezan, sino las reservas, y como la guerra no es un problema matemático, sino un drama apasionado en que el espíritu representa el primer papel, las reservas espirituales de un pueblo son el más grande factor de la victoria. Esas reservas espirituales tienen su solera en la Historia, y el escaparate de la Historia son los Museos militares, donde el recuerdo de las hazañas, las reliquias de los héroes, las viejas banderas, la imagen de los caudillos, los nombres inmortales, las épocas de esplendor, los tiempos desgraciados; la vida, en fin, con sus oscilaciones, que en los países caballerescos, como España, nunca se verifican sin honor.

Porque, aunque inseparables la Historia política y la militar, en España la realidad ha sido siempre que en sus crepúsculos y nieblas las fuerzas armadas no salieron oscurecidas nunca, y en el declinar de nuestras grandezas los ejércitos sabían morir cuando no les era posible vencer. Derrotas fueron Rocroi y Trafalgar; guerras desastrosas, la de Sucesión y las de la Separación de América, y, sin embargo de las debilidades y torpezas de los liquidadores de la paz, ¡qué estela de gloria dejaron los soldados! Así, habiendo en nuestra Historia general (como en las demás naciones) páginas que sonrojan, en la militar no hay nada que no sea digno de enorgullecernos como españoles, y de esa Historia militar es el luminoso rastro lo que se guarda y conserva en el Museo, a la manera que en las grandes bodegas los barriles de vinos muy añejos, para dar fuerza y consistencia al vino nuevo. Lo que guardamos es bien poco, si se compara con el inmenso volumen de la acción de España en el mundo a través de los siglos.

Desgraciadamente, existe en nuestra Patria una tendencia particularista, colmada de egoísmo, que resiste desprenderse de recuerdos históricos, considerándolos bajo un concepto familiar o local y de campanario. En contraposición, ha surgido en Cataluña, y trabaja, una Sociedad llamada «Los Amigos de los Museos», que andando el tiempo puede contribuir a deshacer prejuicios. Trofeos eminentemente nacionales, jirones gloriosos de momentos heroicos, yacen en la ignorancia de las gentes, recatados, cuando no escondidos, en recintos señoriales, conventuales y concejiles, sin que les saque del retraimiento los estímulos del patriotismo; harían falta los fórceps de la orden oficial a rajatabla. Vayan dos ejemplos: en un lugar montañés (repetiré a Cervantes), apartado entre riscos, existe nada menos que el guión de combate del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, quien mandó la batalla de las Navas de Tolosa, después de haber sido el alma de aquella cruzada y el verdadero jefe de la expedición y la hueste. ¡Dios sabe por qué y en qué circunstancias llegó la histórica enseña al Concejo del no citado pueblo, próximo al paraje de la lucha! Allí se encuentra esta joya, y no hay medio de que sea cedida en depósito al Museo. Otro botón de muestra: no lejos de Madrid (de donde era nativo el capitán Ercilla, poeta, autor de la *Araucana*, están, en el Ayuntamiento de una villa o ciudad, las armaduras del insigne soldado-escritor; no hay manera de que las cedan en depósito; parece que los mozos del pueblo se las ponen para solemnizar la procesión del Corpus.

Con notas cual las dos expresadas podría llenarse un pentagrama tan desagradable como la música negroide en boga.

El Museo del Ejército admira a quien lo ve y recrea su espíritu y su amor a la Patria, tenga mucha o poca cultura, porque, si los de Ciencias y Artes enseñan las evoluciones del pensamiento y los adelantos de la técnica, en el del Ejército se aprende algo más excelso: a morir por España.

El edificio en que se halla instalado no reúne, ciertamente, las condiciones modernas de este género de inmuebles, pero es necesario reconocer que una instalación ajustada a los nuevos métodos no tendría el sabor y el estilo adecuados al contenido. Hizo construir el vetusto y elegante palacio el Conde-Duque de Olivares, para retiro del simpático monarca Felipe IV, y ese nombre de «Buen Retiro» dióle, situándolo algo apartado de la urbe y rodeado de frondas, con amplio estanque, hoy uno de los más bellos sitios de Madrid. Su arquitectura, sin pretensiones, pero graciosa y madrileña, podría ser una bonita perspectiva si la calle de Méndez Núñez se hubiera trazado con un poco de sentido estético, porque desde la de Alcalá se vería el frontis del histórico palacio, con sus dos torrecillas esbeltas y su terraza, ahora adornada de estatuas y cañones de todos los tiempos.

Céntrico es el lugar, y a la vez recoleto, porque la calle de Felipe IV, que le abraza en las cuatro fachadas, no tiene fronteras al Museo ninguna portería, circunstancia que favorece su señorial aspecto; apenas si alguna Maritornes, a horas municipales, sacude tímida alguna alfombra, como si no quisiera que el prosaico polvo de estas épocas viniese a macular el relicario de las glorias de la Patria; todo es allí silencio y soledad: el casón y el palacete donde se limpia, fija y da esplendor a nuestro varonil idioma, están vecinos, y a los tres edificios parece amparar el antiguo, e histórico también, templo de los Jerónimos; la casualidad ha puesto juntos tres signos de hispanidad: el arte y la lengua, que, con el instrumento de las armas, llevó España al confín del mundo

Salón del Trono. Entrada a la Sala Arabe. En el primer término, una maqueta del Alcázar de Toledo.

El antimilitar ambiente de pasados años; la indiferencia de anteriores ministros de la Guerra, y la incuria deliberada de los Concejos de antes del Glorioso Movimiento, tenían los alrededores del Museo en un estado de abandono sólo comparable al del más mísero villorrio: sin pavimento el suelo; las aguas de lluvia habíanlo surcado, por la pendiente de la calle; no lo acariciaba nunca la escoba municipal; jamás lo refrescaban los mangueros de la villa, y si en verano recordaba los arenales del desierto africano, en invierno rememoraba los lodazales rusos. Hoy los alrededores del Museo son lo más pulcro, bonito y arreglado de la capital, gracias al actual Ayuntamiento y a su presidente Alcocer; muchos miles de duros ha debido costar poner en plan de civilización el emplazamiento del palacio del Buen Retiro y rodearlo de bocas de riego en previsión de incendios, de que le ha librado únicamente la Divina Providencia.

Si hablaran en voz alta los muros de este palacio real, ¡qué de cosas contarían de aquellos pintorescos tiempos y aquella Corte, siempre apurada de dinero y gastándolo siempre a manos llenas! ¡Con qué alegre inconsciencia este recinto rebosaba en fiestas, representando comedias de los genios inmortales de nuestra literatura, alababa los lienzos de Velázquez, presenciaba naumaquias en el lago, oía recitar versos a los poetas, y entre ellos al rey mismo, y pasaba la vida bailando la contradanza y la chacona, mientras allá en Flandes, en Francia y en Italia, y en la lejana América, y en el Norte africano, y en los mares del mundo, infestados de ladrones piratas, ingleses, holandeses y franceses, los soldados españoles sostenían en las puntas de sus picas la inmensa bóveda del Imperio, agrietada por las torpezas de los validos y bamboleante por su propio peso colosal!

Grande era España todavía, muy grande; lo atestiguan el Salón de Reinos del palacio, donde se reunían algunas veces las Cortes de Procuradores y juraban los príncipes de Asturias; en el friso aparecen los escudos de todos los reinos españoles, cobijados bajo el inimitable techo dibujado por Velázquez y cubierto de tejuelos de oro traído en los galeones de América; de esta maravillosa techumbre se han hecho copias en varios Museos de Europa, y especialmente en el Hermitage de San Petersburgo, por encargo de Catalina II; posiblemente habrá desaparecido en los estragos del bolchevismo.

Estancia tan majestuosa y de tan armónicas proporciones debía albergar algo que no desdijese de su solemnidad y grandeza; y ¿qué mejor y más adecuado que el recuerdo de nuestra famosa Infantería? La imagen de la Virgen Purísima, su Patrona, circundada de las banderas más antiguas y cargadas de historia; el retrato ecuestre del Caudillo Franco, infante insigne, salvador de España; cuadros reproduciendo episodios de batallas gloriosas; reposteros y banderas de los ocho Tercios Viejos de la Española Infantería; enseñas y uniformes de todos los tiempos; armas, preseas, trofeos; espadas enjoyadas de generales victoriosos; emblemas de la Reina de las Batallas; efigies de los más afamados capitanes, y de mujeres tan briosas como la monja-alférez, María Pita, ambas de Infantería, y en medio, como eterno signo del valor de la raza, el Alcázar toledano, cuna y solar de los infantes españoles, vivero de mártires y héroes, universidad del Arte militar. El conjunto de esta sala impone, sobrecoge y emociona; es la ejecutoria de nuestra estirpe: la solera de España.

Ir describiendo, siquiera a grandes rasgos, el contenido del Museo, requiere un libro, no un artículo; el catálogo literal y fotográfico que se está realizando será obra de muchos años; pero ¿cómo omitir las cuatro salas destinadas a la Artillería española? La de Bombardas es quizá la más valiosa del Museo, en comparación con las que de este Arma poseen los extranjeros; desde que se inventó la pólvora, hasta las piezas modernas que por su volumen pueden instalarse, no falta una muestra. En la Sala de Bombardas, al amparo de una curiosa imagen de Santa Bárbara del siglo XV (o tal vez de antes), reposan sobre macizos cojinetes y adornan las paredes cañas y recámaras de los cañones primitivos, versos, culebrinas, falconetes, morteros, piezas artísticas de los mejores fundidores alemanes y flamencos, bolaños, o sea proyectiles de pedernal, bocas de fuego que asistieron al sitio de Granada. Entre estos albores del Arma de los truenos no podía faltar la figura ejemplar del artillero Ramírez de Madrid, secretario de Fernando el Católico, esposo de Beatriz Galindo, «la Latina»; vida limpia y muerte heroica frente al enemigo, en la guerra de la Alpujarra. Y el conde de Gazola, italiano cuando los italianos eran tan españoles como nosotros (Pescara, Vitelli, Farnesio, Colonna...), creador del espíritu de cuerpo de la Artillería y hombre eminente en *Re Militari*.

Los entendidos en la materia que visitan esta sala se extasían con razón. Referíame un norteamericano, visitante, que, en no recuerdo qué lugar de su país, había una bombarda del siglo XVI (procedente quizá de América española), y que eran millones los compatriotas suyos que acudían a contemplarla; yo no quise decirle que en Madrid hay millares de madrileños de todas clases sociales que no han puesto ni los pies ni la atención en el Museo del Ejército, e ignoran dónde está. A pesar de eso, no hay nadie que no salga maravillado de lo que ha visto en él.

La sala grande de cañones exhibe piezas tomadas al enemigo en diferentes guerras, y otras españolas, sobre las cuales recibieron la muerte en combate valerosos oficiales de Artillería; las banderas y estandartes del Arma están en haces gloriosos, pregonando el bizarro historial del antiguo Cuerpo; honran los muros de todas estas salas retratos de artilleros muertos en campaña o distinguidos por su ciencia.

En dos estancias contiguas se expone, en pequeños y primorosos modelitos, la Historia de la Artillería, empezando por la viejísima tormentaria de griegos y romanos y concluyendo por las últimas piezas construídas en nuestras fábricas militares; estos cañoncitos modernos podrían disparar perfectamente, pues todos sus mecanismos, accesorios y hasta los atalajes del tiro hipomóvil son una matemática reprodución de la verdad. La Sala de Costa contiene asimismo modelos preciosos de las grandes piezas y minuciosos despieces de espoletas y muestras de pólvoras de todo género. No preside esta sala ningún general famoso, sino un prelado: el cardenal-arzobispo Cascajares, que, como tantos otros soldados célebres, vistió los arreos marciales antes que el traje del sacerdote. Cascajales fué un gallardo oficial de Artillería, orgulloso de sus bordadas bombas; siguió el ejemplo de Bernardino de Mondoza, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Lope de Vega, Valbuena. ¡Váyase por los muchos estudiantes de Teología, en Salamanca y Alcalá, que ilustraron los Tercios y las Letras.

Un poquito de Historia para descansar el ánimo del paciente lector. Don Manuel de Godoy, el por el pueblo aborrecido favorito de Carlos IV y María Luisa, hizo, en verdad, algunas cosas malas, pero también algunas buenas, y entre ellas la creación, en 1805, del Museo Histórico Militar, cuya dirección confió a un artillero meritísimo, el coronel Navarro Sangrán, marqués de Casa Sarriá; de este gran soldado, que mandaba la artillería en la jornada de Bailén y desmontó las baterías francesas, existe en el vestíbulo del Museo un admirable retrato, pintado por Vicente López. Volvió a reorganizar el Museo al concluir la guerra de la Independencia, pues no quedaban sino astillas de las preciosidades allí acumuladas por la influencia de Godoy; porque ningún Museo de Europa tiene, como el nuestro, *valor acreditado*, ya que, hallándose en el Parque de Monteleón, los inválidos que lo custodiaban tomaron parte en el combate del Dos de Mayo desde las ventanas, y el pueblo sacó a la calle cañones artísticos que se conservan en la Sala de Recuerdos Históricos.

Se había formado el rico acervo de objetos militares, principalmente, con las aportaciones de la Artillería y los Ingenieros, y los dos Cuerpos lo tenían a su cargo; pero, separándose, quedó el núcleo mayor por la Artillería, y con este nombre se le conoció ya siempre, y aún muchos paisanos siguen llamándole así, porque lo oyeran a sus padres o lo viesen de niños, y no han vuelto a verle.

Las demás Armas, al estímulo de artilleros e ingenieros, fueron formando sus Museos, no sin trabajo, pues en las alturas había poco interés en fomentar asunto tan importante; puede decirse que hasta la hora presente ningún ministro de la Guerra pisó los umbrales del palacio del Buen Retiro, excepto después de la liberación de Madrid. No es preciso decir que la República redujo el mísero presupuesto anual del Museo, y un coronel republicano demostró su republicanismo decoronando los antiguos escudos y metiendo en el almacén los retratos de los reyes y cuanto recordase que España había sido un país de personas decentes. Miguel Primo de Rivera había refundido en uno todos los Museos, y así pudo la República triturarlos a la vez. Desgraciadamente, por salvar muchas cosas, las Academias militares y la Escuela de Tiro se reservaron lo que pudieron; la Escuela de Tiro de Carabanchel fué destruída, y entre las ruinas del Alcázar pereció cuanto había.

En el renacer de la Patria tenía que revivir el templo de sus glorias y con más brío y vida que nunca, porque ya no es un panteón, como quería el equivocado Joaquín Costa, del sepulcro del Cid; ahora está abierto a las actividades de la cultura española, y las visitas explicadas, los cursos a colectividades oficiales y a las Academias y las conferencias, han dado lugar a que el personal encargado del Museo adquiera la dignidad del profesorado, bien ganada con el estudio y la labor constante.

Los niños (y los grandes también) tienen un rinconcito alegre entre las severas instalaciones; es una salita blanca, como sus almas infantiles, en cuyas mesas y repisas aparecen masas de soldaditos de plomo de todos los Ejércitos europeos del siglo XIX; 20.000 hombrecillos desfilan o aparentan desfilar; los alemanes e italianos, algo lejos de los ingleses y los rusos, y los demás sin esas precauciones; los franceses aparte, llevando a su cabeza al gran Napoleón, que parece mirar a los ingleses de la otra mesa con ceño torvo.

A lo largo de la pared lucen sus trajes militares unos muñequitos, exhibiendo los uniformes del Ejército español, desde el celtíbero, que iría como quisiera o pudiese, hasta el soldado de la Cruzada, pasando por todas las épocas y todas las tierras en que ondeaba la bandera de España; panoplias liliputienses con armas primorosas, y un fusilito Máuser de poco más de un palmo, que puede disparar sus cartuchos inverosímiles. Lo primero que los pequeñuelos ven al entrar en la sala es una profecía en un letrero: «*Los niños serán soldados.*»

Antes de penetrar en las Salas de los Recuerdos Históricos se pasa por la Colonial, donde las armas exóticas se mezclan con vestigios de nuestras guerras allende los mares; un trozo de la camisa de Pizarro de cuando fué asesinado; un pedazo de la cruz que hincó Colón en la primera playa americana; una cruz de los misioneros españoles, que dió lugar a la guerra de Cochinchina; la silla de montar, el sable y el machete de Maceo; banderas cubanas cogidas en combates; los hierros que Ab-el-Krim puso a los oficiales prisioneros de Annual, y una bandera del ingrato cabecilla moro; el pendón real de los virreyes de Méjico; el castillo de San Juan de Ulúa, de Veracruz, cuya guarnición española, olvidada al evacuar el país las autoridades y escasas tropas peninsulares, estuvo, por espacio de ¡diez años!, sin arriar la bandera española, y una antigua perspectiva al óleo de las célebres minas del Potosí, en el Perú, donde se ve, iluminado por el sol, el alto cerro donde, encaramado Bolívar, proclamó la independencia total de toda América bajo su personal dictadura.

Aunque todo cuanto encierra el Museo es recuerdo histórico, las salas de este nombre lo llevan porque se expone en ellas lo que no pertenece a ningún Arma, sino a todo el Ejército, pues en el techo penden banderas tomadas a todos los enemigos en todas las guerras y objetos de muy diversos tiempos; aquí se recuerda la Santa Hermandad de Toledo en su primer pendón; a Carlos V, en su soberbia tienda de campaña y el primer lecho en que durmió en nuestra tierra; las guerras de Flandes, el estandarte de Cortés, la última bandera que ondeó en Cuba; las dos guerras carlistas; retratos de Espartero, Maroto y otros célebres en anales políticomilitares; uniformes: el de Prim, ensangrentado; el de León, ostentando los agujeros de su fusilamiento; el de Zabala, con cuatro cruces laureadas; Morella, Cantavieja, la mesa del Convenio de Vergara; la Reina Gobernadora y el guapo Guardia de Corps, sustituto en el tálamo de Fernando VII; prendas personales de Dato y Canalejas (no se ha encontrado nada de Calvo Sotelo). Posiblemente, lo más curioso es una carta autógrafa de Nelson al gobernador militar de Tenerife, agradeciéndole las atenciones y cuidados con los heridos ingleses en su derrota y prometiéndole enviarle un barrilito de cerveza y un queso. En la misiva no dice el almirante, muerto en Trafalgar, que se prestó a llevar a Cádiz el parte de la victoria española, como lo hizo destacando un navío de su escuadra, que entró en la bahía gaditana con bandera de parlamento. Nunca abundaron los ingleses en estas caballerosidades respecto a nosotros, por lo que es más de estimar el rasgo.

Entrada a la Saleta de la Reina desde el Salón de Reinos.

La tienda de campaña de Muley-el-Abbas, moro caballero y valiente, y la mesa en que firmó la paz frente a frente de O'Donnell, trae a la memoria la gloria de aquella guerra de Africa, tan poco provechosa para España merced al veto de Inglaterra, respaldada por Francia. No hubo guerra ni pronunciamiento que no tenga aquí su representación material; es nuestra Historia, con todas sus facetas brillantes y a la vez duras, diamantinas. El episodio del 2 de mayo de 1808 y la guerra de la Independencia constan con documentos tangibles en las cajas mortuorias de Daoiz y Velarde y la urna encerrando tierra y restos del uniforme del teniente Ruiz Mendoza; fusiles, bayonetas, sables y tambores de aquel día memorable, montan la guardia junto a los féretros; dos retratos de chisperos, uno de Malasaña y otro desconocido; papeles y los zarcillos de Daoiz (muchos militares de entonces llevaban pendientes); las charreteras, cruces, un recibo de una paga adelantada y un retrato de Agustina Zaragoza, que no era la moza ordinaria de alpargatas y pañuelo a la cabeza que algunos artistas indocumentados nos han transmitido, sino una señorita gentil, a quien el uniforme del Regimiento fijo de Ceuta sienta a maravilla. En una vitrina, la casaca de Blake, creador del Cuerpo de Estado Mayor; el sable de «El Empecinado»; el bastón-muleta de Castaños; objetos de Alvarez de Castro, el de Gerona, y de Palafox, el de Zaragoza, y las banderas de los Cuerpos que defendieron estas plazas, que los franceses debían haber devuelto al recibir en canje las que les tomamos; el venerable y caballero mariscal Pétain ha tenido la gentileza de terminar un pleito que parecía interminable, enviando a nuestro Museo todas las banderas de la guerra de la Independencia, algunas de las cuales ornaban la tumba de Napoleón en los Inválidos, de París, por la mucha estima en que el gran capitán del siglo XIX las tenía. El mariscal Pétain es más caballero que Bayardo, que, herido en combate con los españoles y llevado por ellos a su campo, murió rodeado de españoles y fueron sus últimas palabras «que moría contento por morir entre soldados de España».

Todavía el Museo no ha terminado la realización de su programa de renacimiento; las Salas de Ingenieros e Intendencia se inaugurarán en breve, y después, la de Medinaceli y la de la Cruzada; la primera se halla ahora en una sala del piso bajo, pero atendiendo a la muestra de patriotismo de dicho prócer, que ha cedido en depósito al Museo su valiosísima armería, merece aposentarse su tesoro en una de las salas de cristal que se están construyendo, para aprovechar dos terrazas al Mediodía, que eran terreno perdido; en la misma tendrán colocación las aportaciones que la Diputación de la Grandeza española ha prometido, y que se espera sea magnífica, pues no en vano ella hizo las guerras de la Edad Media y siempre tuvo conexión con el Ejército, ya que el origen de todos los títulos nobiliarios es puramente militar. La otra sala se dedicará a la guerra de Liberación, cuyo rastro tan profundamente influye en la futura Historia de España, y a su corolario, la valerosa acción de la División Muñoz Grandes en Rusia; el joven general, que está dejando el nombre español a gran altura, ha enviado ya algunas cosas, pero tiene reservadas muchas, y ello completará esta apostilla de la Cruzada.

El total del Museo se reparte del siguiente modo: el vestíbulo, escalera principal y escaleras secundarias son verdaderamente salas, porque contienen armas de diversas épocas, cuadros, retratos interesantes y escudos históricos; tres salas dedicadas a la Infantería y una a la Caballería, que no por menor que las otras ofrece menos interés, porque sólo las espadas de Diego García de Paredes, Sancho de Avila o Dávila y Suero de Quiñones valen un mundo. Tres salas de Ingenieros, cuatro de Artillería, más la terraza, con bocas de fuego de indudable valor; una de Intendencia, las dos de cristal, dos de Recuerdos históricos, una Colonial, una para los niños, una de fusiles ametralladores, la biblioteca, el taller fotográfico y las oficinas. Algo se tardará en terminar la Sala Capitular de la Orden Laureada de San Fernando, que promete ser suntuosa y digna de los que tienen en sus hojas de servicio la nota de *valor heroico*. Se ha realizado una revolución en las ideas que presidían la constitución del Museo, apartando lo que tenía significado didáctico, que debe estar en las Academias, y prefiriendo cuanto posee carácter histórico; aun así, parece recargado el continente, pero seguramente esta excesiva abundancia no perjudica la visión del conjunto; el Museo no tiene la culpa de que la historia del Ejército español sea tan inmensa, que no cabe en ninguna parte.

El público tiene sus preferencias bien diferentes; hay quienes se detienen en la Sala de Armas de la Infantería y no les da tiempo para ver lo demás; otros se encantan en la Sala Arabe con la vestimenta de Boabdil y los recuerdos de la guerra de Granada; unos se pasan el tiempo ante los maniquíes, y no pocos se entretienen con los modelitos de cañones; cuando se da la hora de salida golpeando una campana tomada al enemigo en la guerra de Cochinchina, es necesario ir suplicando a la gente que se vaya, porque les parece muy corto el tiempo transcurrido. A las mujeres parece que les gusta más que a los hombres; son más sensibles y les hace efecto más profundo la vista de tantas pruebas de sacrificio en aras de la Patria.

Santa Bárbara en la Sala de Artillería primitiva.

EL ESPAÑOL.—Aparece los sábados.—Suscripciones: Año, 45 ptas. Semes tre, 24 ptas.—Redacción y Administración: Apartado de Correos 1295.—Fotograbados: «Trust Gráfico».—Impreso en «Afrodisio Aguado, S. A.»

MCD 2022-L5